

**Último Viaje,
de Enrique Gil y Carrasco**

BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO
Volumen VIII

© *Último viaje*, de ENRIQUE GIL Y CARRASCO, Paradiso_Gutenberg, 2015.

© *Nota del editor*, VALENTÍN CARRERA, 2015.

© *Primera curación del alma*, CÉSAR GAVELA, 2015.

© *Cuadros de una peregrinación*, JOSÉ LUIS SUÁREZ ROCA, 2015.

© *El viaje europeo de Enrique Gil*, PAMELA PHILLIPS, 2015.

© *En el tren: impresiones y sensaciones de E. Gil y Bécquer*, PAZ DÍEZ-TABOADA, 2015.

© *Diario de viaje*, MANUEL CUENYA, 2015.

1ª edición en BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO II CENTENARIO 1815–2015,
al cuidado de Valentín Carrera.

Portada: Fragmento de *Lavanderas de La Varenne, Francia*, Martín Rico, óleo sobre lienzo, 85 x 160 cm, 1864-1866, Museo del Prado, Madrid.

Diseño portada y colección: Denís Fernández Cabrera, Coop. Sacauntos.

Mapa del itinerario: Nicolás de la Carrera.

Esta BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO II CENTENARIO es posible gracias a una generosa beca de la *Fundación Carmen Rosa Carracedo Álvarez* y al mecenazgo de lectores, amigos y amigas a través de la plataforma www.lanzanos.com. A todos, gracias.

Obra Completa: ISBN 978–84–941762–9–6

Volumen VIII, *Último viaje*: ISBN 978–84–941762–8–9

Dep. Legal C 10–2015

Esta obra no puede ser reproducida total ni parcialmente sin la autorización de los propietarios del copyright.

Paradiso_Gutenberg



www.bibliotecagilycarrasco.com

ÚLTIMO VIAJE: DIARIO PARÍS-BERLÍN

BIBLIOTECA



GIL Y CARRASCO



Paradiso Gutenberg

Desde entonces, este breve relato se ha incluido, con distinto acomodo, en cuatro recopilaciones, de manera que son cinco ediciones en total desde 1838¹, y en todas ellas resulta ser un texto tan inclasificable como su autor. Así, en la segunda edición, *Obras en prosa*, figura entre los artículos de viajes y costumbres, extraño criterio que siguen la tercera y la cuarta, y que no compartimos: desde luego, *Anochecer* no es un texto «de viajes y costumbres» que pueda meterse en el mismo cajón que *Los Maragatos*.

En la quinta edición, *Obra poética*, Peral Vega considera el carácter poético del texto y lo inserta como apéndice, siguiendo el parecer del profesor Picoche, quien también incluye *Anochecer*... entre las poesías². Para Picoche “es un documento importante, pero incompleto”, y aunque considera su valor para conocer el carácter de Gil revelado por él mismo, analiza el texto en clave descriptiva: los frescos, la capilla (“el único edificio madrileño que acapara la atención del autor”, etc.).

Nuestra edición

Nuestro criterio quiere ser educado con los anteriores, pero más respetuoso aún con la verdad desnuda del texto que, ya se dijo, es inclasificable: *Anochecer* es prosa poética, pero no es un poema; es relato, pero no es ficción; desde luego, no cabe entre las críticas teatrales y literarias, ni entre sus artículos periodísticos de viajes y costumbres. Sin embargo, *Anochecer en San Antonio de la Florida* sí contiene un «viaje», en la acepción de la jerga juvenil actual, una alucinación de ida y vuelta al más allá, el primer diálogo de Gil con la muerte.

Esta edición que proponemos reconstruye de algún modo aquella íntima conversación inacabada de Gil con la vida y la muerte, que extiende su hilo desde 1838 a 1846, y desde la ermita de San Antonio hasta el cementerio de Santa Eduvigis en Berlín.

¹ La primera en dos entregas en *El Correo Nacional*, núms. 270 y 271, 12 y 13 de noviembre de 1838. La segunda en *Obras en prosa*, 1883. La tercera en *O. C.*, edición de J. Campos, BAE, M., 1954. La cuarta a cargo de Ramón Alba, Ed. Miraguano, M., 1999. Y la quinta en *Obra poética de Enrique Gil*, ed. de Emilio Peral Vega, Breviarios de la Calle del Pez, León, 2000. Salvo error, esta sería la sexta edición desde 1838.

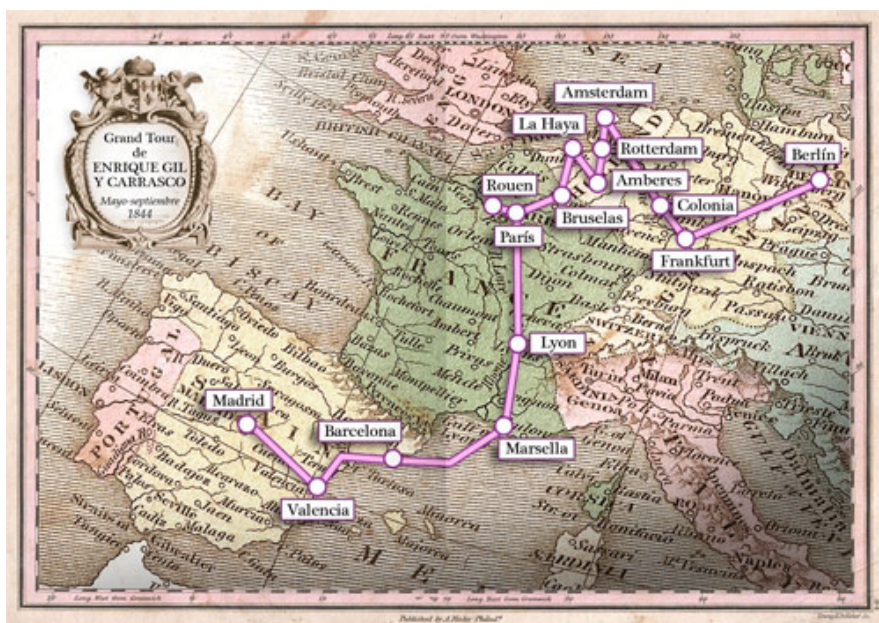
² Picoche, *Un romántico español: Enrique Gil y Carrasco*, Gredos, 1978, p. 380.

Siguiendo las pautas de la BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, hemos revisado el texto a partir de la citada 1ª edición en *El Correo Nacional*, si bien actualizamos la ortografía [‘ermita’ en vez de ‘hermita’, o ‘mujeres’ en vez de ‘mugeres’, etc.], la desaliñada puntuación achacable a los cajistas de imprenta y recuperamos, en lo posible, la versión más cercana al autor: así, respetamos el texto “Ricardo, que había perdido su padre”, que Campos y Peral corrigen por “Ricardo, que había perdido sus padres”; o “ensueños de esperanza”, también corregido por ambos como “ensueños de esperanzas”; y otras muchas erratas o lecturas que estorban la comprensión cabal de un texto magnífico y, por cierto, plenamente contemporáneo.

Pero, antes de sumergirse en la vida de Ricardo T., nuestros lectores y lectoras encontrarán las claves de este importante relato autobiográfico en la sugestiva invitación a la lectura del escritor César Gavela, *Primera curación del alma*, donde Gavela capta con claridad la íntima personalidad del poeta: “Enrique Gil fue un hombre construido de carne, sangre y melancolía (...) que conversa, como lord Byron, con el espíritu de la Naturaleza”.



Omega: Último viaje



En la recta final de su vida, habiendo dejado Madrid por última vez sin saberlo, como diría Borges, Enrique Gil hace un largo viaje por Europa, su *Grand Tour*, a la manera de lord Byron o Chateaubriand, a quienes tanto admira. Parte de Madrid a finales de abril de 1844 y llega a Berlín cinco meses después, el 24 de septiembre, tras haber cruzado la España mediterránea, Francia entera de Sur a Noroeste, el corazón de Bélgica y Holanda, y una gran parte de Prusia, a través del Rin.

Antes de salir, Gil promete enviar crónicas al director de su último periódico, *El Laberinto*, encargo que cumple a medias, con dos artículos tardíos, *Viaje a Francia* y *Rouen*, al tiempo que escribe notas, informes y cartas oficiales y un *Diario* (de agosto a septiembre), no destinado a la publicación en opinión del profesor Picoche: “Encontrado entre los papeles de Gil, mandado a España después de su muerte, publicado en 1883, se perdió el original en 1939”³. Estas tres piezas merecen un severo juicio de Picoche, quien considera el relato de los viajes de Gil por Europa “un conjunto heterogéneo e incompleto” y nota

³ Picoche, p. 210 y ss.

importantes lagunas: “Gil no dice nada de su viaje de Madrid a Valencia y Barcelona, nada de su estancia de dos meses en París y nada de su estancia en Berlín”. Y así ha sido en efecto, heterogénea e incompleta, la lectura de las notas de viaje de Gil en los ciento setenta años transcurridos desde entonces.

Sin embargo, otra lectura es posible: Samuels (1939) avala la teoría de que los apuntes y notas de viaje eran materiales para la confección posterior de un libro; Ricardo Gullón (1951) lo vio con claridad: “Considero las notas de viaje como **embrión de una obra muy ambiciosa**, excluyente por su ambición misma de otras tentativas literarias”; opinión que ratifica Pamela Phillips (2007): “Más que simplemente apuntes que esclarecen la biografía y el carácter del autor, el *Viaje a Francia, Rouen* y el *Diario de viaje* merecen ser considerados **como textos autónomos con un valor estético y de contenido propio**, que iluminan la producción literaria del Romanticismo español y que son otra huella en la literatura viajera española”⁴.

Enrique Gil conocía, entre otros, las *Orientales* de Victor Hugo, el *Voyage d'Espagne* de Gautier; *La Biblia en España*, de Borrow; los relatos de viaje por Europa de su amigo Mesonero Romanos, cuya autoridad invoca en París; *Sketches in Spain* de Cook, sobre quien escribe un ensayo⁵; y sobre todo, el *Itinerario* de Chateaubriand y las *Peregrinaciones de Childe Harold* de Byron, que posiblemente lleva consigo en la maleta, y cuyos pasos sigue por el Rhin.

Conviene recordar que el diplomático llevaba dos encargos: una misión secreta, reanudar las relaciones de España con Prusia; y la oficial, una comisión industrial y comercial con detalladas instrucciones; pero, sin faltar a su deber, Gil transforma el viaje en su personal *Odisea*, en la que Ulises nunca volverá a Ítaca.

En efecto, con 29 años recién cumplidos y tras entregar a la imprenta *El Señor de Bembibre*, Gil emprende su propio *Grand Tour*: su misión oficial en Berlín no le obligaba a visitar la fuente de Petrarca en Avignon ni acariciar las reliquias de Carlomagno, ni a contemplar con mirada

⁴ Samuels, p. 138 (cit. por Picoche, p. 215). Gullón, *Cisne sin lago*, ed. 1989, p. 127., y Pamela Phillips, *Desde El Bierzo hasta Berlín*, en este volumen. La negrita es nuestra.

⁵ Véase en *Miscelánea*, BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, vol. V, p. 163 y ss.

esclarecedora los cuadros de Rubens y la Escuela de Dusseldorf. Todo son excusas y rodeos: a París se viajaba por Hendaya, no por Marsella, y el camino hasta Berlín llevaba días, no cinco meses. Sin embargo, aun sabiendo que el diplomático era diligente en su trabajo y laborioso, solo una circunstancia explica que su relato del viaje sea tan escueto y fragmentario: la enfermedad y la muerte sorprenden y paralizan el ambicioso proyecto literario de Gil.

Ediciones anteriores

Conocemos el *Gran Tour* de Gil de primera mano gracias a una serie de publicaciones y documentos, muchos de ellos hasta ahora inéditos, pertenecientes al «Expediente Gil» que se conserva en el Archivo Histórico Nacional. En síntesis, las fuentes disponibles son:

1. **Los dos artículos** de *El Laberinto*, núms. 20 y 22, 16 de agosto y 16 de septiembre de 1844 [*Viaje a Francia y Rouen*].

2. **El Diario de agosto a septiembre** [reproducido por primera vez en *Obras en prosa*, 1883, p. 425 y ss.; y por J. Campos en *O. C.*, pp. 359-399; ambas ediciones con numerosas erratas].

3. **El «Expediente Gil»**, propiamente dicho, cartas, informes y documentos oficiales sobre el viaje que Gil escribe o recibe [Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, legajo 114, núm. 5.583, letra G, año 1844, núm. 137, reproducido en parte por Gullón, *Cisne sin lago*, pp. 185-218, y por Picoche en el tomo 2 de su *Thèse*].

4. **Artículo en el *Berlinische Nachrichten*** [Noticias de Berlín], dirigido por S. H. Spiker, nº 95, viernes 25 de abril de 1845, que Gil escribe de su puño y letra⁶

5. **Correspondencia familiar** que reconstruye su hermano Eugenio [*Un ensueño: biografía*, León, 1855, reproducido en *Poesías líricas*, 1873, edición facsímil en *Poesía*, BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, volumen I, 2014].

6. **Testimonios** recogidos por el profesor Picoche en su inagotable tesis, en particular de su hermano Eugenio, de Humboldt y poco más.

⁶ En este volumen incluimos en el Anexo final las seis páginas de este artículo manuscritas de Gil, hasta ahora inéditas –salvo una, publicada por Picoche– y en el *Último Diario*, en la fecha correspondiente, la transcripción y traducción de Picoche (*Thèse*, p. 1245 y ss.), quien añade esta nota: “El texto de esta traducción es un autógrafo de E. Gil. Contrariamente a otras comunicaciones, la escritura es descuidada y tiene muchas tachaduras. El autor anónimo del artículo original no puede ser otro que Gil mismo”.

El «Expediente Gil»

De estas seis fuentes documentales, hasta hoy permanecía inédita una parte preciosa del *Expediente Gil*, sobre el que nos detendremos brevemente.

El *Expediente Gil* contiene la mayor parte de los documentos originales que se conservan de o sobre Enrique Gil y es, por consiguiente, una fuente imprescindible para el conocimiento de sus últimos años. El *Expediente Gil* se custodia actualmente en el Archivo Histórico Nacional de Madrid, Ministerio de Educación y Cultura, procedente del desaparecido Archivo del Ministerio de Estado, Ministerio de Asuntos Exteriores⁷. Consta de 54 documentos (179 folios en total), a cuyo contenido íntegro hemos tenido acceso, obteniendo copia digital para su mejor estudio, gracias a la Subdirección General de los Archivos Estatales, a cuyos archiveros expresamos nuestra gratitud.

El *Expediente Gil* comprende desde 1844 a 1855: se inicia en febrero de 1844 con el nombramiento de Gil como Secretario de Legación en Prusia y finaliza con la condonación de deuda a la madre de Gil, doña Manuela Carrasco, tras diez años de penalidades burocráticas, bastante crueles. Hemos dividido el expediente en dos partes:

I) Nombramiento, instrucciones y correspondencia de D. Enrique Gil, comisionado en Alemania [1844-1846], incluye las 17 cartas o comunicaciones de Gil, reproducidas en este volumen.

II) Fallecimiento de E. Gil, testamento y reclamaciones familiares [1846-1855], incluye cartas de Martínez de la Rosa, Eugenio Gil y Manuela Carrasco, entre otras.

El biógrafo Ricardo Gullón es casi con toda seguridad el primer investigador que trabaja sobre esta documentación de primera mano y en *Cisne sin lago* (1951; 2ª ed., 1989) reproduce una parte muy sustancial, 40 documentos. El profesor Picoche completa la indagación y añade varios más en los anexos de su *Thèse*. Aunque no hay datos nuevos de gran alcance en la parte que permanecía inédita, deseamos que el II Centenario del autor sirva de estímulo para la publicación

⁷ Signatura AHN, Mº-Exteriores_PP,431, identificable también por la referencia histórica: “Leg. 114, núm. 5583, letra G, año 1844, núm. 137. Expediente relativo a: Gil, D. Enrique”.

completa del *Expediente Gil*, tarea que excede al propósito de este volumen que, sin embargo, ofrece a los devotos y devotas de Gil un regalo emocionante: la reproducción íntegra de los manuscritos de Gil, las 17 cartas de su puño y letra que se conservan en el expediente.

Nuestra edición



En cuanto a este volumen que culmina nuestra edición de las obras completas de Gil y Carrasco, no es la reconstrucción de un libro inexistente, tarea imposible, sino la recreación del *Grand Tour* de Enrique Gil, su viaje literario, histórico, artístico, pictórico, económico y diplomático, desde Madrid a Berlín, por el corazón de Europa, en primavera y verano de 1844, y el epílogo de sus primeros y últimos pasos en Berlín.

La estadística del viaje es fascinante: en cinco meses Gil visita Valencia, Barcelona, Marsella, Avignon, Lyon, Fontainebleau, París, Rouen, Bruselas, Amberes, Gante, Ámsterdam, Rotterdam, La Haya, Utrecht, Düsseldorf, Colonia, Bonn, Coblenza, Kassel, Frankfurt, Hannover, Magdeburgo y Berlín. Viaja en diligencia o coche de postas, en barco de vapor por mar y en vaporetos fluviales por el Sena, el Saona y el Rin, y estrena los novedosos caminos de hierro.

En estos cinco meses visita sus santuarios favoritos: Petrarca, Carlomagno, Napoleón, Byron, Erasmo, Huss, Gutenberg, Beethoven; decenas de museos, cientos de cuadros de entre los que igual se rinde ante obras maestras de Rubens o Van Dyck, como analiza las escuelas de la vanguardia romántica. Visita puertos, dársenas napoleónicas,

exposiciones industriales, casinos, palacios, castillos, balnearios, teatros, iglesias, catedrales, bosques... nada escapa a la mirada del viajero.

Los artículos, cartas, *Diario*... que hasta ahora se nos daban por separado, los hemos ordenado cronológicamente: los textos de Gil son el hilo principal, en el que se intercalan otros documentos en la fecha correspondiente, diferenciados tipográficamente. Por lo demás, siguiendo la pauta de anteriores volúmenes de la BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, hemos procurado esclarecer el texto con referencias, notas y pasajes que Gil menciona, y con más de un centenar de ilustraciones que ayudarán al lector contemporáneo a sumergirse en el viaje romántico y acompañar de cerca a Enrique Gil en su *Grand Tour*.

Lecturas

Finalmente, es preciso trazar cuatro coordenadas que contextualizan el viaje de Gil: una) la inestabilidad política de España recién llegada la insolvente Isabel II a la mayoría de edad y con las revueltas progresistas de 1844⁸); dos) la situación de la diplomacia europea⁹; tres) la situación personal de Gil, seriamente enfermo; y cuatro) su proyecto vital, la literatura. Las cuatro *Lecturas* que cierran este volumen contribuyen a esclarecer estas coordenadas y comprender el *Último* viaje de Gil en toda su intensidad.

En primer lugar, como pórtico al *Grand Tour*, el profesor José Luis Suárez Roca se adentra, en bellísimo texto escrito en clave íntima, en el alma del viajero enfermo, consciente de su situación, angustiado por la soledad, rumbo a lo desconocido.

En segundo lugar, la profesora Pamela Phillips, de la Universidad de Puerto Rico (Departamento de Estudios Hispánicos del Recinto de Río Piedras), comparte en esta BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO su artículo *Desde El Bierzo hasta Berlín: el viaje europeo de Enrique Gil y Carrasco*, publicado antes en la revista *Salina*, núm. 21, 2007, cuya generosidad agradecemos.

La tercera contribución es de la profesora Paz Díez-Taboada, editora

⁸ Cuando inicia el viaje, en mayo, Gil ya era casi un cesante: había sido nombrado el 23 de febrero por su amigo Luis González Bravo, moderado; pero en mayo, cuando embarca para Marsella, ya preside el Gobierno el conservador Narváez.

⁹ Sobre las relaciones Prusia-España, rotas de 1836 a 1848, véase Picoche, p. 49 y ss.

del *Bosquejo* en *Breviarios de la Calle del Pez* y participe también del volumen II de esta BIBLIOTECA con su clarificador ensayo sobre las leyendas relativas a *El Lago de Carucedo*. Siguiendo el hilo conductor del «camino de hierro», Díez-Taboada describe *En el tren: Impresiones y sensaciones de Enrique Gil y Bécquer* [Actas del IV Congreso de *Caminería Hispánica*, 2000].

Y por último, el periodista y escritor berciano Manuel Cuenya acompaña el itinerario de nuestro romántico en clave contemporánea y nos guía por los entresijos que ofrece hoy la misma Europa de antaño.

Al culminar este *libro de las maravillas* de nuestro Marco Polo leonés, este editor contempla el trabajo de la BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, iniciado hace más de dos años y fructificado en los ocho volúmenes de las obras completas de Enrique Gil, con la satisfacción del deber cumplido y consciente de que es manifiestamente mejorable.

Parafraseando la carta de Gil desde París al director de *El Laberinto*, “ahora solo me resta concluir, como nuestros poetas cómicos del siglo XVII, pidiendo perdón al público de los yerros, y a ustedes del tiempo que les ha quitado su atento servidor y buen amigo, Q. B. S. M.”.

VALENTÍN CARRERA
22 DE MARZO DE 2015



A
Anochecer en San Antonio de la Florida

Enrique Gil



La ERMITA DE SAN ANTONIO DE LA FLORIDA, a orillas del río Manzanares, donde cada año se celebra la romería de San Antonio, una de las más populares de la capital madrileña, se construyó en 1720 y se reedificó por impulso de Carlos IV de 1792 a 1798, momento en el que Goya pintó sus famosos frescos: uno representa el milagro de San Antonio y otro la apoteosis de ángeles que ve el protagonista de este relato. En la página anterior, la ermita de San Antonio en 1857, tal y como pudo conocerla Gil veinte años antes. [Grabado de Federico Ruiz, *El Museo Universal*].

Primera curación del alma

CÉSAR GAVELA

*Mi vida se ha pasado sola como un sepulcro en medio de los campos,
y tu memoria era la única que la acompañaba.*

Este relato lírico es, tal vez, el testimonio en prosa más sincero e íntimo de la vida de Enrique Gil y Carrasco. La transparencia, levemente velada, del alma de un incipiente escritor que se encuentra en un momento crucial de su vida. En una divisoria de aguas, aunque ya dando sus primeros pasos del otro lado, del nuevo. Y desde esa vertiente recuerda y honra la primera. La convierte en arte, en memoria perenne. Porque solo el arte puede detener el paso del tiempo. Y la muerte, claro. En la obra de Enrique Gil la muerte y el arte van muchas veces juntos. Con el amor.

Anochecer en San Antonio de la Florida narra una ardiente ensoñación. Pero esa fantasía tiene origen real, como fácilmente deduce el lector. Su fundamento verídico es el dolor de Enrique Gil por tres muertes sucedidas apenas un año antes de la publicación del relato: la de su amada, que en el mundo se llamó Juana Baylina, la de su mejor amigo –Guillermo, hermano de aquella– y la de su padre, un castellano de Soria llamado Juan Gil y Bas. A esa triple pena se une la añoranza por el valle natal. Al que volverá Enrique Gil en varias ocasiones, pero en el que ya no vivirán aquellas personas tan queridas. Lo que sería fuente de una gran nostalgia. Enrique Gil fue un hombre construido de carne, sangre y melancolía.

El berciano tenía 23 años cuando firmó este relato en *El Correo Nacional* de Madrid en noviembre de 1838. Un Enrique Gil que se oculta bajo el nombre de Ricardo T. Un joven que caminaba una tarde por las afueras de la ciudad, costumbre que muy probablemente compartía con el autor del texto. Entonces la capital tenía solo 180.000 habitantes, su extensión no era muy grande y la naturaleza estaba cerca. A media hora a pie desde la Puerta del Sol.

En aquellas caminatas, sobre todo en las de sus primeros meses en la capital, Enrique/Ricardo T. se buscaba a sí mismo. Buscaba la luz tanto para su vida como para sus empeños literarios. Observaba los árboles, el césped, el

cielo, las montañas del Guadarrama. También a las personas que ocasionalmente se cruzarían con él por los caminos. Y de cuanto veía y pensaba se iba reafirmando su vocación artística y su determinación por afianzarse en Madrid.

El escritor tenía una gran querencia por el pasado, como tantos románticos. Pero en el caso del *Anochecer* no estamos ante un pasado histórico o colectivo sino ante el suyo personal. El joven leonés estaba enamorado de su tierra, del propio amor y de la literatura. También de la historia y el periodismo. Porque periodista sería esencialmente. Ese fue su oficio, el escenario donde expresaría sus múltiples inquietudes. Desde la crítica teatral a la literaria, que ejerció con gran inteligencia e intuición, y desde la crónica de viajes al ensayo divulgativo de temas diversos, aunque con preferencia por la historia.

Anochecer en San Antonio de la Florida es un texto breve y extraño, difícil de clasificar. Podíamos tantear que se trata de un poema en prosa, o tal vez de un cuento que aúna lo lírico y lo fantástico. Incluso cabría hablar, *avant-la-lettre*, de auto ficción. Y es que tiene algo de todos esos géneros fronterizos. Géneros que, por otra parte, han dado páginas excelsas a la literatura. Obras que rompen los márgenes de las formas más frecuentadas y previsibles. Gil y Carrasco, al publicar este original trabajo manifestaba su libertad creativa.

El *Anochecer* es una de las primeras colaboraciones que publicó en la prensa madrileña. Sus páginas, muy emotivas, dan cuenta de su corazón cuando el escritor ya está en la antesala de una intensa carrera literaria. Ciclo que se desarrollaría en apenas seis años y cuyos frutos fueron, entre otros, una célebre novela, una notable colección de poemas, una novela corta y decenas de meritorios artículos.

Enrique/Ricardo T. llegó un día a la ermita de San Antonio de la Florida, el pequeño templo donde hoy reposan los restos de Francisco de Goya. Ermita que guarda unos célebres frescos del gran artista aragonés que había muerto diez años antes, exiliado en Burdeos durante el periodo oscurantista que protagonizó aquel monarca siniestro que fue Fernando VII. Rey fallecido cuando Enrique Gil estudiaba el tercer curso de Derecho en la universidad de Valladolid.

Ricardo T. contempla las imágenes religiosas que decoran la ermita de San Antonio y en aquel ambiente de crepúsculo y soledad experimenta una sensación que sucede entre el pasado y el presente, entre el sueño y la realidad, entre lo terreno y lo sobrenatural. En ese marco de bruma y fervor se desborda el corazón del escritor, se abre a lo misterioso. Y en esa turbación aparecerá en la ermita, milagrosamente, su amada muerta. Angélica recitará entonces el poema que el propio Ricardo T. había escrito para la noche de su despedida.

Es la prueba de que ella es el amor del joven abatido. Enviada desde el cielo para reconfortarle.

Triste es decir adiós a la esperanza
junto a la puerta do asomó el placer...
mas pasaron las auras de bonanza
y sopla el huracán... ¡adiós, mujer!
¡Pobre Ricardo! El ángel de la vida
al extender sus alas sobre ti
cegó tus ojos con su luz mentida...
¡Sombras eternas morarán allí!

Es un momento mágico y fantasmal. Teñido de luces religiosas pero también de esperanza. “Aquel espectáculo sojuzgó el alma de Ricardo, y el entusiasmo, que era la principal cualidad de su índole generosa, y que solo yacía adormecido en su alma por las penas, se despertó de repente en su corazón; lanzaron sus ojos extraños resplandores y una especie de éxtasis artístico y religioso se apoderó de todas las facultades de su ser”.

El escritor exponía así el alma a los lectores, bajo la imagen de Ricardo T. Narraba su alegría efímera por volver a ver a su joven enamorada y agradecía a Dios el haberle dado aquel regalo. Que tenía auras de eternidad, por ser señal fiable para un futuro en el más allá. Un porvenir celestial en los brazos de aquella muchacha del Bierzo, que Enrique Gil había amado platónicamente y que ya había muerto.

El *Anochecer* es también la noticia de la curación sentimental de Ricardo T. O de Enrique Gil. El consuelo para la herida que embargaba su corazón. “Desde aquella tarde memorable, las tristezas de Ricardo tuvieron una tinta más plácida y bien que los recuerdos de sus pasadas venturas anublasen su espíritu, la reminiscencia de la gloriosa aparición era una especie de luna que todo lo plateaba en su memoria. Muchas veces iba a esperar el crepúsculo vespertino en el paseo de San Antonio de la Florida y el paso por delante de sus puertas le era dulce como una cita de amores. Aquellas noches era tranquilo su sueño y poblado además de ensueños, de esperanzas, de amor y de justicia”.

Ricardo/Enrique había sanado. Porque la buena literatura no solo cura, sino que también abre el mundo, abre la vida. Es pureza y revolución.



Anochecer en San Antonio de la Florida



A la caída de una serena tarde del mes de agosto [de 1838¹¹], un joven como de veintidós años, que había salido por la Puerta de Segovia, enderezaba sus pasos lentamente por la hermosa y despejada calle de árboles que guía a la Puerta de Hierro, orillas del mermado Manzanares. A juzgar por su fisonomía, cualquiera le hubiera imaginado nativo de otros climas menos cariñosos que el apacible y templado de España: sin embargo, había nacido en un confín de Castilla a las orillas de un río que lleva arenas de oro, y que llevó con ellas su niñez y los primeros años de su juventud. Su vestido era sencillo, rubia su cabellera, azules sus apagados ojos, y en su despejada frente se notaba una ligera tinta de melancolía al parecer habitual. Este joven se llamaba Ricardo T...

El sol ocultaba su disco bajo un resplandeciente velo de púrpura, orlado de franjas de oro; las lavanderas recogían su ajuar, levantando extraño murmullo a la margen del río; varios jinetes caballeros en soberbios palafrenes volvían grupa hacia la capital; los pobres paisanos del mercado se retiraban con carros y cabalgaduras, y aquella escena bulliciosa y animada tenía indefinibles encantos, perdiéndose poco a poco en la soledad y en el silencio del crepúsculo.

Como quiera, nuestro joven más parecía divertido en sus tristezas y pensamientos que cuidadoso de los últimos suspiros del día y de la poética y apacible despedida del sol. La brisa de la tarde que soplaba fresca y voluptuosa después de un día de fuego, despertando vagos rumores entre los árboles y meciendo sus desmaltados ramos, fue poderosa por fin a sacarle de su cavilación. Levantó la inclinada cabeza a su balsámico aliento; sus amortiguados ojos lanzaron un relámpago; sus labios se entreabrieron con ansia para respirarla; su frente se despejó del todo, y no parecía sino que un tropel de nacaradas visiones desfilaba de repente por delante de él según se mostraba fascinado y gozoso. Aquella brisa se desprendía de las cumbres de Guadarrama, y tal vez se había

¹¹ Al tratarse de un relato autobiográfico, interesa precisar el año. Los artículos se publican en noviembre del 1838, de modo que los acontecimientos que narra eran aún recientes. La edición de 1883, *Obras en prosa*, incluye esta nota: “Estos artículos interesantes por más de un concepto, lo son principalmente porque compendian con fidelidad una parte de la vida del autor”. [N. del ed.].

levantado entre las olorosas praderas de su país; aquella brisa le traía las caricias de su madre, las puras alegrías del hogar doméstico, los primeros suspiros del amor, los paseos a la luna con su mejor amigo; todo un mundo, finalmente, de recuerdos suaves y dorados, y que aparecían más dorados y más suaves mirados al través de la neblina de lo pasado desde el arrenal de las tristezas presentes.

El aura recogió sus alas por un breve espacio, y las visiones del mancebo recogieron sus alas a la par. No parecía sino que la súbita caída de un telón le quitaba de delante un teatro lleno de luz y de alegría. Sus ojos lanzaron todavía una llamarada, pero lúgubre y siniestra como una luz de desencanto, que solo sirve para alumbrar el desierto que cruzamos: quedó su frente más anublada que antes y sus miradas se extinguieron como los fuegos fatuos del estío.

Aquel mancebo había nacido con un alma cándida y sencilla, con un corazón amante y crédulo, y la pacífica vida de sus primeros años junto con la ternura de su madre, habían desenvuelto hasta el más subido punto estas disposiciones. Cuando cumplió los quince años eran las mujeres a sus ojos otros tantos ángeles de amor y de paz, o unos espíritus de protección y de ternura como su madre; miraba a los hombres como a los compañeros de un alegre y ameno viaje, y la vida se le aparecía por el prisma de sus creencias como un río anchuroso, azul y sereno por donde bogaban bajeles de nácar, llenos de perfumes y de músicas y en cuyas orillas se desarrollaban, en panorama vistoso, campos de rosas y de trigo, pintorescas cabañas y castillos feudales empavesados de banderas y resplandecientes de armaduras.

El sentimiento de lo grande y de lo bello era un instinto poderoso en él; su corazón latía con acelerado compás al leer en la historia de la Grecia el paso de las Termópilas, y muchas veces soñaba con la caballería y con los torneos de los siglos medios. La libertad, la religión, el amor, todo lo que los hombres sienten como desinteresado y sublime se anidaba en su alma, como pudiera en una flor solitaria y virgen, nacida en los vergeles del paraíso; y los vuelos de su corazón y de su fantasía iban a perderse en los nebulosos confines de la tierra, y a descansar entre los bosquecillos de la fraternidad y de la virtud.

Su amor hasta entonces era como el vapor de la mañana, una pasión errante y apacible que flotaba en los rayos de la luna, se embarcaba en

las espumas de los ríos o se desvanecía entre los aromas de las flores silvestres. Algunas veces su alma se empañaba y entristecía en la soledad, y se gozaba en los roncós mugidos del torrente; pero muy pronto la fada de sus aguas se le aparecía coronada de espuma y de tornasolado rocío, y en un espejo encantado le mostraba una creación blanca y divina, alumbrada por un astro desconocido de esperanza, que le llamaba y corría a aguardarle entre las sombras de un pensil de arrayán y de azucenas. Y la vida tornaba al alma del mancebo, y tenía fe en mañana y era feliz.

La virgen prometida se le apareció finalmente. Era una doncella de ojos negros, de frente melancólica y de sonrisa angelical; su alma era pura como los pliegues de su velo blanco, y su corazón apasionado y crédulo como el de nuestro joven. Los dos corazones volaron al encuentro; se convirtieron en una sustancia aérea y luminosa, confundiendo sus recíprocos fulgores, y las flores de alrededor bajaron sus corolas hacia el suelo estremecidas de placer. Desde entonces¹², más los dos amantes se amaron, como se ama la primera vez en la vida, y el porvenir sonaba en sus oídos como una promesa inefable de unión sin fin y de amor eterno.

Sin embargo, la imaginación de Ricardo por sobra de candor había cometido un yerro; vivía entre los hombres, y se figuró vivir entre los ángeles, y esperó de aquellos lo que de estos pudiera esperar. Hombres hubo que hirieron con su anatema la frente de su padre, y la paz de su hogar y el porvenir del amor, y los propósitos para el porvenir, todo fue a perderse entre las formas de la desconfianza y de la desesperación¹³. Y sin embargo, la frente de su padre era respetable y sin mancilla, la paz de su hogar se derramaba como una luz de consuelo entre los infelices, era su amor una fuente de nobleza, de entusiasmo y de virtud y su porvenir un ensueño de beneficencia universal.

¹² En *El Correo Nacional* y en las ediciones posteriores, “De entonces”.

¹³ Don Juan Gil había fallecido pocos meses antes, el 18 de septiembre de 1837, “y Enrique recibe un choque violento, por haberse producido esta muerte en un momento en que padre e hijo estaban reñidos” [Picoche, p. 33]. El poeta reivindicó aquí y en el poema *El Cisne*, la memoria “del que bueno y sin culpas expiró”, cuando aún perduraban las consecuencias de su pleito con el Marqués de Villafranca.

Aquellos hombres soplaron sobre este reposado y verde paisaje, y lo trocaron en una arena movediza que el viento de la amargura arremolinaba a cada soplo para esparcirla enseguida por los últimos confines del horizonte. El pobre mancebo tuvo que abandonar todo lo que le quedaba en el mundo, el tierno cariño del hogar y las llorosas miradas de su ángel. La noche en que por última vez la vio hubo misterios extraños: sus ojos se abrieron a la orilla de una sima sin fondo, por la cual pasaba un agua invisible, pero cuyo delicioso murmullo llegaba hasta ellos. Los amantes, víctimas de un amargo delirio, tenían sed, una sed inmensa y abrasadora, y pasaban increíbles tormentos al borde de aquella corriente, que tan dulcemente sonaba, pero que huía de sus labios. Un rayo de la luna rasgó el manto de los nublados y la visión pasó:

—Adiós —dijo la virgen con inefable y melancólica sonrisa—, nuestro amor pasará como las aguas de esa corriente subterránea, ¡pero esas aguas paran en el mar y nosotros con nuestra pasión descansaremos un día en el mar de la muerte!

El joven le dijo entonces unos versos muy melancólicos que había hecho, besó con adoración la punta de su velo y partió con lentos pasos¹⁴.

Al otro día, un solo amigo le acompañó en su amargo viaje, y al apretarle contra su corazón le dijo:

—¡Adiós, y quizá para siempre!... ¿Quién sabe si este abrazo te envenena? Mi presencia daba antes la dicha y la alegría... pero hoy solo la muerte puede dar.

El amigo se alejó con los ojos anublados. ¡La predicción se ha cumplido! ¡Aquel amigo duerme hace un año entre los muertos!



¹⁴ Aunque Gil publica su primer poema, *Una gota de rocío*, en diciembre de 1837, esta confidencia de Ricardo T. nos dice que el poeta ya escribía versos al menos desde el verano de 1836. No sabemos a qué versos concretos se refiere, pero alude al día más dramático de su vida, su partida de Ponferrada en septiembre de 1836, cuando se va de casa de verdad y para siempre, y solo se despide de «la virgen» a la que dice sus versos, y de su amigo Guillermo: “Gil se va sin que salgan a despedirle su padre, ni su madre, ni sus hermanos. Es una verdadera huida”, escribe Picoche (p. 30). Sobre esta misma carga emocional, el poeta escribe *El Cisne*, coetáneo de *El Anochecer* (véase el poema y comentario en *Poesía*, BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, volumen I, p. 66].

La vida de Ricardo en la corte se había pasado olvidada y solitaria, perdida entre los sucesos y los hombres. No había alcanzado a volver la paz al que le había dado la vida; su orgullo de hombre se había visto lastimado y herido, la pobreza le había rodeado con su manto de abandono y de privaciones; y desamparado de los hombres, habíase visto obligado a conversar, como lord Byron, con el espíritu de la naturaleza. Entonces, una musa dulce y triste como el recuerdo de las alegrías pasadas había venido a sentarse a su ignorada cabecera, le había hecho el presente de una lira de ébano y dictado himnos de dolor y de reminiscencias perdidas: le mostró lo pasado por impenetrables rejas que le vedaban el paso para tornar a él, y tendió sobre lo futuro una cortina de sutil crespón negro que le permitía ver sus paisajes, pero todos anublados y cenicientos.

Solo de cuando en cuando, y como por singular merced, recorría la musa una punta del velo y le dejaba ver en el cielo del porvenir el sol rutilante de la libertad alumbrando a pueblos colosos, que llevaban arrastrando en pos de sí las cadenas y los cetros de los déspotas. Y entonces un rayo de aquel sol inflamaba el corazón del poeta, doraba la lira de ébano que aparecía de oro resplandeciente y purísimo, templaba sus cuerdas, le inspiraba canciones de juventud y de esperanza: cantaba los pueblos nobles y caídos por villanas apostasías, y los ángeles del destierro venían a escucharle y a batir sus blancas alas en torno de la cabeza de los proscritos. ¡Pobre poeta! Entonces su misión le parecía grande, y aun cuando el velo dejase caer sus enlutadas puntas, conservaba dulcísimas memorias que iban a juntarse en su mente con los demás recuerdos, único patrimonio que le dejara la musa.

Y he aquí la razón porque muchas veces su alma se complacía en el camino de los campos donde naciera, y en respirar sus auras balsámicas. El día en que le hemos visto, su corazón estaba más tenebroso que de costumbre: su anciano padre descansaba al lado del amigo de su niñez en las tinieblas de la muerte; su madre no le abrazaba más de dos años hacía; y en fuerza de mirar su amor como un ensueño demasiado hermoso para verlo cumplido, la esperanza se había ido agotando en su pecho, y la tristeza quedaba únicamente por señora de él.



Todas estas circunstancias de su vida, que expuestas dejamos, todas estas memorias de dicha se desplomaban sobre el corazón de Ricardo como un peñasco que se precipita sobre una aldea del valle: sintió que su alma se cansaba de la vida, y una nube de suicidio empañó por un instante su frente. Aquella idea maléfica fascinaba cada vez más sus sentidos, y sentía doblarse bajo su peso todas las fuerzas de su ser, cuando la voz de una campana pausada y misteriosa vino a libertarle de ella. Miró en derredor como quien despierta de una pesadilla, y se encontró a la mano derecha con la ermita de San Antonio de la Florida, graciosa y linda capilla, asentada a un lado del camino, como un asilo religioso para los pensamientos del cansado viajero.

Algunas veces había pasado Ricardo por delante de su puerta, pero nunca se había resuelto a orar en ella, porque su amargura destilaba gota a gota en su corazón la duda y la ironía, y no osaba cruzar los umbrales de la casa del Señor sin llevarle por ofrenda una fe sencilla y pura como la de sus primeras oraciones. Pero aquella tarde abrumaba el pesar su pobre espíritu, faltábale el corazón de un amigo con quien partir su desconsuelo, y le pareció que el Señor le perdonaría sus dudas por lo mucho que padecía. Entró, pues, en el recinto de la oración: la capilla estaba silenciosa, sola; los postreros reflejos del sol la iluminaban con una luz vacilante y dudosa; todo era grave, solemne y recogido allí, y hasta los rumores de afuera se desvanecían a sus puertas. Ricardo sintió la religión de sus primeros años, se arrodilló desolado en las aras del altar; dejó correr las lágrimas que se agolpaban a sus ojos y oró con abandono y con fe. Rezó las oraciones de la Virgen, que le había enseñado su madre, con el mismo candor que entonces, conoció que un bálsamo desconocido se derramaba por las llagas de su pecho, hasta se le figuró que la madre de los desventurados le sonreía con amor, y cuando alzó sus rodillas del suelo y fue a sentarse, divertido en blandas imaginaciones, en uno de los bancos de la capilla, comprendió que la esperanza es una luz del cielo que brilla en las más espesas tinieblas de la desventura.

Alzó sus ojos a la bóveda del santuario como para dar gracias a la Virgen de su alivio y un espectáculo de todo punto nuevo se ofreció a su vista. La nube de púrpura que velaba las últimas miradas del sol, las derramaba sobre la tierra lánguidas y teñidas con los matices más

delicados de la rosa, bien así como una reina llena de dulzura, que realza con sus cariñosas palabras la afable despedida de su real esposo. Aquellos mágicos resplandores penetraban por las altas vidrieras de la capilla y derramaban sus apacibles tintas por las pintadas bóvedas.

Un pincel gigante de nuestros días [Goya], había dejado allí una magnífica huella, porque el Señor había rasgado delante de él las bóvedas del firmamento, y la gloria le había mostrado sus inefables galas y alegrías. El soplo de Dios hinchó de inspiración el genio de aquel hombre, los querubines prepararon en su paleta los cambiantes más suaves de la mañana, las pompas más sublimes de la tarde, y las ondulaciones más vagas de los inciensos; y mientras su mano, guiada por el frenesí divino que encendía su cabeza, copiaba las glorias del Altísimo, unos ángeles-mujeres, parecidos a los que brotaban de su pincel, refrescaban su frente con el apacible batir de sus alas.

Estos ángeles-mujeres eran hermosos y aéreos, pero reinaba en su semblante un apagado viso de pesadumbre, como el sonido lejano de un arpa, que se ha amortiguado entre las alas de los céfiros. Ricardo, *el poeta de las memorias*¹⁵, comprendió la expresión de pesar que empañaba apenas su frente y divisó al través de ella las mártires del amor puro, las vírgenes que habían muerto con su primer pasión como una aureola de virtud, y que volando por espacio sin fin, al compás de las arpas de los serafines, volvían de cuando en cuando a la tierra compasivas miradas, y vertían una lágrima sobre el hombre que un tiempo miraron como el compañero de su vida. Por entre ellas, y en celajes de color más encendido, flotaban los ángeles niños, que habían caído en la huesa desde el pecho de sus madres, alegres, bulliciosos, abandonados, sin más pensamiento que el de su eterna alegría y el de las alabanzas del Señor.

Perdíanse a veces en los más remotos términos del espacio, y aparecían allí radiantes aún, pero confusos como las formas de los ensueños; o se mostraban en las nubes más cercanas a la tierra, formando delicados y cariñosos grupos, y espiando con una sonrisa de esperanza la triste peregrinación de sus madres por el suelo. Aquel espectáculo sojuzgó el alma de Ricardo, y el entusiasmo, que era la

¹⁵ La expresión hará fortuna para referirse al propio Gil; R. Gullón la emplea como título de su ensayo *El poeta de las memorias* [Revista *Escorial*, año 10, núm. 29, 1943].

principal cualidad de su índole generosa, y que solo yacía adormecido en su alma por las penas, se despertó de repente en su corazón; lanzaron sus ojos extraños resplandores, y una especie de éxtasis artístico y religioso se apoderó de todas las facultades de su ser. Su pecho había palpitado con las vagas melancolías de Osián; las sublimes visiones del Dante, las apariciones espléndidas del Apocalipsis habían embargado su imaginación, y sus ojos se habían detenido fascinados delante de los lienzos de Murillo y de Rafael; pero jamás inspiración tan poderosa le había cautivado, jamás habían pasado por su mente tan profundas emociones. Quedó el joven embebecido en pensamientos de religión y de arte, doblóse involuntariamente su cabeza, y ni él mismo supo lo que por él pasaba.



La luz se apagaba de todo punto en la capilla, el sol se había escondido completamente, y solo la encendida nube enviaba un reflejo cada vez más pálido, que atravesaba sin fuerza las vidrieras y se perdía entre los celajes de la bóveda. Un extraño rumor, un rumor como lejano y delicioso, sacó de su distracción a nuestro poeta. Alzó los ojos y al punto volvió a cerrarlos como si un vértigo le acometiera, o porque su imaginación se había desarreglado con el tropel de sensaciones de aquella tarde memorable, o los ángeles se habían animado y, dejando las bóvedas, cruzaban el aire, lo alumbraban con el fulgor cambiante de sus alas y lo poblaban de inefables melodías.



Durante un rato que estuvo nuestro poeta con los ojos cerrados, su razón luchaba a brazo partido con su fantasía procurando sojuzgarla; pero su corazón a pesar suyo abrigaba una sensación dulcísima, un presentimiento de ventura, y su leal corazón jamás le había engañado. Abrió, pues, de nuevo los ojos y ya no le fue lícito dudar. Los ángeles niños flotaban entre nubes de magníficos arborescentes: sus bocas puras como un capullo de entreabierta rosa, entonaban los cantares de la ciudad mística; sus alas esplendentes y ligeras se revolvían lanzando suaves reflejos, y todo en derredor suyo respiraba el perfume y el abandono de la infancia.

Y los ángeles-virgenes pulsaban las arpas de oro, cruzaban por el viento con reposado compás, con frente melancólica pero radiante, y envueltos en nacaradas nubes parecidas al humo de los inciensos. Rosas blancas y marchitas coronaban sus arpas, y de cuando en cuando caían algunas a los pies del absorto poeta, y el poeta las cogía y las aspiraba con fe y encontraba perfumes purísimos bajo aquel velo de muerte.

La luz del Señor se había derramado en el místico recinto; la luz de la mañana, la luz de los presentimientos dichosos inundaba el alma de Ricardo, y le parecía encontrarse delante de una de aquellas auroras de su primera juventud, en que el inmenso cielo estaba azul por todas partes, y el horizonte teñido de rosa, de jazmín y de gualda. ¡Pobre poeta! ¡Cuánto tiempo hacía que su corazón no palpitaba con tanta dulzura! Desde las noches en que su amor se adormecía bajo los pabellones de la esperanza, nunca se había sentido tan venturoso.

Súbito una figura blanca y vaporosa se desprendió del coro de las vírgenes, cruzó el aire con sereno vuelo y quedó en pie delante del poeta. Un velo ligero y transparente ondeaba en torno de sus sienes; su vestido era blanco como el armiño y solo una cinta negra estaba atada a su cuello con descuidado lazo. Cuando el poeta la vio se empañaron sus ojos, y su corazón se paró como si fuese a morir bajo el peso de la memoria, que despertaba en él la pura aparición de su *ángel de ojos negros, de frente melancólica y de sonrisa angelical*.

Hubo un largo silencio durante el cual callaron las arpas y los himnos; uno de aquellos silencios inexplicables en que hay tanta alegría como amargura. Por fin, la virgen tomó la mano del poeta, le miró de hito en hito y le dijo con dulce voz los versos que Ricardo había compuesto para la noche de su despedida:

¡Pobre Ricardo! El ángel de la vida,
¿por qué extendió sus alas sobre ti?,
¿por qué tiñó tu juventud perdida
con el suave color del alhelí?

Tu amor como la espuma de los mares
frágil entre amarguras pasará,
y al eco de tus lúgubres cantares
nadie sobre la tierra llorará.

La virgen de tus sueños de pureza
flor solitaria de un abismo fue,
que alzó a mirarte la gentil cabeza
exhalando el aroma de su fe.

Pero nunca tus labios a besarla
en su pasión pudieron ¡ay! llegar,
y apagarán sus hojas su color...
¡Mísero corazón! ¿Por qué consumes
sin porvenir el fuego de tu amor?

Triste es decir adiós a la esperanza
junto a la puerta do asomó el placer...
mas pasaron las auras de bonanza
y sopla el huracán... ¡adiós, mujer!

¡Pobre Ricardo!, el ángel de la vida
al extender sus alas sobre ti,
cegó tus ojos con su luz mentida...
¡Sombras eternas morarán allí!

Hubo después de estos versos otro intervalo de silencio:

—¡Pobre Ricardo!, dijo la virgen con un suspiro doloroso.

—¡Oh! sí, ¡pobre Ricardo! —contestó el poeta—, mi vida se ha pasado sola como un sepulcro en medio de los campos, y tu memoria era la única que la acompañaba. Óyeme, Angélica, yo no sé si eres tú o es tu sombra la que me habla. ¡Ay, en mi corazón todas son sombras, y tú eras la más pura y más querida de ellas! ¡Ángel mío!, dime: ¿has visto tú mi abandono, mi soledad y mi pobreza? ¿Has visto tú mis humillaciones en medio de esta sociedad que ha consentido mi perdición cuando tenía dieciséis años, y mi corazón no pensaba más que en amarte? ¡Oh! dime como antes: «¡Ricardo mío!», y yo seré feliz. Y si no eres más que una ilusión de mi fantasía, déjame morir con mi ilusión.

—Es verdad —contestó la virgen—, algunos hombres han robado su manto a la justicia y nos han perdido. ¿Qué les habíamos hecho nosotros, pobres pájaros que solo les pedíamos la luz del sol, los cristales de las fuentes y un rosal donde cantar nuestros amores? ¡Ricardo, Ricardo mío! Yo he llorado mucho, porque lloraba por ti, y mi corazón te seguía por doquiera, y sangraba con las espinas de tu senda de amargura. Mi corazón se volvió a Dios y le mostró sus heridas, y le pidió bálsamo para curarlas, y Dios se apiadó de sus pesares, y mandó al ángel de la muerte que sacudiese sobre mí sus alas negras como las del cuervo, y el ángel las sacudió, y mi alma flotó por los espacios, y el Señor me colocó en el coro de mis hermanas las doncellas de los amores perdidos. Mis ojos entonces se volvieron hacia la tierra, y te vieron allí solitario, desamparado: tu corazón apagaba poco a poco su fuego, y solo por mí exhalaba alguna vez una llamarada. Yo sentí que el mío se partía y me postré llorosa ante el trono del Eterno.

—¡Señor! —le dije—, perdón para el hombre que amé en el suelo: su alma está triste hasta la muerte, y su fe vacila.

—El hombre que tú amas —respondió el Señor—, ha dudado, y su alma estará triste hasta morir. Pero baja a la tierra y consuélale, y dígale cantares que alivien su tristeza: no te mostrarás a sus ojos como la virgen de sus primeros amores, porque solo te ha de ver cuando su alma lllore al pie de los altares.

—Y yo bajé a la tierra y me fui a sentar a tu cabecera bajo el semblante de una musa tierna y melancólica, y te dí el laúd de ébano que has pulsado en la soledad. Yo te mostré tu pasado porque tu pasado era puro y virtuoso; y te oscurecí el porvenir porque era nublado en tu imaginación, donde imperaban los recuerdos como señores despóticos. Yo alcanzaba permiso del Señor para alzar de tarde en tarde una punta de tu velo, y por allí veías el porvenir del mundo libre, resplandeciente y feliz; yo he velado sobre ti siempre, porque te había coronado con las primeras flores de mi esperanza; yo te he querido, porque te quise con mi primer amor, y este amor es como las lámparas del cielo que nunca se apagan. Hoy has orado, y el Señor te ha permitido que me vieras entre la pompa de los ángeles y te ha recompensado de tu fe presentándome a tus ojos.

Las arpas de oro volvieron a sonar entonces, pero sus ecos dulcísimos y apagados se perdían por entre las bóvedas y apenas llegaban a morir en los oídos del poeta.

—¡Ricardo mío! —dijo el ángel—, ¿amas mucho la gloria?

—¡Oh! —respondió el poeta contristado— mi gloria eres tú, pero los lauros del amor no han crecido para mi frente, y yo quisiera laureles para ofrecértelos algún día en el paraíso.

Un ángel niño batió entonces sus alas de mariposa, trajo un laurel de oro y el ángel mujer lo puso sobre la cabeza del poeta.

—¡Toma —le dijo—, solitario poeta! Tus lágrimas y las mías han sacado las guirnaldas del amor; toma este laurel de oro y ojalá que tu fama vuele por los últimos ámbitos del mundo. Pero ¿habrá quien te adore como te adoro yo? ¡Oh!, no pierdas tu amor, porque es un perfume quemado en un altar y entre sus nubes alzarás tu vuelo hasta el trono del Señor. Tu Angélica ha cruzado ya las tinieblas de la huesa para llegar a los campos de la luz y tú las cruzarás también, porque tu Angélica te aguarda y las esperanzas del cielo nunca se agostan en flor.

Calló la virgen y el poeta sintió el blando contacto de sus cabellos en su semblante, sus labios estamparon en la frente de Ricardo un beso de castidad y de pureza, sus alas se agitaron con un blando estremecimiento, y cuando el arrobado joven abrió los ojos, ya la visión se había desvanecido.

Enseñoreaban las sombras la capilla, la música de las arpas de oro se había perdido en el silencio de las tinieblas y solo a los lejos se percibía un rumor débil y apagado como el de una bandada de palomas que surcan el viento. El poeta paseó por la oscuridad sus desolados ojos, rodeó con ellos la capilla y solo encontró en todas partes la noche y el silencio. Por una de aquellas ilusiones de óptica que tan fáciles son en las horas del crepúsculo, la ermita se ensanchó de un modo increíble a su vista: su bóveda le pareció más alta que la de las góticas catedrales, y allá, en lo más encumbrado de la cúpula, fingían sus ojos dulces reverberaciones, más pálidas que las que despedían las alas de los ángeles, pero tan apacibles y serenas como aquellas. Sin duda la tribu luminosa se había parado allí un instante para darle el último adiós.

Entonces el tañido de una campana se derramó solemne y religioso por aquellas soledades, vibró con particular acento en todos los ángulos

de la capilla, y el poeta cayó de hinojos delante del altar borrado por las sombras. Aquella campana que sonaba en el crepúsculo, como para recordar la incertidumbre de la vida, llamaba a los fieles a orar sobre los muertos; y Ricardo, que había perdido a su padre, el amigo de su niñez y el amor de su juventud, oró sobre las cenizas de los tres, y el eco santo de los altares repitió su oración como en prueba de que el cielo le había escuchado.

Cuando se acabó su plegaria, sus ojos se alzaron a la cúpula de la ermita esperando encontrar en ella el velo flotante de las vírgenes, pero todo había desaparecido, y la noche envolvía la tierra entre su oscuridad. Los ángeles habían aguardado allí la oración del poeta, suspendidos entre la tierra y el cielo, y la habían llevado palpitante y fervorosa a los pies del Altísimo.



Desde aquella tarde memorable las tristezas de Ricardo tuvieron una tinta más plácida y, bien que los recuerdos de sus pasadas venturas anublasen su espíritu, la reminiscencia de la gloriosa aparición era una especie de luna que todo lo plateaba en su memoria. Muchas veces iba a esperar el crepúsculo vespertino en el paseo de San Antonio de la Florida, y el paso por delante de sus puertas le era dulce como una cita de amores. Aquellas noches era tranquilo su sueño y poblado además de ensueños de esperanza, de amor y de justicia.

El Correo Nacional, núms. 270 y 271, 12 y 13 de noviembre de 1838

Ω
Último viaje: Diario Madrid-Berlín
Enrique Gil



Cuadros de una peregrinación

JOSÉ LUIS SUÁREZ ROCA



Peregrino enfermo

El bardo de la niebla contempla por última vez los muros de París: levanta los ojos hacia “la capital del mundo civilizado” –lejos los jardines de Versalles, allá las brasas de la asombrosa Exposición de la Industria Francesa–, y exclama un versículo de peregrino desencantado al partir en la malle-poste:

—¡Adiós París en el crepúsculo estival!

¿Qué le ha sucedido al poeta en París? Durante los tres meses del verano de 1844 se ha sentido en la ciudad del Sena como en su “querida España”. Y sin embargo muy pocas, tres o cuatro ‘impresiones’ nos ha dejado escritas sobre su vivir en esa “especie de patria común” que era entonces el París realista y posromántico. ¿Con qué pintores, con qué poetas y músicos, con qué exiliados españoles ha convivido y conversado Enrique Gil?

Apenas abandona el sueño de París comienza a redactar el Diario de su viaje hasta el cielo de Berlín, un relato de su ‘largo viaje’... hacia la tumba. ¿Quién ha escrito que la lectura de este Diario es decepcionante?

¿Decepcionante el descubrir cómo vibra el alma de un romántico español de veintinueve años, herido de melancolía y fascinación por las catedrales, los cementerios, los castillos en ruinas, los ríos con sus nieblas, los crepúsculos y el mar?

Al poeta hace cinco años que le han brotado nenúfares en los pulmones. Al joven bardo tuberculoso le espanta la imagen de su morir entre los raíles de la Nada. Y no existe un medicamento más eficaz contra los repentinos ataques de la desconsolación que hacer literatura diaria con pedazos de su peregrinaje.

Vedlo ahí abatido en el asiento de la diligencia: el bardo español enfermo rodando por las rutas del norte de una Europa en brumas revolucionarias. ¡Cómo dormir con el ruido diabólico de esos carruajes en medio de las tinieblas! Camino de la ciudad de Lille, la noche ha debido ser terrible, y sin embargo no derrama su dolor en el Diario con tintes sombríos ni dramatismos retóricos:

—He pasado muy mal la noche, como de costumbre en estos carruajes, vomitando a menudo, y muy desasosegado.

Casi todas las noches que viaja en diligencia las pasa con sus “acostumbradas ansias de estómago, y vomitando mucho”. Vedlo ahí rendido, monologando su tribulación, tosiendo sus huesos de peregrino atlántico. ¡Y esa lluvia pertinaz que tanto le mortifica! Se ha quedado Enrique Gil meditando en su jardín terminal.

Bajo la lluvia

Con su levita de fino paño gris, corbata de plastrón bajo el cuello de pajarita, pantalón ajustado, y esa tez pálida, cabello castaño claro, casi rubio, y ojos azules, podría pasar nuestro joven diplomático berciano por un apuesto y misterioso espía alemán. Su fisonomía debía de ser hermosa.

Se halla un mediodía de agosto contemplando embebecido un paisaje de ensueño: la ciudadela de Ehrenbreitstein, en la desembocadura del Mosela... una fortaleza “que lo enseñoera todo con su soberbia mole de baluartes”. Y de pronto un nubarrón traicionero comienza a desgajarse, se desata la lluvia reciamente... Y corre, corre el poeta sorprendido a guarecerse en la garita de un centinela. Se le agitan los nenúfares en los pulmones, la luz se le llena de manchas, el agua le acerca la piel...

Al fin lo acoge cordialmente el buen soldado en su casilla, cuando ya la lluvia lo ha dejado “como un pollo caído en un pozo”. Vedlo empapado, tiritando, caminando deprisa hasta el hotel del Gigante, en la bella ciudad de Coblenza, para ponerse otra ropa:

—Yo sentí mucho no disfrutar por más tiempo de aquella perspectiva magnífica. Pero el agua fría no es grande amiga de mis nervios, y tuve que venir a mudarme.

La lluvia, la humedad y el frío agitaban su mal contenida dolencia, pero el poeta lo silenciaba, silencia que su ánimo ahora, en la noche de Coblenza, está empapado de esa tristura nórdica que la lluvia ha esparcido por sus calles.

Frente al mar

Imaginad ahora al bardo del Noroeste frente al mar del Norte. El deseo de ver el mar del Norte es el que le ha traído a la ciudad belga de Ostende. Se está haciendo de noche, pero antes de retirarse a descansar quiere ver el mar. Pasea solo por la playa. Aunque calma, la atmósfera está húmeda y pesada: las olas apenas mueven “el más leve rumor”. No se encuentra bien el poeta, levísima sombra recortada contra el horizonte ensombrecido. Regresa al hotel decepcionado: no ha sido muy agradable el espectáculo que ha contemplado. ¿Qué esperaba hallar su alma atormentada?

Al día siguiente —no ha dormido apenas—, se levanta muy de madrugada y se encamina de nuevo al arenal. La mañana está muy fría, corre un viento muy fuerte y del cielo se desploman violentos chaparrones. Pero ahora sí, ahora es soberbio el espectáculo de aquella inmensa llanura, “alborotada como una muchedumbre amotinada” y cuyas verdosas olas gigantes se estrellan contra el malecón, “desparramándose por el aire en menudas gotas”.

Una vez más se le alborotan al poeta los nenúfares en sus pulmones. Se le alborotan las angustias, se arroja su corazón en brazos del desasosiego... Las cenizas del mar le están entristeciendo el espíritu. Su alma se funde con el paisaje. ¿Qué le conturba entonces? ¿De qué naturaleza son esos nublados que le amenazan, esos “otros nublados peores que hay y más difíciles de disipar”?

¿Cuántas horas habría pasado Enrique Gil a orillas del mar de Holanda? De frente, el mar; y a sus espaldas, las dolencias del presente. De frente el mar y sus tremendas interrogaciones...

En Scheveningen, la ciudad que cuarenta años después iba a inmortalizar Van Gogh, la tarde del 25 de agosto, después de comer, ha ido en compañía de sus colegas del cuerpo diplomático al balneario que se alza frente al mar. Es seductora la música que suena en el salón, pero prefiere Gil escuchar las estremecedoras melodías del mar: el mar que viene a estrellarse con violencia en las dunas... Presenta la playa a lo lejos “el mismo desolado y estéril aspecto” que pocos días antes ofrecía en Ostende. El oscurecer de este día, sin embargo, es sereno y sosegado. Escuchad al pasajero, así revela su deseo contra el viento:

—Cada día me inspira más amor este elemento, y si viviera en puerto, su orilla sería mi paseo favorito.

El bardo en el lago



El bardo de la niebla, tras haber comido en la ciudad renana de Andernach, ha salido en una carretela de un caballo con ánimo de visitar la abadía y el lago de Laach. Los parajes del Bierzo que lleva grabados en su nostalgia de pronto se le encienden al contemplar los colores del campo y las colinas del país. La abadía está situada a la vera de bosques frondosísimos y a la orilla de una tranquila y fresquísimas balsa que le sirve de espejo: el lago de Laach. He ahí al poeta perdido en la verdura y lozanía de esos bosques. ¿Son los bosques del Bierzo, las montañas que se elevan entre Peñalba y Montes, lo que está contemplando?

—No es fácil figurarse cuánto suavizan y animan aquellas laderas estas verdes espesuras, ni con qué placer se pierde la imaginación en sus abrigos y sombras misteriosas.

He ahí al poeta sobrenadando como un espectro enfermo el lago de Laach: con sus árboles hasta el borde mismo del agua, este lago es delicioso “y su apartamento apacible en sumo grado”. Se pasea Enrique Gil por sus orillas, observa el movimiento de las aguas, rizadas por el viento, y el raro mosaico y desvanecimiento de tintas que forman las diferentes nubes esparcidas de trecho en trecho por el cielo en ese espejo. ¿No estarán viendo algo más sus ojos de peregrino visionario? ¿No estarán pasando por el espejo de su mente las escenas que iluminaron en otro tiempo las aguas de la leyenda del lago de Carucedo? Agitan su memoria las vistas de aquel lago legendario y los paseos que dio por sus orillas. Le fascina este lago renano, pero no tanto como el de

su tierra natal, “mucho más grande, más variado, más hermoso y más lleno de recuerdos, si no tan fresco y apacible”. Se encuentra el poeta en estado de dulce y apacible soledad. La calma y la belleza que desprenden la abadía y el lago de Laach se contagian, “se pegan extraordinariamente al alma”. Pasea bajo las bóvedas altas y espaciosas del claustro, su imaginación se transporta al mundo medieval, su alma se extasía en esa serenísima soledad. ¿Cómo perpetuar ese mágico momento? Gil desearía quedarse a morar “ahí”, a ‘morir’ en un lugar tan bello como el que está contemplando:

—Para acabar los días de la vida apenas acierta el deseo a pedir más sino la posesión de un terreno y retiro como este.

En un salón de baile

El poeta va a asistir a un baile en el Kursaal de la linda ciudad de Wiesbaden. Antes, y para evitar la soledad que desazona, ha ido a visitar el castillo arruinado de Sonneberg. Las escenas pastorales que contempla serán grabadas con esmero en su *Diario*.

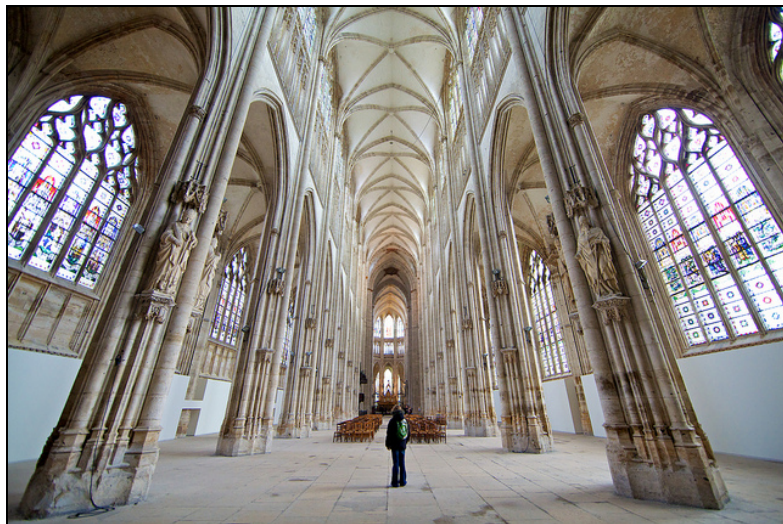
A la vuelta, los salones y jardines del casino están concurridos y brillantes. Advierte Gil que entre esas gentes predomina el tipo alemán, y que escasean las mujeres hermosas. Desde las diez hasta las once de la noche presenciara el baile, menos animado de lo que se había figurado. Le extraña el poco gusto de los tocados y atavíos que visten casi todos los asistentes. Y tan descuidados le parecen, que el suyo, ese traje que se ha puesto para la ocasión, podría parecer demasiado afectado:

—Me habían dicho que en cuanto al traje había un poco de escrupulosidad, y yo había seguido el aviso aderezándome un poco, cosa de que me pesó, pues sin que hubiera sido tal mi ánimo, podía pasar por extrema mi compostura al lado de otras descuidadas.

En una esquina del salón se ha situado. Parece un espía de un país del norte. Está observando cómo danzan las parejas más jóvenes. ¿No sabe bailar los vales y las polcas que están los músicos tocando? ¿O acaso de golpe han asaltado su imaginación escenas amorosas de su primera juventud? Vedlo ahí, esquinado con su impecable traje de galán español, solitario de ojos azules que miran más allá de la música...

La función ha comenzado a decaer. Son las once, y el bardo fiel a su invisible amante reacciona con cierto desdén: sale del casino “con las primeras mamás soñolientas y las primeras niñas contrariadas”. ¿A quién hubiera podido contarle su secreto? ¿En qué imagen de amante lejana pensaba el espía del Bierzo esa noche en el Casino de Wiesbaden?

Perdido en el templo



16

En la ciudad de Rouen visita Gil la abadía de Saint-Ouen. Se estremece al ver descollar el templo sobre un cielo azul y diáfano y bañado por los rayos del sol:

—Parecía desprenderse de la tierra, como se desprenden los pensamientos que inspira.

Pero antes lo ha visto bajo otra luz, y un vértigo de misticismo ha sufrido el bardo escéptico. La oscuridad del cielo había apagado los colores de las vidrieras, el coro estaba colgado todavía de negro por unas exequias que se acababan de celebrar, no había nadie en el templo, y la lluvia que había comenzado a desatarse parecía envolver el alma “en esa nube de tristeza desalentada y abatida que rara vez deja de apoderarse de la imaginación de los hijos del mediodía en las regiones del Norte”. Tal espectáculo, sin embargo, confiesa Gil, purifica los sentimientos y eleva las ideas, como si difundiese un perfume suavísimo por aquel vacío del corazón que sienten en todas las grandes ocasiones las almas bien templadas que los desengaños del mundo y el desvanecimiento de los sueños generosos ensanchan sin medida, y que con tanta violencia impele el alma hacia las fuentes de la religión y de un consuelo que rara vez acierta a dar la tierra.

Así ha expresado el peregrino esa conmoción religiosa que ha sufrido en el templo “más puro, aéreo y delicado” que han visto sus ojos en el género gótico.

—Mil veces he recorrido la catedral de León, una de las más ricas y atrevidas que posee nuestra España, si no la más, y sin embargo con la

¹⁶ Saint-Ouen en la actualidad, © Francisco Barranco, 2011, cortesía del autor.

sinceridad que debe caracterizar a un viajero, confieso que no llega a la unidad, concierto y reposo que como un aliento vital parece animar a Saint-Ouen.

Y en Bruselas, Gante, Brujas... En las ciudades belgas, en sus iglesias, en sus museos, en sus calles, decrecen la soledad y el desasosiego que acompañan al poeta: resuenan ahí los ecos del pasado, del pasado histórico español... Y se conmueve:

—En toda esta tierra es imposible dar un paso sin tropezar con las reliquias de nuestra pasada grandeza, cosa triste y que más de una vez me ha oprimido el corazón.

La nostalgia del pasado feliz, de su niñez y adolescencia, se le acrecienta, arremete contra su intelecto romántico atormentado por la duda, contra el escéptico que ha nadado más allá de la corriente de la fe católica y sus tradiciones. A las once de la noche del 15 de agosto se confiesa: “Todo el día de hoy ha estado lleno de sensaciones vivas para mí”. ¿Qué experiencias ha sufrido? Ha ido a ver una exposición de cuadros en una casa de beneficencia dirigida por hermanas de la caridad. Ante esas candorosas criaturas una vez más se ha vuelto a avergonzar de sí mismo:

—Una de ellas me ha enseñado todo, y en su conversación y modales he encontrado aquel santo candor e igualdad de espíritu que tantas veces me ha cautivado en España en estas sublimes mujeres. Su sacrificio no puede ser más grande: su obra es oscura, pero como son oscuras las perlas en el fondo del agua... Delante de estas criaturas siempre me he avergonzado de mí mismo, pensando en la fortaleza de un ser tan débil naturalmente.

En las iglesias de Gante se celebran oficios con músicas sublimes; en las de Brujas la celebración de vísperas se hace con gran pompa y son multitud los fieles que asisten. La música sagrada, los aromas orientales, la belleza de la luz que derraman los retablos... Ahí entonces al joven pasajero descastado lo traspasa una luz sobrenatural: de golpe se siente unido a la muchedumbre, y a través del hilo irracional de la redención ‘padece’ una experiencia religiosa que lo transporta al mundo de la infancia feliz...

—Si la religión no fuese santa por sí, nuestra razón debiera divinizarla.

En un país extranjero, absolutamente solo, a millares encuentra “hermanos que vuelven los ojos al mismo Padre”. Ese estado casi místico al que se siente transportado es aquel mundo al que “su madre piadosa lo llevaba de muy niño”. La verdadera patria está en las alturas. ¿Dónde la patria de aquí abajo, su familia y aquellas fiestas católicas que tanto lo alegraban en su infancia y primera juventud?

Mas todas esas luces religiosas no le llegan sino por medio de una espesa niebla hasta sus ojos, la niebla del conocimiento racionalista y el turbulento

escepticismo... Se encorva el poeta, apoya su frente sobre la fría columna del templo, no se atreve a levantar sus ojos de la losa sagrada... vislumbra su paraíso perdido... Y al llegar la noche deja escrita la siguiente ‘iluminación’:

—Yo he querido, como tantos otros, buscar la ciencia y la verdad por mí mismo; de las creencias que nunca debiéramos no ya perder, sino ni aun arriesgar, me queda lo que de salud resta a los enfermos; lo bastante para ambicionar y echar de menos cosas que difícilmente volverán.

En barco por el Rhin

¡Oh, tú, el más hermoso de los ríos! Contra las primeras luces del alba queda estampada su figura: ahí el bardo del Bierzo navegando en barco de vapor por las legendarias aguas del Rhin. La alegría de su paisaje sentimental es infinita. La música del Rhin se desliza sobre su imaginación romántica como en los poemas de Byron. Gil lleva entre sus manos *Las peregrinaciones de Childe Harold*. Y Gil tendrá el poder y la debilidad de transfigurarse en Childe: la mirada y el vértigo del héroe byroniano los lleva clavados en el corazón. Desde la penúltima madrugada del mes de agosto, durante los dieciocho días de navegación por las aguas del Rhin, Childe Harold se convierte en su acompañante íntimo.

—¡Es el Rhin un río lleno de poesía que por sí solo embellece la tierra por donde pasa!

Y el humo de los barcos... esos vapores que pasan velozmente, dejando en el aire un rastro muy largo de humo. Ahí va el peregrino del Sil surcando las aguas sagradas del Rhin, embelesándose con los castillos, las fortalezas y las ruinas que se despliegan a su paso. ¡Y esos efectos de la luz en la superficie! De repente se aparece la niebla, tan densa es la niebla que el capitán ha de detener el barco...

¡Por fin sale el sol! Oh, qué dichosas parecen todas esas gentes del pueblo que van desembarcando: “Lord Byron dice que son felices como la escena, y es cierto”. ¿Y él? El primer día se le ha pasado “muy agradablemente”, pero ¿qué torbellino espiritual ha estado agitándole? ¿Qué sombras como angustias no ha podido espantar de su memoria?

—Solo un deseo se me ha ocurrido, el mismo que a Childe Harold: que las aguas de este río fuesen las del Leteo y lavasen mi memoria de ciertos sedimentos acres y amargos.

Ese era el pensamiento de Gil-Harold mientras seguía con la vista el curso del río. Las arrugas surcan su sombría frente. Y entonces se le oye declamar:

—Cuántas fueron las veces que Harold amó o soñó que amaba, pues el éxtasis del amar no es más que un sueño. Pero su corazón melancólico se había insensibilizado, no había bebido aún Harold el agua de Leteo... ¿Qué requieren tus ondas para que mi ilusión sea completa? ¿Será la virtud del Leteo?... Tus aguas rodarán en vano sobre los dolorosos sueños de mi memoria...¹⁷.

No obstante, las bellezas que incesantemente le ofrece ahí la naturaleza disipan su angustia. Recupera el peregrino del Sil su estado de exaltación. Las leyendas que le van recitando las aguas del Rhin le transbordan al esplendor medieval... en ruinas: el castillo de Rolando, la cueva del dragón muerto a manos de Sigfrido, el héroe del cantar de los Nibelungos... Es mágico el paisaje con sus castillos arruinados, sus declives de viñedos y sobre todo la soberbia masa del río...

—En el camino, pero sobre todo en la perspectiva de las Siete Montañas, he encontrado grandes semejanzas con otras escenas iguales de España, sobre todo en León.

Y se le aparecen islas como de otro mundo, la “preciosa isla” de Nonnenwerth... ¡Qué pena —se queja— no disponer de más días para vivir y meditar en sus jardines en medio del río! Y los castillos de Godesberg y Rolandseck, las ruinas de la abadía de Heisterbach... Es hermoso el país que va descubriendo, un pequeño paraíso. Aunque lord Byron no lo hubiese cantado en su *Childe Harold*, “sin versos ni poetas, sería siempre uno de los sitios más hermosos que la fantasía más rica pudiera imaginar”.

Navega embelesado el bardo del Bierzo, es “imposible de borrar en la imaginación” la belleza del espectáculo que está contemplando. Nunca había visto tantos cuadros naturales y tan hermosos en un solo día. Cae la tarde y atraviesa su barco el Rhin a la dudosa luz del crepúsculo, “cuadro admirable por el color un poco encendido y el sosiego del agua, y más que todo, por el Drachenfels, que pintaba en el fondo su descarnado esqueleto no lejos de los flexibles chopos de Nonnenwerth y de los arcos vestidos de yedra de Rolandseck...”

Pero entre las grietas de su efímera felicidad se han asomado una vez más los gérmenes de la depresión más profunda. Gil, lo mismo que el peregrino byroniano, ha sentido la llamada del ‘mal romántico’, el deseo de fundirse con las ruinas, de abrirse paso hacia la nada en brazos de la eternidad. ¿Qué concreta dolencia existencial está perturbándole el alma? ¿Y será tan poderoso ese misterioso mal que podría arrojarle a los abismos del suicido? ¿O procede

¹⁷ Lord Byron, *Las peregrinaciones de Childe Harold*, Canto I, lxxxii y Canto III, xlix-l.

acaso su amargor de la presencia en su piel de una pasión de amor nunca satisfecha? Así lo expresa bajo la soledad de la noche en su *Diario*:

—En realidad esto pudiera llenar el hueco del deseo más exigente, si en ciertas disposiciones del alma no hubiese algo de enfermo y desasosegado. La compañía que he tenido, tal vez, me ha impedido un poco gozar del paisaje; pero en el fondo me alegro, porque ha comprimido ciertos malos gérmenes que con la soledad se desarrollan a pesar de mis esfuerzos.

¡Oh Rhin, tu nombre irá en adelante siempre atado en su memoria “a ideas de dulzura y de simpatía...” El Rhin crecido y majestuoso corre a ocultarse en la garganta de Andernach. Y allá arriba la ciudadela de Ehrenbreitstein. Y aquí, en esta ciudad de Coblenza, la ciudad mejor situada que hasta ahora ha visto en el Rhin, y tal vez en ninguna otra parte...

—Si la suerte me condenase a vivir y morir lejos de los míos, este pueblo escogería.

¡Salud al peregrino del Rhin camino de Berlín! Su cara y su alma traspasadas por el romanticismo del Rhin, y esa su melancolía que se enciende al escuchar los misterios medievales... La noche se ha puesto muy oscura y tempestuosa. El Rhin se ha sumido en las tinieblas. Los relámpagos dejan ver de cuando en cuando las colinas lejanas con una tinta lívida, y revisten de una apariencia siniestra las encastilladas rocas de Ehrenbreitstein...

No cesa el Rhin de desplegar bellezas y fantasías de otra edad... Poco esfuerzo tiene que hacer la imaginación para trasladarse a los tenebrosos tiempos de la Edad Media a la vista de tantos castillos en las montañas, de tantos pueblos amurallados debajo de ellos, y sobre todo de aquel paisaje áspero y sombrío que tan bien se aviene con las ideas que naturalmente excitan los recuerdos de aquellos días...

La fascinación del pasajero es cada vez más intensa ante el hermoso panorama que ofrece el curso del Rhin. El viaje por el Rhin... es un viaje interior hasta las aguas del Sil: el Rhin y un valle “angosto pero lindo”, un valle con un arroyo en el fondo, “que parece vivo retrato del de Agadán en el Bierzo”. El Rhin y otro valle lindo, el ‘valle suizo’, pero que “ni aun iguala a muchos de los que he visto en la provincia de León.” Y más ruinas de castillos, columnas derruidas en las que cree encontrar un recuerdo de la patria.

Corre el Rhin tumultuosamente, y son sublimes los panoramas que lo adornan. Apenas cinco días le quedan a Gil para despedirse del Rhin. Y se despedirá de él en su más hermoso teatro, honrando al poeta que ha venido acompañándole, al héroe que lleva en su corazón, al enormísimo Byron, al peregrino Childe Harold:

—La descripción del Rhin que ha hecho Byron en *Childe Harold* no solo es hermosa como poesía, sino de extraordinaria exactitud.

Antes de despedirse del Rhin habéis de verlo navegando río abajo en botes y lanchas hasta los muelles y pueblos de donde parten los caminos que le conducen a las alturas de Rheinstein y Niederwald, ruinas que le inspiran los pasajes tal vez más líricos que redacta en su *Diario* la primera noche que pernocta en Wiesbaden... Las estrechas gargantas del río, los puentes de piedra, y las islas verdes que divisa, llenas de mimbreras las unas, coronadas de altos y acopados árboles las otras... Gozando va Enrique Gil “de lo blando y terrible” del Rhin.

No en barco sino en tren llega al escenario donde ha de despedirse del Rhin. En la ciudad de Maguncia apenas ha tenido tiempo para poder acercarse al mítico lugar. Ved ahí al peregrino del Sil, a la orilla derecha del Rhin, de pie, temblando de emoción poética, presintiendo que tal vez nunca más volverá a ver el río sagrado de Germania. Y entonces abre las alas de su voz trémula y romántica y, con sus ojos azules de bardo del Noroeste Atlántico, le recita al Rhin las estrofas con que Childe Harold se había de él despedido:

—¡Adiós, bello río del Rhin! El extranjero se aleja penosamente de tus orillas, ¡cuán dulce es para dos almas unidas, o para la contemplación solitaria, extraviarse en tan embelesador paraje!... Te repito mi adiós, oh, tú, el más hermoso de los ríos...¹⁸.

Escuchando canciones de la tierra

En realidad el paisaje de su alma es una constante despedida. Y su soledad...

—Mi soledad es agradable casi siempre para mí, aunque sin duda peligrosa...

¿Y acaso no es medicinal el lenguaje de la música? ¿Qué dice la música, qué dicen las canciones de la tierra que a veces rozan su corazón al anochecer? En una calle de la ciudad de Amberes se ha sentado a la mesa de una taberna a escuchar esas canciones...

—Uno solo llevaba la voz y los demás formaban coro para responder. El primero tenía un metal de voz de una calidad excelente y muy pastoso. Cantaban con bastante afinación, y aunque la canción distaba mucho de las populares nuestras en el sentimiento, tenía dulzura y melodía...

La noche siguiente a la despedida del Rhin vaga por las calles más bulliciosas de Frankfurt, pasa un largo rato en un delicioso jardín a la orilla del Main, “donde había una música bastante buena”, y de regreso a casa encuentra

¹⁸ Lord Byron, *Las peregrinaciones de Childe Harold*, Canto III, lix-lx.

a un cantor callejero al que acompaña un arpista... ¿Qué le dicen a su alma las canciones alemanas que cantan esos músicos vagabundos? Esa voz tan agradable, esa música tan suave y dulce... De esos músicos ambulantes hay infinitos. Le sumergen sus canciones en los largos pentagramas de la ausencia... Esos músicos vagabundos, chicuelos la mayoría de ellos, que andan tocando y cantando por las calles... ¿De qué le hablan esas canciones que al anochecer repican en su brumosa geografía?

Vedle ahora asomado a la ventana de la habitación de la fonda donde duerme. Todavía se extravía su imaginación entre las tumbas del cementerio de la ciudad de Göttingen que acaba de visitar. Y entonces ve pasar a dos o tres hombres y una mujer por debajo de la muralla “cantando una canción de una dulzura y melodía particulares, aunque monótona...” ¿Ni una sola lágrima derramaría el poeta? Nada dejará escrito sobre los sentimientos, sobre las emociones que le despertarían... Pero cada vez que escucha las canciones de la tierra le hieren los dardos de la soledad: la soledad que siente entonces es inmensa.

Pan de centeno y jamón crudo

El poeta también come y bebe. No sabemos si Gil pasa hambre y sed en los carruajes, por las carreteras y caminos de hierro... Apenas si apunta en el *Diario* dos o tres notas sobre la ceremonia del comer y el beber entre las gentes del norte de Europa.

Las gentes de Bélgica ejercen la hospitalidad del mismo modo que en España, y son de una cordialidad muy grande. Las horas de comer, advierte el peregrino, son las mismas que en las provincias de España, y las instancias y agasajos, de la misma especie. Aquí ha vuelto a encontrar la ‘familia’ tal como en España cree que se concibe, “y cuyo rastro había perdido en Francia”. Y no se ha sentido tan solo como esperaba:

—En las pocas horas que he corrido por estos caminos, puedo decir que he hablado más que en los varios días que han durado mis viajes por el vecino reino. No parece sino que del trato y correspondencia antigua han quedado ciertos ecos que se despiertan al menor sonido.

Un mediodía ha salido el peregrino de la ciudad de Godesberg, y tras haber cruzado el río, en Königswinter, ha comido “en mesa común, en medio de una concurrencia animadísima”. Le llaman la atención los naturales “por su buen humor y el gusto con que despachan sus botellas juntando los vasos”. A su lado se han sentado cuatro jóvenes, que podían ser estudiantes, y el más cercano sostiene con él una larga conversación en francés llena de candor y de franqueza... Ved ahí al poeta extranjero compartiendo el vino que bebe el

estudiante alemán, la alegría del licor del Rin que arrincona las máscaras de la desolación.

En Homburgo, en el Kursaal, “templo del dios vil del juego”, ha comido perfectamente y muy barato:

—Yo, que no bebí vino, no gasté sino un florín, dos pesetas, en una comida de quince platos tal vez. Esto es prodigiosamente barato en Alemania, aunque el número de huéspedes lo explica.

En el sitio de caza del conde de Bassensien ha descansado un rato, y ahí unos compañeros de viaje ingleses han descorchado una botella de vino del mismo paraje, para huir de la ociosidad. ¿Qué aromas desprendía aquel vino del Rin?

Solo en una ocasión específica el poeta la clase de alimento que ha ingerido por el camino, en la posada de una región de nieblas cuyos habitantes, aunque se jactaban de tener sus campos bien cultivados, le parecieron pobres:

—Donde nos paramos a comer nos dieron pan de centeno y, entre los platos, jamón crudo.

En el cementerio de Frankfurt

Le azuza el deseo de llegar pronto a Berlín. Es cada día más febril su mirada, ¡y cómo va creciendo su excitación...! En Frankfurt, tras haber contemplado algunos cuadros en el Museo de Pinturas y admirado con delectación la estatua de Ariadna en el jardín de ensueño de Moritz von Bethmann, banquero judío, visita el cementerio. Su pasión romántica por la Muerte ya le había arrastrado al cementerio del Père Lachaise en París y otros camposantos...

Pero ved ahora al bardo de la niebla pisando las desolaciones que crecen entre las tumbas del bellísimo cementerio de Frankfurt. Se le amontonan los cadáveres en su corazón errante. Está meditando sobre las tumbas de las ausencias, sobre las lejanías con nombres de amores estrangulados... ¡Si entre esos silencios de pronto se apareciese la Muerte!

Se admira de lo sencillos que son los monumentos: una cruz de mármol, o de piedra de grano, o de madera, en que se lee el nombre del muerto... sombreada por sauces llorones, y adornada y rodeada de flores. No se nota ese “empeño de encubrir”, de “disfrazar a la muerte”, que ha observado en los cementerios de Francia. En este cementerio alemán “se la suaviza y hermosea en lo posible”. Si entre esas flores se apareciera la Muerte, imagina Gil que parecería “la virgen misteriosa de los últimos amores”: así la había pintado en sus versos su “querido y malogrado” Espronceda, a quien recuerda ahí, admirando una tumba hermosa... “Es eterno su amor”, murmura. ¿Acaso está deseándola? ¿Tan atractiva está sintiendo a la Muerte? No ha dejado de rondarle por su mente una indolora declinación... ¡Tanta paz y sosiego hay en

la morada “del postrero y perdurable descanso”!, escribirá en la noche bella de Frankfurt.

Penetra luego Gil en el cementerio judío y no se explica tal contraste: “No se ven sino piedras sepulcrales sin flores, árboles ni adornos de ninguna clase”. ¿Será porque es distinto su sentimiento de la muerte? Pero tanta aridez, tanta austeridad –así piensa el poeta alejándose de todos sus muertos– “desentona al lado de un cuadro tan dulce y melancólicamente hermoso.”

En tren hacia Berlín

¡Adiós, bardo del Bierzo! Siempre fue esa palabra, “adiós”, voz que aflige nuestros oídos, Gil-Harold...

Cae música de violas vagabundas sobre el andén de la estación de ferrocarril de Magdeburgo. Se ha subido el poeta atlántico al tren que ha de llevarle hasta la ciudad de su expiración. Ahí está como ausente, sus cabellos casi rubios contra el cristal, sus cansados ojos azules mirando por la ventanilla más allá de las chimeneas de los barcos que surcan el río, mucho más allá del Elba y el brumoso horizonte del otoño germánico...

El espectro al que está mirando Gil es un héroe de su infancia: ¡es el barón Trenck! El barón Trenck, “cuyo cautiverio y aventuras tan ansiosamente leía en mi primera edad, bien ajeno entonces de que algún día había de visitar su teatro”. El barón Trenck, caballero prusiano que había vivido una vida llena de desventuras amorosas. El barón Trenck, fervoroso amante, espía y escritor que había realizado misiones diplomáticas por encargo de la emperatriz María Teresa de Austria y que fuera ejecutado en París... ¡Al espectro del barón Trenck, sombra de sí mismo, se ha quedado mirando Enrique Gil! ¡Al héroe de su niñez ha consagrado Gil el cuadro final de su literatura!

Silba la salida del tren con destino a Berlín su resplandeciente locomotora, la metáfora más romántica de la belleza industrial. Silba la máquina y relumbran los farolitos de los carruajes, retiemblan los cristales de las ventanillas, se empañan los rostros que entonan su despedida en el andén. Vedlo por última vez, en tren rodando al peregrino del Sil, iluminado por una lírica luz crepuscular, mirando hacia el sol verde y último de Berlín.

¡Adiós, Gil-Harold! ¡Adiós, bardo de la niebla!

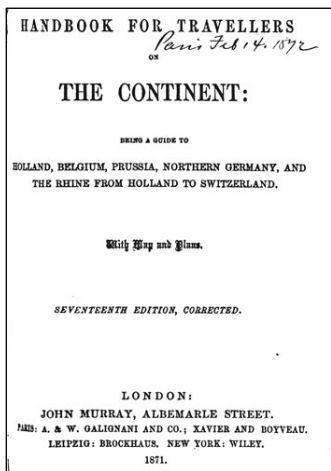




Fig. 37. — Exposition des produits de l'industrie française, dans la cour du Louvre (1804).

Durante cinco meses, Gil recorre más de 4000 km. por el corazón de Europa en barco de vapor (marítimo y fluvial), en diligencia y coches de postas, y en el recién inaugurado «camino de hierro». La minuciosa reconstrucción del itinerario que hace Picoche deja alguna duda: Gil se despide de *El Laberinto* el 1 de abril ¹⁹, pero no embarca hacia Marsella hasta el 20 de mayo, ¿tardó mes y medio en el trayecto Madrid-Valencia-Barcelona, que solía cubrirse en diez o doce jornadas? Es posible que Gil demorase la salida, pues la 1ª orden de la Real Pagaduría por la que se le entregan diez mil reales para gastos de viaje es del 11 de abril, de modo que Gil aún tardaría algún tiempo en cobrar su provisión y emprender el viaje, más bien hacia finales de abril.

¹⁹ Tras cinco meses escribiendo *Revista de la quincena*, Gil se despide con sencillez y elegancia el 1 de abril de 1844 y muy pocos días después (“a principios de abril”, dice Picoche) emprende su viaje a Berlín. Véase en *Crítica teatral*, BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, volumen IV, p. 315 y ss.



Lo más sorprendente es que, salvo una mención en la 2ª comunicación que Gil remite desde París, apenas hoy noticia de esta primera etapa, en la que calca la ruta de Mesonero Romanos en 1834, usando su libro como guía²⁰. A partir de París, sin embargo, para su periplo por los Países Bajos y Prusia, Gil lleva como libro de cabecera la *Guía* de John Murray²¹, un texto prodigioso del que obtiene muchísima información, en especial de museos y obras de arte, a tal punto que podría hacerse una

lectura paralela Gil/Murray, pero sería fatigoso, por lo que apenas anotamos alguna referencia a pie de página. Otro cabo sin atar que requiere ser estudiado con detenimiento.

Las exposiciones de la industria



En ausencia de los informes extraviados o inexistentes, sabemos sin embargo que Gil llevaba en su agenda un minucioso programa de visita de las exposiciones nacionales del momento –Barcelona, París,

Viena, Berlín...–, de las que estaba bien informado y a las que acomoda su ruta. En aquel momento histórico, Europa asiste al despertar de la revolución industrial: en España surge en 1818 la primera compañía de diligencias, en 1836 la primera fábrica de vapor, en 1848 el ferrocarril, en 1857 el primer barco de hierro.

Desde 1789 ya se celebraban en Francia las «*expositions des produits de l'industrie française*» y pronto nacerán las *Exposiciones Universales*: la primera en Londres, en 1851 [*Great Exhibition of the Works of Industry of all Nations*], a la que seguirán la Exposición Universal de Barcelona (1888) o París (1889 y 1900).

²⁰ Mesonero, *Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica en 1840-1841*, Madrid, 1841.

²¹ Murray, *A hand-book for travellers on the Continent*, London, 1836.

Esta moda de las exposiciones, al calor de la efervescencia industrial, es el ambiente social y político que viven París y Berlín en 1844 ²².



23

Cuando Gil llega a la capital francesa, le aguarda la novena exposición nacional de la industria, instalada durante 60 días –desde el 1 de mayo al 30 de junio– en los Campos Elíseos, que nuestro diplomático visita “muy a mi sabor durante todo el mes de junio”. Pero antes, de camino a Marsella, había visitado también la *Exposición General de Barcelona*:

Con arreglo al plan que de palabra tuve el honor de manifestar a V. E., emprendí mi viaje por Valencia y Barcelona con el objeto de observar el estado de nuestra industria antes de ver la gran exposición de la francesa, y para compararla más tarde con la de los diversos estados de Alemania que debo recorrer según el tenor de las instrucciones que recibí antes de mi salida,

²² “Aujourd'hui, un grand nombre de nations, suivant l'exemple de la France, ont fondé des expositions publiques de l'industrie Sur le modèle des siennes. L'Autriche, l'Espagne, le Piémont, le Portugal, les Deux-Sicules, la Belgique, la Suède, la Russie, la Prusse, le Danemark et la Hollande, sont entrés dans cette voie de progrès” [M. Gustave Halphen, *Rapport sur la Exposition publique des produits de l'industrie française de 1844*, París, 1845, p. 16].

²³ *Salles de l'Exposition de l'industrie*.

escribe en su segunda carta, en la que a renglón seguido explica su apresurado paso por Lyon, donde visita la fabricación de sederías que a su juicio hubiese merecido más detenido examen,

porque ignorando entonces la prorrogación de la exposición de esta capital [París], de ningún modo quería perder un espectáculo que tan sencilla como eficazmente debía contribuir a ilustrarme sobre un punto bastante importante de mis instrucciones.



Además, los Campos Elíseos ofrecen un notable programa de actos culturales, el *Grand Festival de l'industrie*, en cuyo marco el compositor Berlioz dirige un histórico concierto en el *Palais de L'Exposition*²⁴. Bien se comprende que Gil ocupase su primer mes en París en recorrer una y otra vez aquellos pabellones sin perder detalle.

Más, ¿qué novedades de tanto valor observa y anota Gil en París? Según el catálogo de Halphen, a la muestra concurren nada menos que ¡3.963 expositores! Y el catálogo de productos es exhaustivo: seda, muebles, muebles de hierro, billares, orfebrería, máquinas, instrumentos de agricultura, bombas, metales, relojería, chales y tejidos de lana rústica, ropas de damasco, tapices, muselinas, productos químicos, cerámicas, porcelanas, gres, gafas, objetos de vidrio y cristal, de iluminación, lámparas, instrumentos de precisión, pieles curtidas y guarnicionería, carrocería, armas, cuchillería e instrumentos quirúrgicos, instrumentos musicales, papel pintado, alimentos, anatomía artificial, geografía, planos y mapas en relieve...²⁵.

Y tres meses después, cuando llega a Berlín, el diplomático anota:

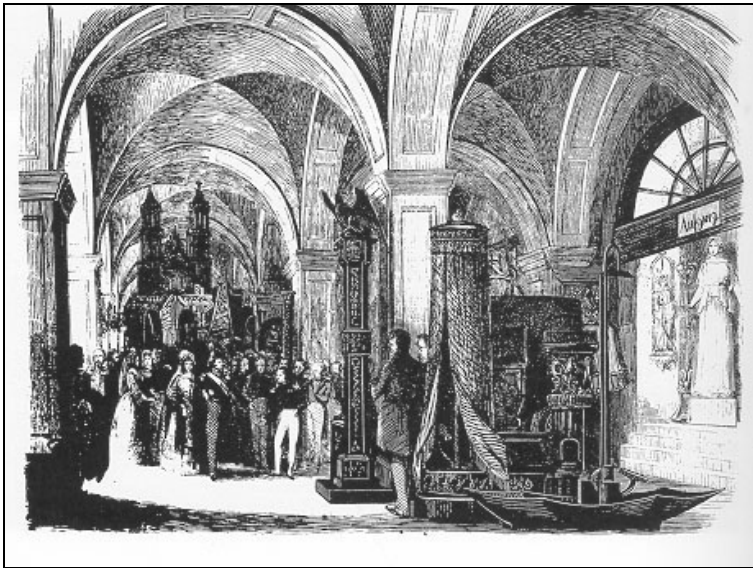
Mi llegada no puede haber sido más oportuna, porque abierta la exposición de productos de la industria nacional hasta fines del próximo mes, me será fácil apreciarla en sus resultados,

²⁴ *Grand Festival de l'Industrie, dirigé par M. Berlioz*. Grabado publicado por *L'Illustration*, 10 agosto de 1844, p. 572 [*Berlioz en París*, URL: <http://www.hberlioz.com/>].

²⁵ Halphen, *Rapport sur la Exposition...*, París, 1845.

compararla con la francesa que en París examiné con la posible atención, y ver hasta qué punto pudiera necesitar de los productos de nuestro país. (5ª comunicación).

La muestra que Enrique Gil encontró en Berlín no envidiaba a la que dos meses antes había visitado a conciencia en París. Instalada en la *Zeughaus* o Arsenal viejo, la *Allgemeine Deutsche Gewerbe-Ausstellung* [Exposición general de productos industriales alemanes] convocó a 3040 expositores y recibió más de 260.000 visitas, entre ellas, la del Rey de Prusia, Guillermo Federico IV, representado en este grabado de 1844 visitando la sala de máquinas:



El acontecimiento subrayaba la apuesta del Rey por la paz y el progreso, gesto simbólico que la prensa de la época aplaude:

Desde agosto hasta octubre de 1844 se celebró la primera «Exposición general del productos industriales alemanes» en todas las estancias del *Zeughaus*²⁶. El rey Federico Guillermo IV había puesto a disposición el *Zeughaus* para esta gran muestra industrial. “¡Qué cambio!”, escribió el periódico *Illustrierte Zeitung* en 1844. Los cañones dejan sitio al arado y los carros de

²⁶ El *Zeughaus* había sido el Antiguo Arsenal, que es lo que significa la palabra en alemán, reconvertido por Federico Guillermo en sede de la exposición y actualmente museo histórico alemán.

pólvora al coche de vapor. Prusia ya no quiere vencer solo por la fuerza de las armas, reconoce la irresistible y gigantesca fuerza que hay en el pacífico poder de la industria y quiere ligarse fuertemente a él. Quien quiera la paz no puede rehuir la guerra y hay guerras sangrientas en la paz, así como enconadas batallas que la industria tiene que librar.

Más de 3000 expositores estaban representados con sus productos industriales y comerciales y convirtieron la exposición en un gran éxito. La variedad abarcaba desde máquinas de trillar y segar, aparatos químicos, mercancías de seda y tela, instrumentos musicales hasta la locomotora *Borsig* que fue galardonada con el primer premio. La exposición no sólo ofreció una imagen del desarrollo tecnológico, sino que también dio nuevos impulsos a este desarrollo. La documentación de los avances en la producción fue una muestra del desarrollo burgués y del nuevo poder político²⁷.

En el plan de viaje inicial, Gil había previsto visitar también la Exposición de Viena (1845), pero debido al exceso de trabajo decide pasar aquel verano en Berlín y así lo comunica a su superior en Madrid:

Por la misma razón no voy a Viena a ver la exposición de la industria que allí se prepara, aunque procuraré enterarme en los periódicos del país de su carácter y de los adelantos más notables que ofrezca. Muchos artículos bastante importantes de aquella industria aparecieron ya en la exposición general a que asistí aquí durante el mes de octubre, y de todas maneras juzgo más importante el objeto que por ahora me ocupa. (*10ª comunicación*).

En esta parte del viaje, el diplomático documenta el informe sobre el Zollverein²⁸ encargado por su Gobierno, de modo que las exposiciones de la industria nacional constituyen uno de los ejes del viaje, sin duda el más profesional, al que Gil-Byron va añadiendo por su cuenta y riesgo ejes literarios, pictóricos y paisajísticos, con o sin permiso oficial, conformando un itinerario fascinante.

²⁷ *Das Waffenarsenal*, <http://www.dhm.de/archiv/magazine/zeughaus/Waffenarsenal.html> .

²⁸ Unión Aduanera Alemana, creada el 1 de enero de 1834, verdadero motor de la unificación alemana que culminó con la creación del Imperio alemán en 1871, y considerada un antecedente de la Unión Europea.

Itinerario

- ²⁹ Finales de abril, Madrid–Valencia, diligencia, 357 km.
mayo, Valencia–Barcelona, diligencia, 350 km.
20 de mayo, Barcelona–Marsella, vapor *El Fenicio*, 200 millas, 30 h.
24 de mayo, Marsella–Avignon, diligencia, 97 km., fuente de Petrarca.
25 de mayo, Avignon–Valence, diligencia, 130 km., dos días, 26 y 27 de mayo.
25 de mayo, Valence–Lyon, 102 km., llega de noche; permanece dos días en Lyon.
28 de mayo, Lyon–Chalon-sur-Saône, barco de vapor, 127 km.,
Noche 28-29, Chalon, embarcadero superior.
29 de mayo, Chalon-sur-Saône–Fontainebleau, barco de vapor, 276 km.
30 de mayo, Fontainebleau.
31 de mayo, Fontainebleau–Corbeil–Esonnes, diligencia, 36 km.
31 de mayo, Corbeil–Esonnes–París, ferrocarril, 42 km.
1 junio-9 de agosto, París.
junio?, París–Rouen–París, ferrocarril, 135 km., x 2 (ida y vuelta)
9 de agosto, París–Arras, diligencia, 186 km.
10 de agosto, Arras–Lille–Bruselas, diligencia, 152 km., sale de Lille a las 15 h.
y llega a Bruselas a las 21 h.
11-12-13- agosto, Bruselas–Wetheren, diligencia, 46 km.
14 de agosto, Wetheren–Gante, diligencia, 20 km.
15 de agosto, Gante–Brujas–Ostende–Gante–Wetheren, diligencia, 190 km.,
excursión circular.
16 de agosto, Wetheren–Malinas, diligencia, 71 km., el camino natural sería
Gante–Amberes, pero al hacer noche en Wetheren, la ruta le lleva
dando un pequeño rodeo por Malinas.
17 de agosto, Malinas–Amberes, diligencia, 24 km.
18-22 de agosto, Amberes.
23 de agosto, Amberes–Rotterdam, vapor *Escaut*, 100 km.
24 de agosto, Rotterdam–La Haya, diligencia, 23 km.
24-26 de agosto, La Haya.
27 de agosto, La Haya–Amsterdam, tren, 66 km.
29 de agosto, Amsterdam–Utrech, tren, 53 km.

²⁹ *Thèse*, pp. 121-126. Hemos completado en lo posible el calendario de Picoche; las distancias kilométricas (actuales) son aproximadas.

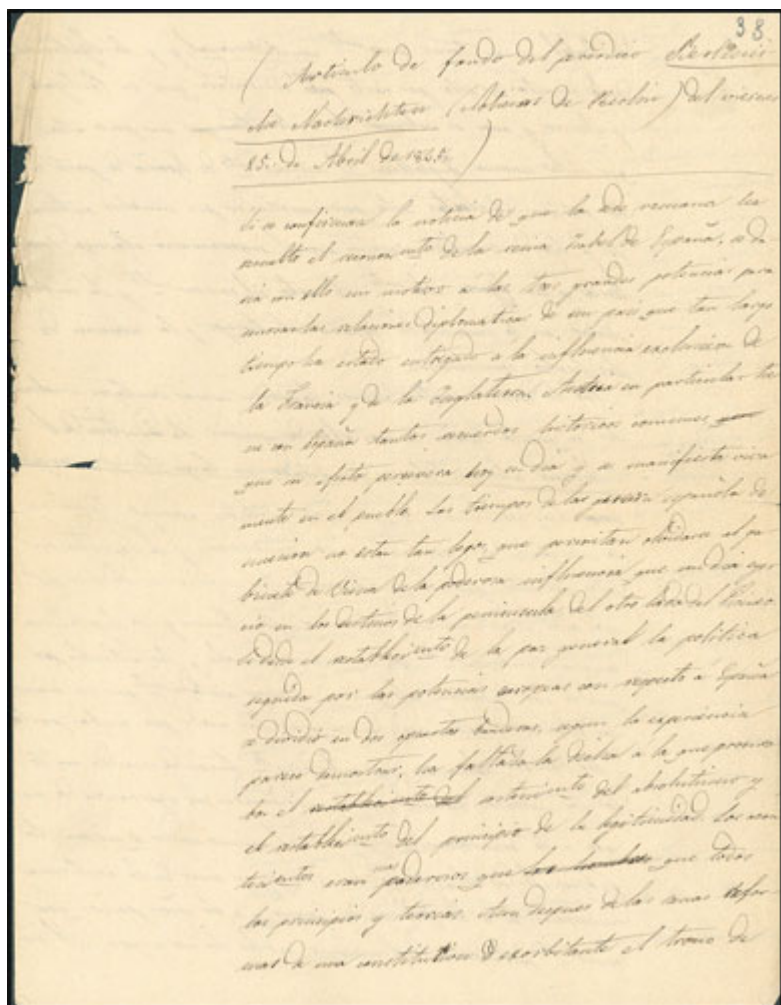




29 de agosto, Utrecht–Arnhem–Emmerich, tren y diligencia, 54+38 km.,
viaja por la noche y llega el 30 por la mañana a Emmerich.
30 de agosto, Emmerich–Düsseldorf, barco por el Rhin, 104 km.
1 de septiembre, Düsseldorf.
2 de septiembre, Düsseldorf–Aix-la-Chapelle (Aquisgrán), tren, 88 km.
3 de septiembre: Aquisgrán.
4 de septiembre, Aix-la-Chapelle–Colonia, tren, 86 km.
5 de septiembre, Colonia–Bonn, tren, 29 km.
6 de septiembre, Bonn–Godesberg, ómnibus, 8 km.
7 de septiembre, Rhin, 55 km.
8 de septiembre, Godesberg–Coblenza, vapor, 36 km.
9 de septiembre, Coblenza.
10 de septiembre, Rhin.
11 de septiembre, Coblenza–San Goar, vapor, 36 km.
12-13 de septiembre, San Goar–Bingen, vapor, 30 km., X 2, ida y vuelta.
14 de septiembre, San Goar–Wiesbaden, vapor, 81 km.; el 15 en Wiesbaden.
16 de septiembre, Wiesbaden–Maguncia, tren, 17 km.
17 de septiembre, Maguncia–Frankfurt, tren, 44 km., llega a Frankfurt el día
19 al anochecer.
19-20, Frankfurt–Kassel, 198 km.
21 de septiembre, Kassel–Gotinga, 50 km.
22 de septiembre, Gotinga–Hannover, diligencia, 126 km.
22-23 de septiembre, Hannover–Magdeburgo, tren, 147 km.
24 de septiembre, Magdeburgo–Berlín, tren, 155 km.
FIN DEL VIAJE.



Diario de Enrique Gil



Preparativos del *Último viaje*: De Madrid a Marsella

Madrid, 23 de febrero de 1844

NOMBRAMIENTO DE SECRETARIO DE LEGACIÓN: *A DON ENRIQUE GIL*

Palacio, 23 de febrero de 1844. Queriendo la Reina aprovechar las luces y conocimientos de V. se ha servido mandar que, revestido del carácter de Secretario de Legación que S. M. le concede, pase V. a recorrer los diferentes Estados de Alemania para suministrar al Gobierno los datos y noticias que se especifican en el adjunto pliego de instrucciones que para el mejor desempeño de su comisión transmito a V. de orden de S. M., quien al mismo tiempo se ha dignado señalar a V. treinta mil reales anuales de sueldo y diez mil para gastos de viaje, que se le satisfarán por la Pagaduría de este Ministerio con cargo al artículo de imprevistos³⁰.

INSTRUCCIONES A D. ENRIQUE GIL

Cumpliendo las órdenes de la Reina mi Señora, voy a dar a usted las instrucciones a que deberá arreglarse para sacar el fruto que S. M. se propuso al disponer que usted emprenda un viaje por los diferentes Estados que hicieron parte del antiguo cuerpo Germánico.

A discreción de usted queda elegir el punto por donde haya de empezar aquel, sin otra restricción que la de darme conocimiento anticipado del que haya escogido. En los diversos países que V. recorrerá serán objeto de sus investigaciones:

1º. El estado político de cada uno, sus relaciones con los demás de la confederación y potencias extrañas, poblaciones, rentas y fuerzas militares.

2º. Leyes que constituyen la organización general, provincial y municipal.

3º. Estadística.

4º. Instrucción primaria, secundaria y superior: establecimientos científicos y literarios.

5º. Agricultura, sus adelantos y presente situación.

6º. Cría de ganado vacuno, caballar, lanar y casas de monta y cruzamiento de razas para los diversos servicios a que se destinan los caballos en Alemania: carneros merinos en Sajonia procedentes de España, y mejora de sus lanas.

7º. Examen de la industria en los ramos principales a que se dedican los habitantes, primeras materias, máquinas y grandes establecimientos manufactureros.

8º. Comercio de importación y exportación: artículos que alimentan uno y otro: consumos del país: productos de nuestro suelo o industria que tuviesen demanda, o que ofrecieran útil despacho, y medios adecuados para introducir su uso.

³⁰ Este documento es el 1º del *Expediente Gil*. Con este nombramiento Gil triplica su sueldo de 9000 reales como ayudante segundo de la Biblioteca Nacional [Picoche, tesis, p. 1221].

9º. Organización del Zollverein o Liga Telónica de Alemania, estados que se han adherido a la unión aduanera, idea de las ventajas y perjuicios que ocasiona; y relaciones útiles que la España pudiera entablar con el Zollverein.

10º. Navegación de los estados alemanes situados a orillas de los mares del Norte y Báltico, noticia circunstanciada de las ciudades anseáticas y comunicaciones fluviales en el centro de Alemania.

11º. Líneas de los caminos de hierro.

En resumen, la Reina quiere que V. forme un cuadro exacto de cada uno de los Estados que visite y que resalten en él con especialidad todas las noticias que convenga difundir en nuestro país, para mejorar la situación moral y material del pueblo, ilustrándolas usted con las observaciones que le sugiera su celo.

De Real orden lo digo a usted para su inteligencia y consiguientes efectos. Dios &ª.

Madrid, 1 de marzo de 1844

DIMISIÓN EN LA BIBLIOTECA NACIONAL

Excmo. Sr. Director de la Biblioteca Nacional: Habiendo sido agraciado por S. M. con el destino de Secretario de Legación y debiendo salir muy en breve para Alemania, tengo el honor de participar a V. I. que con esta fecha ceso en el desempeño de la plaza de oficial 2º.2º que ocupaba en esa Biblioteca.

Madrid, 28 de marzo de 1844, 1ª comunicación de E. G.

AL PRIMER SECRETARIO DE ESTADO

Muy Señor mío: Al Pagador General de ese Ministerio se le han ofrecido dudas acerca del tiempo en que deben entregármese la cantidad de 10.000 reales que S. M. se ha servido señalarme para los gastos de viaje de mi comisión en los Estados de Alemania. A mi entender bastante claro está que una suma destinada a viajes debe entregarse antes de comenzar estos, pues de otro modo se desnaturaliza su objeto, pero esta razón no ha bastado a satisfacer al citado pagador y ha insistido en la necesidad de una aclaración superior. Deseoso por mi parte de [que] el servicio de S. M. no sufra entorpecimiento alguno, tengo el honor de suplicar a V. E. que a la mayor brevedad posible mande entregarme la citada cantidad de 10.000 reales y al mismo tiempo ordene que se ponga por entero a mi disposición, independientemente del sueldo, al principio de cada año de los que pueda durar mi comisión.



Madrid, 1 de abril de 1844

DESPEDIDA EN *EL LABERINTO*, NÚM. 11

Por una coincidencia singular y no menos placentera, nuestros trabajos quincenales comenzaron con *La rueda de la fortuna* y ahora acaban con *Bandera negra*. No deseamos al que en ellos haya de sucedernos (con ventajas, sin duda) sino puertas tan doradas para entrar y salir.

Respuesta del director, Antonio Flores [*El Laberinto*, num. 12, 16 de abril de 1844]:

Concluiremos diciendo que si el señor Gil cesa de escribir en nuestro periódico la sección que le estaba destinada, es porque se ausenta a un viaje por el extranjero de que no podrá menos de reportar al público mismo grande utilidad. Los buenos ingenios ganan mucho viajando, y nuestro amigo está justamente en aquella edad, y en aquel estado de conocimientos, más propios para hacer que fructifique su atenta y juiciosa observación; de manera que, sin temor de engañarnos, podemos asegurar nuevas y más cumplidas glorias a las futuras producciones de su pluma.

Madrid 10 de abril de 1844. Informe de Pagaduría

Excmo. Señor: En virtud de lo que V. E. se sirvió prevenirme por Real orden de 31 de marzo último al remitirme la instancia que devuelvo adjunta de don Enrique Gil, en la que solicita que se le entregue la cantidad de diez mil reales vellón que le está señalada para gastos de viaje en la comisión del servicio de S. M. que va a desempeñar en los Estados de Alemania; tengo la honra de informar a V. E. que no se ofrece reparo alguno a esta Pagaduría en que desde luego se acceda a la entrega de la cantidad expresada aunque compone el total de la asignación por dicho concepto, una vez que Gil va a desempeñar un viaje largo y costoso para el que necesitará al pronto la mayor parte de su asignación. Tampoco me ofrece dificultad en que a principio de cada año de los que desempeñe Gil su comisión, y a contar desde la fecha en que perciba en esta Corte los primeros 10000 reales de vellón, caso de que V. E. tenga por conveniente acoger favorablemente su solicitud, perciba por completo igual suma independientemente del sueldo que le está señalado.

V. E. en su elevada consideración y equidad se dignará resolver lo que estime más acertado. Dios guarde a V. E. muchos años.

Madrid, 11 de abril de 1844, Real Orden a Pagaduría

Al Pagador del Ministerio de Estado: Habiendo la Reina Nuestra Señora. tomado en consideración una instancia presentada por don Enrique Gil, comisionado para viajar por varios Estados de Alemania, S. M., en vista de lo que V. S. ha expuesto a este Ministerio, se ha servido mandar que por esa Pagaduría se entregue desde luego al expresado Gil la cantidad de diez mil reales que le está señalada para gastos de viaje de su comisión y que a principios de cada año de los que emplee en el desempeño de esta y a contar desde la fecha en que perciba en esta Corte los primeros diez mil reales se le satisfaga por completo igual suma independientemente del sueldo que le está señalado.

De Real orden lo digo a V. S. para su inteligencia y cumplimiento. Minuta. Hecho. Traslado a don Enrique Gil.

Madrid-Valencia-Barcelona, abril de 1844, 2ª comunicación de E. G.

AL SECRETARIO DE ESTADO DESDE PARÍS EL 6 DE JUNIO³¹

Con arreglo al plan que de palabra tuve el honor de manifestar a V. E., emprendí mi viaje por Valencia y Barcelona con el objeto de observar el estado de nuestra industria antes de ver la gran exposición de la francesa, y para compararla más tarde con la de los diversos estados de Alemania que debo recorrer según el tenor de las instrucciones que recibí antes de mi salida. Aunque semejante camino aumenta los gastos de mi viaje, y ni por escrito ni verbalmente se me había señalado, no vacilé en tomarlo creyendo que conducía al logro de los designios del Gobierno y al mejor servicio de S. M.

Así en Valencia como en Barcelona me he detenido los días necesarios para adquirir datos sobre la fabricación de hilados y tejidos de seda que forman la industria principal de la primera ciudad y sobre los de igual clase de algodón y de lana que además de los ya indicados, y sin contar las fundiciones de hierro y otros artículos de menor importancia, se van desarrollando rápidamente en la segunda.

Barcelona-Marsella, 20 de mayo, a bordo del *Fenicio*

“Hemos llegado al 20 de mayo de 1844. En la rada de Barcelona veo *El Fenicio*³², elegante vapor francés de la carrera del Mediterráneo, pronto a hacerse a la mar para Marsella. Sobre cubierta te diviso en un religioso y profundo arrobamiento, clavados los ojos en aquella población, la última que miras de tu patria.

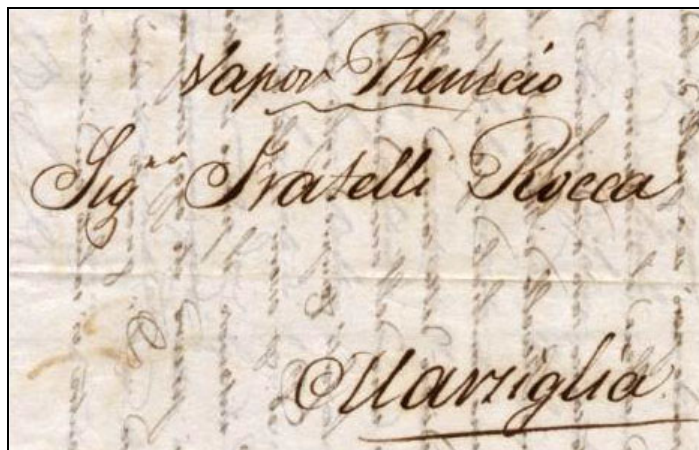
¡Ay! ¿Adónde vas, hermano mío? Vuelve a esa playa que abandonas. ¡Mira que ese buque es para ti la barca de la Laguna Estigia: mira que los hielos del Norte dejarán frío tu corazón antes que pasen dos años! ¡Oye, en nombre de Dios, la voz de tus amigos que te disuaden de tan funesto viaje! Noble es la misión que llevas a Alemania; pero ¡ay! la muerte se interpondrá en tu camino y entonces ¿qué será de tu anciana madre y de sus



³¹ Esta carta, fechada en París el 6 de junio, corresponde al presente momento del viaje, en los últimos días de abril.

³² La navegación a vapor era aun muy novedosa en 1844. La primera línea fija Barcelona-Marsella creada por Martorell entra en servicio en 1836. Uno de los primeros fue el vapor *Fenicio*, de 833 toneladas, que llegaba desde Francia a Canarias con escalas en Barcelona, Alicante, Gibraltar, etc., transportando mercancías, pasajeros y correo. La travesía Barcelona-Marsella duraba menos de 30 h. [Rodrigo, M., «Navieras y navieros catalanes en los primeros tiempos del vapor», en *Transportes, servicios y comunicaciones*, n. 13, diciembre 2007]. En la página siguiente, carta enviada a Marsella por el *Fenicio* en 1840 y anuncio de la época.

hijos? ¡Inútil suplicar! ¡Escrito está que el sol que en Weimar la tumba de Schiller ilumina, ha de alumbrar en Berlín la tuya!”

Eugenio Gil, *Un ensueño*, 1855 [publicado en *Obras en prosa*, 1883].



	<p>El Mercurio saldrá tambien de este puerto el jvéves dia 2 del próximo abril, á las cinco de la tarde, para Portvendres y Marsella.</p> <p>Los despachan los Sres. Ayguals, Manini y compañía, pörtico Xifré.</p>
	<p>El vapor francés Fenicio saldrá de este puerto el 4 de abril próximo á las 7 de la mañana para Cádiz, haciendo las escalas de costumbre.</p> <p>Se despacha por los Sres. Martorell y B. fil, justo á la puerta del Mar.</p>

Primera etapa: De Marsella a París (abril-5 de junio)



33

³⁴ Aunque dice el antiguo refrán castellano que “a muertos y a idos no hay amigos”, sin duda para las cosas malas no debe de tener fuerza y vigor, pues no ha faltado quien me diga desde esa muy heroica villa lo poco contento que usted se muestra de mí viendo la mala cuenta que doy de la promesa que le hice de remitirle algunos artículos de viaje. De lección me servirá para en adelante, porque a decir verdad, señor director, ni supe lo que le prometí, ni contaba con la huésped, es decir, con el modo de viajar de esta tierra de rápido progreso, en que, una vez embaulado el viajero en sus diligencias, se convierte en todo punto en fardo de mercancías, y así se cuida nadie de él como de las nubes de antaño.

³³ *Ataque de mendigos a la diligencia de correos* (Italia, c. 1830), de Heinrich Bürkel.

³⁴ Artículo en forma epistolar, dirigido al “Señor director de *El Laberinto*”, donde se publicó con dos meses de retraso, el 16 de agosto de 1844. El contenido corresponde a esta etapa del viaje.

Día y noche son iguales para esta gente infatigable; no parece sino que a sus ojos todos venimos de casta de postillones y que debemos dormir al ruido diabólico de sus carruajes del mismo modo que los marinos al compás del balance de su barco. No puedo decir hasta qué punto es exacto semejante raciocinio, aunque por amor a la verdad, y teniendo en cuenta el sueño profundo y sosegado de la mayor parte de los compañeros que en el viaje me tocaron, ya fuese con el sol en los ojos, ya en medio de las tinieblas de la noche, fuerza es confesar que el cálculo de los empresarios de diligencia no va del todo fuera de camino.

Yo pecador, que no tengo por costumbre semejante locomoción, ni por otra parte traía en el pensamiento ningún proyecto comercial que me hiciese dar gran precio a las horas, sé decir de mí que ni el cuerpo ni el alma se daban por contentos de semejante ejercicio; el uno porque se sentía no menos bien molido y mal andante que el del caballero de la Triste Figura, y la otra porque se veía obligada a interrumpir más a menudo de lo que quisiera la serie de observaciones y discursos en que se complacía durante el viaje. De esta suerte he caminado de un tirón las 87 leguas que hay desde Marsella a Lyon, y de otro tirón o poco menos las 119 que separan a esta gran ciudad de París.

¿Cómo quería usted, pues, que trazase mis garabatos sobre impresiones tan fugitivas, ni fabricase la armazón de mis reflexiones sobre tan flacos cimientos? Ya sabe usted que entre nuestros caros compatriotas hay algunos, entre los pocos que se toman el trabajo de leer mis borrones, que me tienen por hombre de juicio y de conciencia. Dios y yo sabemos con qué fundamento. ¿Cómo quería usted, pues, que a riesgo de dar al traste con esta su caritativa opinión, fuese a incurrir en un vicio que no hace mucho tildaba en la mayor parte de los extranjeros que de nosotros hablan?³⁵ Bien conoce usted que la economía debe guardar proporción con el capital que uno dispone, y que quien apenas tiene más títulos que la benevolencia de los suyos, obra cuerdamente en conservarla con cuidado.

³⁵ Gil alude a la ligereza de los viajeros franceses por España que él mismo había criticado en *El Laberinto*, en alguna de sus reseñas de libros de viajes: “Las observaciones de los demás viajeros europeos que más de una vez nos hacen justicia, rara vez llegan a indemnizarnos de las imputaciones y desvaríos de los franceses”. (*Bosquejos de España en Miscelánea*, BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, vol. V, p. 177).

Si con todas estas razones no se da usted por satisfecho de mi silencio, como lo veo muy posible, no crea por eso que me considero vencido, pues aún tengo otra muy buena y más poderosa que todas, a saber: la pereza, de la cual poco o mucho participará usted sin duda, y que de cierto hablará en mi favor más alto que otro argumento alguno por aquello de *Non ignara mali*³⁶. De todas maneras a su amparo me acojo, porque en último resultado, ella sola puede dispensarme de mi silencio.

ش

Marsella, mayo de 1844



37

A propósito del hermosísimo puerto y alegre ciudad de Marsella, donde por primera vez de mi vida he visto un bosque verdadero de mástiles y desaparecer el agua bajo de innumerables quillas, donde en corto trecho han cautivado mis miradas trajes y aposturas de casi todo el mundo, y herido mis oídos una confusión de lenguas tal que recordaba la de Babel, y donde finalmente el cotejo de la ciudad antigua, alta, encaramada y llena de calles retorcidas y oscuras, con la moderna, alegre, bien trazada, con calles tiradas a cordel y cortada en ángulos rectos, regadas por pequeñas corrientes de agua viva y sombreadas a

³⁶ *Non ignara mali, miseris succurrere disco* (“Sabedor de la desgracia, sé socorrer a los desgraciados”, Virgilio, *Eneida*, Lib. I, 613-630).

³⁷ Arriba, el puerto de Marsella en 1840.

trozos por frescos arbolados, daba la medida de la diferencia de los tiempos y de la marcha progresiva de la ilustración y cultura del género humano.

Vaucluse, mayo de 1844

No menos dignas de especial mención eran sus cercanías amenas, frondosas y variadas, no menos por las desigualdades suaves del terreno que por las innumerables casas de campo cercadas de sotos, viñedos y praderas que las adornan y animadas por el tráfago incesante y vividor que produce su colosal comercio. Algún recuerdo merecían también las fértiles aunque monótonas llanuras del departamento de Vaucluse, pobladas de moreras y algo semejantes por esta razón a algunos trozos del reino de Valencia, y célebres sobre todo por aquella famosa fuente en que el Petrarca cantaba sus versos a la hermosa Laura, y que más tarde mereció la especial visita del rey más caballeresco de Francia, Francisco I.



38

³⁸ Petrarca vivió de 1337 a 1353 en Fontaine de Vaucluse, “a cinco leguas de Avignon”, donde es fama que mana la fuente más caudalosa de Francia, “se ven salir bajo este mismo sendero como unos veinte torrentes de agua tan gruesos como el cuerpo de un hombre” [De Tapi, *Cartas a Sofía*, 1829]. En la ilustración, *Petrarca en la fuente de Vaucluse*, óleo de Arnold Böcklin.

Avignon, mayo de 1844

La impresión que me causó Avignon fue de las más agradables que experimenté en mi camino. La noche había sido lluviosa, pero la mañana se presentaba azul y despejada, de manera que los rayos del sol rielaban vivamente en aquellos campos y arboledas cargadas de gotas de agua, y que a cada soplo del viento figuraban una lluvia de topacios y diamantes. La ciudad ofrecía un aspecto singular, pues por un lado sus murallas, preciosamente conservadas y coronadas de almenas, le daban un carácter militar decidido, y por otro, sus numerosas torres y campanarios acusaban la antigua residencia de los Papas y eran muestra de su fisonomía sacerdotal. Rodeámosla, y por la orilla del Ródano seguimos nuestro viaje hasta Valence, disfrutando constantemente un paisaje que la Naturaleza y el trabajo del hombre embellecían a porfía, pero que cobró a mis ojos mayor atractivo cuando entramos en el estrecho valle donde el Ródano, cogido en un espacio muy reducido, camina con rapidez grandísima, como deseoso de salir de semejantes prisiones.

El paisaje era silvestre y áspero a más no poder: por ambas orillas, y sobre todo por la opuesta al camino, subían en rápido declive algunos prados, donde pacían desparramadas cabras, ovejas y vacas, que en general contrastaban por su color claro con el verde oscuro de la hierba. Fresnos, álamos, chopos y robles señalaban el curso del río y servían de coto a aquellas breves y empinadas alfombras de verdura, por encima de las cuales unas veces se veían hermosas viñas y otras extendían los montes sus matorrales de jaras y retamas.

Mientras atravesamos el valle ningún barco grande de vapor ni de vela vino a turbar la soledad majestuosa y un tanto melancólica del río; solo algunas barquillas que se deslizaban pegadas a la orilla se ofrecieron a nuestra vista. El paisaje, alumbrado ya por los últimos rayos del sol, era en sí mismo muy hermoso sin duda, pero a mis ojos tenía un mérito y atractivo especial, porque me recordaba las hoces y cañadas por donde he visto correr las aguas cristalinas del Sil en mis primeros años, y parecía traerme un eco de aquellas quebradas y un recuerdo de mi patria ausente y querida.

Al salir del valle cerró la noche, afortunadamente para usted, señor director, que, según el paso que iba tomando mi pluma en los anteriores

renglones, se veía amenazada de una especie de inventario de viaje, y ya todo comenzó a pasar a mis ojos como un tropel de formas vagas y confusas, más propias para un cuento a manera de los de Hoffman³⁹ que para una narración a la buena de Dios, como por ahí decimos, y que lejos de embarcarse en nubes ni de cabalgar en hipogrifos como los caballeros y damas del Ariosto, camina bravamente a pie y aún cojeando de lo bueno si no me mienten las señas.

Lyon, mayo de 1844

Por fin, y por no cansar, diré a usted que me detuve dos días en Lyon, de cuya ciudad y de sus fábricas si fuera a hablar no me llegaría por varios días todo el espacio del periódico. No quiero pasar en silencio, sin embargo, la vista soberbia que se disfruta desde la iglesia de san Juan de Fourvière, situada en una escarpada eminencia que domina la ciudad a caballero, y a cuyos pies el Saona, sosegado y tranquilo, entra en el Ródano impetuoso y rápido, ciñendo entrambos con sus brazos de cristal y como en un abrazo de ternura aquella rica y pintoresca población⁴⁰.



Construida sobre varias colinas, con los largos paseos de sus muelles plantados de árboles, con sus numerosos puentes, calles torcidas y

³⁹ Véase el artículo de Gil *Cuentos de E. T. A. Hoffmann* en *Miscelánea*, BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, vol. V, p. 23 y ss.

⁴⁰ Lapsus del autor: la catedral de San Juan se halla en el Vieux-Lyon, a orillas del Saona. Gil se refiere a Notre-Dame de Fourvière, construida en la colina de Fourvière, desde la que se domina la vista de Lyon que describe el viajero, como se ve en la foto.

anchurosas plazas, con los innumerables barcos de vapor y de vela que cruzan sus ríos y rodeada de fértiles campos, que termina al Oriente el imponente grupo de los Alpes, ofrece Lyon desde las alturas de Fourvière uno de los panoramas más hermosos que pueden imaginarse. Aquel espectáculo es uno de los pocos que están hechos para no borrarse fácilmente de la memoria de quien lo ha visto.

En barco por el río Saona, mayo de 1844

A los dos días salí de este emporio de la industria francesa en un barco de vapor de los del Saona, viaje de todas veras delicioso si el tiempo hubiera permitido disfrutar de aquellas frescas orillas; pero el viento era tan frío y tan violento, la lluvia tan frecuente y desatada, y las nubes tan bajas y apiñadas, que los términos un poco distantes del paisaje se perdían con frecuencia, y aun los cercanos no siempre se presentaban con sus verdaderos contornos. El frío, además, era tal, a pesar de hallarnos en los últimos días de mayo, que sin embargo de mi firme resolución de pasar en cubierta todo el tiempo de la travesía, más de una vez para templarme un poco hube de meterme en la cámara, de donde ningún pasajero salía sino por contados momentos.

Así y todo, no dejaba de haber escenas vivas y curiosas, porque como era el último día de la Pascua de Pentecostés, infinidad de gentes y de aldeanas sobre todo entraban y salían en las diversas paradas que el vapor hacía ya en una, ya en otra orilla, y presentaban una serie siempre nueva de objetos y un continuo movimiento. Por desgracia, a esto venía a reducirse todo, porque el campesino francés nada tiene de común, ni en su fisonomía ni en su porte, con la traza inteligente, resuelta y altiva de nuestros paisanos; y en cuanto a las mujeres, Dios nos tenga de su mano, pues ora provenga de que las faenas más duras de la labranza alteren sus formas, ora de que la raza sea de suyo pesada y poco airosa, ora, en fin, de aquellas sayas descomunales que atan por debajo de los brazos mismos y las hacen parecer niños empañados, lo que es más probable de todo punto, el resultado es que la sensación que producen en un español maldita la cosa tiene de agradable⁴¹.

⁴¹ En el original «o lo que es más probable de todo punto» y en *O. C.*, «o, lo que es más probable de todo punto»; pero ambas lecturas carecen de sentido pues no continúa la enumeración (“ora provenga..., ora de que..., ora en fin...”). En todo

Chalon-sur-Saône, mayo de 1844

Como quiera, y dejando esto aparte, diré a usted que por la tarde desembarcamos en Chalon, y rodando toda aquella noche por los campos de la nombrada Borgoña, nos encontramos al otro día no solo con un cielo puro y diáfano, sino también con las orillas del Yonne, superiores sin duda en suavidad, frescura y alegría a cuanto hasta allí había pasado por delante de nuestros ojos. En verdad que poco puede imaginarse de más apacible que aquel valle, cuyas laderas sembradas de panes bajaban en manso declive hasta las praderías y arboledas que marean el curso ondulante y sinuoso de aquel río, terso y unido casi siempre como un espejo.

Todos los pueblos por donde pasábamos nos parecían a lo lejos enclavados en un bosque, pues nombre de tal merecen los inmensos y frondosos paseos y planteles que le servían de marco. Los efectos de luz, ya entre los sotos y alamedas, ya entre las quebradas y vallecillos un poco apartados, ya por fin en la lámina reluciente del río, eran de una riqueza y variedad infinita, y aquel paisaje, a cuya inexplicable armonía de calma y sosiego no faltaban ganados y pastores, ni tal cual barca que bajaba pausadamente con la corriente, ni accidente alguno en fin de la vida campestre, era seguramente digno del gran pincel de Claudio de Lorena⁴².

Fontainebleau, mayo de 1844

Todo el día duró este panorama que de puro dulce y tranquilo más de una vez entristecía el alma, y a las diez de la noche, después de caminar buen rato por una sombría avenida, en que lo espeso del arbolado cerraba el paso aun al rayo más fugitivo de la luna, entramos en Fontainebleau, donde había resuelto pararme, escarmentado de lo mal que me había ido en las dos noches que pasé desde Marsella a Lyon y

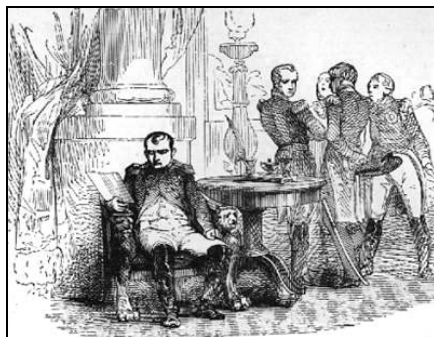
caso, queda clara la tirria de Gil hacia las campesinas francesas “de raza pesada y poco airosas”.

⁴² Cerca de la región de Lorraine, que no llega a visitar, Gil menciona a su paisajista emblemático, *El Lorenés*, Claudio de Lorraine, cuya obra sin duda había podido contemplar en el recién inaugurado Museo del Prado. Las menciones a artistas y cuadros concretos que Gil introduce en sus críticas y artículos de viajes acreditan no solo una cultura amplia (no era tan fácil en su época ver láminas en color ni *filminas*), sino que Gil frecuentaba las salas del Prado y lo hacía, como todo, a conciencia.

deseoso, además, de ver aquel famoso sitio, en lo cual empleé el día siguiente.

Tal vez espera usted una descripción algo más circunstanciada de este palacio querido y embellecido a porfía por todos los reyes de Francia, y que seguramente merece estos cuidados, no tanto por su belleza arquitectónica, pues difícilmente podían consentirla las varias construcciones que sin gran plan ni sistema se han ido agregando al antiguo edificio, cuanto por sus varios y exquisitos detalles, y sobre todo por sus admirables alrededores. Si así es, lo siento por usted, señor director, porque declaro solemnemente, como ahora se dice a propósito de asuntos de no mayor cuantía, que veinticuatro horas no bastan para formar juicio exacto de tantas cosas, y porque además por una rareza de que tal vez no se maraville usted, un espacio bueno de tiempo y una parte no mala de mi atención la empleé en examinar una pieza de paso muy insignificante del palacio y un velador que no vale arriba de 30 francos. ¿Sabe usted por qué? Porque en esta pieza y sobre este velador firmó el emperador Napoleón su abdicación famosa y porque en aquel breve y reducido espacio se desplomó repentinamente la obra del genio y de la gloria al sople cruel de la fortuna.

La [pieza] auténtica del suceso está en una lámina de bronce clavada en la parte inferior del velador, y el borrador de la abdicación, de puño del Emperador, en un cuadro dorado colgado en la pared de enfrente.



43

Después de semejantes emociones, fácil es de concebir que todos los primores y magnificencias que se ven no parecen sino juguetes de niños

⁴³ Manuscrito de Napoleón que maravilla a Gil y grabado de Horace Vernet alusivo a la abdicación del Emperador, firmada en Fontainebleau el 6 de abril de 1814.

y que el afán de los reyes por perpetuar su poder de un día trae la risa a los labios; yo, por mi parte, recorrí aceleradamente el resto de los salones y galerías y fui a confiar mis pensamientos a los árboles, breñas y collados de aquel bosque incomparable que habían visto pasar a Enrique IV el Bueno, a Luis XIV el Magnífico y al gigante de nuestros días.

Muchas ponderaciones he oído y leído del tal bosque, pero confieso que no las tengo por sobradas, pues sus puntos de vista son admirables a todas luces, y él, después de Dios, bastó a convertir a Lantara, desdichado vaquero de Acheses, en un pintor de alguna nombradía⁴⁴. El resto del sitio es hermoso y, sobre todo, está cuidado con infinito esmero, pero adolece de escasez de aguas, falta no pequeña en semejantes posesiones y que le quita aquella pompa y lozanía en la vegetación que son el principal adorno de Aranjuez.

En tren de Corbeil-Essonnes a París (primeros días de junio de 1844)

Al otro día acabé de atravesar la gran selva, dirigiéndome a Corbeil para tomar el camino de hierro, que un poco más adelante de este pueblo entronca con la línea de Orleans. Tan a punto llegamos que no tuve tiempo sino para meterme en un coche de los del tren, que arrancó al punto. Las sensaciones que se experimentan en un medio de locomoción del todo desconocido entre nosotros prácticamente son de aquellas que no pueden definirse exactamente, pues la velocidad descompasada con que pasan todos los objetos cercanos como arrebatados por un torbellino, junto con el ruido de una sarta tan larga de carruajes, barre la vista y aturde no poco los oídos. Sobre todo cuando otro convoy pasa al lado; como la velocidad se dobla, parece cosa de magia, aunque a decir verdad la tal magia mucho más tiene en apariencia de negra que de blanca. Por lo demás, la comodidad, es grandísima; los carruajes, magníficos; el precio, equitativo, y el servicio, regular y exacto.

⁴⁴ Simón-Mathurin Lantara (1729-1778), paisajista por excelencia del bosque de Fontainebleau, nacido en Achères-la-Fôret [Acheses, en el original]. Gil, cuya documentación una vez más es prodigiosa, toma su cita de la *Histoire (...) de París*, de J. A. Dulaure, publicada en 1828, quien dice de Lantara: «*C'est là qu'un misérable vacher d'Achères a puisé le goût et fait les premiers essais d'un art où il est parvenu à se faire un nom*».

El camino desde Corbeil es muy agradable, porque, sin contar la vista del Sena, se disfruta la de una porción de villas y aldeas situadas pintorescamente, como son: Donjons, Choisy⁴⁵ y Etioles; enfrente, la posesión de Petit-Bourg, colonia industrial y agrícola fundada por nuestro difunto compatriota Aguado; atraviésase además el parque de este palacio, junto con el Gran Bourg y el Fromont, y, sin dejar de tener a la vista hermosos collados vestidos de arbolado, se encuentra Charenton a la derecha, el inmenso edificio de La Salpêtrière a la izquierda y en seguida se entra en el embarcadero situado enfrente del puente de Austerlitz. Todos estos milagros se hacen en cosa de una hora, de manera que aunque las impresiones quedan, el nombre de los lugares sin la ayuda de un guía no correría la misma suerte.

En fin, ya me tiene usted en la capital del mundo civilizado, como la llaman estas buenas gentes con su acostumbrada y encantadora modestia. ¿De qué quiere usted que le hable ahora? ¿Por ventura de la fisonomía extraña de este pueblo, del género de vida que en él se hace, de sus monumentos, espectáculos, etc., etc.? Para eso juzgo mucho mejor para el periódico y más descansado para usted copiar uno por uno los artículos que sobre el mismo objeto escribió *El Curioso Parlante*, que al cabo, por la circunstancia extraordinaria de haber residido más tiempo y por la ordinaria de tener más juicio y talento que yo, es voto de algo mayor peso⁴⁶.

¿Quiere usted que le dé cuenta de la sorprendente exposición de la industria francesa, que por fortuna mía he visto y recorrido muy a mi sabor durante todo el mes de junio? Pero en tal caso ya podía usted aprestar cajistas, papel y aun paciencia, porque la cosa daría de sí para un buen volumen, y si no a la prueba me remito para cuando salga el dictamen de la comisión especial.

¿Prefiere usted una noticia especial del magnífico templo que ha levantado este monarca ilustrado en Versalles a las glorias y a las artes de

⁴⁵ Gil escribe Soissy, quizás por confusión con Soisy-sur-Ecole, por donde había pasado la víspera, entre Fontainebleau y Corbeil, pero ya en las inmediaciones de París se trata de Choisy-le-Roi.

⁴⁶ *El Curioso Parlante* no es otro que su amigo y colega Ramón de Mesonero Romanos, fundador del *Semanario Pintoresco Español*, autor de *Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica en 1840 y 1841* (1841). Véase en este volumen el ensayo de Pamela Phillips.

la Francia, y donde los ojos acostumbrados a la franca y gallarda escuela española, pasmosa no menos por su vigor que por su dulzura, encuentran infinitas cosas que desentonan y chillan más de lo que chillaría una gaita gallega en el *Réquiem* de Mozart? Supongo que no preferirá semejante cosa, porque me supondrá cansado de escribir, como yo le supongo cansado de leer este artículo, en que, si el amor propio de escritor no me engaña, del mismo modo quedan burlados los que busquen instrucción y recreo.

De todas maneras, aunque le doy licencia de tratarle como guste, le aconsejo que sea con cariño, porque si este primero encuentra mala acogida, uno o más [artículos] que le enviaré sobre Rouen su camino (viaje que haré solo para desagaviar a usted) no se atreverían a andar tantas leguas para hallarse con cara de palo. Después de mi salida de Francia procuraré ser más puntual si la obligación (que, como usted sabe, no es floja) consiente algún espacio a la devoción.

Ahora solo me resta concluir, como nuestros poetas cómicos del siglo XVII, pidiendo perdón al público de los yerros, y a usted del tiempo que le ha quitado su atento servidor y buen amigo, Q. B. S. M.



Segunda etapa: París (1 de junio-9 de agosto)



47

París, jueves 6 de junio de 1844, 2ª comunicación de E. G. (cont.)

Los dos primeros párrafos corresponden al tramo Valencia-Barcelona, a finales de abril [véase p. 65].

(...) Continuando después mi viaje por el indicado de la Francia, me detuve aunque por brevísimo espacio en Lyon, no porque la rara perfección a que ha llegado la fabricación de sederías en este emporio de la industria francesa no mereciese más detenido examen, si no porque ignorando entonces la prorrogación de la exposición de esta capital de ningún modo quería perder un espectáculo que tan sencilla como eficazmente debía contribuir a ilustrarme sobre un punto bastante importante de mis instrucciones.

Este poderoso motivo, el deseo de conferenciar con el digno Embajador de S. M. en esta Corte para que me proporcionase las recomendaciones y medios sucesivos para llevar a cabo los propósitos del Gobierno en un país donde la interrupción de las relaciones diplomáticas con España sería causa tal vez de que el carácter de que voy revestido no allanase ningún obstáculo, y por último la necesidad de completar mis estudios preliminares sobre estos Estados no muy conocidos por desgracia entre nosotros, me han detenido y detendrán aquí algún tiempo todavía. Media además otra consideración de bastante peso y es que en el mes corriente y durante los dos inmediatos se cierran todos los establecimientos científicos y literarios de Alemania y la mayor parte de las personas notables a quienes habré de dirigirme van a sus

⁴⁷ *Panorámica de París en 1844*, daguerrotipo de Ch. Chevalier.

haciendas y casas de campo, a Suiza o a poblaciones de menos categoría, huyendo de los calores de la estación. Si a pesar de todo no viese V. E. en esta determinación la oportunidad necesaria no tardaré más en alterarla que lo que tardare en recibir sus órdenes.

Barcelona, 23 de julio 1844. Respuesta de la Secretaría de Estado

A D. Enrique Gil: Enterada la Reina –que Dios guarde– de la comunicación de usted, fecha 6 del pasado, en que hace presente que para el mejor desempeño de la comisión que le está confiada cree conveniente su permanencia por algún tiempo en esa capital [París] y en vista de las razones que expone, ha tenido a bien S. M. aprobar su determinación autorizándole para que permanezca en ella todo el tiempo que crea indispensable para adquirir los datos y noticias que necesite y puedan ilustrar sus ulteriores observaciones acerca de los puntos y de los Estados que ha de visitar en cumplimiento del importante encargo que tiene a su cuidado⁴⁸.

Excursión a Rouen, julio de 1844

Desde que comencé a pisar el suelo de Francia, pensé en hacer un viaje a Rouen, aunque ningún negocio de interés me llamaba a este pueblo. Movíame a ello por un lado el deseo de recorrer la línea más larga de camino de hierro que hasta ahora existe en este país; y lo delicioso de las orillas del Sena, que había oído ponderar mucho; por otro y por último, la rara fisonomía de la antigua capital normanda.

En lo primero no cabía engaño; en las otras dos cosas mis esperanzas se han realizado completamente. Difícil es, en verdad, imaginar una serie de puntos de vista más agradables que los que ofrecen las orillas del Sena, ya por sus pastos y praderías, ya por sus bosques y arbolado, ya por sus quintas y palacios de recreo, y más que todo quizá por el curso apacible y serpenteante del río que no parece sino que lucha contra el destino que le arrastra al mar, según las numerosas vueltas y rodeos con que se desliza por aquellos campos.

Sin contar los paisajes que ofrecen los alrededores de París, y que se disfrutan igualmente desde los caminos del Saint-Germain en Laye, y de

⁴⁸ La tardanza del correo es fuente de despropósitos en este viaje que Gil resuelve por iniciativa propia, pues recibe siempre las autorizaciones y licencias, o el dinero, cuando las decisiones ya han sido consumadas. Gil pide permiso para prolongar su estancia en París el 6 de junio y el Secretario de Estado le contesta con fecha 23 de julio. Gil acusa recibo el 7 de agosto, cuando ya han transcurrido los dos meses y está haciendo las maletas para continuar viaje.

Versalles, apenas dejan de verse puntos agradables empezando por el bosque del primero de estos pueblos y acabando por Rouen. La mayor parte de las posadas (*stations*) están agradablemente situadas, no menos que los pueblos que se atraviesan o divisan. Los muchos recodos del Sena han hecho necesarios cuatro puentes, desde los cuales se domina muy bien aquella hermosa tabla de agua, que por otra parte rara vez se pierde de vista, y cuyas islas prolongadas, verdes y frondosas parecen otras tantas selvas plantadas en mitad de la corriente por una mano misteriosa. Los *tunnels*⁴⁹ o trozos subterráneos del ferrocarril en número de cinco, en los cuales se pasa repentinamente de la claridad del sol a las tinieblas de la noche y viceversa, contribuyen extraordinariamente a la variedad, sobre todo el de Rolleboise, cuya travesía dura más de cinco minutos, a pesar de la velocidad extrema del tren.



50

⁴⁹ El *tunnel* era novedad ferroviaria y lingüística en la época de Gil, que tiene la cortesía de aclarar el anglicismo a sus lectores, “trozos subterráneos del ferrocarril”. El vocablo entra en el castellano tardíamente, con la propia construcción del *camino de hierro*, así, Pedro de Alarcón en *De Madrid a Nápoles*, 1861 [CORDE, 2014].

⁵⁰ *Diligencia de la época* (Italia, c. 1830), pintura de Heinrich Bürkel. En la excursión a Rouen, Gil sigue la guía de Lecarpentier, *Itinéraire de Rouen, ou guide des voyageurs dans cette ville et ses environs*, F. Baudry, Rouen, 1816 [citado por Picoche, p. 210]. Véase también el ensayo de Michael Dubuis *Un voyageur des lumières et un poète romantique* [Aline Vauchelle, *La Normandie et le monde iberique*, Les Cahiers du CIRAR, Universidad de Rouen, 1995].

Los infinitos ganados en que tanto abundan las llanuras de la Normandía, famosas por sus pastos, y de los cuales algunas reses atravesaban la corriente en toscas barcas conducidas por algún labrador para apacentarse en las islas, acababan de dar la última pincelada a los cuadros que iban desfilando a nuestra vista como en alas de un viento desatado. No cabe duda que los caminos de hierro apenas dejan disfrutar las diversas perspectivas que presentan; pero la misma vaguedad de las impresiones y, sobre todo, el movimiento de que parecen animar a la Naturaleza adormecida excitan poderosamente la imaginación, como si el hombre se gozase en su orgullo de variar sus leyes.

Por fin, después de disfrutar de corrida este panorama durante cuatro horas y media de caminar, que se me hicieron un minuto, paró el tren en el desembarcadero de Rouen. El día, que a la madrugada se presentaba claro y despejado, se había ido entoldando poco a poco, y en aquel momento comenzaba a caer una lluvia finísima. Las infinitas chimeneas de vapor de aquella ciudad industriosa contribuían a oscurecer más y más la atmósfera con su espesa humareda, de modo que el primer aspecto del pueblo apiñado y negruzco –sobre el cual descollaban las torres labradas y la flecha altísima de hierro de la catedral hacia la izquierda; la torre delicadísima de Saint-Ouen, a la derecha; y un poco más lejos, y por fondo, las verdes colinas a cuya falda está edificada la ciudad–, no podía ser más triste.

Delante de mí tenía el puente nuevo, con la hermosa estatua colosal en bronce de Pedro Corneille; el río entristecido por el color de la atmósfera, y los hermosos muelles plantados de árboles, por encima de los cuales se elevaban los mástiles de los infinitos barcos amarrados a la orilla, y entre cuyas ramas se perdía en vagos festones el humo de algunos vapores prontos a salir para El Havre o para Elbuf. Los marineros y gentes que hormigueaban por las orillas parecían más taciturnos que de costumbre, como disgustados de aquel mal tiempo en el mes de julio, y algunos grumetes trepaban por las cuerdas ágilmente para coger las ropas tendidas al aire.



Abadía de Saint-Ouen

Después de echar una ojeada a aquel hermoso panorama, me encaminé a la abadía de Saint-Ouen, cuya primorosa y elegante torre cautivaba mi atención. Ella y la catedral eran el principal objeto de mi viaje a Ouen, pues deseaba vivamente compararlas con los monumentos religiosos de España, que hasta aquel momento había encontrado notoriamente superiores a cuantos había visto en este país.



51

En la antigua capital de Normandía debía cambiar de opinión, o, por mejor decir, hallar una excepción a mi regla, porque, en efecto, la iglesia de Saint-Ouen es lo más puro, aéreo y delicado que han visto mis ojos en el género gótico. La delgadez de las paredes, la gallardía de los estribos, lo rasgado de las vidrieras, y más que todo quizá la incomparable torre que se levanta sobre el crucero de la iglesia y tiene por remate una corona ducal, contribuyen a formar un conjunto tan rico y tan armonioso al mismo tiempo, que no sabe la vista apartarse de él.

El aspecto sobre todo que presenta desde el lindo jardín que a la espalda tiene, y ofrece la ábside preciosa del templo, la famosa torre y el resto del edificio en un escorzo peregrino, produce una impresión difícil de explicar. La luz penetra el edificio por todas partes, y a poco que la imaginación se embebezca, parece flotar en un fluido luminoso y vago.

⁵¹ *Abbey of St. Ouen, Rouen* (1824), según dibujo de John Sell Cotman cercano a la visita de Enrique Gil. La construcción de la abadía gótica se inició en 1318 y, tras la Guerra de los Cien Años, se concluyó en 1562; en ella estuvo presa Juana de Arco.

En aquel momento los accidentes de la atmósfera favorecían poco esta ilusión óptica, pero después he visto descollar el templo sobre un cielo azul y diáfano, y bañado por los rayos del sol que lo envolvían en una red brillante, parecía desprenderse de la tierra como se desprenden los pensamientos que inspira. Mil veces he recorrido la catedral de León, una de las más ricas y atrevidas que posee nuestra España, si no la más, y sin embargo con la sinceridad que debe caracterizar a un viajero, confieso que no llega a la unidad, concierto y reposo que como un aliento vital parece animar a Saint-Ouen.

El interior del templo corresponde exactamente a su exterior. Tal vez lo darán a conocer mejor que nuestras palabras las siguientes líneas de un viajero inglés:



Quizá ningún edificio —dice el conde Beugnot— hiera la vista y asombra el pensamiento con la grandeza del solo Dios del universo, mejor que la iglesia de Saint-Ouen. La armonía cabal de las proporciones conserva esta idea que desde luego se apodera del ánimo. El espíritu

se alimenta allí de las impresiones profundas de la grandeza, de la inmensidad y de la eternidad, y la claridad misteriosa que penetra blandamente a través de los vidrios de colores diversos prolonga esta especie de arrobamiento, que sin duda sería completo si un solo sonido muy suave del órgano viniese a perderse entre aquellas bóvedas, a manera de una voz celeste.

Desde el gran pórtico occidental se divisa el coro en todo su conjunto y hermosura. Es un círculo, o por mejor decir un óvalo rodeado de altos pilares, compuestos de columnas reunidas en forma de haces, y desnudo de todo linaje de pared que pudiera impedir su vista. Imposible se hace de imaginar en este punto cosa más aérea y seductora, pues la prolijidad y delicadeza de estos planos es de todas veras famosa. En general, la ausencia de todo adorno extraño es la que presta al interior del monumento aquel aire esbelto y gallardo, con un no sé qué de hechicería propio de él solamente, y que produce una sensación que yo no experimenté jamás en ningún otro edificio de esta especie.

Semejante elogio, por encarecidos que parezcan sus términos, nada tiene de exagerado ciertamente. Cuando yo lo vi por primera vez, “ningún acento suave del órgano venía a perderse entre aquellas bóvedas”; la oscuridad del cielo apagaba los colores de las vidrieras; el coro, colgado todavía de negro por unas exequias que se acababan de celebrar, no presentaba su preciosa estructura; el templo estaba desierto, y la lluvia, que en aquel momento comenzaba a desatarse reciamente, parecía envolver el alma en aquella nube de tristeza desalentada y abatida que rara vez dejaba de apoderarse de la imaginación de los hijos del Mediodía en las regiones del Norte; tal espectáculo, sin embargo, purificaba los sentimientos y elevaba las ideas, como si difundiese un perfume suavísimo por aquel vacío del corazón que sienten en todas las grandes ocasiones las almas bien templadas que los desengaños del mundo y el desvanecimiento de los sueños generosos ensanchan sin medida, y que con tanta violencia impele el alma hacia las fuentes de la religión y de un consuelo que rara vez acierta a dar la tierra.

Saint-Ouen posee algunos cuadros notables, como son el *Milagro de los panes*, de Daniel Hallé, y una *Visitación*, por Deshalles de Rouen, en la capilla de la Virgen, junto con algunos otros de mérito inferior en mi corto entender; pero ni la sillería del coro, ni las vidrieras, ni los monumentos funerarios, ni los accidentes del culto, en fin, sufren comparación con los de muchas de las iglesias de España y sobre todo con las de Burgos, León y Sevilla.

Entre los sepulcros vi uno que me recordó un episodio de los más hermosos de Shakespeare en sus dramas de *Enrique VI*: el del joven Talbot, cuya muerte digna de su nombre está pintada allí con tan nobles y angustiosos colores. El epitafio es sencillo, como el heroísmo de aquellos tiempos. Antes de salir de la iglesia, uno de los numerosos cicerones que por aquí se encuentran, y que por la traza no parecía, a la verdad, hijo mimado de la Naturaleza ni de la fortuna, me dijo en inglés que mirase una pila de mármol oscuro que está a la derecha de la entrada. Hícelo así, y vi un efecto de óptica de los más curiosos que pueden imaginarse, porque la iglesia entera se reflejaba en aquel cóncavo y reducido espejo. Y la ilusión del agua, que prolongaba sus columnas y las esmaltaba como si fueran de mármol bruñido, la revestía de una apariencia fantástica.

La fachada principal está por acabar y no ofrece nada notable; pero la portada, llamada vulgarmente de *Marmouzets*, que cae al Mediodía, es delicadísima y presenta uno de los más puros ejemplares del género gótico. Hace poco tiempo que ha sido restaurada con un gusto y talento admirables.

La abadía de Saint-Ouen es antiquísima, pues su fundación data de Clovis, que la edificó en 553, pero en las guerras atroces de los normandos desapareció, como era natural. Rollón, capitán de esta gente y primer duque de Normandía, la reedificó; sus hijos la aumentaron, pero un abad la demolió para edificarla de nuevo. Dos incendios la consumieron más tarde por otras tantas veces, hasta que por último, en 1318 el famoso abad Roussel Marc d'Argent echó los fundamentos del templo actual, que sin embargo no se acabó hasta principios del siglo XVI.

Catedral de Rouen

De Saint-Ouen me encaminé a la catedral en medio de una lluvia espesa que hacía más tristes las calles de la ciudad. A excepción de los diques, Rouen tiene sin duda la misma fisonomía que en tiempo de sus duques, pues las calles son torcidas y estrechas y las casas de madera y de construcción tan tosca, que a tiro de ballesta descubren la infancia de la arquitectura civil. Añádase a esto que los travesaños de los tabiques que asoman están pintados de negro, y fácil será venir en conocimiento del aspecto extraño, desigual y poco agradable del pueblo.

Por fin, después de un rato de caminar, llegué a la catedral, que en el gusto, prolijidad y abundancia de sus labores y arabescos, así como en la gran escala de sus proporciones, poco puede dejar que desear, aun al más descontentadizo; pero si la unidad, la trabazón y la armonía son las verdaderas fuentes de la belleza arquitectónica, fuerza es confesar que Saint-Ouen se lleva la palma y que un gran número de nuestras catedrales la aventajan a las claras. Así y todo, el número de encajes de piedra, de rosetones, de galerías abiertas al aire y, en fin, de esculturas y adornos de todas clases es cosa hermosísima y prueba una riqueza y fecundidad de imaginación, correcta, sin embargo, y bien encaminada, que da envidia.



Todos estos primores, como quiera, no están igualmente derramados por todo el edificio, pues los relieves de las portadas, que como es natural representan historias religiosas, son áridos y desnudos de accidentes. La parte superior es la enriquecida a manos llenas. Hasta el día no he encontrado en lo que llevo corrido de Francia portadas iguales a las de la catedral de León, que no parecen sino otras tantas páginas del Apocalipsis y del Dante.

Las torres son notables por su elevación y estructura; pero más notable todavía es la flecha que se levanta sobre el crucero como la torre de Saint-Ouen. Antiguamente era de madera, pero por su altura extraordinaria estaba expuesta a grandes riesgos en las tempestades, hasta que en una de ellas un rayo la consumió enteramente, con gran estrago de todo el edificio. Este accidente sugirió la idea de hacerla de hierro fundido, y en el día está muy cerca de su remate. El enorme peso del hierro por desgracia ha obligado a darle una delgadez y fragilidad aparente tan extremadas, que en manera alguna se ligan con el resto del edificio, y dan a aquella construcción, atrevida sin duda, el aspecto de un armazón de mimbres.

Si las diversas épocas en que se ha construido la iglesia han dejado su sello en lo exterior, por dentro no están menos de manifiesto, con grave detrimento de su unidad. No faltan tampoco sus ejemplares de vandalismo de buen gusto; en prueba de lo cual citaremos las columnas griegas coronadas de una cornisa, por donde se entra al coro, entrada al coro que sustituyó en 1777 a una hermosa valla del género gótico, y que así dicen al resto del templo como diría una cruz a la estatua de Venus.

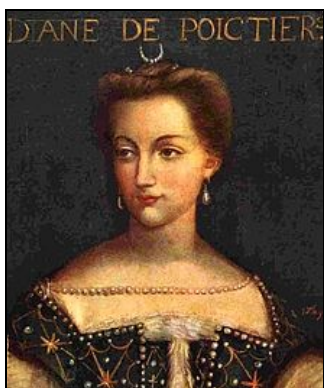
La catedral contenía también en otro tiempo cuatro antigüedades preciosas: el sepulcro de Ricardo Corazón de León; el de Enrique el Joven, su hermano; el de Guillermo Plantagenet, su tío; y el de Juan, duque de Bedford, regente de Francia en tiempo de Enrique V. Además

de ellos, se veía en medio del coro el del rey Carlos V. Los calvinistas mutilaron estos sepulcros en 1562; pero los canónigos que había en 1736, sin duda para dejarlos en buen lugar [a los calvinistas], los hicieron desaparecer por entero. Los que lean esto se preguntarán tal vez qué pudo dar margen a tan extraña determinación, pero la respuesta que les podemos dar tiene tanto de peregrino, que si no les convence, por lo menos les sorprenderá sin duda. El poderoso motivo de semejante hazaña fue el antojo de hacer un altar mayor nuevo y alzar el coro un poco más. Ni paró en esto su apatía y abandono, pues de tal manera desaparecieron estas reliquias, que hasta 1838 no se ha desenterrado la estatua de Ricardo Corazón de León. Ahora mismo, con poco crédito por cierto de la cultura francesa, esta estatua yace por el suelo en la capilla de la Virgen sin honores de ningún género. Por aquí puede venirse en conocimiento de que a todos nos alcanza la fragilidad del barro y que estas buenas gentes que tiran tantas piedras a nuestro tejado podían mirar que el suyo no es de bronce. Como quiera, confieso que semejantes aberraciones apenas me dejan moderación alguna, pues si de las guerras y revoluciones ciegas de suyo y enviadas por Dios como un azote nada se puede extrañar, nunca acierta uno a explicarse cómo una corporación en quien se supone instrucción y cordura se permite semejantes demasías.



Dejando a un lado estas reflexiones, a que por desgracia apenas hay país que no dé lugar, diré que la catedral me pareció magnífica sin duda. Entre las vidrieras pintadas, como en lo demás, se ve la huella de diversas manos y tiempos que señalan la marcha del arte. Las hay del siglo XIII y de la época del Renacimiento, con sendas historias sagradas. Como quiera, lo más notable que se ve es la capilla de la Virgen, no solo por el hermoso cuadro de Felipe de Champagne que representa la adoración de los pastores, sino por los tres magníficos sepulcros que encierra. Es el primero de Pedro de Brezé, conde de Maulevrier, señor normando muy nombrado en su tiempo, que murió en la batalla de Montlhéry, de 1465; monumento notable por sus proporciones graciosas y la elegancia y delicadeza de su arquitectura.

El segundo es el de Luis de Prezé, nieto del anterior y marido de la famosa Diana de Poitiers. Ella fue la que le hizo elevar este monumento, y allí está de rodillas al lado del muerto, enfrente de otra figura de mujer, que suponen ser la Virgen. La estatua del difunto es de una verdad horrible y hasta cierto punto repugnante, porque representa la muerte física en su triste desnudez; pero su verdad raya tan alto que ha sido causa de que se haya atribuido al célebre Juan Goujón. El cenotafio contiene dos inscripciones francesas: una, en verso, y otra, en prosa; pero la más curiosa es una en versos latinos, dedicada por la viuda, y en que después de hablar de su pesadumbre, le dice a su esposo que así como le fue fiel en el tálamo, así se lo será en el sepulcro. Esta declaración en boca de una mujer nombrada por sus amores con dos reyes, ha hecho decir a espíritus malignos que la duquesa de Valentinois no se apartaba un punto de la verdad, y que tan fiel había sido en un caso como en el otro.



52

¡Pobre naturaleza humana que lleva hasta el silencio mismo de los muertos sus aparatos de vanidad y de mentira! Este mausoleo es una de las producciones más notables del arte en tiempos de Francisco I y se ha atribuido por unos a Juan Cousín, y por otros a un artista no menos célebre, Juan Goujón.

El tercero, que es el de los cardenales d'Amboise, no muestra tanta pureza en cuanto al estilo pero sí más prolijidad y brillantez, y las dos

⁵² Gil pasa con delicadeza sobre los amores adúlteros de Diana de Poitiers, la Gran Senescalca de Normandía, con el rey Enrique II de Francia, esposo de Catalina de Médicis. Su biografía es fascinante, para otro momento.

estatuas de los cardenales, junto con las otras más pequeñas que se ven en la parte inferior, son admirables. La expresión de la oración y de la piedad en los dos personajes no deja nada que desear.

Estos tres mausoleos no se recomiendan solo por el lujo y esplendor que los adornan y por los recuerdos históricos que ofrecen, sino porque pueden servir a la historia del arte. El primero indica el estilo llamado gótico; el tercero la época en que el estilo gótico iba a ceder el puesto a las graciosas producciones del Renacimiento, y el segundo es uno de los ejemplares más puros de este.

No faltan otros primores que observar con gusto en este edificio, tales como la entrada en la sacristía y la escalera que conduce a la biblioteca del cabildo, obras ambas de suma delicadeza y exquisito gusto. Existen, además, los sepulcros del famoso Rollón, primer duque de Normandía, azote primero y terror de este país, su padre y bienhechor; en seguida, el de Guillermo Longue-Épée, su hijo, y otros varios.

Iglesia de Saint-Maclón

Después de la catedral visité la iglesia de Saint-Maclón, de un gótico muy puro y notable, principalmente por sus puertas, cuyas delicadas esculturas son obra de Juan Goujón. Representan algunos pasajes de la Sagrada Escritura, tales como la Muerte de la Virgen, el Bautismo de Jesucristo y otros varios acompañados de curiosos arabescos; son dignos, sin duda, del gran nombre de este artista.

Dejando la iglesia de San Patricio para el siguiente día, pues el turbio color de la atmósfera hubiera privado a sus famosos vidrios de su principal atractivo, me encaminé al Palacio de Justicia, ponderado por todos los viajeros. En realidad es difícil imaginarse más número de labores en tan reducido espacio ni mejor gusto en la elección y distribución. Describirlo por menor sería tarea muy prolija y cansaría de seguro a los lectores; baste decir que aunque en el estilo se advierte cierta mezcla del Renacimiento, todo ello es de una belleza acabada. Por dentro no es menos notable la inmensa sala llamada de Procuradores, muy alabada de los arquitectos por la audacia de su construcción, que la antigua cámara en que actualmente celebra sus sesiones el tribunal de Assises, una de las más bellas de Francia según dicen. El artesonado,

dividido en compartimentos no muy grandes y decorado de florones y adornos de bronce dorado, ha cobrado con el tiempo el color y esmalte del ébano, a pesar de ser de roble. No faltan particularidades que por menudas omito, pero que figurarían bien en una relación más circunstanciada.

Juana de Arco

La tarde, que comenzaba a decaer, y el mucho cansancio que sentía me obligaban a limitar mi curiosidad por aquel día al célebre Hotel de Bourgtheroulde que tan vivamente excita la curiosidad de los arqueólogos ingleses y franceses, y aun la de cualquier otro medianamente versado en la historia moderna.



53

Un sinnúmero de anticuarios de entrambos países, a cuya cabeza figura el sabio benedictino Dom Montfaucón, han ilustrado no solo con descripciones, sino con grabados, litografías y hasta con vaciados, los famosos relieves de este palacio que contienen diversas escenas de la célebre entrevista del campo *du Drap d'Or* entre Francisco I y Enrique VIII; entrevista en que la nobleza de Francia y de Inglaterra se arruinaron en competencia honrosa de galas y bizarría. A esto hace alusión Shakespeare en el principio de su comedia de *Enrique VIII*. Los

⁵³ *Hotel de Bourgtheroulde*, en la plaza de la Pucelle de Rouen, construido en 1499 y que sigue abierto en la actualidad [óleo de Samuel Prout, c. 1825].

relieves, en efecto, son preciosos, no solo por su parte histórica, sino por su ejecución, y pocas cosas ha dejado el Renacimiento de más subido valor. Hay además otros relieves que representan asuntos pastorales, sobre todo en la parte exterior de una torrecilla que contiene un gabinete notable por las esmeradas labores de su maderaje y artesonado. Este edificio se comenzó a últimos del siglo XV y se acabó a principios del XVI.

Si tantas circunstancias no concurriesen a hacerle célebre, aun había una que añadiría algo a su fama, y es la de estar situado en la misma plaza en que la doncella de Orleáns, la inmortal Juana d'Arc, pagó con la vida su heroísmo: “En atención –dice el rey de Inglaterra en su carta a su muy querido y amado tío– a los grandes perjuicios e inconvenientes, a los horribles homicidios y detestables crueldades y otros males sin cuento que había cometido respecto nuestra señoría y leal pueblo obediente”.

Tal fue el fin desastroso de aquella mujer extraordinaria, que Shakespeare, a fuer de inglés, ha revestido de un prestigio infernal; que el noble Schiller ha convertido en un ángel ligado a la tierra solo por su desventurado amor, y que por una contradicción extraña, cuanto lamentable, solo un gran genio compatriota suyo ha querido exponer a la burla y escarnio del mundo⁵⁴.

Atardecer sobre el Sena

Mi tarea estaba concluida por aquel día y para descansar juzgué que no podía elegir mejor medio que entrar en una barca de las infinitas que surcaban el río y recorrer sus orillas. La lluvia había cesado por entonces y aunque el cielo estaba encapotado todavía, los nublados se habían remontado. Del lado del Poniente venía una claridad pálida y extraña, que revestía todos los objetos de una tinta indefinible. Los árboles goteaban mucho; el heno de las extensas praderas de la orilla izquierda yacía abatido por el peso de la lluvia; los marineros descogían sus velas para secarlas aprovechando una brisa que venía del mar; el silencio era sumo en ambas riberas, y solo algunas barquillas, que se deslizaban

⁵⁴ Alude a la obra *Pucelle* de Voltaire: “Se escandaliza de que un francés haya podido escribir semejante libro, mientras disculpa a Shakespeare, que hizo de Juana de Arco en su *Henri VI* (primera parte) una bruja y una prostituta”, protesta Picoche (p. 213).

como otros tantos ánades silvestres, y dos bergantines, que subían muy lentamente de El Havre con las velas extendidas y tirados por pesados caballos normandos, turbaban el espejo de las aguas. Era una escena como hay pocas, o por lo menos de las que no había presenciado todavía.

Después de cruzar diversas veces las verdes islas del río, hice que me dejaran en tierra más arriba del puente de piedra, casi enfrente del camino de hierro. A pocos minutos, un tren que salía para París arrancó con su acostumbrada velocidad, pero con un estrépito infinitamente mayor a causa de la pesadez del aire y del silencio de la noche, sembrando el camino de chispas brillantes que caían de la máquina, y relumbrando con los faroles encendidos de sus carruajes en medio de la oscuridad, desapareció con la rapidez de un meteoro, dejando detrás de sí un surco luminoso, que las tinieblas se tragaron al instante. Imagen más fiel del destino del hombre en la tierra apenas puede ofrecerse a la imaginación de nadie.

La disposición del terreno me impedía ver la hilera brillante de faroles de gas que iluminaban el muelle; pero en cambio por debajo de los arcos del puente veía el reflejo que formaban en el agua vislumbrar vagamente, cortado por los mástiles y cordajes de los infinitos barcos amarrados a la orilla. Aquel río sosegado y silencioso se asemejaba al río mismo del Olvido, y la estatua de Corneille que descollaba sobre el fondo oscuro del cielo, y que por la oscuridad se presentaba mayor todavía, parecía el emblema material del genio, que sobrenada en el mar de los tiempos. La soledad no podía ser mayor; cuanto me rodeaba me era extraño absolutamente, ni un acento de mi lengua natal, ni siquiera una voz amiga venían a herir mis oídos, y esta situación en que por primera vez me veía era sin duda a propósito para despertar un millón de recuerdos y emociones. Por fin me retiré a mi posada, y el cansancio material pudo más que las excitaciones de la fantasía, conciliándome un sueño profundo, pero no muy largo, pues al día siguiente muy temprano ya estaba en pie.

ص

La vara de un mágico no hubiera causado transformación más rápida y completa. El cielo estaba revestido de un azul semejante al de España, y

solo del lado de El Havre flotaban unas nubecillas que por su forma y color parecían otras tantas bandas de raso blanco. Infinitas gentes vestidas con grande aseo cruzaban por los muelles alegremente, conversando con animación; innumerables barquillas surcaban el río en distintas direcciones; en los mástiles de los barcos flotaban banderas de varias naciones; las praderas habían sacudido su humedad y mecían al viento su verde cabellera; algunos vapores cuyas chimeneas despedían un humo denso se disponían a partir; y cuanto había en el cuadro del día anterior de triste y amortecido, tenía el presente de vivo, espléndido y animado.

Sin perder tiempo me dirigí, como tenía proyectado, a la montaña de Santa Catalina para gozar por entero de aquel extenso y nuevo panorama. Con suma diligencia trepé a lo más alto y situándome sobre las ruinas del fuerte del mismo nombre, pude satisfacer la curiosidad que me aguijoneaba: a mis pies corría el Sena, pero con movimiento tan suave que parecía un prolongado estanque; sus islas, de forma prolongada y estrecha, figuraban con sus olmos y chopos otras tantas naves revestidas de ramaje y plantas ligeras para celebrar una fiesta campestre; en su orilla izquierda comenzaban las dilatadas y feraces llanuras de la Normandía cuya inmensa alfombra de verdura iba a perderse en el horizonte.



A mi derecha tenía la ciudad envuelta en vapores ligeros y transparentes, sobre los cuales descollaban las torres de sus numerosas iglesias, y sobre todo las de Saint-Ouen y la catedral. Extendíase suavemente desde la orilla del río por la falda de una agradable colina vestida de árboles, y los numerosos contrastes que ofrecían sus casas feas, desiguales y negruzcas con los bellos edificios religiosos y civiles que posee y con los paseos y manzanas regulares del muelle, contribuían agradablemente a la variedad del espectáculo⁵⁵.

⁵⁵ En la imagen, *El Sena aguas abajo de Rouen*, por Monet.

Las antiguas murallas, que tanta celebridad le dieron en las guerras y disensiones de Francia, son otros tantos paseos de frondosos olmos que forman un recinto, si no tan terrible, sin duda mucho más pacífico y vistoso. Por detrás de mí se extendía un vallecillo lleno de fábricas que venía a morir en la ciudad, cuyos tejados azules de pizarra vislumbraban a los rayos del sol y me recordaban los de las aldeas de mi país, que tantas veces he visto desde la cumbre de los montes. Finalmente, la vista era tan deliciosa de por sí, que a cualquiera hubiera embebecido; pero la animación y tráfigo de la población, los repiques alegres de las iglesias y la multitud de los aldeanos que de los pueblos vecinos se dirigían a la ciudad eran como otros tantos toques agradables del cuadro.

Desde aquella altura se oían las campanas de los vapores que llamaban a las gentes a bordo, y poco después se les veía salir, alejándose rápidamente, como favorecidos de la corriente, los que se encaminaban a El Havre, y acercándose más lentamente los que se dirigían a Elbeuf, y que por lo mismo tenían que pasar al pie de la montaña de Santa Catalina. Los diversos trajes y aposturas de las personas que se apiñaban en la cubierta, junto con la variedad caprichosa de colores, desapareciendo entre las islas y volviendo a aparecer a lo lejos ya más confusos y borrados, era cosa que llevaba los ojos. Como quiera, la sensación más extraña que allí experimenté fue la de un convoy larguísimo que vi salir para París, y que arrastrándose con velocidad increíble por medio de casas, árboles y sembrados, parecía desde aquella altura una inmensa serpiente que se deslizaba por entre matorrales y peñascos.

Después de apacentar la vista más de dos horas con tan delicioso espectáculo, bajé de mi altura con deseo de visitar de nuevo las iglesias del día anterior y recorrer las que me faltaban todavía, entre las cuales merece el primer lugar San Patricio por sus magníficas vidrieras. Son todas del siglo XVI, época la más aventajada de esta clase de pintura en Francia, y entre ellas hay una alegoría que representa *El triunfo de la verdad*, hecha según se cree por los dibujos de Juan Cousin, y cuya composición e iluminación corren parejas. Rouen no ofrece nada mejor ni aun tan bueno en este ramo del arte. En esta tarea se pasó el resto de la mañana y una parte de la tarde, de manera que ya el tiempo que después de comer me quedó fue apenas bastante para alargar mi paseo por la orilla del río algo más que el día anterior.

La caída de la tarde tuvo una pompa tan magnífica y sosegada, y los accidentes y celajes del ocaso fueron tales, que de seguro no será espectáculo muy frecuente en los alrededores de aquella ciudad, a quien dan algunas gentes el nombre de *medias negras de la Normandía*⁵⁶, por lo nebuloso de su cielo. El número de barcos pequeños y grandes que subían, bajaban y cruzaban el Sena para dejar o recoger gente en las islas era grandísimo, y ni Lyon, a pesar de sus dos ríos, ni París, con su inmensa población, me habían ofrecido nada semejante. La marcha de los de vela sobre todo cuando se encaminaban a El Havre, dejándose llevar por la corriente, era tan pausada que no alteraba la tersa superficie de las aguas. Yo no sé qué se me figuraba al ver pasar sus velas iluminadas a un tiempo por la luna y por los últimos reflejos del ocaso por detrás de los árboles y arbustos de las islas que me ocultaban el casco. Por su majestad y silencio me recordaban aquella sucesión de reyes y príncipes cuyas sombras desfilaban ante los ojos de Macbeth en la cueva de la bruja. En cambio de todo este sosiego, de cuando en cuando acertaba a pasar algún vapor, y entonces el agua, alterada por sus ruedas, azotaba por algún tiempo las orillas, semejante a la del mar, como irritada de ver turbada aquella calma de que gozaba.

Como la mayor parte de las gentes de Rouen se restituían a sus hogares de las giras y fiestas campestres a que se habían entregado durante el día, traían músicas que a pesar del ruido de la máquina no dejaban de oírse y de producir un efecto muy agradable. Una porción de mujeres, vestidas de blanco o de colores alegres, que ocupaban la cubierta para gozar de la noche, completaban la ilusión, sobre todo cuando con alguna ráfaga de viento ondeaban sus chales y los largos y flotantes velos de sus sombrerillos.

Calderón de la Barca en Rouen, (c. julio de 1844)

Para que todo cuanto encontraba en Rouen tuviese a mis ojos un carácter de novedad, de vuelta ya, y poco antes de entrar en mi posada, acerté a ver en una esquina un anuncio de teatro que decía: *Le main Sanglante ou le Medecin de son honneur*; si alguna duda me podía quedar, las siguientes palabras me la hubieran disipado, pues decían

⁵⁶ “*Bas noirs de la Normandie*”, traduce Michael Dubuis, o. c., p. 81.

terminantemente que era una traducción de *El Médico de su honra*, de nuestro don Pedro Calderón. Aunque el cansancio no podía ser mayor, me pareció que sería tibieza en el amor del país dejar de ver la función, y así me encaminé al teatro en derecha, donde me encontré la comedia muy al principio por haber echado antes otra pieza. La representación me gustó muy poco, como ya me lo figuraba; la traducción me pareció hecha con esmero; pero las alteraciones que advertí prueban que nuestro gran dramático ha sido tratado *trop cavalierement*, como por aquí dicen o según por ahí decimos, sin asomos de cortedad. El personaje de doña Leonor está totalmente suprimido; al cirujano le han dado una importancia que no tiene, y el desenlace mismo es muy diferente. En general, puede asegurarse que la elección de esta gran obra es desacertada, pues la pasión de los celos se siente en ambos países de manera hartamente diversa para que la conducta del hidalgo español no parezca feroz en demasía al público francés. Los accidentes del *Pintor de su deshonra* están mucho mejor combinados para producir el mismo efecto, sin necesidad de acudir a enmiendas ni zurcidos, imposibles en las obras del genio.

Para mucho más daba lugar esta excursión, que tardará sin duda en borrarse de mi memoria; pero tal vez los demás detalles son de interés puramente local y no excitarían la curiosidad de los lectores. Baste decir que de los españoles que vengán a París, ninguno, por lo menos durante el buen tiempo, debe dejar de hacer este viaje, que a lo rápido, cómodo y barato junta lo entretenido y aun instructivo, pues tanto los amantes de las nobles artes como los aficionados a las útiles, encontrarán en los monumentos y fábricas de Rouen cosas dignas de observarse.

Un consejo me queda por decirles, y es que, si el tiempo se lo permite, no dejen por nada del mundo de llegar a El Havre, pues así como el sol se reviste muchas veces para ponerse de más luces y esplendor, del mismo modo el Sena, a medida que se acerca a su término, multiplica su majestad y sus bellezas. Yo por mi parte, no pudiendo detenerme más largo espacio, después de haber registrado de nuevo los alrededores y cosas curiosas de la ciudad, di la vuelta a París con tiempo mucho mejor, que me permitió disfrutar más cumplidamente de todas las perspectivas del ferrocarril. Habiéndolas visto poco antes, suscitaban en mi ánimo la misma impresión que una

música deliciosa oída por segunda vez. Por fin, en las mismas horas llegué a París muy satisfecho de mi viaje, aunque mucho más lo estaría si supiera que sus desaliñados bosquejos habían de entretener a mis compatriotas y ayudarles a pasar algún rato de ocio.

París, miércoles 7 de agosto, 3ª comunicación de E. G.

Muy Señor mío: He recibido por la estafeta de esta Embajada la comunicación de V. E., fecha del 22 del pasado, en que se sirve autorizarme para residir en esta capital el tiempo que juzgue necesario a la adquisición de datos y noticias concernientes al encargo que S. M. me ha encomendado.

Agradeciendo sinceramente esta prueba de confianza con que V. E. me honra, juzgo más conveniente al bien del servicio dejar esta corte y encaminarme desde luego a Berlín por Bélgica y Holanda. El tiempo que aquí llevo de residencia me ha servido para reunir aquellos conocimientos más generales y precisos que han de servir de base a las recomendaciones necesarias a su desempeño. Además de las cartas que en esa corte [en Madrid] me dio el Sr. Embajador de Francia, conde de Bresón, para el marqués de Dalmacia, su compañero en Berlín, y para el ilustre barón de Humboldt, el Sr. Martínez de la Rosa me ha provisto de una nueva para el mismo personaje, sin contar con otra suya que llevo dirigida al conde de Montesserin, secretario de la legación de Francia.

El ministro de las Ciudades Anseáticas, a quien vine recomendado particularmente de España, me ha proporcionado asimismo cartas para los presidentes de sus senados y una muy eficaz para Mr. de Ronne, presidente del Consejo de Comercio de Berlín. Por último, el teniente general Fagel, ministro de los Países Bajos en esta corte, a quien tuve el honor de conocer en casa de Mr. Rumpff, por puro efecto de su cortesía y sin ningún género de indicación de mi parte, me ha entregado otras dos cartas: una para Mr. Rochussen, ministro holandés en Bruselas, cuya gran representación en asuntos de comercio me hace esperar noticias muy precisas respecto del Zollverein, y la otra para el ministro de Negocios Extranjeros en el Haya. En mi actual posición pongo deber mío ensanchar cuanto sea posible el círculo de mis relaciones, y espero que V. E. encontrará acertada esta conducta y perdonará la relación minuciosa tal vez de estos detalles que sin embargo solo se dirigen a ilustrar su ánimo.

El camino que me he trazado, aunque largo y costoso, me proporcionará la ventaja de examinar aunque sea de paso el sistema de caminos de hierro y de canales de Bélgica y Holanda, pues como sabe V. E. todos los medios de comunicación de la Alemania me están señalados en mis instrucciones como objeto de estudio, y la comparación no puede menos de ayudarme mucho. En Francia es difícil adquirir ideas de esta clase y por eso me he determinado a buscarlas fuera.

Mi salida es pasado mañana 9 [de agosto] y en todo el mes de septiembre pienso estar en Berlín. El Ministro de Prusia en esta corte no ha opuesto obstáculo alguno a la refrendación de mi pasaporte, a pesar de constar en él mi calidad de Secretario de Legación. Las personas de aquellos países que accidentalmente he encontrado, y entre las cuales las había muy respetables, me han dado a entender que ningún género de desvío profundo ni prevención desfavorable me aguardaba, y todo me hace creer que una comisión útil a entrambos pueblos más bien hallará buena acogida y facilidades de todas clases que no desconfianzas ni estorbos.

París, 7 de agosto, 4ª comunicación de E. G.

Muy Señor mío: Hasta ahora no había querido llamar la atención de V. E. sobre el interesante punto de la correspondencia que debo mantener con el gobierno de S. M. durante el desempeño del encargo que me está confiado, porque la estafeta de esta embajada era un medio pronto y seguro de dar a V. E. cuantas noticias fuesen necesarias, pero como pasado mañana salgo para Berlín, creo llegado el caso de arreglar este particular. Por ahora, la amistad personal del Sr. Martínez de la Rosa con el conde de Montesson, secretario de la legación de Francia cerca del rey de Prusia, nos facilitará recíprocamente la comunicación por medio de la estafeta del gobierno francés, sin obligarme a mí a desembolsos cuyo abono no estoy autorizado para suponer y sin exponer a V. E. a retrasos en el recibo de mis despachos, pero semejante estado de cosas, precario de suyo, no me parece por otra parte decoroso para el gobierno de S. M.

Yo no tengo más haber señalado que el de mi sueldo de 30.000 reales y 10.000 reales anuales destinados al especial objeto de viajes, suma estrictamente necesaria a la posición que ocupo en la carrera y a los gastos que hace indispensables y en la cual no puede entrar por consiguiente un artículo tan considerable como el del correo a

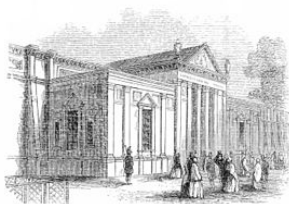
semejante distancia, sobre todo cuando su importancia no puede fijarse con exactitud. Así pues, espero que el franqueo hasta la frontera de Francia y el coste desde París de los pliegos que reciba se me abonarán mediante certificación de las oficinas de correos del país donde me halle, autorizada debidamente. Por ahora me parece preferible este arreglo al señalamiento de una cantidad alzada, en que careciendo aún de datos seguros el Estado y yo pudiéramos perjudicarnos igualmente.

Del mismo modo espero que con la regularidad posible se me envíe la *Gaceta* para seguir el curso de los sucesos en su parte oficial, pues bien comprenderá V. E. la extraña posición de un agente del gobierno de S. M. ignorante de cuanto pasa en su país.

París, ¿viernes 9? de agosto de 1844

Mientras ha durado mi residencia en París he encontrado tantos paisanos y amigos, que por medio de la conversación he tenido ocasión de fijar mis ideas y de consolidarlas con su juicio. París es en el día una especie de patria común, y hasta que ha llegado el momento de salir de sus muros no he creído dejar mi querida España. En la embajada de mi país he recibido muestras de estimación y hasta de cordialidad que agradezco mucho, sobre todo cuando mi repentina entrada en la carrera diplomática y la posición que en ella me han dado podía hacerme esperar aquel género de frialdad que excita por lo común una persona en cuyo obsequio se quebrantan las reglas generales.

Algo de esto pudo haber en un principio; pero si no me engaño, el trato lo ha disipado. Del ministro de las ciudades anseáticas, Mr. Rumpff, y del de Holanda, general Fagel, también salgo satisfecho. Ambos me han dado cartas y me han hecho buena acogida. La familia Gasc, con quien he vivido un mes, me deja un recuerdo agradable.



Tercera etapa: París-Emmerich (9-30 de agosto)

Lille, sábado 10 de agosto

Salí ayer de París en la *malle-poste* a las seis de la tarde, y hasta las ocho y media de hoy no he cesado un punto de rodar por esos caminos. He pasado muy mal la noche, como de costumbre en estos carruajes, vomitando a menudo y muy desasosegado. Afortunadamente, el país que atravesamos es lo más feo y monótono que he visto hasta ahora en Francia, y poco he perdido con no poder observarlo muy despacio.

Muy de madrugada pasé por Arrás, que exterior e interiormente tiene un aspecto muy curioso. La torre es extraña por su remate en forma de corona. Las cercanías de Lille son un verdadero bosque de molinos de viento destinados a la elaboración del aceite de granas. Tantas aspas al aire volteando sin cesar producen una singular sensación. La ciudad es muy fuerte y sus calles me parecieron muy bien. Tenía necesidad suma de reposo y voy a acostarme las pocas horas que me deje libre mi viaje a Bruselas, que continuaré a las tres de la tarde por el camino de hierro francés hasta Mucroix, y desde allí por el belga hasta su capital.

Bélgica

Bruselas, sábado 10 de agosto, a las diez de la noche

Hace una hora que he llegado, bastante rendido, porque desde las tres hemos caminado sin interrupción y en Lille no pude descansar. Sin embargo, el camino me ha parecido muy agradable por lo verde y frondoso del país y por lo rápido y cómodo del movimiento. Estos campos son más llanos aún que los de Castilla, pero los arbolados dan a su superficie una especie de ondulación que templaba su monotonía. Estas masas que en gradación desigual y caprichosa se dibujan sobre el horizonte, son de un efecto muy agradable, y los infinitos prados y huertas que se encuentran ofrecen una alfombra de esmeralda en que la vista se reposa con placer. Las casas de campo son infinitas y los caseríos

de labradores están tan apiñados que el camino parece la calle de una aldea.

Muchas tierras estaban de rastrojos, con lo cual se alteraba el hermoso tono de color del paisaje; pero la gran cantidad de cauces y canales que encontramos y los sotos y praderas sin número, borraban al momento esta impresión de sequedad que tanto desalienta al viajero en nuestras dos Castillas después de la siega. A cada paso encontrábamos paisajes de todo punto iguales a los de los grandes pintores flamencos, cuyo nombre cobra mayor esplendor cuando se los estudia en estos lugares. Cielo y suelo están maravillosamente retratados. El camino da un rodeo grandísimo, pues desde Lille hay que venir por Gante y Malinas, pero no es gran molestia por el terreno que se cruza.

Bruselas, domingo 11 de agosto

He salido muy de madrugada y he recorrido la ciudad, que es linda; el parque, delicioso, y los hoteles, excelentes; pero hasta ahora lo que más excita mi curiosidad es la diferencia extraordinaria de tipos que en la población encuentro, pues desde el flamenco puro hasta el de nuestras provincias meridionales, que se halla en todo su vigor y expresión, los matices son tan varios y vistosos, que no se cansa uno de observarlos. En general, la raza me parece superior a la francesa, principalmente las mujeres, entre las cuales las he visto muy lindas y, sobre todo, bien formadas. Entre las del pueblo he encontrado algunas que llevaban un chal de seda negro en forma de mantillo sin velo, cosa que me ha alegrado, pues es la primera semejanza que veo de nuestro gracioso tocado nacional. Otras vestían una especie de manto largo con capucha, algo parecido a las almalafas moriscas, pero que por lo largo recordaba los mantos de nuestras tapadas, y que sin duda deriva de nosotros. Las señoras visten enteramente a la francesa.

Como día de fiesta, el parque estaba lleno de gentes, y la calle del buen tono en especial muy animada con lo más escogido de la población. Hombres y mujeres vestidos con gusto y aliño, y en ambos sexos figuras agradables. Es pasmoso el número de gentes morenas con ojos negros. Variedad tan grande no la he visto hasta ahora si no es en algún puerto concurrido, como Marsella, con la diferencia de que allí todo es pasajero y aquí permanente.

Por la noche he ido al teatro llamado de *Nouveautés*, recién estrenado. Por fuera aun no está concluido. Es muy bello y está iluminado en transparente por el techo, lo cual produce un efecto muy vistoso. La representación me ha gustado en general, aunque viniendo de París es uno exigente sin saberlo; tal es la perfección a que está llevado el arte dramático, por lo menos la comedia, en aquella ciudad. La concurrencia, lucida; la mayor parte de las mujeres, bien prendidas.

Bruselas, lunes 12 de agosto

Hoy he dedicado el día a la visita especial de monumentos. El primero y más notable sin duda de Bruselas es el *Hôtel de Ville*, soberbio edificio gótico con una torre hermosísima y situado en una plaza cuya estructura y casas se ligan perfectamente con él. Es un verdadero palacio y digna habitación, en fin, del consejo y magistrados de esta ciudad, cuyos vecinos por su opulencia eran otros tantos potentados.

Este linaje de poder era tal en estos países, que los *hôtels de ville* en ninguna otra parte de Europa se acercan a esta grandeza. En este la perfección de los detalles iguala la grandiosidad del plan, aunque por una rara anomalía la torre no ocupa el verdadero centro del edificio, sin embargo de estar en el medio. Hay una historia vulgar que dice que cuando el arquitecto lo vio, de pesadumbre se quitó la vida. Lo probable es que la torre estuviese en una esquina, y que añadiendo después el edificio por cualquiera otra razón o por descuido, no se guardó la proporción debida. Este edificio tiene para nosotros un gran valor histórico, pues en él se verificó la abdicación de Carlos V, acto poco común en la historia, de que tan hermoso cuadro ha sabido hacer Robertson con su noble y reposado estilo⁵⁷.

⁵⁷ El historiador escocés William Robertson escribió una voluminosa y clásica *Historia del reinado del Emperador Carlos V* (Londres, 1769, 3 vol.), que Gil sin duda leyó, bien en la primera traducción al castellano (Alvarado, Madrid, 1821), bien en la segunda, entonces novedosa (2ª edición, ilustrada, Barcelona 1844). En las abdicaciones de Bruselas (1555-56) que Gil menciona, Carlos V dejó el imperio germánico a su hermano Fernando y el reino de España a su hijo Felipe, retirándose a Yuste como decían los manuales escolares de la infancia; pero la versión de Robertson que gusta a Gil no es compartida por historiadores posteriores: Prescott hizo en 1856 una enmienda a la totalidad en *Vida de Carlos V tras su abdicación*, que no hubiera agradado tanto a Gil. Prosigamos el viaje.



58

La ceremonia está representada en una tapicería muy buena. En la misma sala se pronunció la sentencia de los condes de Egmont y de Horn, decapitados en la plaza de delante por orden de aquel duque de Alba, cuya crueldad ha pasado en proverbio entre estas gentes, pero que reunía al talento de un gran capitán una fidelidad que nada podía alterar y un corazón en que no cabía linaje alguno de flaqueza. Dicen que desde una ventana miraba la ejecución de su rigurosa sentencia. En toda esta tierra es imposible dar un paso sin tropezar con las reliquias de nuestra pasada grandeza, cosa triste y que más de una vez me ha oprimido el corazón.

La catedral es un templo muy hermoso, gótico en su mayor parte, aunque los pilares de la nave principal son bizantinos. Tiene algunos vidrios de gran valor; las estatuas de los apóstoles en la nave principal son también muy hermosas, y sobre todo el púlpito, que es de madera labrada en su color natural, y representa a Adán y Eva echados del Paraíso. Difícilmente se puede imaginar cosa de ejecución más perfecta, follaje más delicado, animales mejor hechos y figuras de más verdad. En una capilla está el sepulcro del conde de Merode, uno de los mártires de la revolución de 1830, representado con el mismo traje y accidentes en que recibió la herida, una pistola en la mano y una blusa.

⁵⁸ *Alegoría de la abdicación de emperador Carlos V en Bruselas*, F. Francken II (c. 1620).

Después de recorrer la catedral, subí a la torre. La ciudad no ofrece ninguna facción notable si no es su magnífico *hôtel de ville* y el parque, bella mata de verdura que la hermosea infinito. La vista se extiende por una gran llanura adornada de árboles y praderas, en la cual se distinguen el palacio de Laken, residencia habitual del rey, y allá a lo lejos los famosos campos de Waterloo. Como quiera, semejante panorama nada tiene de común con el que ofrecen las torres de la catedral de León, y mucho menos con el que se desarrolla a los ojos asombrados del viajero desde el Miquelete de Valencia, en que a un tiempo se ven el mar, la albufera, las montañas del Maestrazgo y de Almansa y aquella huerta, verdadero jardín o, por mejor decir, edén de España. La belleza de esta tierra es como la de las mujeres que nos pinta Rubens, hermosas sin duda, pero sin gracia y *no sé qué*.

Los museos de Historia Natural y de Pintura son muy buenos, especialmente el primero, que reúne una colección preciosa de animales de las antiguas colonias holandesas en Asia y África. En cuanto a los cuadros, hay muchos buenos, excelentes; pero el número de los malos sobrepuja. En lo que es rico el museo es en cuadros antiguos concernientes a la historia del arte.



Bruselas, 11 ó 13 de agosto

Hoy he pasado la mañana escribiendo comunicaciones para el Ministerio de Estado⁵⁹, y aunque no eran sino dos, me han ocupado largo tiempo, porque tenía que romper lo que escribía, tan lleno de mentiras iba ello. El oficio de copiante es a mis ojos de los peores del mundo.

⁵⁹ El correo de Bruselas llegaba a Madrid a través de Inglaterra: estas dos comunicaciones [5^a y 6^a], que Gil remite desde Bruselas, junto con una carta particular al Secretario de Estado, se extravían; el 30 de noviembre el Despacho del Secretario le solicita «que se sirva duplicarlo», cosa que Gil cumple: 8^a y 9^a comunicación [Berlín, 7 de diciembre de 1844 y 6 de enero de 1845]. Reproducimos aquí —donde corresponde cronológicamente— ambas comunicaciones que Gil escribe, rompe, tacha, copia y envía desde Bruselas, el 11 de agosto (según la propia comunicación) o el 13 de agosto (según anota en el *Diario*).

Por la tarde he dado la vuelta a la ciudad y examinado sus alrededores, que desde la torre de la catedral no se divisan bien. Los arrabales están muy aseados, y las frecuentes balsas de agua, coronadas de sauces y otros árboles que se encuentran, ofrecen paisajes reducidos, pero de mucha gracia. El canal que va a Amberes ayuda también mucho a la perspectiva. Al fin de mi paseo me encontré con la *Porte de Hal*, especie de construcción informe, pero muy fuerte, que servía de ciudadela al duque de Alba durante su dominación tremenda. Ahora he visto que la adornan un poco y abren ventanas.



Bruselas, 13 de agosto, 5ª comunicación de E. G.

[Nota: carta extraviada, transcribimos el duplicado enviado por Gil desde Berlín el 7 de diciembre de 1844]

Muy Señor mío: A mi paso por Bruselas en 11 del pasado agosto puse en manos del Sr. Encargado de Negocios de S. M. un pliego con dos comunicaciones para V. E.

En una de ellas le daba cuenta de mi salida de París, de las cartas de recomendación que llevaba y del itinerario que me había trazado hasta esta capital; y en la otra solicitaba el abono de los gastos de correo a que pudiera dar lugar mi misión. Como todavía no he recibido contestación a ninguna de ellas a pesar de ser pasados más de cuatro meses, y como el correo de aquella Legación puede sufrir algún trastorno en el largo rodeo que da por Inglaterra, he creído conveniente al servicio de S. M. repetir sin más dilación mi solicitud.

En el haber que me está señalado no se comprenden más cantidades que la de 30.000 reales que me corresponden por mi sueldo y 10.000 más destinados a gastos de viaje, sumas ambas estrictamente necesarias a mi comisión y carácter. Los gastos de que la correspondencia será causa principal, crecidos de suyo a semejante distancia e inciertos además por su naturaleza, mal pueden entrar en esta limitada asignación. Los convenios postales de este país con la Francia me dispensan de franquear los pliegos que pueda remitir a V. E. por conducto de la Embajada de S. M. en París, pero el interés del servicio pudiera exigir una comunicación directa con V. E. y en tal caso es forzoso pagar aquí el porte hasta el Pirineo, como he tenido que hacer con varias cartas particulares; de

todas maneras, los pliegos que reciba nada tienen que ver con los que envíe, pues por ningún estilo puedo eximirme de satisfacer su porte ya sea desde París, ya desde esa capital. Así pues espero que el franqueo de mis comunicaciones y el coste de las que reciba, se me abonarán mediante certificación de las oficinas de correos del país donde me halle, autorizadas debidamente. Por ahora me parece preferible este arreglo al señalamiento de una cantidad alzada en que el estado o yo pudiéramos salir igualmente perjudicados.

Del mismo modo, espero que con la regularidad posible se me envíe la *Gaceta* para seguir el curso de los sucesos en su parte oficial, pues bien comprenderá V. E. la extraña posición de un agente de S. M. ignorante de cuanto en su país sucede.

Son puntos ambos sobre los cuales me atrevo a llamar la atención de V. E. pues lo creo de notoria importancia al servicio de S. M.

Bruselas, 11 ó 13 de agosto, 6ª comunicación

[Nota: carta extraviada, transcribimos el duplicado enviado por Gil desde Berlín el 6 de enero de 1845]

Muy Señor mío: El despacho de V. E. fecha 30 de noviembre del año próximo pasado y el adjunto del Sr. Oficial Mayor llegaron a mis manos en el término ordinario. No acusé en seguida su recibo porque en cuanto al primero no lo juzgaba urgente y por lo que toca al segundo me había ya anticipado a la orden de V. E., repitiendo en despacho señalado con el número 6, mi comunicación de Bruselas fecha 11 de agosto de 1844. A fin de justificar los gastos de correo he pedido que las oficinas de esta capital me abran cuenta y me expidan un certificado mensual de su importe para remitir a V. E. Sin género alguno de dificultad se ha accedido a esta demanda y el Sr. Ministro del ramo me lo ha comunicado oficialmente. (...)⁶⁰

Wetteren, miércoles 14 de agosto ●

Hoy he llegado a mediodía a Wetteren, donde me esperaba el hijo de Mr. Gasc, y he pasado el resto del día con la familia del notario L.

Esta gente ejerce la hospitalidad del mismo modo que en España y son de una cordialidad muy grande. Las horas de comer son las mismas

⁶⁰ El resto de la comunicación corresponde ya a la época de Berlín [véase p. 193].

que en las provincias de España, y las instancias y agasajos de la misma especie. Aquí he vuelto a encontrar la familia tal como en España la concebimos, y cuyo rastro había perdido en Francia, donde poco se ve desnudo de fórmulas y estudio.

La gente que he encontrado en los carruajes es lisa y amable, y en las pocas horas que he corrido por estos caminos puedo decir que he hablado más que en los varios días que han durado mis viajes por el vecino reino. No parece sino que del trato y correspondencia antigua han quedado ciertos ecos que se despiertan al menor sonido.

Wetteren es una población muy linda, sobre un collado que domina el Escalda, y ofrece un paisaje de los más agradables que pueden disfrutarse en este país. La casa de Mr. L. está llena de comodidades y participa de lo bueno del campo y de la ciudad.

Gante, jueves 15 de agosto

A las diez de la mañana estaba en Gante y hasta las dos no he cesado de correr calles, plazas e iglesias. La fisonomía de este pueblo es interesantísima, y en mi juicio lleva muchas ventajas a Bruselas. Hay casas de un primor y gallardía increíbles. Las mejores se atribuyen a los españoles, pero por la fecha no pueden pertenecerles. El *Hôtel de Ville* en su parte antigua es de lo más esbelto y delicado que he visto en este país, tan abundante en monumentos civiles. Por desgracia, el ensanche que le dieron en el siglo XV es de estilo greco-romano, y aunque en sí no es malo, parece de una pesadez imponderable al lado de lo primero. Las iglesias están llenas de cuadros de esta fecunda y excelente escuela, y el culto sostenido con un esplendor muy grande. Como día de fiesta, en todas se celebraba el oficio divino con músicas excelentes y coros muy acordes.

La sala de conciertos y bailes y el teatro son de tal magnificencia, que figurarían muy bien en una de las más grandes capitales de Europa. La Universidad es de un gusto puro y sencillo y está distribuída e imaginada con gran acierto para su objeto. El palacio de justicia o audiencia, aunque moderno como ella, es también magnífico y de mucha corrección; pero lo que en el día llama la atención es la exposición de pinturas. Algunas hay francesas, pero la mayor parte son de este país, donde sin duda se conservan las buenas tradiciones de sus gloriosos días.

He perdido el catálogo que compré y se me han olvidado los nombres, a excepción del de Robbers, cuyos animales en nada ceden a los del mismo Paulus Potter; pero no así los cuadros, entre los cuales hay cosas admirables. Una *Limosna* vi de una artista, con dos cabezas de niños pobres que nada dejan de desear. De retratos, los hay de una individualidad y carácter que asombra, y no faltan cuadros de historia, entre los cuales me llamó la atención uno que representa la salida de Santiago van Artevelde⁶¹ a la cabeza de sus cinco mil ganteses. El estilo, en general, es franco y gallardo; los efectos de luz, y de atmósfera sobre todo, perfectamente combinados y estudiados, y los paños, fáciles y graciosos: los cuadros de interior no escasean, y entre ellos los hay de mucha sal en el estilo de Teniers. Para quien sale de los lamidos y prolijos cuadros de la moderna escuela francesa, equivale esto a verse en el aire libre del campo después de haber estado encerrado en *boudoir* muy lindo y bien adornado, pero estrecho y sofocante. Dejo la famosa catedral de St. Bavon, la torre de rebato (*beffroi*) y la *Maison de force* o presidio para mañana, y a las dos salgo para Brujas y Oostende.

Oostende, jueves 15 de agosto, once de la noche

En el camino de Brujas he encontrado a un diplomático de este país, persona amable que conoce muchos españoles de la cofradía y cuya conversación tiene bastante atractivo. No me ha dicho su nombre, que hubiera deseado conocer.

Los carruajes de este país se parecen algo a las diligencias del nuestro por la facilidad con que se entabla y sostiene la conversación. Brujas es una ciudad lindísima y llena todavía de restos de aquella colosal grandeza que la hacía brillar sin rival en los siglos medios. Hay unos versos muy delicados de Southey, el poeta inglés, cuyo sentido viene a ser que si alguna vez imaginase una ciudad con torneos, danzas y resplandores de la edad de la caballería, Brujas sería la que se ofreciese a su memoria. Realmente su fisonomía despierta naturalmente estas ideas. Sus templos, su *hôtel de ville*, sus casas, sus canales y toda ella, en fin,

⁶¹ Jacob van Artevelde, *el cervecero de Gante*, en 1337 comandó una insurrección contra el conde de Flandes y su aliada Francia, y a favor de Inglaterra: su figura histórica fue recuperada en el siglo XIX por los románticos como héroe de la independencia, detalle que tampoco escapa a Gil a su paso por Gante.

son agradable espectáculo, aunque triste al mismo tiempo. Aunque bien puede decirse con el poeta: *The season of her splendour is gone by*⁶², todavía el extranjero puede visitarla con tanto fruto como placer.

La catedral de San Salvador es un edificio por de fuera de ladrillo y feo; pero por dentro, el templo gótico más hermoso de Brujas. Entre las pinturas hay una de Hans Memling⁶³, que representa el martirio de San Hipólito, de una prolijidad grandísima. Otra pintura hay excelente de Pedro Pocho, que representa la Cena. La catedral de Nuestra Señora contiene obras de arte que la hacen más notable que su arquitectura, y entre ellas, una Virgen de mármol blanco, atribuida a Miguel Ángel. El famoso pintor inglés Reynolds⁶⁴ dice que, sin duda, es de su escuela. Yo no puedo formar buen juicio, porque solo conozco dibujos y grabados del gran Bonarrotta, pero sí diré que la encuentro admirable. En Brujas hay una tradición que dice haberse perdido en la costa el barco que la llevaba a Inglaterra.

El sepulcro de María de Borgoña, abuela de Carlos V, y el su padre, Carlos el Temerario, en bronce, y de precioso trabajo, son también otro de los adornos de la catedral. La cariñosa memoria de la joven e ilustre María, que tan trágicamente acabó sus días, cayendo de un caballo, incitó a sus súbditos a levantar el primero. El segundo se debe a la munificencia de Felipe II, que pagó por él 15.000 florines. El *hôtel de ville* es un edificio de un gusto muy exquisito, gótico por supuesto, y bien conservado. No es tan suntuoso como el de Bruselas, ni tan gallardo y lujoso en detalles como el de Gante en su parte antigua, pero

⁶² “El tiempo de su esplendor se ha ido...”, Southey, *The Poet's Pilgrimage to Waterloo*.

⁶³ En el original, ‘Hemlinck’. HANS MEMLING (1430-1494) fue un pintor flamenco discípulo de Van der Weyden, cuya honda huella en Brujas admira el viajero. Pero Memling, que fue pintor favorito de Isabel I de Castilla, ya era un viejo conocido de Gil, que sin duda habría contemplado la popular *Adoración de los Magos* en el reciente Museo del Prado del que era asiduo [“En el museo de Madrid hay un *Descendimiento* pequeño **delante del cual me he parado tantas veces**”, dirá más adelante, en Amberes, ante el cuadro de Van-Dyck]. La negrita es nuestra.

⁶⁴ Gil conoce o lleva consigo los *Discursos* de sir Joshua Reynolds, pintor y teórico inglés (1723-1792) que pronunció quince discursos sobre pintura y arte ante la Real Academia de Londres, publicados en 1821. De algún modo, Gil observa las tres reglas de Reynolds: “Estudia a los clásicos, observa las reglas fruto de la tradición y sigue tu propio juicio”.

sí más agraciado que el primero y más completo que el segundo. En la plaza se conserva la casa en que habitó Carlos II de Inglaterra, que vino a trocar en Brujas su corona de las tres islas por la de rey de los ballesteros. Todavía se conserva esta sociedad, en la cual se inscribió la reina Victoria cuando estuvo últimamente en Bélgica⁶⁵.

Por lo demás, en este país, como en todos, las *secciones de la miseria humana* no escasean. En Brujas, la casa de Carlos II; en Gante, la que habitó Luis XVIII durante los cien días. Por fin, ambos murieron con la corona en la cabeza. ¡Ay del que no cupo en el mundo de sus días y, sin embargo, los acabó en un peñasco, como un ave marina cansada de volar!



66

پیش

⁶⁵ El cronista Gil escribe en 1844: apenas un año antes, la joven reina Victoria de Inglaterra hizo un viaje por Europa en el que visitó Francia (aunque no fue a París ni a Versalles) y Bélgica, incluido el escenario de la batalla de Waterloo. El 13 de septiembre de 1843 llegó a Oostende, “donde fue recibida y obsequiada con magnificencia por el Rey y la Reina de los belgas” [*El Promotor*, Caracas, 23 de octubre de 1843].

⁶⁶ La urna que admira a Gil es la *Caja de las Reliquias de Santa Úrsula y de las Once Mil Virgenes* (c. 1489), considerada obra maestra de Memling, actualmente en el Museo Memling de Brujas.

Volviendo a mi asunto, diré que todo esto no causa tal vez tanta impresión como el oratorio del hospital de San Juan, donde Memling⁶⁷, herido en la batalla de Navey, halló asistencia y asilo. Su agradecimiento le puso el pincel en las manos y le dictó unos cuadros que han recompensado con usura al establecimiento los gastos que hizo.

No los enumero aquí porque el tiempo me faltaría; baste decir que una urna bastante grande de reliquias, en cuyo exterior está pintada de su mano la historia de las once mil vírgenes de Colonia, pudiera haberla trocado el hospital por otra igual de plata maciza. Realmente, atendida la época, son obras milagrosas, y lo acabado y prolijo de los detalles supone paciencia mayor que la de Job.

Por último, he ido a ver un gabinete de cuadros perteneciente a un eclesiástico, que ha cedido su exposición a una casa de beneficencia dirigida por hermanas de la caridad. Una de ellas me ha enseñado todo, y en su conversación y modales he encontrado aquel santo candor e igualdad de espíritu que tantas veces me ha cautivado en España en estas sublimes mujeres. Su sacrificio no puede ser más grande: su obra es oscura, pero como son oscuras las perlas en el fondo del agua. Cuando salen a luz, todos los ojos las codician y admiran. Delante de estas criaturas siempre me he avergonzado de mí mismo, pensando en la fortaleza de un ser tan débil naturalmente.

Todo el día de hoy ha estado lleno de sensaciones vivas para mí. En las iglesias de Gante se celebraban oficios con excelentes músicas; en las de Brujas me he encontrado la celebración de vísperas con gran pompa y un gentío extraordinario. Si la religión no fuese santa por sí, nuestra razón debiera divinizarla. Heme aquí en un país extranjero absolutamente solo, y, sin embargo, a millares encuentro hermanos que vuelven los ojos al mismo Padre; estas son las mismas escenas a que mi madre piadosa me llevaba de muy niño, y con un no sé qué de la verdadera patria, que está en las alturas, me traían un recuerdo de la patria de aquí abajo, de mi familia y de aquellas fiestas religiosas que tanto me alegraban en mi infancia y primera juventud. Y, sin embargo, todas estas luces no llegan sino por medio de una espesa niebla hasta mis ojos; yo he querido, como tantos otros, buscar la ciencia y la verdad

⁶⁷ Véase nota 63, p.110.

por mí mismo; de las creencias que nunca debiéramos no ya perder, sino ni aun arriesgar, me queda lo que de salud resta a los enfermos; lo bastante para ambicionar y echar de menos cosas que difícilmente volverán⁶⁸.

En Brujas vivió nuestro Luis Vives.

El campo desde Brujas aquí es más monótono aún que lo demás de la Bélgica que he corrido, y el mal tiempo, constante desde que he puesto el pie en este país, me lo ha hecho más desagradable. Oostende es fortísimo por sus fosos y murallas, pero mucho más por las terribles esclusas con que puede inundar los campos vecinos. El pueblo ofrece poco en sí. En realidad, el deseo de ver el mar del Norte es el que me ha traído. Ya de noche, he estado en la playa: la calma de la atmósfera corría parejas con su humedad y pesadez, y las olas apenas movían el más leve rumor. El horizonte era muy reducido y el espectáculo poco agradable.



Oostende, viernes 16 de agosto

Me he levantado muy de madrugada y me he encaminado a la playa. La mañana estaba muy fría y corría un viento muy fuerte acompañado de aguaceros. Soberbio espectáculo el de aquella inmensa llanura alborotada como una muchedumbre amotinada, y cuyas olas se estrellaban contra las murallas, desparramándose por el aire en menudas gotas. No he visto un barco en aquella inmensa extensión, y el color ceniciento que le daban los nublados entristecía extraordinariamente el espíritu. El tiempo es tal que todos se quejan como de cosa inaudita. No lo es poco que, desde que salí de Madrid, no he visto en mi viaje sino

⁶⁸ Este texto íntimo de Gil, escrito en un momento de absoluta soledad, sobre sus creencias religiosas, es muy valioso y no pasa desapercibido al biógrafo Gullón, quien habla “del ácido desasosiego de la duda”. En su *Introducción* a la poesía de Gil, Valentín Carrera revisa su religiosidad a la luz de los estudios de Iarocci y otros, y concluye que Gil era religioso, pero no creyente en sentido estricto, sino a la manera de otros pensadores atormentados, desde Pascal a Unamuno, un panteísta de la Naturaleza, poseído por la duda, opinión no compartida por Picoche. Véanse R. Gullón, *Cisne sin lago*, p. 125; Picoche, pp. 110 y 115; y V. Carrera en *Poesía*, BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, volumen I, p. 29 y ss.

dos o tres días buenos. Otros nublados hay peores y más difíciles de disipar.

Gante, 16 de agosto, a las dos de la tarde

He visto San Bavón, que es la catedral, y me he quedado sorprendido de ver los cuadros que contiene. Es un verdadero museo, pero escogidísimo. Sobre todo, los cuadros de los hermanos Van Eyck y de Rubens. De los primeros hay una visión del Apocalipsis que en cuanto a lo prolijo de la ejecución, a la composición y al sentimiento de las cabezas deja poco que desear, teniendo en cuenta que es de 1432. Las formas, a pesar de su flacura, no carecen de nobleza. Me ha hecho gran sensación. El de Rubens representa un pasaje de la vida del Santo. Los no inteligentes prácticamente no podemos admirar las cualidades de su colorido, pero su efecto es extraordinario. La composición nada deja que desear, sobre todo un grupo de pobres. Gran escuela es la flamenca, pero aquí es donde hay que estudiarla, porque todo ayuda y facilita su inteligencia.

He subido a la torre *du beffroi*, y aunque el día seguía lluvioso y pesado, he gozado de una vista deliciosa mucho más interesante que la de la torre de Bruselas. La ciudad tiene una fisonomía tan suya, que para el que la vea un poco despacio equivaldrá a la de una persona conocida. Todavía ofrece mayor animación que otras ciudades de Bélgica. Después he visitado la *Maison de force*, prisión notable por la fecha, y que ha servido de modelo a la mayor parte de las notables de Europa, y aun de América. La limpieza de todo este país es extremada y agrada extraordinariamente.

Como quiera, me ha alegrado más que nada haber venido a Gante durante la exposición de bellas artes, sobre todo de pintura. No deseara más para nosotros que de nuestra antigua escuela se conservase lo que estas gentes conservan de la suya. De escultura, como en todas partes sucede, hay poco, pero algunos mármoles son muy lindos, especialmente el de un niño que llora por haber roto el tambor en que tocaba. Si estuviera más tiempo, de buena gana enviaría una relación a España, que por una desgracia verdadera no está viendo sino por los anteojos de Francia, anteojos que le acortan espantosamente la vista, como imaginados que están para otros. Siento infinito no poder

disponer de más días para disfrutar de esta que Mr. Trollope llama con mucha oportunidad “una constelación de ciudades”; pero si alguna vez tengo un verano a mi disposición y medios bastantes, aquí me vendré a pasarlo. Esta noche vuelvo a Wetteren y mañana estaré de vuelta en Bruselas, después de haber visto a Malinas [Mechelen].

Nota del editor:



Las fechas del 15 y 16 se repiten y falta el día 17. El itinerario de Gil en estos días dibuja un ∞ sobre el mapa de Flandes: tras permanecer cuatro días en Bruselas, el 14 de agosto Gil se encamina hacia el mar y recorre en tres días Wetteren-Gante-

Brujas-Oostende y regreso a Wetteren, donde pernocta la noche del 14 y la del 16, pues en medio nos dice que pernocta (el 15 de agosto) en Oostende, donde el día 16 madruga y visita la playa antes de partir hacia Gante de nuevo y hacer noche con “su familia” de Wetteren (Mr. Gasc hijo y el notario Mr. L.). El 17 de agosto parte de Wetteren y anuncia “mañana estaré de vuelta en Bruselas, después de haber visto Malinas”. Pero, curiosamente, Malinas no está en el camino de Wetteren a Bruselas, sino a medio camino entre Bruselas y Ámsterdam, a donde llega el día 18. Hay una posible explicación que da el propio Gil en el *Diario* del día 10: “El camino da un rodeo grandísimo, pues desde Lille hay que venir [a Bruselas] por Gante y Malinas, pero no es gran molestia por el terreno que se cruza”. Lo curioso sin embargo es que, no estando Malinas en la ruta Bruselas-Wetteren, haga el desvío solo al regreso y no mencione Malinas en el viaje de ida. Corregimos las fechas a las que entendemos más exactas, y dando por bueno que el 18 de agosto está en Amberes [Antwerpen], continuamos el viaje.

Malinas, sábado 17 de agosto

Malinas es otra muy linda ciudad por su pintoresca arquitectura y anchas calles, pero no tan rica en artes como las demás ciudades que hasta ahora llevo andadas. Sin embargo, tiene una obra de Van-Dyck que por sí sola merece un viaje no de camino de hierro, sino a pie.



Es una *Crucifixión* que sir Joshua Reynolds pone entre los primeros cuadros del mundo. El colorido no corre parejas con el de su gran maestro, pero en la expresión, y aun en el dibujo, lo prefiero a cuanto hasta ahora he visto suyo. Los ladrones, que forcejean por desasirse de la cruz, son figuras angustiosas de veras y están en una actitud difícilísima, que fácilmente pudiera degenerar en ridícula. La cabeza de la Virgen reúne cuanto el pesar

y la resignación pueden tener de más angustioso y bello. El cuadro, en suma, no tiene más lunar que la debilidad de la figura de San Juan: el *Descendimiento* y el *Prendimiento* que hay en el museo de Madrid se quedan muy atrás. Es una página de sublime poesía. Este cuadro está en la catedral.

De Rubens hay cuadros en la iglesia de San Juan y Nuestra Señora, pero no de los más eminentes. En el camino de Malinas me he encontrado con un Mr. Teichman, actual director de caminos de este país, persona de trato agradable y abierto, como la mayor parte de los que he visto en él, donde cada día encuentro más analogía con el nuestro. Ha sido ministro, y conserva de su posición no aquella presunción ridícula que tan común se va haciendo en Francia y desgraciadamente aun entre nosotros, sino el gusto de la conversación y la oportunidad que se adquieren en elevados sitios.

Mañana iré a ver a Mr. Rochussen, embajador de Holanda, para quien su compañero de París me ha dado una carta. Goza de opinión inmensa en materias de comercio y quiero hablar con él acerca de la cuestión aduanera de Alemania.

Amberes, domingo 18 de agosto



He llegado a Amberes⁶⁹ con un día muy bueno, y aunque a esta hora, que es la de la noche, ya llueve, sin embargo el día ha estado excelente, y los efectos del sol sobre el verde de las praderas y entre las masas de arbolado eran hermosos. He llegado en el día de la *Kermesse* o fiesta patronal, y el espectáculo que ofrecían las afueras de la ciudad no podía ser más animado.

Al retirarme cerca de anoecer, he estado escuchando un rato una canción, para beber sin duda, en que uno solo llevaba la voz y los demás formaban coro para responder. El primero tenía un metal de voz de una calidad excelente y muy pastoso. Cantaban con bastante afinación, y aunque la canción distaba mucho de las populares nuestras en el sentimiento, tenía dulzura y melodía, cosa que puede pasar por un hallazgo viniendo de Francia. Lo que he visto de estas cercanías es muy frondoso y los fosos y fortificaciones, formidables. Enfrente del hotel en que me he apeado tengo la estatua de Rubens, levantada en el año de 1840, y muy cerca la catedral. Traigo una visita que espero me será útil y me libraré de los *commissionners*, raza insoportable de todas veras, que no viven sino de saquear al extranjero y que dicen cada desatino que canta el misterio, sin contar con los rodeos que obligan a dar muchas veces para emplear más tiempo y sacar mejor partido.

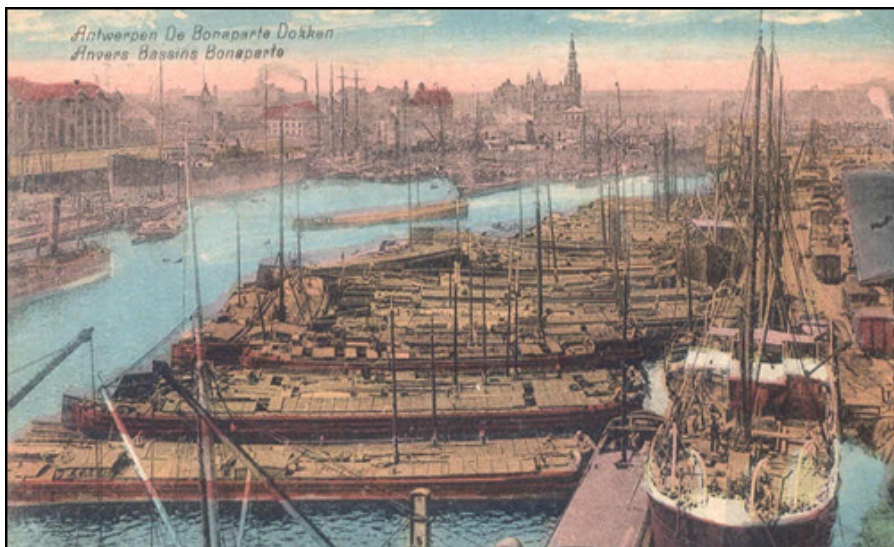
Amberes, lunes 19 de agosto

Bien había hecho en dejar para lo último esta linda ciudad, pues así llevaré de este país una idea más agradable. Como la entrada del camino de hierro está opuesta al Escalda, no había podido ver las orillas de este río.

La visita que he traído para Mr. Jacques Virbiest me es de mucha utilidad y encuentro en él un joven excelente que me agasaja con el calor que en España solemos emplear con los forasteros. Esta mañana ha

⁶⁹ Hôtel de Ville de Amberes, grabado de 1844.

venido a buscarme temprano y me ha llevado al muelle y a los *bassins* famosos que Napoleón había hecho construir en esta ciudad, objeto de su más viva predilección⁷⁰.



La vista del río, sobre todo en la marea alta, es muy hermosa, tanto por la soberbia tabla de agua que presenta, cuanto por los muchísimos barcos que, ora a la vela, ora surtos, la pueblan y animan

En un vapor destinado a la travesía de una orilla a otra únicamente, cruzamos el río y fuimos a ver los *polders*, término con que en los Países Bajos se designa las tierras rescatadas del poder de las aguas. Como estos campos están más bajos que el río, los holandeses rompieron los diques en 1831 y los inundaron de manera que sus lanchas cañoneras bogaban por encima. La ciudad se ve desde allí en su mayor extensión, y la torre de la catedral, que de puro labrada y primorosa hacía decir al emperador Carlos V que merecía tener una caja, señora todo aquel conjunto de casas de forma verdaderamente gótica que se apiñan en derredor suyo. Aunque el terreno es bajo, no por eso deja de disfrutarse bien esta perspectiva. Un poco más abajo de donde nosotros estábamos echó el duque de Parma su famoso puente, que tanto contribuyó a la rendición

⁷⁰ Napoleón consideró de alto valor estratégico militar el puerto de Amberes, el más importante de Europa junto con Rotterdam, y en 1811 ordenó construir un muelle con esclusa, el *Napoleón Dock* o el *Bassins Bonaparte*, cuya visita impresiona a Gil.

de la plaza, a pesar de su hábil y obstinada defensa. Por todas partes, recuerdos gloriosos y resplandecientes como el sol; pero como él, nos hacen encontrar lo presente oscuro y triste cuando de ellos apartamos los ojos.

Después de un rato pasamos el río de nuevo y nos dirigimos a la catedral, pues de cuanto me llama a Amberes, nada excita más vivamente mi curiosidad que los famosos cuadros de Rubens que la adornan. Realmente, para estudiar a este pintor inmortal es forzoso venir a Amberes, pues aun la opinión de los que le dicen mal dibujante tiene que desaparecer aquí. Muchas son las litografías y grabados que he visto del *Descendimiento* y su composición me era perfectamente conocida; pero así y todo, me ha sorprendido como si lo viera por primera vez, porque no es fácil figurarse aquel efecto de color ni aquella pasmosa armonía. La muerte está figurada en el Salvador con una verdad que espanta, pero que nada tiene de repugnante, y la variedad exquisita de actitudes y expresiones solo cabe en un genio tan poderoso. Sin gran temeridad puede decirse que esta es una de las obras de Rubens hecha con verdadero amor, pues el dibujo deja poquísimo que desear, por lo menos a mis ojos profanos. Las puertas de este cuadro, sobre todo la hoja que representa la *Presentación*, son de un gran esmero y están muy acabadas. En el lado opuesto hay otro cuadro en su verdadero estilo, que representa la *Crucifixión*, pintado con singular audacia y de una composición tal que por sí sola bastaría a calificar su invención y grandes cualidades. Las posturas de los sayones que levantan la cruz despliegan tanta variedad como valentía, y los grupos que de las hojas del cuadro miran la escena se ligan estrechamente a ella. Para que todo sea completo, hasta un perro y un caballo que allí se ven ofrecen una belleza y verdad singulares.

Después de estos dos cuadros, el del altar mayor, que representa la *Asunción*, aparece turbio y opaco. Sir Joshua Reynolds en su crítica de estos cuadros atribuye esto al fondo enteramente azul del presente, y esta explicación me satisface. Así, y tan solo a Rubens, le era dado caracterizar sus figuras valientemente con semejante circunstancia en que otro pintor cualquiera se hubiera estrellado.

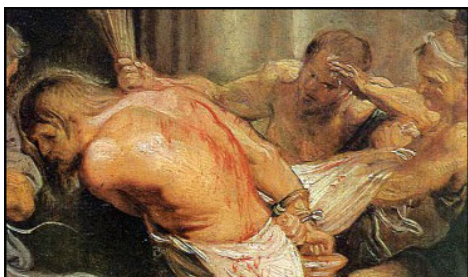
En la catedral, además de esto hay que observar la nueva sillería del coro, que así en el plan como en la ejecución puede competir con los

mejores restos góticos de este género. En cuanto al dibujo y trabajo de las figuras, como es de presumir, lleva ventaja a todo lo antiguo, de modo que forma uno de los más bellos adornos de la catedral. El nombre del artista autor de esta obra es Geerts de Lovaina. El templo es magnífico; pero como en la mayor parte de los de Bélgica, el afán de enriquecerlo con mármoles en tiempos posteriores le ha proporcionado muy buenos remiendos grecorromanos, cosa que como se podrá concebir no redundará en beneficio suyo.

El mal tiempo que por desgracia continúa todavía, ha hecho diferir las funciones de la Virgen de Agosto, que se celebran con gran pompa y una música escogida. Las iglesias, a cuyos oficios he asistido en Bélgica, todas están bien dotadas respecto a este punto, y las composiciones son de maestros célebres. No subimos hoy a la torre porque los nublados están tan bajos que no hubiéramos visto el paisaje. En cambio, hemos recorrido los alrededores, que son, como es en general todo el país, un verdadero jardín.

Amberes, martes 20 de agosto

Hoy hemos recorrido las iglesias más notables. Difícil es dar cuenta circunstanciada en este *Diario* de cuanto veo, cuando las impresiones se amontonan y confunden. Como quiera, aunque rápida, alguna mención merecen templos como el de Santiago, lleno de mármoles, decoraciones y sepulcros, y magnífico verdaderamente por dentro. El monumento más curioso es el sepulcro de Rubens, cuya lápida ocupa todo el pavimento de una capilla. Su altar es un cuadro de la familia del pintor, en que, bajo el disfraz de la alegoría, introdujo a toda su familia, y a sí mismo en figura de San Jorge. En cuanto al colorido, a ninguno de los mejores de Rubens cede. Realmente no parece sino que un rayo de sol lo ilumina.



La iglesia de los dominicos contiene una *Flagelación* de Rubens, también admirable de veras, pero las espaldas ensangrentadas del Salvador están representadas con sobra de verdad.

También hay una Crucifixión de Jordaens y un Cristo con la cruz a cuestas de Van-Dyck. La iglesia de San Andrés tiene un púlpito de los más preciosamente entallados de Flandes, que representa la vocación de San Andrés y San Pedro. La figura del Salvador está llena de gracia y majestad. La de San Agustín encierra el altar mayor de Rubens, que representa El matrimonio de Santa Catalina. El poder de este cuadro es fascinador de todas veras, y mientras se le mira no hay modo de igualar ningún otro pintor con Rubens (sir J. R.). El éxtasis de San Agustín, de Van-Dyck, también goza de grande y merecida reputación.

La iglesia de San Carlos Borromeo, cuya fachada diseñó Rubens, y que por dentro estaba enriquecida con sus obras, no tiene en el día más que una pintura moderna de Wapers, si no me engaño, muy bien hecha, sobre todo en su parte inferior. La Virgen que ocupa la superior y los ángeles no son tan buenos, ni la gloria que los rodea tiene esplendor ni transparencia.

Amberes, miércoles 21 de agosto ☾

Hoy hemos destinado el día al museo, que es riquísimo, y a la torre de la catedral. Ni aun de paso puedo dar razón alguna del primero, pues no me llegaría el tiempo. Baste decir que allí se vuelve a encontrar Rubens y Van Dyck hermosísimos. Del primero hay catorce cuadros y del segundo seis, todos excelentes. La Crucifixión y el Cristo muerto, de aquel, ocupan tal vez el primer lugar. De Van-Dyck he visto en grande el hermoso Descendimiento que hay en pequeño en el museo de Madrid, y delante del cual me he parado tantas veces.

En cuanto a la historia del arte, se encuentran allí páginas preciosas en la galería de pinturas flamencas, italianas y alemanas antiguas que regaló a la ciudad el burgomaestre Van-Ertborn. La torre de la catedral ofrece un horizonte verdaderamente marino por su extensión e igualdad, con la diferencia que este océano es de verdura y arbolado.

A lo lejos, pero muy lejos, se ven las torres de Malinas, de Gante y de Brujas; pero la vista quizá más interesante es la de la ciudad, cuyas casas, a excepción de unas cuantas modernas, son todas de forma gótica. Es una de las fisonomías más individuales que pueden encontrarse en ciudad alguna.

El Escalda es cosa de gran belleza y aun majestad, y los barcos que entraban aprovechando la marea alta entonces, animaban el cuadro infinito. La ciudadela es una de las cosas más prominentes que desde allí

se divisan y que más excitan la atención por los recuerdos del sitio de 1832. En cuanto a la torre, en sí misma es de un trabajo exquisito y prolijo, pero de estilo no muy puro en su parte superior, que parece ya del Renacimiento. Ahora están restaurando sus barandillas superiores y algunos remates salientes. Se conoce que esta gente sabe dar precio a sus riquezas artísticas, pues las sumas que en semejantes restauraciones se gastan son enormes. ¡Qué diferencia con nuestra cuitada España, donde tan bárbara devastación se ha hecho o consentido en estas obras!

Amberes, jueves 22 de agosto

Hoy he visitado la ciudadela, cuyo conserje me ha explicado minuciosamente las operaciones del sitio. Es un hombre muy original, más bajo que alto, colorado, de mirada alegre, con la nariz vinosa y un olor bastante pronunciado de aguardiente. Los detalles que da son curiosos, y aun a profanos como yo dan a conocer la buena disposición del sitio y la noble defensa de los holandeses. La ciudadela es muy fuerte, y sus fosos son anchísimos. Por mi parte, el recuerdo más vivo que en mí despertaron estos sitios fue el de nuestro malogrado cuanto heroico conde de Campo Alange, que vino a recibir en estos parajes el bautismo de la sangre, como decía en unos fragmentos muy bien sentidos, que se publicaron en *El Artista* en 1834⁷¹.

Por la tarde, este buen Mr. Virbiest me ha llevado a una sociedad filarmónica que tiene en un jardín muy lindo de las afueras, y donde he oído tocar piezas escogidas de los mejores autores, y, sobre todo, trozos de *Lucía de Lammermoor*, ópera que nunca me ha cansado⁷².

⁷¹ La memoria de Gil nunca es ociosa: a orillas del Escalda recuerda a José Negrete, conde de Campo Alange, quien luchó en el sitio de Amberes y evoca sus *Recuerdos del sitio de la ciudadela de Amberes por los franceses en 1832*. Podemos imaginar la emoción de Gil en Amberes, acaso recitando su propio poema *A la memoria del conde de Campo Alange* (*Poesía*, BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, p. 179 y ss.):

Cuando tronó el cañón en el Escalda
y el pendón tricolor flotó en Amberes
marchitando en la sien de mil mujeres
del amoroso mirto la guirnalda,
(...) ¿viste la libertad cruzar el viento...?

⁷² Véase la crítica de Gil a *Lucía de Lammermoor* en *Crítica teatral*, BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, vol. IV, p. 244.

Esta sociedad es seriamente del comercio, pero lo bien montada que está, y los vestidos y modales de la concurrencia, especialmente femenina, prueban una cultura que en España no adorna, por desgracia, a esta clase.

Visto ya lo más notable que esto ofrece, mañana salgo para Rotterdam en el vapor *Escalda*, contento de este país ameno, bien cultivado y fértil en general; aun más contento de sus habitantes, que en lo que he visto me parecen francos y sinceros; pero muy poco satisfecho de su cielo, que solo para despedirme se ha desencapotado un poco.

Holanda (Países Bajos)

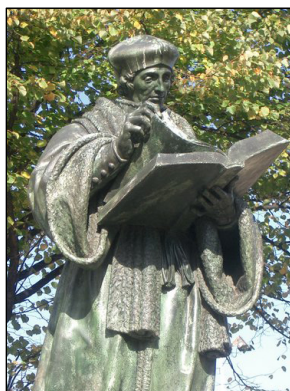
Rotterdam, viernes 23 de agosto

He traído un día magnífico, y esto, junto con el movimiento agradable del vapor, ha contribuido a hacerme deliciosa esta jornada de once horas. Creía haberme formado una idea de la Holanda, pero he visto cuán equivocado estaba, pues las perspectivas que ofrecen las islas de Zelanda, formadas por el mar a un tiempo y por los brazos del Escalda, del Mosa y del Rhin, son de todo punto extraordinarias.

Las tierras están tan bajas, que los arbolados plantados en los diques, en lugar de terminar la perspectiva, como descuellan sobre el fondo del cielo, la aumentan en una proporción increíble. A la legua se conoce que todo este país y esta gente existe de prestado y de una manera puramente artificial, y esta sensación, nueva para nosotros, introduce en el ánimo un no sé qué de desasosiego, como cuando nos hallamos en un sitio escarpado y expuestos a un viento muy recio. Por lo demás, los panoramas que he visto desarrollarse sucesivamente han tenido para mí un particular encanto. Todos los términos de tierra que veíamos no parecían sino expresamente dispuestos para alargar el paisaje, y las vueltas y revueltas del río y las interminables ramificaciones de aquellas aguas con las islas, unas veces arenosas y otras verdes, y pobladas de ganado vacuno, contribuían a la variedad.

Como el cielo estaba despejado, toda el agua estaba también azul, y los tejados de los pueblos por donde íbamos pasando tenían un encarnado muy vivo que decía muy bien con la tinta azul del cielo y el

verde de los campos. Encontrábamos numerosos barcos, de comercio unos y pescadores otros, con hombres, mujeres y niños; casas ambulantes, en fin, amén de otras barquillas y botes, en que unos se paseaban y otros cruzaban aceleradamente el río. Las arboledas alineadas de los muelles, vistas de lejos, recordaban aquellas columnatas que quedan aún en pie en las antiguas ciudades desiertas en medio de sus ruinas. También encontrábamos muchos vapores, que pasaban velozmente, dejando en el aire un rastro muy largo de humo. Así desfilaron por delante de la muy fuerte plaza de Bergen op Zoom, y más abajo dejamos a la izquierda la linda población de Tholen, y a la derecha, Schouven y su puerto, Zierikzée, famoso para siempre, y sobre todo a nuestros ojos, por la marcha de los españoles bajo el mando de Requesens en 1575, cuando vadearon el canal de Gesten por un vado de seis millas de largo, con el agua por el cuello y expuestos al fuego de una flota de lanchas zelandesas que los aniquilaban y de hecho les cortaron la retaguardia. Todo esto no impidió, sin embargo, que tomaran posesión de la isla, y después, de Zierikzée. Por todas partes, el eco de nuestras glorias, pero ¡cuán semejantes a los que despierta la planta del caminante en las ruinas de los antiguos palacios y castillos!



Poco después pasamos por delante de Dort, y por fin llegamos a Rotterdam, que no ofrece cosa particular, exceptuando su fisonomía, verdaderamente holandesa, sus infinitos canales, sus innumerables barcos, su gran comercio y su prolijo aseo. De esto debe de exceptuarse, sin embargo, la estatua de Erasmo⁷³, gran amigo y compañero de Luis Vives; los monumentos de los almirantes de Wit y Cortenaer, y el vicealmirante Van-Brakel, que están en la catedral, su famoso órgano y algunos preciosos detalles arquitectónicos, en fin, de la catedral misma.

⁷³ Considerada la estatua más antigua del país, erigida en madera en 1549, se hizo la definitiva en bronce en 1622. Gil explicita una vez más su admiración por Erasmo y Vives, véase en *Miscelánea*, BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, vol. V, p. 57 y ss.

El Haya, sábado 24 de agosto

He venido por la diligencia, rodando por caminos de ladrillo y por praderas verdes como una esmeralda y con canales siempre a la vista. Si el tiempo hubiera estado claro, nada faltaba al agrado de esta correría; pero desde ayer noche se ha vuelto a encapotar y amenaza con la interminable lluvia que tanto me ha mortificado en mi viaje.

A medida que nos acercábamos a El Haya, encontrábamos a derecha e izquierda casas de campo muy lindas, con muchas flores y jardines bien cuidados. Los prados estaban llenos de ganado blanco y negro de piel, lo cual formaba agradable vista, y por los canales subían y bajaban muchas barcas, gran parte de ellas cargadas de heno. El día está muy malo, pero comeremos juntos en una fonda donde se reúnen todos los diplomáticos solteros y luego iremos al teatro. El hotel en que he parado está situado perfectamente cerca del parque, con vistas muy buenas por delante y detrás. El Haya, hasta ahora, me parece ciudad muy linda.

El Haya, domingo 25 de agosto

Hoy he estado a ver el bosque o parque, que es magnífico, y su palacio de recreo, que reúne una colección de tapicería chinesca y biombos de madera del mismo género muy buenos, pero que sobresale por un salón donde se ven cuadros de los mejores maestros holandeses y flamencos perfectamente dispuestos para el adorno y visualidad, y en sí de un mérito infinito. De Rubens, Jordaens y Van-Dyck hay cosas que encantan. Es joya de gran precio.

La vida en El Haya debe ser triste o, por lo menos igual, pero el cuerpo diplomático está muy unido y su sociedad es muy agradable. Los dos días que he estado aquí he comido con ellos, y ayer después de comer fuimos a Scheveningen, a la orilla del mar, donde está el hotel de los baños. En el salón había música y gente, como domingo que era, y en la concurrencia se notaba grande variedad.

Por mi parte, la mayor diversión fue ver el mar, que venía a estrellarse con bastante violencia en las dunas o montañas de arena cubiertas de unas hierbas y matorrales lacios y descoloridos como propios de ellas. La playa presentaba a lo lejos el mismo desolado y estéril aspecto que pocos días antes había observado en Oostende, aunque el oscurecer de este día, algo más sereno y sosegado que el resto,

nada tenía que ver con la turbia y lluviosa mañana y con las verdosas y embravecidas olas que azotaban aquellas murallas. Cada día me inspira más amor este elemento, y si viviera en puerto, su orilla sería mi paseo favorito.

El Haya, lunes 26 de agosto

Hoy he recorrido lo más notable que ofrece la ciudad, y entre lo cual descuellan el museo y la galería real de pinturas. En el primero hay cuadros de gran mérito, y la colección histórica, muy completa sin duda y de gran valor, y la colección china y japonesa, no menos interesante, con detalles los más minuciosos de la vida pública y privada de aquellos pueblos. Entre los cuadros hay gran riqueza, pero lo que llama la atención más que todo quizá son el novillo famoso de Paulus Potter, cosa la mejor que hasta ahora he visto, y una disección de Rembrandt en que todas las figuras están tan llenas de vida que hacen olvidar lo desagradable del asunto, atenuado en verdad por otra parte.



74

⁷⁴ *El toro* (1647), que Gil rebautiza *El novillo*, fue quizás la obra de Paulus Potter más apreciada por los románticos y nuestro viajero no se sustrae al hechizo: “Cosa la mejor que hasta ahora he visto”.

Como quiera, la galería del Rey es bastante mejor y más completa sobre todo, quizá por la curiosa colección de dibujos originales de los primeros pintores italianos, y que pertenecieron al célebre pintor inglés Lawrence. De Rafael, Vinci, Ticiano, Salvatore Rosa y otros muchos hay obras de gran precio, y hasta de nuestra escuela tiene dos excelentes de Velázquez, una *Concepción* de Murillo y un *Apostolado* del *Españoleto*, que por cierto desempeñan lucidamente su papel. De la escuela nacional excusado es decir que hay muchas y buenas obras.

Como el difunto rey era tan apasionado a las artes, de los pintores modernos se encuentran también muestras muy preciosas, en muchas de las cuales he distinguido el sello de otros cuadros, también preciosos, que vi en la exposición de Amberes. Este gabinete hace mucho honor a su dueño. Acabada ya mi visita, salgo mañana para Ámsterdam por el camino de hierro, muy satisfecho de los agasajos del ministro de España, Bazo, y del secretario Lozano, que no me han dejado comer en mi casa ningún día de los que aquí me he detenido y me han tratado en todo como cumplidos caballeros y compañeros excelentes.

Ámsterdam, martes 27 de agosto

El camino de hierro de El Haya aquí es muy bueno y se anda mucho, pero el paisaje poco más o menos es el mismo que en el resto de la Holanda meridional: praderas extensas, multiplicados canales, grandes masas de arbolado, y de cuando en cuando, casas de campo muy lindas, con tal cual campanario, única cosa que altera la monotonía de aquel verde horizonte. No me detuve en Leiden porque, cerrada la universidad, le falta su mayor atractivo; pero sí en Haarlem, donde vi interminables jardines con flores hermosísimas. Haarlem es la patria por excelencia de los tulipanes, que sacan de juicio a estos sesudos holandeses, pero en el día se ha calmado la furia, y ya no es tan fácil encontrar quién dé mil florines por una cebolla.

Las iglesias no ofrecen nada notable, como no sea su famoso órgano, cuyas armonías no es posible oír sin pagar algunos duros por hora, cosa buena para oídos de ingleses ricos. Las cercanías son muy lindas y el palacio que fue de Luis Bonaparte, y no pude ver por lo temprano de la hora, me pareció notable, aunque no sea más que por el parque poblado de gamos que tiene delante. Una colección de cuadros particular, que ponderan mucho, tampoco pude ver por esta razón.

El camino de hierro hasta este punto tiene a un lado el Y o Ey, y al otro, el lago de Haarlem, de extraordinaria extensión entrambos, de manera que el carruaje más parece navegar que andar. En realidad es muy dudoso si la Holanda pertenece al agua o a la tierra. La prueba más evidente de ello es este pueblo, que por los puentes y canales ha merecido el dictado de Venecia del Norte, aunque sin duda su construcción debe suponer más atrevimiento, porque la ciudad entera está fundada sobre pies derechos y rodeada de tal suerte de agua y defendida tan artificialmente, que el inundarla sería cosa de pocos minutos.

Ha estado amenazada no hace veinte años de grandes riesgos, y esto ha obligado a nuevas obras, cuyos gastos asustan; pero, en cambio, el laberinto de sus canales, los raros paisajes y avenidas que ofrecen, la infinidad de barcos que descargan sus géneros, la multitud de gentes que hierven por las calles y el tráfigo de tan gran población alegran el ánimo, sobre todo si el tiempo está claro, como por fin se presenta.

He visto la catedral protestante, que nada absolutamente contiene de particular sino los monumentos de varios almirantes y personajes de Holanda y un púlpito preciosamente labrado. Mal podríamos avenirnos en España con semejante desnudez y pobreza. El antiguo *hôtel de ville*, palacio del rey ahora, es otra cosa bien diferente. Todo en él es noble y severo: los relieves, de alusiones vivas a su antiguo destino de *hôtel de ville* y tribunal de comercio, muy bien entendidos, y varias de sus pinturas exquisitas. Como quiera, lo que hay seguramente de más notable es el gran salón de respeto, destinado ahora a los bailes de la corte, y en otro tiempo sin duda a las solemnidades municipales y fiestas republicanas de este país. Es mayor y más severo que el de Embajadores de Madrid, y la descomunal altura de su techo le da la apariencia de una verdadera iglesia. Las paredes son de mármol hasta cierta altura, y nada se escaseó, por lo visto, para tan soberbio monumento. Dicen que la mayor parte se hizo con el dinero de unos galeones nuestros apresados cuando volvían de América; pero después del tiempo que ha pasado, bien puede decirse que algún buen genio lo destinó a esta obra, en lugar de llevarlo al triste sumidero de la corte de Felipe IV. El gran reloj y el carillón u órgano de campanas está en una especie de campanario que corona una de las fachadas del edificio, y la vista que desde allí se

disfruta de un gran número de poblaciones distantes y sobre todo de aquella soberbia ciudad que bulle debajo con sus infinitos barcos, carruajes y gentes, alterando unos el espejo de las aguas e hirviendo otros por las calles, no puede ser más sorprendente.

A cada instante me va gustando más y siento mucho que la prisa de mi viaje sea tan grande. Por la tarde el encargado del consulado de España, Van-Osteezee, ha venido a buscarme y hemos dado un paseo muy agradable por diques y arbolados. El día ha estado claro y el viento más frío que otra cosa. Yo voy vestido de paño y sin embargo hube de acudir al gabán.

Ámsterdam, miércoles 28 de agosto ○

He pasado la mañana en ver el famoso astillero, que tanto nombre tiene, sobre todo en la historia, y que me ha parecido montado en un excelente pie, aunque de esta materia ni poco ni mucho se me alcanza. He visto el casco, todavía no concluido, de un navío de noventa cañones, hermosa mole. El estar poco menos que en esqueleto le daba un aspecto nuevo a mis ojos. Los talleres son muy desahogados y abrigados, como requiere este clima riguroso.



De allí me fui al museo, que merece de seguro todas las ponderaciones que de él hacen, porque, aunque está ceñido casi exclusivamente a la escuela del país, contiene joyas de inestimable valor.

Sobre todo, la *Ronda de Noche*, impropriadamente llamada, de Rembrandt, y un comité de los empleados de la ciudad en celebración de la paz de Westfalia, junto con una caza de osos de Paulus Potter, son cosas que los ojos no se cansan de ver⁷⁵.

⁷⁵ *La Ronda Nocturna*, o *La milicia del capitán Frans Banning Cocq*, de Rembrandt, 1642, que Gil admira en el Rijksmuseum [Museo del Reino], fundado en 1800 en La Haya y trasladado en 1808 a Ámsterdam, donde sigue siendo el cuadro “estrella”.

Paisajes y marinas hay también en gran número y excelentes. Entre las pocas pinturas extranjeras hay una *Anunciación* de Murillo, repetición de una pequeña que existe en el museo de Madrid, con todo el sello de aquel hombre divino. Si es copia, lo que no creo, está hecha de mano maestra.

Por la tarde he visitado el Jardín Zoológico, hecho y sostenido, según creo, por una sociedad, y que en proporción excede al Jardín de Plantas de París en el número de animales, ya que no en la buena distribución y alojamiento. Es cierto que muchos animales son comunes, pero hay otros que no; sobre todo, en aves de los trópicos están muy ricos. Tigres hay varios, y el león que tiene excede en hermosura a cuantos he visto. Todos están muy domesticados, y el elefante no puede ser más manso y cariñoso para con su guarda. Entre los pájaros raros que vi fue un pelícano, el primero que encuentro vivo. Finalizada mi visita, mañana me iré a Utrecht por el camino de hierro para seguir mi viaje a Dusseldorf no por el Rhin, que hasta Colonia nada vale, según testimonio común, sino por tierra, para poder ver la Gueldre⁷⁶ o el Jardín de Holanda, como la llaman por aquí.

Utrecht, jueves 29 de agosto

Este pueblo no tiene nada que ver, si no es unos sepulcros de emperadores y obispos que hay en su catedral, desmantelada terriblemente por los iconoclastas, y el panorama que se disfruta desde su torre, más extenso quizá que ningún otro de los de Holanda. Tiene seiscientos escalones.

En esta ciudad nació el Papa Adriano VI, que fue maestro de Carlos V, y en verdad que no anduvo muy acertado en el negocio de las comunidades de Castilla. Su casa se conserva con su retrato e inscripción en la fachada, más dichosa en esto que la otra donde se firmó aquel tratado en que lo perdido de hecho por nuestras faltas quedó perdido de derecho por firme convenio. El sitio de la casa lo ocupa ahora un cuartel.

Los paseos son muy agradables, y el que he dado esta tarde por la orilla de uno de los canales absolutamente solo me ha complacido

⁷⁶ Güeldree, en castellano, o Gelderland, en neerlandés, pero Gil emplea con frecuencia el topónimo francés.

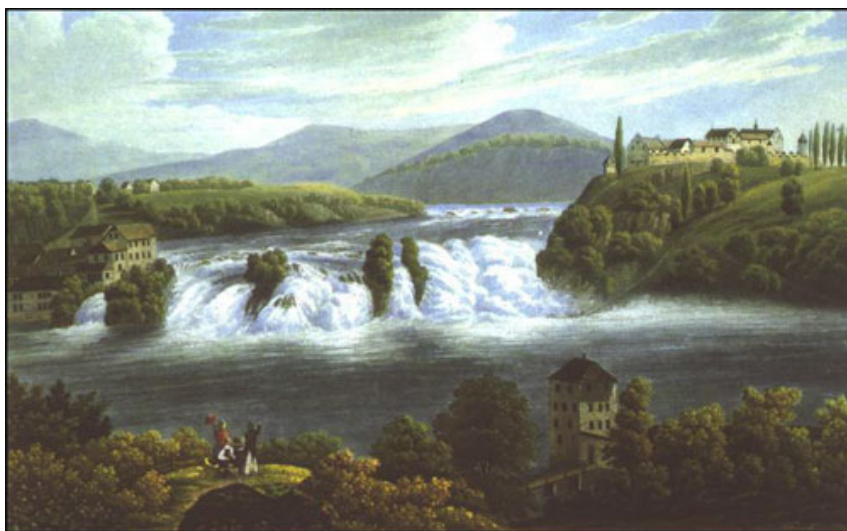
sobremanera. Nunca he visto cuadros de tanta calma y sosiego, porque el viento se había echado enteramente, los árboles no se movían ni poco ni mucho, el canal estaba como de una pieza. Hasta de los ganados que pacían por las praderas, la mayor parte rumiaban echados, de modo que todo ello se ligaba muy bien con lo llano del terreno y lo uniforme del horizonte, solo modificado por las arboledas más o menos distantes y por la torre de la catedral, que, como emblema de su objeto, se elevaba atrevidamente hacia el cielo. En todas partes hacen gran papel las torres de las iglesias, pero en este país el alma las necesita absolutamente, no habiendo montañas solitarias en que posar sus vuelos. La armonía de su órgano de campanas tenía un atractivo particular en medio de aquellos campos silenciosos, que comenzaban a desaparecer bajo los velos del crepúsculo.

Al volver a mi posada me perdí, y preguntándole las señas a un holandés del pueblo, que no sabía francés, pero conocía el hotel cuyo nombre me oía, he encontrado un hombre de tan buena voluntad, que ha deshecho una gran parte de su camino hasta ponerme a la puerta misma. Entonces, no sabiendo qué decirme, me ha cogido cordialmente la mano con la suya robusta y callosa y me ha dado un buen apretón, a que yo no he dejado de responder muy agradecido a su sencilla bondad. Mañana salgo para Arnheim, y si se me compone, llegaré a Dusseldorf⁷⁷.



⁷⁷ La distancia de Utrecht a Dusseldorf es de casi doscientos kms., difícil de cubrir entonces en una jornada. El viajero llega a Arnheim, a 64 km., combinando tren y diligencia, lo que debía ser un viaje agotador, que Gil en esta ocasión disfruta a gusto.

Cuarta etapa: El Rhin (30 de agosto-15 de septiembre)



Emmerich, viernes 30 de agosto, inicio del crucero por el Rhin

No se me ha arreglado el llegar a Dusseldorf, pero no me pesa el giro que ha tomado mi viaje. He recorrido la distancia de Utrecht a Arnheim parte en camino de hierro y parte en diligencia; pero como dentro había estrechuras, preferí venir con el conductor en el pescante, con lo cual he disfrutado a mi gusto del paisaje, que para el que sale de Holanda se presenta poco menos que un paraíso.

No se sabe el precio que tiene la ondulación del terreno, los pinos y robles y abetos, y en particular la corriente de los arroyos y fuentes, para quien no ha visto en muchos días sino la alineación de los caminos y canales, con sus simétricas arboledas de chopos y fresnos, y sobre todo aquellas aguas estancadas como si el hielo las hubiese atado. Hermosa y verde es la Holanda, sin duda, pero al cabo el hombre la ha hecho, y claro está que sus obras no pueden ostentar la variedad de la Naturaleza. Como quiera, no es solo el contraste lo que favorece a La Gueldre y sobre todo a Arnheim, su capital, con sus cercanías, porque el paisaje, con una cadena de bosques vestidos de pinares a la izquierda y a la derecha los mismos prados de Holanda, con el Rhin por el medio, tiene mucho atractivo y novedad.

En realidad el Rhin es un río tan notable y lleno de poesía, que por sí solo embellece la tierra por donde pasa. Arnheim, cabeza de esta provincia, no tiene de particular sino los sepulcros de los duques de Gueldre, enterrados en su catedral, y sobre todo sus cercanías, que estos buenos holandeses ponderan mucho de magníficas y soberbias, aunque no son sino agradables por sus suaves laderas, llenas de arbolado y sembradas de casas de campo muy bonitamente situadas. De los antiguos fosos y murallas han hecho paseos muy frondosos y alegres.

Llegué antes de las doce de la noche y a las cuatro me embarqué en uno de los muchos vapores que surcan estas aguas sagradas. A las ocho hemos llegado a este pueblo [Emmerich], primero de la Prusia.

El Rhin pertenece a Holanda por entero hasta aquí, según lo poco pintoresco de sus orillas, no pocas veces casi encubiertas por los diques, que solo dejan asomar las copas de los árboles, los tejados encarnados de las casas y las torres de las iglesias. Lo más poético que hemos visto son las agujas y torres de Cléves, que descollaban en la orilla izquierda no muy lejos, con todos sus recuerdos de historia y de caballería.

Sin embargo, el viaje es agradable porque la vasta tabla de agua por donde el barco se desliza, dejando un larguísimo surco; los efectos de la luz en su superficie; los árboles y verdura frondosísima de las orillas; los muchos barcos, ya de vapor, ya de vela, que se encuentran, y por último la comodidad suma de este medio de locomoción, todas son circunstancias de peso para un español. El día ha estado hermosísimo y esto ha contribuido infinito a la alegría del paisaje.

Rhin, Dusseldorf, sábado 31 de agosto

La aduana de Emmerich ha sido muy cortés y atenta, pues se ha contentado con las declaraciones de los viajeros y con visitar algunos cofres por encima, de modo que muy temprano estábamos despachados; pero había una niebla tan densa que nos tuvimos que detener dos horas, temeroso el capitán de varar a lo mejor, o de embestir con algún otro barco. Sin embargo, como la niebla duraba, fue forzoso levar el ancla y salir, aunque con menos velocidad y tocando la campana para avisar. Por fin el sol ha quedado dueño del campo a cosa de las nueve y media y un viento fresco ha barrido los vapores y descubierto otra vez las orillas, un poco más variadas que ayer, aunque monótonas todavía.

Hemos pasado por frente de Wesel, una de las plazas más fuertes de Prusia, aunque por el lado del río no lo parece. A la derecha dejamos a Xanten, famosa por sus recuerdos, que suben a la dominación romana⁷⁸, y cuyas torres hacían muy buena figura a lo lejos, y por último hemos llegado a las siete de la tarde a esta ciudad, que se presenta repentinamente con su puente de barcas de una de las revueltas del río y sorprende muy agradablemente.

A lo que he podido observar, el comercio en estas orillas es muy activo, porque el barco ha sido cargado y descargado varias veces en las diversas paradas. Como el viaje ha durado más, he podido ver los muchos compañeros, que frecuentemente se relevan, y sobre todo las gentes del pueblo, que ocupan la cubierta hacia la proa. Han entrado y salido varias familias con niños muy pequeños; sin embargo, había poco estrépito. Las madres, y aun los padres, atendían con mucha ternura y esmero a sus pequeñuelos, y en el semblante de todas estas gentes se pintaba una paz profunda. Los hombres fuman terriblemente y con un deleite extraño. Los trajes, desairados en hombres y mujeres, pero aseados en general, y sobre todo en las segundas.

El día se me ha pasado muy agradablemente. Solo un deseo se me ha ocurrido, el mismo que a Childe Harold, “que las aguas de este río fuesen las del Leteo” y lavasen mi memoria de ciertos sedimentos acres y amargos. Mañana me detendré hasta por la tarde y seguiré mi viaje a Colonia.

Dusseldorf, domingo 1 de septiembre

Dusseldorf es una ciudad muy bonita, por lo menos en su parte nueva, y su jardín, llamado Hofgarten, uno de los más hermosos que he visto, y según dicen, de los mejores también de Alemania. Tiene arbolados frondosos, praderas y estanques y más variedad de terreno que parece consentir lo llano del país. Una especie de terrado se encuentra con vista sobre el Rhin, que me gustó mucho, y en general se conoce el sumo esmero con que está cuidado. Esto y las obras de su escuela de pintura, aunque muy escasas en número, fueron los mayores atractivos que encontré en mi corta estancia.

⁷⁸ Gil evoca el *Castro Vetera* y la *Colonia Ulpia Traiana*, orígenes de la ciudad.

La exposición, si no estaba ya acabada, como me imagino, ha sido pobrísima este año; pero los tres o cuatro cuadros que vi me parecieron muy bien, sobre todo uno histórico, cuyo asunto no pude entender del conserje, buen alemán, que no sabía de francés más que *tableau boan* y otras cosas que corrían parejas con el alemán que conozco.

Esta escuela lo pinta todo, hasta las hierbas; pero sin embargo, atiende más a la unidad y al conjunto que la escuela francesa, y las distancias y ambiente están mejor entendidos. Entre los cuadros había uno de asunto español y reciente: la conducción de un espía cristino al suplicio por una partida de carlistas, cuadro de poca viveza, pero que hace sin duda honor a su autor por la atención y estudio que descubre, pues el paisaje de arquitectura solamente, los trajes, las fisonomías y todo, son verdaderamente españoles. Solo le falta el soplo de la vida y de la creación.

Lo que me sorprendió, sin embargo, de todas veras fue el cuadro llamado *Las dos Leonoras*, de Carl Sohn, pues difícilmente se puede imaginar cosa más perfecta⁷⁹.



⁷⁹ Como no podía ser de otro modo, la sensibilidad romántica de Gil se detiene en KARL FERDINAND SOHN [1805-1867], y su gusto clásico escoge una obra reciente, de 1839, la vanguardia del momento: *Torquato Tasso und die beiden Leonoren*.

Representa al Tasso, sentado al pie de una fuente, meditando en su poema y con la pluma en la mano, y la princesa Leonora, con otra joven; observándolo. La fisonomía del poeta es hermosa; su ropaje, airosamente dibujado, y su actitud, tan noble como natural; pero las dos mujeres lo eclipsan en cierto modo. La primera es de una fisonomía meridional, de un moreno claro, rostro ovalado, ojos rasgados, pelo negro y ligeramente rizado y forma esbelta. En la expresión con que contempla al poeta hay una mezcla inefable de dolor y de ternura. La otra joven es un tipo del Norte, semblante un poco redondo, ojos azules, color blanco y suavísimas tintas, junto con un pelo rubio muy hermoso. Su expresión es infinitamente más tranquila, aunque levemente conmovida, y como en actitud de llamar la atención de la princesa sobre su situación. A pesar de no haber más que estas tres figuras, el cuadro ofrece un interés vivísimo, ¡tan sabiamente ha combinado el autor su composición y tanto campo abre a la imaginación la situación de estos tres personajes! En cuanto al acabado, es tal que si de repente las tres figuras se volviesen de mármol de Carrara, el mismo Canova no tendría, en mi entender, falta que ponerles. En el paisaje se nota la misma escrupulosidad, y las hojas pudieran contarse una por una; sin embargo, la fantasía no se siente atajada en su vuelo, efecto natural de la soberbia concepción del pintor, que, dotando a sus creaciones de tan cumplida belleza, no la hace parecer, sin embargo, sino como un reflejo de otra de un origen más espiritual y noble. No sé si habrá algo de ilusión en esta impresión que me causó, pero en verdad que, en lo moderno, no he encontrado pintada tan sentida y admirable página de poesía, pero de aquel género de poesía que descuella en el pasaje de Franceses de Rímini.

Tanto tiempo gasté en mirarlo y remirarlo, que el buen conserje, a pesar de su pasta alemana, me pareció que comenzaba a impacientarse. La colección, soberbia en otro tiempo, está reducida en el día a muy poco bueno, y del palacio del elector Juan Guillermo, después del bombardeo de los franceses en 1794, no queda más que un ala. No deja de ser extraño, sin embargo, que esta escuela de pintura, de que con justicia puede envanecerse la Alemania, haya nacido y crecido justamente después que la antigua galería fue trasladada a Munich. En la iglesia de San Andrés hay otras tres o cuatro pinturas de artistas de

Dusseldorf del mismo estilo acabado y severo; pero es todo cuanto a los ojos del viajero puede presentarse en esta ciudad, a no observarla en su aspecto comercial, que sin duda es rico y floreciente por su situación a la orilla del Rhin, y en su camino de hierro a la industriosa y rica Elberfeld que le envía sus productos y facilita la exportación de todos los distritos del ducado de Berg, cuya cabeza es. Con estar unas cuantas horas en el muelle y ver el cargo y descarga de los infinitos vapores y barcos de vela se conoce fácilmente.



80

⁸⁰ Vista de Dusseldorf hacia 1840.

Aquisgrán, lunes 2 de septiembre⁸¹

He recorrido algo de la ciudad y visto su catedral, que es interesantísima desde el punto de vista de su antigüedad, aunque compuesta de dos partes muy diferentes y mal trabadas entre sí. Hizo la más antigua Carlomagno, y en ella se enterró su cuerpo. Tenía el mismo plan que el santo sepulcro de Jerusalén, y a su consagración concurrió el Papa León III con 365 arzobispos y obispos; pero los normandos la destruyeron, hasta que en 983 la restauró el emperador Otón, conformándose en parte, sin duda, con el antiguo plan y aprovechando quizá los mismos materiales.

La moderna, donde está el coro, es de 1353 a 1415. En la primera se ve una gran baldosa de mármol con la simple inscripción «*Carolo Magno*», por donde se entra al sepulcro de este emperador o, por mejor decir, donde estuvo enterrado este emperador, pues las vestiduras e insignias que le adornaban están ahora en Viena y sus restos andan distribuidos en reliquias.

Mañana iré a ver estas y lo demás. He visitado el exterior de la Fuente de Elisa, uno de los baños, que es muy lindo por su columnata. Los otros baños no dejan de excitar mi curiosidad, y sobre todo la fisonomía de la ciudad en esta temporada, con sus casas de juego y extraña vida.

Aquisgrán, martes 3 de septiembre

Esta mañana he visto las reliquias y joyería, que es cosa preciosa sin duda, sobre todo los camafeos, entre los cuales hay algunos antiquísimos y de gran valor. La parte de orfebrería, como de diferentes tiempos, puede servir eficazmente para la historia de este ramo del arte. Entre las liberalidades de varios príncipes, hay dos de Carlos V y Felipe II,

⁸¹ Gil no explica cómo llega a Aquisgrán [Aix-la-Chapelle, en francés], pero al día siguiente escribe “mañana me volveré a Colonia”, por lo que cabe deducir que desde Dusseldorf continuó por el curso del Rhin hasta Colonia, donde hace la excursión de dos días expresamente a Aquisgrán. Confirma esta ruta otra anotación del día 4, cuando regresa a Colonia por tren: “La vista de Colonia desde la estación de Muengersdorf, que por la curva del camino se disfruta, es muy buena con tantas torres como se ven descollar, *pero prefiero la del Rhin*”. Es evidente que tenía fresca la imagen de su primera llegada a Colonia en barco, tres días antes. [La cursiva es nuestra].

correspondientes, sin duda, a la clase de los donatarios. La mayor parte de estas reliquias pueden ser auténticas, pues su antigüedad es remotísima, y Haarón, rey de Persia, y el patriarca de Jerusalén hicieron presente de ellas a Carlomagno, que hasta la hora de su muerte trajo algunas encima. Como quiera, el trono o sillón de este emperador, algunos huesos suyos que se conservan, su cuerno de caza formado de un colmillo de elefante y, sobre todo, su cráneo, son objetos que excitan vivamente la curiosidad. Yo he tocado con gusto aquella calavera, dentro de la cual tanta grandeza y genio se albergaron⁸².



También he visto la silla en que le encontró sentado el emperador Otón cuando bajó a su sepulcro en 997. Es un asiento de mármol blanco, muy semejante a otros de madera que he visto en algunos conventos antiguos de España. Durante su coronación estuvo cubierta la lámina de oro, que todavía se conserva entre las reliquias.

Las treinta y dos columnas de pórfido y piedra berroqueña que Carlomagno trajo del palacio del Exarcado de Rávena, y aun de Oriente, están colocadas de nuevo en sus pedestales, después de haberlas llevado los franceses a París en las guerras de la revolución.

De la catedral me fui a una altura que llaman Lousberg, desde donde se domina todo el panorama de Aquisgrán y sus alrededores. La ciudad está situada en una cuenca llena de verdura y arbolado, como también de accidentes graciosísimos, entre los cuales figuran infinitas casas de

⁸² Más que una calavera, Gil pudo haber tocado el busto-relicario del s. XIV, recubierto de oro, que contiene algún fragmento de su cráneo. En la imagen, busto y trono de Carlomagno, que Gil menciona como «silla de mármol blanco».

campo y fábricas de los alrededores. La eminencia en sí misma es un paseo muy lindo, lleno de árboles silvestres, y si hubiese un río, aunque fuese pequeño, que corriera por el fondo de aquel *bassin*, poco dejaría que desear. No es paisaje imponente, pero sí de los que se pegan al alma por lo suave y perfectamente graduado. La concurrencia es grande en todas las horas del día y lucida en general. En suma, es un sitio de grandísimo recreo y que nadie que pase por aquella ciudad debe dejar de ver.

Por la tarde, el coronel Shepler, antiguo ministro prusiano en España, a quien he venido recomendado, y sujeto apreciable en verdad, ha venido a buscarme y hemos visto juntos el baño del emperador, encerrado otro tiempo en el inmenso palacio de Carlomagno, y tan grande entonces que el emperador y muchos señores de su corte nadaban en él. El agua es de una temperatura altísima y con un olor de azufre muy pronunciado. Los establecimientos de esta clase, como todos los públicos en este país, están perfectamente montados.

El *hôtel de ville* y las demás iglesias tienen poco que notar, si se exceptúan en el primero algunas pinturas modernas recomendables, principalmente de la escuela de Dusseldorf, su antigüedad pícaramente disfrazada, y los recuerdos que despiertan los congresos habidos en él en 1668, 1748 y 1818; y en las segundas, tres cuadros de la *Crucifixión*, que se encuentran en San Nicolás, y un buen *Descendimiento* de G. Honthorst en la de San Miguel.

Por la noche tuvo este buen señor la complacencia de llevarme a ver el Reducto o casa de juego. Son piezas muy buenas, y el gran salón merecía, por cierto, mejor objeto. La concurrencia, muy lucida; muchas damas y algunas jóvenes lindas; se atravesaban cortas cantidades y, desde el punto de vista filosófico, no dejaba de dar margen a reflexiones semejante espectáculo en la antigua ciudad de Carlomagno.

Visto todo esto y cumplido el objeto particular que aquí me traía, mañana me volveré a Colonia, muy agradecido a las bondades de este señor Shepler y a las de su señora, que es española y como tal me ha recibido.



Colonia, miércoles 4 de septiembre

El camino de hierro de Aix es el más extraño y pintoresco en su género que hasta ahora he visto, pues aunque no ofrece puntos de vista tan soberbios como el de París o Rouen, sin embargo, como una gran parte discurre por entre bosques y pinares con un sello de antigüedad muy grande, la soledad y agreste carácter del paisaje son muy agradables.

Por el camino se encuentran a derecha e izquierda aldeas y castillos, entre las cuales se ve aquel en que murió Fastrada, la mujer de Carlomagno, que de pesadumbre abandonó entonces los negocios del Estado y solo pensaba en llorarla, hasta que, según la leyenda, el arzobispo Turpín, aprovechando una buena ocasión, arrancó el anillo nupcial, que estaba encantado, del dedo de la difunta reina, y arrojándolo en un lago que rodeaba el castillo, se deshizo el maleficio.

Otros castillos se encuentran también ligados a épocas notables en la historia, y aun al que no goce mucho con estas cosas y con las escenas agradables de la Naturaleza, no le faltarán impresiones de su gusto con las muchas chimeneas de vapor que verá a derecha e izquierda, testimonio del gran desarrollo comercial de este país. La vista de Colonia desde la estación de Muengersdorf, que por la curva del camino se disfruta, es muy buena con tantas torres como se ven descollar, pero prefiero la del Rhin⁸³.

Después de llegar, como era natural, mi primera diligencia fue ir a ver la catedral, que, salvo algún impensado accidente, no desespere de ver acabada en mis días, y que por sí sola merecerá un viaje. Lo único que hay concluido es el ábside, pero basta para formar idea del conjunto, si idea exacta puede formarse de un monumento que tantas sensaciones despierta, y que en cierto modo confunde la imaginación. Riqueza y sencillez, fragilidad y firmeza, gallardía y solidez, armonía y variedad, audacia y reposo, todo lo he encontrado junto⁸⁴ en las imponderables líneas y proporciones de esta estructura, aunque tenía que construirla en mi imaginación, cosa no fácil a quien no comprende

⁸³ La estación de Belvedere, desde la que Gil contempla las torres de Colonia, había sido construida en 1839 y la línea hasta Aquisgrán por la que viaja Gil, en 1840-41. Véase nota 81 en p. 138.

⁸⁴ En *Obras en prosa* y en *O. C.*, “lo he encontrado justo”; pero lo que el autor dice encontrar junto son “riqueza y sencillez, fragilidad y firmeza”, etc.

este noble arte sino en sus ideas de concierto y belleza estética. La obra va conducida con una perfección y esmero que asombra y en nada desdice ni se aparta de su primitivo plan. La he visto por dentro y por fuera y no me canso de mirarla.

Celebraban la misa mayor, y las voces del coro y los acentos del órgano sobre todo vibraban de una manera particular no solo en los oídos, sino en el corazón. El ábside, con sus hermosas vidrieras rasgadas, numerosas y de colores vivísimos, inundada en una luz a un tiempo rojiza y dorada y, por mejor decir, teñida de mil matices, era una verdadera ilusión de gloria. Los capiteles de las columnas góticas, ceñidos de hojas de oro sobre fondo encarnado; las estatuas coloreadas de los Apóstoles y de la Virgen con Jesucristo que adornan la nave principal, algunos frescos de muy enérgico colorido y el fondo, también encendido, de la tapicería principal del coro contribuían poderosamente a la ilusión, no menos que los muchos sepulcros de mármol blanco de los obispos, símbolos elocuentes de la muerte por su palidez en medio de tan espléndidos matices.

Por fuera no hay medio apenas de mirar esta parte sin que la extraña combinación de los estribos no ofrezca alguna nueva perspectiva y peregrino escorzo, y sin ver al través el fondo del cielo, que cuando, como hoy, está puro y transparente, realza el carácter verdaderamente aéreo de la arquitectura. Hasta en el tráfago y martilleo de los obreros y en el murmullo, y en el ir y venir de tantos forasteros, la imaginación, poseída únicamente de aquel objeto, no veía sino concordancia con él. En esto puede haber mucho de ilusión, pero no es menos cierto. Cuando esté concluida esta catedral, desearé infinito compararla con San Pedro de Roma.

Desde allí me fui a ver el museo, que vale poco en general, si se exceptúan ciertos cuadros antiguos, entre los cuales se notan *El Juicio Final* de maese Guillermo de Colonia, y de tiempos más remotos un *San Francisco*, en el acto de recibir las llagas, pintado por Rubens con su maestría y vigor acostumbrado. La luz que rodea al Salvador y la expresión del Santo son admirables.



Entre lo contemporáneo vi los *Judíos en Babilonia*⁸⁵, de Bendemann, de la escuela de Dusseldorf, cosa de aventajado mérito, y que ha contribuido a fortificar el sumo aprecio en que voy teniendo esta escuela. El cuadro se compone de cuatro figuras solamente, sentadas al pie de un árbol y a la orilla de un río. En el centro está un viejo con cadenas en las manos y un arpa asida, pero reposando en el suelo. Una niña como de catorce o quince años oculta el rostro o, por mejor decir, inclina la cabeza sobre las rodillas del anciano. A su derecha, una mujer con un niño en su regazo vuelve los ojos, llenos de lágrimas, a la patria, mientras el niño dobla también melancólicamente la cabeza, y a su izquierda, una doncella muy hermosa llora también la patria ausente. El fondo es la ciudad de Babilonia sobre un cielo azul y puro, pero, sin embargo, sin luz ni esmalte. El salmo mismo, que más de mil veces he leído, no me ha enternecido más que esta melancólica y bellísima

⁸⁵ EDUARD BENDEMANN, *Los judíos afligidos en el exilio*, 1832. De nuevo, Gil repara en un autor romántico y sigue atento a la vanguardia: Bendemann fue discípulo y cuñado de WILHELM VON SCHADOW, del círculo de Carolina von Humboldt, director de la Academia de Bellas Artes de Dusseldorf y miembro del grupo de *Los Nazarenos* –que sostenían una concepción espiritual del arte, que no desagradaba a Enrique Gil. Bendemann, Von Schadow y Sohn –ya citado por Gil– formaron parte de la Escuela de Dusseldorf. *Los judíos afligidos en el exilio* evoca el Salmo 137, cuando los judíos lloran su cautiverio ante los ríos de Babilonia, tema revisitado en el siglo XX por Bob Marley o Boney M., y siglos antes por fray Luis de León.

pintura. Al verla se me vinieron involuntariamente a los labios aquellos versos de la paráfrasis de fray Luis de León:

Cuando presos pasamos
los ríos de Babilonia suspirando,
un rato nos sentamos
a descansar llorando,
de ti, dulce Sión, nos acordando.

Este es el cuadro: la misma sencillez y la misma profundidad. Otro cuadro de la misma escuela que representa una ventisca de nieve es también muy bueno. En el museo hay, entre muchas antigüedades romanas muy curiosas que se han encontrado aquí, una cabeza de Medusa, griega sin duda y de gran precio.

Para mañana he dejado la visita de las otras iglesias y esta tarde la he empleado en correr los alrededores y aun la ciudad. Los primeros están ceñidos de árboles alrededor de los fosos, pero no tienen más de particular que algunos fuertes destacados y pintorescos, y los antiguos que se ven en las murallas, mezclados con obras modernas no menos pintorescas.

Por la noche ha habido gran concurrencia, músicas, fuegos y cantos en el arrabal de Deutz, al otro lado del río, en celebración del aniversario de la primera piedra puesta por el rey en la nueva obra de la catedral. El edificio pintado estaba iluminado en transparente, y como todo pasaba a la orilla misma del Rhin y los fuegos se repelían en sus aguas, era un espectáculo vistoso. El puente de barcas estaba atestado de gente, y los barcos de vapor, que subían y bajaban, contribuían al agrado de la escena. Todo esto, por supuesto, pasaba con el mayor sosiego; solo en los salones de cenar había algo de estrépito, de buena fe e inofensivo se entiende, efecto de las muchas botellas de vino y cerveza que se vaciaban en memoria del fausto suceso.

Colonia, jueves 5 de septiembre

Las demás iglesias de Colonia he visitado hoy, pero no he encontrado cosa muy notable para mí que, con afición marcada a las antigüedades y a la arquitectura, no poseo sin embargo una ni otra. Verdad es que, después de ver la catedral, poco hay que pueda atraer la atención, ¡tanto se posesiona de la imaginación esta visión espléndida! Sin embargo, en San

Pedro algo más hay que arquitectura en su carácter histórico, pues el cuadro del *martirio de San Pedro* de Rubens merece mención particular.

Este gran genio se había bautizado en aquella iglesia y poco antes de morir le dedicó este cuadro, que algunos dudan si está todo él acabado de su mano; duda fundada, según mi humilde entender, no en la falta de dibujo o, por lo menos, de buen gusto en él, que la fogosa imaginación de Rubens más de una vez atropelló por los severos preceptos del arte, sino en que las figuras carecen de aquel vigor y expresión que rara vez dejaban de engalanar sus creaciones. Así y todo, la composición es de tan gran maestro, sin duda, por la armonía y perfección de los grupos. De todas maneras, este cuadro no realza el nombre de su autor.

El *hôtel de ville* es curioso por su gusto italiano en la fachada, aunque el primer piso y la torre de los archivos son de época anterior. Hay muchos recuerdos históricos que se ligan a él, y aunque no fueran sino las diversas juntas de la Liga anseática en él celebradas, bastarían para hacerle interesante. En esto participa del carácter general de la población: más bella sin duda por su pasado que por su presente, aunque el comercio, que revive extraordinariamente, podría restituirla parte de lo que en otro tiempo le dio.

Bonn, 5 de septiembre, a los diez de la noche

El camino de hierro me ha conducido aquí en cuarenta minutos. Lo he preferido al río, cuyas orillas hasta este punto parecen holandesas por su monotonía, y no me pesa, porque así he podido aprovechar un resto de luz para disfrutar el panorama de las siete montañas (Siehengebirge), primera decoración que el variado teatro del Rhin ofrece a los ojos del viajero.

La primera impresión no correspondió mi idea en cuanto a la escala del panorama, que me imaginaba mayor; pero poco a poco vine a participar de la admiración de cuantos ven aquel paisaje mágico con su hermosa gradación de términos, sus castillos arruinados, sus declives de viñedos y, sobre todo, la soberbia masa del río, con vida extraordinaria. Los castillos más visibles eran el de Drachenfels y el de Godesberg; pero además se veían otros restos y santuarios en algunas crestas o valles, amén de varios pueblos.

Mañana visitaré lo poco que hay en Bonn e iré a pasar dos o tres días a Godesberg, punto más céntrico y al mismo tiempo más campestre para alguna excursión por las siete montañas. En el camino, pero sobre todo en la perspectiva de las siete montañas, he encontrado grandes semejanzas con otras escenas iguales de España, sobre todo en León.

Bonn, viernes 6 de septiembre

Con unos ingleses que conocí ayer en el camino de hierro, y que me parecen buenas gentes, he visitado la iglesia llamada Minster, muy antigua, de género lombardo, muy aproximado a él, pero ya con algo de la gallardía del gótico, y, de todas maneras, de unas líneas muy puras y agradables. Su fundación viene de Helena, madre de Constantino, pero sus obras principales parecen del siglo XII y XIII. Se ve con gusto, porque su interior ofrece una singular perspectiva. La estatua de la fundadora en bronce es de la época o, por lo menos, del estilo de Luis XIV.

La universidad, fundada en 1818 por el rey de Prusia, ofrece buenas muestras de la real benevolencia, pues su palacio es el de los antiguos electores de Colonia, edificio vastísimo, y el museo de antigüedades del Rhin, la biblioteca y sobre todo la sala de grados son muy buenos. En la última hay frescos de varios discípulos de Cornelio, pintados bajo su dirección, que representan las cuatro facultades: filosofía, teología, jurisprudencia y medicina, con los retratos de un sinnúmero de hombres célebres y perfectamente compuestos. Entre los filósofos están los principales poetas, y entre los teólogos protestantes, los católicos, si no mezclados, por lo menos presididos por la misma diosa y en mejor paz que han solido vivir. Entre los retratos están Lutero, Calvino y varios otros de los reformadores.

El museo de Historia Natural y Jardín Botánico, agregados también a la universidad, ocupan el hermoso palacio y jardines de Poppelsdorf y son muy curiosos y aun espléndidos. Con semejante protección no es extraño que esta universidad haya ganado tanto crédito y lustre entre las listas de sus profesores nombres célebres: Beethoven, el famoso compositor, nació aquí, y su casa se muestra todavía. Bonn es un pueblo agradable por su situación y donde los aficionados a la ciencia encontrarían pábulo a su inclinación. Es de los que pudieran llamarse simpáticos.

Godesberg, 6 de septiembre, a las diez de la noche

El ómnibus de Bonn nos ha traído hasta aquí y ya hemos visitado, los ingleses y yo, la fortaleza arruinada que domina el pueblo, y cuya vista es imponderablemente hermosa, sobre todo cuando el sol se pone, como sucedió hoy. Las siete montañas, y Drachenfels en particular, contrastan bastante con las pendientes más suaves de nuestra orilla, y río abajo se veía una gran llanura, apenas modificada por esta o aquella colina, en la cual descollaban Bonn al principio y Colonia al último con la masa de su catedral muy visible. Los accidentes del paisaje son innumerables y me obligarían a extenderme más de lo que el tiempo me consiente, aparte de que mañana comenzamos algunas expediciones y forzosamente hablaré de ello más y con más conocimiento de causa.



86

Godesberg, sábado 7 de septiembre

Ayer fue uno de los días mejor empleados de mi vida. Por la mañana fuimos a Rolandselk, un poco más arriba de Godesberg, y visitamos su arruinado castillo en un picacho que se adelanta hacia el río y apenas deja paso al camino.

La vista desde allí es magnífica, pero lo que más llama la atención es la isla de Nonnenwerth, que se descubre casi a los pies en mitad del río, ocupada por un convento y sus jardines. Las monjas han desaparecido hace pocos años, pero el hotel que ha sustituido al convento tiene idéntica forma, y cada celda forma un cuarto, de manera que la ilusión del paisaje se conserva. Como toda esta tierra está llena de tradiciones, hay una que dice haber sido edificado el castillo por Rolando para ver desde su altura a su prometida esposa, que vivía en el monasterio, y que allí se encerró como un solitario ermitaño varios años. Esto ha inspirado

⁸⁶ Ómnibus madrileño de época posterior, similar al que Gil menciona en Bonn.

a Schiller su bellísima balada *El Caballero de Tottemberg*, cuya escena, sin embargo, ha trasladado a Suiza.

Como quiera, nosotros bajamos del castillo, y después de cruzar el río en un bote, entramos en Nonnenwerth, isla preciosa, y que me ha hecho lamentar sinceramente el no tener más días a mi disposición para pasar en ella algunos y en medio de aquel río famosísimo.

Después de recorrerla, volvimos a nuestro bote, y río abajo, y pasando por bajo de Drachenfels, en la orilla opuesta, y después de mirar la famosa cueva del dragón, que da nombre a la montaña, muerto a manos de Sigfredo, uno de los héroes de *Nibelungen*, desembarcamos de nuevo en Königswinter para trepar al famoso castillo. La subida, aunque larga, tiene buen camino y está en su mayor parte sombreada por árboles y adornada de los viñedos, que componen una de las glorias de este país.



El castillo ocupa el pico mismo de la montaña, y a su pie, en una explanada, se encuentra una regular posada, porque en este país, visitado de todo el mundo, donde quiera que la Naturaleza ofrece un atractivo, el hombre ha puesto otro. Este sitio ha sido cantado por lord Byron en su *Childe Harold*, y esto bastaría a hacerlo célebre; pero sin versos ni poetas sería siempre uno de los sitios más hermosos que la fantasía más rica pudiera imaginar. Está fundado sobre un precipicio tajado, que comienza a la orilla misma del río, y aunque el

Rhin desaparece a la izquierda en una de sus revueltas, a la derecha se le ve extenderse por las llanuras de su curso inferior culebreando con indefinible belleza.

Los puntos más salientes de este mirador imponderable son el castillo de Godesberg, Rolandseck y la isla de Nonnenwerth, de cerca; de lejos, lo más interesante, Bonn y Colonia, cuya catedral se divisaba confusamente. Los pueblos, que se descubren infinitos, con tejados

encarnados y azules, formando vistosos mosaicos. El Rhin, a los pies; a la espalda, los otros picos de las siete montañas, coronados algunos de ermitas y otros con ruinas de torres; por las costas, infinitos viñedos y bosques bien cultivados; en los llanos, ondulaciones de terreno muy agradables, los caminos ceñidos de árboles; hasta el cielo mismo, sembrado de nubecillas delgadas, que templaban de cuando en cuando los ardores del sol, todo contribuía a la belleza de este espectáculo, imposible de borrar en la imaginación de quien lo ha visto. En realidad esto pudiera llenar el hueco del deseo más exigente si en ciertas disposiciones del alma no hubiese algo de enfermo y desasosegado.

La compañía que he tenido tal vez me ha impedido un poco gozar de este paisaje; pero en el fondo me alegro, porque ha comprimido ciertos malos gérmenes que con la soledad se desarrollan, a pesar de mis esfuerzos. Comimos en la posada en medio de aquel paraíso, y en seguida, deshaciendo el camino hasta cerca de Königswinter, nos fuimos por entre valles de grandísima frescura a ver las ruinas de la abadía de Heisterbach, famosa por la pureza de su arquitectura. No se conserva sino el ábside y el coro, pero el estilo semicircular se ve en toda su perfección y con algo de la audacia gótica.

Tan bello es esto que paga sobradamente el viaje, pues el sitio, y sobre todo en la estación presente, tiene todo el encanto de un apartamento y soledad profunda en una especie de hondonada o valle, cuyas laderas no pueden ser más frondosas ni de más suaves caídas, suponiendo siempre la misma rudeza propia de montañas.



Cuando volvimos ya caía la tarde, y atravesamos el Rhin a la dudosa luz del crepúsculo, cuadro admirable por el color un poco encendido y el sosiego del agua, y más que todo, por el Drachenfels, que pintaba en el fondo su descarnado esqueleto no lejos de los flexibles chopos de Nonnenwerth y de los arcos vestidos de yedra de Rolandseck.

Nuestra lancha era la única que cruzaba la corriente y surcaba apenas aquel hermoso cristal. Cuando llegamos a casa ya era bien entrada la noche, y aunque no conocíamos bien el camino, el torreón del castillo

de Godesberg, que descollaba sobre los celajes ya del todo muertos del ocaso, nos servía como de faro. En suma, aunque algo cansados, sobre todo la dama, los tres hemos dado el día por completamente aprovechado.



Coblenza, domingo 8 de septiembre, a las ocho de la noche

Los ingleses con quienes he pasado tres días son Mr. Crawford y su esposa. Nos hemos dado nuestras respectivas *addresses*, y si voy a Londres algún día, no dejaré de hacerles la visita que les he prometido, porque son gentes muy amables y que me dejan un grato recuerdo.

A las doce he salido de Godesberg, y cruzando el río en Königswinter, he comido en mesa común, en medio de una concurrencia animadísima.

El Rhin merecía ser visitado, aunque no fuera sino por el sinnúmero de caras alegres y risueñas que se ven. Lord Byron dice que son felices como la escena, y es cierto. Los naturales en especial llaman la atención por su buen humor y el gusto con que despachan sus botellas juntando los vasos. A mi lado comían ayer cuatro jóvenes que podían ser estudiantes, y el más cercano sostuvo conmigo una larga conversación, llena de candor y de franqueza. Hablaba francés regularmente, y por ese medio nos entendimos. El vapor llegó a las dos y media, y a los pocos minutos salimos, con un sol que el cielo mismo de España pudiera envidiarnos.

Para ayudar mi memoria, solamente trazo algunas de las impresiones recibidas en el resto del día, porque para describir cumplidamente las bellezas que, como en un panorama encantado, se fueron desarrollando hasta llegar aquí necesitaría más talento e imaginación que los míos.

Al poco tiempo, Drachenfels, Rolandseck y Nonenwerth desaparecieron en una de las revueltas del río, y pueblos, castillos, iglesia, monasterios, bosques, praderas y viñedos comenzaron a desfilan a nuestros ojos. El cauce del río se estrechaba a veces, para ensancharse en seguida, ofreciendo un sitio más risueño y desahogado. Los barcos y botes eran innumerables, y como domingo, las gentes todas iban vestidas de gala.

En los valles y embocaduras de los ríos había una frescura que contrastaba con la de las viñas que cubrían las laderas, apenas bastante a vencer la tinta oscura de aquellos peñascos en que el ingenio y

perseverancia humana las ha plantado. Aunque el curso del río hasta aquí no serpentea tanto como de Dusseldorf a Colonia, ofrece sin embargo bastantes sesgos para ocultar a la vista y ofrecer en seguida de repente y en grata sorpresa las ruinas, villas y templos de que se envanece.



87



En la orilla izquierda se presenta una masa blanca, la del convento de Apollinarisberg, detrás del cual descuella una iglesia gótica edificada hace pocos años por el barón Fürstenberg-Stammheim, según el plano del arquitecto Zwirner, director de la obra de la catedral de Colonia. No es fácil imaginarse el efecto de esta obra en semejante sitio. Tiene cuatro torres; pues aunque solo dos lo son verdaderamente, las otras son dos

⁸⁷ Convento de Apollinarisberg, construido en 1840 por el barón Franz Egon von Fürstenberg-Stammheim [el transcriptor de 1883 y *O. C.* escriben “Füstemderg de Stammlilin”], en cuya decoración trabajó el antes mencionado Wilhelm von Shadow y otros *Nazarener* o *Nazarenos*. Se diría que el itinerario de Gil obedece a un plan bien trazado, siguiendo determinados hilos artísticos o románticos.

agujas tan altas y labradas, que de lejos lo parecen. El ábside es más baja, en forma casi octógona, o por lo menos de varios lados, y trabajada en sus ventanas ricamente. En la fachada que da al río se ven por encima del convento dos rosetones hermosos, novedad en la arquitectura gótica que hasta ahora he visto por este país.

A medida que el vapor pasa, esta iglesia se va escorzando de una manera peregrina, y sus torres, que dos o tres veces se juntan y otras tantas se separan, mezclando y dividiendo sus molduras, y ganando siempre en gentileza y gallardía, son un espectáculo de un encanto particular, sobre todo cuando, como hoy, descuelan sobre un cielo purísimo y esmaltado. Cuando llega a perderse de vista, parece que se despiden uno de un amigo.

En la orilla derecha, el palacio solar de la familia Vender Leyen descuella entre las viñas a cierta distancia del río, pero en agradable situación. En la derecha, más adelante, se ve un palacio compuesto de una antigua torre de vigía y un edificio moderno, hecho, según dicen a grandísima costa, por el profesor Bethman Hollweg de Bonn. La situación es magnífica, pero el palacio o, por mejor decir, castillo es de poquísimos méritos arquitectónicos.

Andernach, linda villa de tres mil habitantes, que se encuentra en la orilla izquierda, ofrece una vista muy agradable, sobre todo por un torreón muy curioso redondo por debajo y octógono por arriba, y por las cuatro torres de su iglesia mayor. Allí las montañas se acercan y estrechan el río, formando una especie de pórtico, no tan magnífico ciertamente como el que hacía poco tiempo habíamos dejado compuesto del Rolandseck y la isla de Nonnenwerth, pero muy hermoso sin duda.

En Andernach las montañas se alejan y las orillas mismas del río pierden gran parte de su interés, aunque la vista siempre tiene a un lado y a otro a cierta distancia una cadena de collados. Los pueblos son lindos, principalmente Neuwied⁸⁸, el hijo de la tolerancia, fundado por un príncipe que convidó a establecerse en él a hombres de todas las creencias

⁸⁸ En otras ediciones, "Nemoud", inexistente. Gil se refiere a Neuwied, la ciudad fundada por Friedrich Alexander de Wied-Neuwied (1706-1791), quien alentó la tolerancia religiosa fomentando la convivencia de moravos, menonitas, judíos, etc., como relata el autor.

y religiones, y que desde entonces ha crecido en industria y población extraordinariamente. Weisenthurm es notable por ser el lugar en que los franceses pasaron el Rhin en 1797, a despecho de la resistencia de los austríacos, en memoria de lo cual el ejército francés levantó un obelisco sencillo, que se ve desde el río, a la memoria del general Hoche, que dio fin a aquella empresa. Es de notar como dato curioso que César, en su expedición contra los sicambros, diecisiete siglos antes, pasó el río por el mismo punto.

Enseguida, y sobre la margen izquierda, se encuentra el pintoresco pueblo de Engers, con su antiguo castillo, y más adelante se ofrece también a la vista un valle de muy lindo aspecto. El río corre de nuevo al pie de una pequeña cordillera sombreada por bellos árboles, lo cual, junto con las dos islas verdes y prolongadas que allí se encuentran, da a las cercanías de Coblenza gran atractivo y belleza.

La fortaleza de Ehrenbreitstein domina la ciudad, y con razón la apellidan el Gibraltar del Rhin; también se divisa desde allí, con lo cual se completa un hermoso paisaje, sobre todo si, como hoy sucedía, se ve en las vagas tintas y nebulosidades del crepúsculo. Por fin, en una revuelta del río, como Dusseldorf y Colonia, se presenta la fuerte ciudad de Coblenza, con su puente de barcas, sus murallas y numerosos barcos.



Me he alojado en el *Hotel del Gigante*⁸⁹, y desde mi ventana veo correr el río, cuyo nombre en adelante irá siempre junto en mi memoria a ideas de dulzura y de simpatía, y enfrente, a Ehrenbreitstein, con sus fuertes escalonados y amenazadores.

Mañana veré el pueblo, que, según creo, no tiene gran cosa que ver, si se exceptúan sus fortificaciones.

⁸⁹ Es la primera vez que Gil menciona un hotel donde se aloja, pero tampoco es casual. Sin duda, Gil se aloja en el histórico *Riesen-Fürstenhof* [Hotel del Gigante Fürstenhof], a orillas del embarcadero del Rhin, fundado por el hostelero Otto Caracciola [1815-1886], quien años después construye el Hotel Fürstenberg Remagen, en honor al fundador del Apollinarisberg, que Gil acababa de visitar dos días antes.

Coblenza, lunes 9 de septiembre, a mediodía

He recorrido la plaza, y realmente poco de notable se encuentra en ella, aunque el palacio moderno de los electores de Tréveris en la ciudad nueva y la calle que da al Mosela en la antigua merecen atención, cada uno en su género.

La iglesia de San Castor está asociada a recuerdos históricos de importancia, pues en ella se repartieron los nietos de Carlomagno su vasto imperio de Francia, Italia y Alemania. Su fecha es de 836, y este suceso acaeció siete años después. Tiene una buena pintura antigua, atribuida a Guillermo de Colonia, y un hermoso sepulcro, el de Como, arzobispo de Tréveris en el siglo XIV. En la plaza a que da, hay también una fuente levantada por el prefecto francés de este departamento para señalar la invasión de Rusia. Poco tiempo se pasó antes de que los rusos estuviesen en esta plaza en persecución de las despedazadas reliquias de la *grande armée*, y su comandante, St. Priest, en lugar de demoler el monumento o borrar su inscripción, hizo poner debajo estas palabras, que aun se conservan: «*Approuvé par nous commandant russe de la valle de Coblenz, Janvier, 1^o 1814*», sarcasmo el más cruel que conozco.

Como quiera, todas estas cosas son menos notables que las soberbias fortificaciones, que entre todas forman una especie de campo capaz de contener cien mil hombres, según dicen, y reúnen las ventajas de los dos sistemas de Carnot y Montalambert. De esto se me alcanza poquísimamente, pero sí puedo decir que los fuertes están preciosamente hechos y que su situación, además de militar, es sumamente pintoresca.

Esta mañana di la vuelta a las dos orillas del Mosela, que me agradaron mucho, y luego subí a la altura llamada de la Cartuja por un convento de la orden que allí había y ha cedido al puesto a otros dos fuertes, llamados Alejandro y Constantino. La vista de la ciudad desde allí es deliciosa, y no menos la de su frondoso valle, con el Rhin crecido y majestuoso, que corre a ocultarse en la garganta de Andernach. La ciudad se presenta muy bien con las torres de sus iglesias y el palacio de los electores, que aparece en primer término; pero el rasgo más notable de aquel hermoso cuadro es la ciudadela de Ehrenbreitstein, que lo enseñoorea todo con su soberbia mole de baluartes.

Por desgracia, mientras estaba embebecido en contemplar esta escena, una nube que se había ido formando, y con mi distracción no había echado de ver, comenzó a desgajarse, y por pronto que corrí a la

garita de un centinela, estaba ya como un pollo caído en un pozo. El buen soldado me acogió cordialmente, y cuando al separarnos le di un *tüungeld* o «para beber», como aquí dicen, quedó contento como unas castañuelas. Yo sentí mucho no disfrutar por más tiempo de aquella perspectiva magnífica, pero el agua fría no es grande amiga de mis nervios y tuve que venir a mudarme.

Al llegar aquí, las baterías del río comienzan a disparar cañonazos, y en el desembarcadero veo una porción de banderas que el viento sacude mucho, y entre las cuales descuella la de Prusia. Los saludos son a un barco de vapor de la compañía de Colonia, el *König*, que también trae varias banderas en sus palos y responde a las salvas con unos pedreros. Los oficiales superiores de la guarnición, de grande uniforme, esperan en el desembarcadero. Cada cañonazo retumba de una manera particular en los peñascos de Ehrenbreitstein, como si el eco se quebrase en mil pedazos. No sé quién puede venir en este barco, pues está atestado de gentes y mercancías como de ordinario, y hasta coches veo en la cubierta.

Es el príncipe real de Prusia, que viaja como un simple pasajero en compañía de otras infinitas gentes de diversas clases, primer ejemplo que veo de una persona real al estilo de Enrique IV o de nuestros Reyes Católicos. Con mucho gusto lo veo. El toldo del barco me encubre la figura del príncipe, pero veo a dónde se dirigen los saludos de los oficiales que han pasado a bordo. El cumplido ha sido corto, pues los oficiales se vuelven, y el barco, después de haber dejado en tierra gentes y mercancías y tomado otras, sigue su camino a Colonia, despidiéndose con nuevos cañonazos, a que la plaza no responde esta vez. Las banderas ya no tremolan en sus astas y todo ha quedado como estaba.

Coblenza, lunes 9 de septiembre, a las ocho de la noche

La tarde se ha empleado en dar la vuelta a parte de la ciudadela de Ehrenbreitstein (porque del lado del Rhin es imposible) y en examinar el exterior de esta tremenda fortaleza, a cuya plaza o campo delantero del lado del Norte he subido con mucha fatiga por senderos muy ásperos y utilizados para abreviar algo el servicio de la guarnición en tiempo de paz.



La fortaleza intimida tanto por su situación como por sus murallas y las innumerables troneras de sus cañones, y es muy dudoso que a viva fuerza pueda tomarse, aunque por un lado parece más débil y menos redondamente fuerte que Montjuich. Sin embargo, por allí tiene tres líneas de defensa perfectamente ligadas. Su guarnición puede llegar a catorce mil hombres y los almacenes contener provisiones para ocho mil durante diez años. La gran plataforma, donde yo llegué y estuve, tiene debajo grandísimos aljibes, y cuando ellos no bastasen, dos pozos de cuatrocientos pies, que comunican con el Rhin, bastarían para proveerla de agua, de manera que todos los cabos están atados, y con este fuerte y los demás, Coblenza es una plaza o, por mejor decir, gran campo fortificado de los mejores que pueden imaginarse.

El coste de estas obras se calcula en cien millones de reales, y se conoce que la Prusia ha querido hacer aquí un baluarte inexpugnable para defender esta lejana y aun dislocada frontera de todo ataque por parte de Francia⁹⁰.

En cuanto a la vista, es, por lo menos, tan buena como la de la Cartuja o fuerte Alejandro, y como el cielo se había serenado, pude ver ponerse el sol en medio de un brillante cortejo de nubes detrás de los collados del Mosela. Coblenza es la ciudad mejor situada que hasta ahora he visto en el Rhin, y tal vez en ninguna otra parte, tanto por la confluencia de los dos ríos y de varios caminos que allí se juntan como por los accidentes de su terreno, todos diferentes y todos esencialmente pintorescos. Si la suerte me condenase a vivir y morir lejos de los míos, de lo que he visto hasta ahora escogería este pueblo.

⁹⁰ Al tiempo que el poeta que sigue los pasos de Byron, el enviado diplomático repara en el alto valor estratégico militar de Coblenza y Ehrenbreitstein (arriba, en la imagen), dominando ambas orillas del Rhin, en la confluencia con el Mosela.

Coblenza, martes 10 de septiembre, a las once de la noche

En este mismo instante vuelvo de una expedición que me ha ocupado desde mediodía de una manera muy agradable. Por la mañana visité de paso la ciudadela Ehrenbreitstein, cuyas defensas, si terribles son por fuera, no lo parecen menos por dentro. Una gran parte de las obras están acasamatadas y las baterías y fosos interiores no dejan nada flaco ni desatendido. La vista es la misma que disfruté ayer tarde, aunque desde algunos fuertes destacados se disfruta mejor que desde la plataforma. Como quiera, siempre se presenta como cosa nueva, tan deliciosamente diversificado está este terreno. Cuando lord Byron vio esta fortaleza, estaba completamente arruinada; si ahora la viese, diferentes serían, sin duda, sus versos.

A las once acabé mi visita y salí en un vapor de la compañía de Dusseldorf río abajo hasta Andernach, travesía de menos de una hora, tal es la fuerza de la corriente. En Andernach comí, y a la una y media salí en una carretela de un caballo con ánimo de visitar la abadía y el lago de Laach. El camino es bastante malo; pero el país, que da a la espalda del Rin por aquella parte, ofrece analogías tan visibles en las desigualdades del terreno y en el color de la tierra con varios parajes del Bierzo, que para mi es muy probable que las condiciones geológicas de entrambas son iguales.

Mucho siento no poseer conocimientos en estos ramos que me hubiesen hecho sacar más partido de mi viaje. Como quiera, diré que después de dos horas de caminar, subimos una cuesta desde cuya cima el lago se presenta a los ojos del viajero. A los pocos pasos, la abadía con sus seis torres parece salir del dichoso rincón en que está situada, a la vera de bosques frondosísimos y a la orilla de aquella tranquila y fresquísimas balsa, que parece servirle de espejo. El terreno por donde se extienden sus aguas es una hondonada no muy grande, cuya forma se aproxima a la circular, y sus vertientes están vestidas de árboles hasta el borde mismo del agua.

Estos bosques, de cuya verdura y lozanía solo he hallado ejemplo en alguno de las montañas del Bierzo y sobre todo entre Peñalba y Montes, cubren completamente la tierra, de manera que solo por aquí o acullá asoma algún peñasco la cabeza, como a hurtadillas. No es fácil figurarse cuánto suavizan y animan aquellas laderas estas verdes espesuras ni con

qué placer se pierde la imaginación en sus abrigos y sombras misteriosas.

La abadía [de Laach], que era de benedictinos, fue secularizada, como todas las demás, durante la dominación francesa, y últimamente ha venido a parar en granja; pero como la iglesia es una verdadera preciosidad arquitectónica, el rey de Prusia la ha comprado y ahora mismo se trabaja en ella y la restauran con mucha inteligencia. Es el ejemplar más puro y más completo que he visto del género lombardo, y en acabando su restauración interior formará una página muy interesante en la historia de la arquitectura. No tiene dos cruceros, como equivocadamente dice la guía de Murray, pero sí dos coros o semicírculos a semejanza de la iglesia de Peñalba en El Bierzo. Los capiteles están preciosamente labrados con figuras de plantas y animales; el sepulcro de su fundador es una obra delicadísima, y la estatua de madera que había sido trasladada, está otra vez en su sepulcro.



Hay además otros monumentos históricos, razón principal que ha movido a este sabio Gobierno a comprarla. El claustro, que está a la parte del Norte, de columnas muy pequeñas y arcos diminutos también, aunque sus bóvedas son altas y espaciosas, merece igualmente atención particular. Las torres redondas y labradas en sus cornisas con abundancia de pequeñas columnas, son asimismo dignas de observarse. El conjunto todo es de tan cabal armonía que la imaginación se transporta sin esfuerzo alguno a la época en que se fundó, de 1093 a 1156.

La ruina que vi en Heisterbach, en las Siete Montañas, es más gallarda y pintoresca o por lo menos atrevida, pero ya degenera de la sencillez lombarda y participa algo de lo apuntado, o por lo menos parece indicarlo. Por lo demás, la abadía de Laach aventaja a la otra en situación extraordinariamente, porque su lago es sobremanera delicioso y su apartamiento apacible en sumo grado.

Después de visitar la iglesia, me paseé un rato por sus orillas, observando el movimiento de las aguas rizadas por el viento y el raro mosaico y desvanecimiento de tintas que formaban las diferentes nubes esparcidas de trecho en trecho por el cielo en aquel espejo, que apenas cesaba el viento se unía y resplandecía como verdadero. Traíame todo esto a la memoria el lago de Carucedo y los paseos que he dado por sus orillas; pero por mucho que me complaciera el que tenía delante, recordaba con gusto el de mi país, mucho más grande, más variado, más hermoso y más lleno de recuerdos, si no tan fresco y apacible.

Sin embargo, la calma y atractivo de Laach y su abadía se pegan extraordinariamente al alma, y para acabar los días de la vida apenas acierta el deseo a pedir más sino la posesión de un terreno y retiro como este. La abadía, aunque convertida en granja de labor, está bien conservada exteriormente, y como complemento del paisaje, nada deja que desear.

De vuelta me trajo el cochero por las grandes canteras de muelas o ruedas de molino de Nieder Mendig. Es un artículo de comercio de gran importancia en Andernach, y presentan galerías y ramificaciones muy curiosas, pero no pude detenerme a verlas. La materia es lava, porosa y endurecida, que se cree vomitada por algún volcán antiguo, y que se ha extendido por un espacio de cinco millas de largo y tres de ancho. Hasta Rusia y América van las tales piedras, que a juzgar por los numerosos operarios empleados en sacarlas, deben de tener demanda grandísima. La noche se puso muy oscura y tempestuosa y el Rhin, sumido en las tinieblas, formaba gran contraste con las luces de los pueblos que encontrábamos en su orilla, y que se pintaban en el agua en largos rastros. Los relámpagos dejaban ver de cuando en cuando las colinas lejanas con una tinta lívida, y, sobre todo a medida que nos acercábamos, revestían de una apariencia siniestra las encastilladas rocas de Ehrenbreitstein.

San Goar, miércoles 11 de septiembre, a las nueve de la noche

Cuatro horas escasas ha empleado el vapor en llegar a este punto, durante las cuales el Rhin ha desplegado una serie de bellezas diferentes de las que lo adornan desde Bonn hasta Coblenza. Apenas se sale de este pueblo, las montañas se acercan hasta no dejar a trozos más espacio que el necesario para la corriente, cuya rapidez crece en proporción; las laderas se empinan más y más, las ruinas de castillos encaramados en las rocas y picachos se multiplican, y la Naturaleza entera toma un carácter más silvestre y montaraz.

Poco esfuerzo tiene que hacer seguramente la imaginación para trasladarse a los tenebrosos tiempos de la Edad Media a vista de tantos castillos en las montañas, de tantos pueblos amurallados debajo de ellos y sobre todo de aquel paisaje áspero y sombrío, que tan bien se aviene con las ideas que naturalmente excitan los recuerdos de aquellos días. Bajo este aspecto, el Rhin no sufre competencia de ningún otro río. Siete u ocho son los castillos que se encuentran en la corta distancia que separa a Coblenza de este pueblo, todos ellos en picos y situaciones ventajosas, pero de adherentes y circunstancias distintas. De ellos, los hay muy maltratados; de ellos, que se conservan muy bien, ya por modernas restauraciones, ya por haberse librado de destrucciones y trastornos, aunque de esto no hay más ejemplar que el de Marksburg.

Este castillo, en efecto, tiene la misma distribución que en los tiempos de su poder, y tan fielmente conserva su fisonomía que hasta hace pocos años no se ha quitado el aparato de la tortura de un aposento destinado a tan diabólico uso. El color negruzco de la mayor parte y los extraños resortes con que se dibujan sobre el fondo del cielo los portillos y desgarrones abiertos por la mano del tiempo contribuyen poderosamente a la solemnidad del espectáculo, y tal es la disposición en que están colocados, que si de intento se hubieran edificado para enriquecer el hermoso panorama que ofrece el curso del río por estas angostas hoces, difícilmente hubieran sido distribuidas con más acierto.

La mayor parte ocupan páginas más o menos brillantes en la historia; el pueblo, por su parte, los ha engalanado o, por mejor decir, oscurecido con mil géneros de tradiciones, y el viajero que los ve al través de semejante prisma fascinador parece esforzarse por distinguir todavía la bandera feudal en la torre del homenaje y el casco del centinela entre las

almenas. Vistos de noche, a la luz de la luna, deben producir una fascinación singular y completa, y no es extraño que sus medrosas historias hieran tan vivamente la imaginación un poco soñadora de suyo de estos buenos alemanes.

Las viñas, plantadas en escalones y en las grietas mismas de los peñascales, no dejan de acompañar un momento el curso del río como si con sus suaves y flexibles pámpanos intentasen templar lo despeñado de sus derrumbaderos, la dureza de sus matorrales y el temeroso aspecto de sus desmoronados baluartes. En un paraje da el río una vuelta tan grande que, terminado el horizonte por montañas, donde quiera que se mire figuraría un lago si no fuera por la rapidez de la corriente. Al llegar a este punto los fuertes se multiplican, y a menos de un tiro de cañón se encuentran las minas del castillo de Thurnberg, llamado *El Ratón*, y las de otro castillo, llamado *El Gato*, lo cual explica su hostilidad natural durante mucho tiempo, aunque sus papeles estuvieron casi siempre trocados; en la orilla derecha y en la opuesta, las vastas ruinas del castillo de Rheinfels, famoso en la historia por haber dado lugar con las rapiñas de sus dueños a la liga de las ciudades alemanas y del Rhin, que acabó al fin con casi todas estas madrigueras de bandidos; convertido después por el Landgrave de Hesse en una fortaleza moderna, que se burló de todo el poder de Luis XIV en 1692 y que en 1794 fue cobardemente entregada a los franceses, que la volaron e inutilizaron.

Estos tres fuertes y varias perspectivas agradables de los alrededores convierten a San Goar en un punto propio para detenerse veinticuatro horas. En el barco de vapor me he encontrado con los mismos ingleses que dejé en Godesberg, cosa que no esperaba, y como ya conocidos, hemos subido juntos a Rheinfels, desde donde se goza una vista deliciosa con *el gato* y *el ratón* por delante, el río a los pies y a la espalda un valle angosto, pero lindo, con un arroyo en el fondo, que parece vivo retrato del de Agadán en El Bierzo⁹¹.

⁹¹ ¿Por qué Gil menciona en este punto justamente el valle de Agadán, que no es precisamente el más conocido o singular del Bierzo? Muy cercano a Ponferrada —se puede llegar a pie en tres horas, como seguramente hizo Gil en alguna excursión—, Agadán es un poblado de origen judío, agregado desde el siglo XVII a Valdecañada y hoy abandonado. El valle que Gil menciona es el del arroyo de Valdecañada, afluente del Oza, río de Peñalba y el Valle del Silencio. Lo llamativo de la mención del viajero

Mañana continuaremos nuestra correría. Mientras estaba escribiendo las anteriores líneas han tocado diversas veces una corneta y disparado algunos escopetazos para despertar los ecos de las peñas del otro lado del río, y su variedad me ha tenido muy entretenido, pues repetían los sonidos más de una vez con más sonoridad y de una manera muy clara. De la corneta devolvían distintamente seis o siete puntos, y como el silencio de la noche era absoluto, producía un singular efecto. En esta tierra es imposible dar un paso sin tropezar con cosas peregrinas⁹².

Bingen, jueves 12 de septiembre, a las nueve de la noche

Antes de salir de San Goar esta mañana, fuimos a recorrer un valle que llaman el *Valle suizo* y comienza en el *castillo del Gato*. Es lindo, pero nada de nuevo me ha ofrecido ni aun iguala a muchos de los que he visto en la provincia de León. Lo que lo anima mucho son varios molinos y tenerías que se encuentran por él adelante.

Sin embargo, las ruinas de un castillo que se encuentran un poco a lo lejos, a su izquierda, bastarían por dar por bien empleado el trabajo de subirlo, aunque él no fuera de suyo tan fresco y frondoso. Afortunadamente, todavía se conservan en pie dos aposentos con columnas moriscas unas sobre otras y de atrevida ejecución e idea, y esta circunstancia en Alemania no deja de ser curiosa, sobre todo a principios

es el origen judío del pueblo –véase el documental [Sefarad, caminos y vida](#) (2004), de Margalit Matitiah, sobre los hebreos leoneses– y, correlacionada, la leyenda de brujería: “Hasta el Campo de las Danzas volaban periódicamente todas las brujas del contorno para bailar, al son de la chifla y en presencia de un macho cabrío. Solo se habla de una excepción: la bruja de los molinos de Agadán, de quien cuentan que desertó de su condición, porque, prendada de un joven galán, al que no conseguía enamorar, terminó implorándole ayuda a la Virgen de la Encina, y como gracias a Ella obtuvo su amor, acabó colgando la escoba.” [Andina Yanes, Jovino, *De lugares mágicos y legendarios*]. El grupo berciano *Rapabestas* le dedicó el tema *Meigas de Agadán*, himno del Campeonato Mundial de Ciclismo Pnferrada 2014, pero eso ya no tiene nada que ver con el viaje de Gil.

⁹² La curiosa anécdota recuerda cómo el propio Enrique Gil despierta “los ecos de las peñas” en su visita a Las Médulas: “Ya a la boca de la mina se nos ocurrió experimentar la elasticidad del aire con nuestras escopetas. Disparamos, en efecto, varias veces y cada explosión parecía la de una pieza de artillería, que, perdiéndose y quebrándose a lo lejos por aquellas concavidades, figuraba un sordo temblor de tierra”. [*Viaje a una provincia del interior*, BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, volumen III, p. 47].

del siglo XIV (1319), en que la arquitectura gótica florecía con tanto brío por todas partes.

Tantas son las ruinas de este género que por España se encuentran y tan escasas andan por este país, que al ver aquellas columnas he creído encontrar un recuerdo de mi patria. Después de haber disfrutado de las vistas que ofrece su torre de atalaya, volvimos a las orillas del Rhin por otro valle profundísimo y tan cubierto de árboles que el sol solo de cuando en cuando se ve. A la salida se ensancha un poco, y las ruinas extensas de Rheinfels se presentan en un hermoso panorama mucho mejor que desde el río.

Este valle, llamado Patersberg, también está ocupado por molinos y tenerías, y un cementerio que se encuentra al fin, lleno de cruces funerarias y túmulos rústicos, aumenta su variedad con un género de agrado especial.

De nuevo cruzamos el Rhin (pues estas cosas todas se encuentran en la orilla opuesta de San Goar), y después de haber comido salimos a la una en un vapor de la *Sociedad de Colonia*, con una tarde un poco entoldada, pero muy hermosa. Apenas el vapor había andado unas cuantas varas cuando nos encontramos una de las numerosas y grandísimas balsas que bajan por el Rhin, formadas de troncos de árboles escuadrados y destinados a venderse como madera. No hace mucho tiempo que bajaban algunas de 900 pies de largo y ancho en proporción, pero en el día no exceden de 600 a 700 de longitud y de 250 de latitud. Para gobernar y dirigir esta inmensa mole de madera se necesitan muchas gentes, así es que en realidad forma una especie de caserío flotante con barracas de tablas y una población de hombres, mujeres y aun niños. Justamente cuando nosotros la encontramos acababa de pasar las ollas o remolinos de Gwirr, paso de gran peligro para ellas, y arrastrada por la corriente, que allí es muy rápida, bajaba con una velocidad que parecía incompatible con su mole. Para manejarlas se necesita gran práctica y tino, y los gastos que ocasionan son extraordinarios.

En seguida pasamos por enfrente de los peñascos de Surleiberg, donde dicen que el eco resuena quince veces y donde hay un hombre en la orilla derecha encargado por las compañías de navegación de despertarlo con tiros de pistola y trabuco y con una corneta. Por desgracia, el ruido de las ruedas impide oírlo distintamente.

Las escenas del Rhin desde San Goar se parecen mucho a las que comienzan en Coblenza por su magnificencia agreste, áspera y breñosa, pero los castillos son más numerosos, y aun puede decirse más pintorescos. Varias de las iglesias que se ven por las orilla son también de gran belleza arquitectónica, y sobre todo la ruina de una capilla destruida durante la guerra de Treinta Años es cosa verdaderamente aérea de puro esbelta y delicada. Los recuerdos son también abundantes, y entre ellos encontré eminentemente español en Gutenfels, castillo arruinado, desde donde el gran Gustavo Adolfo combatió reciamente a los españoles que ocupaban el otro lado, sin poder pasar el río a vista del vigilante Espínola. En este mismo lugar se ofreció el Rhin por primera vez a los ojos de los prusianos, después de haber batido a Napoleón y libertado a su país, escena que debió tener mucho de poética cuando aquellos bravos guerreros se arrodillaron gritando con un espontáneo impulso: “¡El Rhin, el Rhin!”

Las tradiciones abundan también en todo este trozo del río. Tan pronto es la ondina, que canta para embebercer al navegante y hundirlo en el remolino de Gwirr; tan pronto las siete hermosas doncellas convertidas en otras tantas peñas en castigo de su fría insensibilidad; tan pronto, en fin, aquel obispo comido por un ejército de ratones por haber quemado una porción de pobres que le pedían pan en un año de hambre; tradición que Southey ha escrito en muy buenos versos.

En el medio del río se encuentra una especie de castillo muy raro [Pfalzgrafenstein], fundado en la peña, que parece una iglesia, aunque no era sino uno de los muchos puntos destinados a cobrar contribuciones en los siglos medios a cuantos pasaban por el río.

La mayor parte de los torreones y fortalezas que se encuentran en este camino fueron desmanteladas por orden de la Confederación germánica durante el imperio de Rodolfo II como guaridas de bandoleros, sentencia justa, porque en realidad sus dueños no eran otra cosa. Una de estas ruinas [el *burg* Rheinstein] ha sido restituida en lo posible a su primitivo estado, aunque con propósito bien distinto, por el príncipe Federico de Prusia, que la destina a palacio de verano. Es cosa que roba los ojos, pues las obras están dirigidas con un acierto tal que el carácter antiguo está perfectamente conservado, y al mismo tiempo se conoce algo del primor moderno en ventanas y algunas escaleras y remates exteriores. Mañana iré a verlo por dentro y hablaré de él.



93

Antes de llegar aquí las ruinas se multiplican y el río corre tumultuosamente a causa de los muchos peñascos de su madre, todo lo cual contribuye a la armonía de este panorama, principal y más admirable cualidad de cuantas le adornan, y que ni un punto le abandona desde Bonn hasta aquí; punto en que sus verdaderas bellezas pueden darse por concluidas. Este pueblo tiene alrededores magníficos, y para recorrerlos y despedirme del Rhin en su más hermoso teatro me detendré mañana y aun pasado tal vez. La descripción del Rhin que ha hecho Byron en *Childe Harold* no solo es hermosa como poesía, sino de extraordinaria exactitud. En realidad en este hermoso cuadro, que a pesar de sus proporciones no pierde sin embargo su unidad, el pintor debe ser sobrio, porque sus rasgos naturales valen más que la más fecunda imaginación.

Wiesbaden, sábado 14 de septiembre, por la noche

Son tantas las cosas que hoy he visto y las impresiones que me han ocasionado tan vivas, que no sé si mi relato será fiel y completo. Por la mañana, a las ocho, salimos en una lancha y río abajo llegamos en poco más de un cuarto de hora al pie de Rheinstein, por donde ayer habíamos pasado. Como ninguna dificultad se ofrece a los extranjeros

⁹³ En esta imagen de 1900, los dos castillos que menciona Gil: el famoso Pfalz, de planta octogonal, construido en el s. XIV sobre una isla en medio del Rhin, y al fondo el burgo Rheinstein, que visita al día siguiente.

que desean visitarlo, poco tardamos en trepar al empinado camino que en zigzag conduce a la fortaleza. Es cosa que en sí misma sería muy agradable y digna de verse, aun prescindiendo de su hermosísimo sitio, porque la restauración ha sido hecha con tal tino y primor al mismo tiempo que si sus antiguos dueños resucitasen, encontrarían su vivienda, mejorada, sí, pero no esencialmente alterada.

Las armas y objetos de la Edad Media son muchos, y lo que de nuevo se ha hecho ha sido ajustándose en todo a aquel gusto, de manera que la armonía del conjunto es tal que al verse uno vestido con nuestras desairadas ropas y las gentes que lo enseñan con sus mestizos uniformes, parece que se extraña a sí propio lo mismo que a los demás.

Entre las curiosidades que adornan esta linda mansión, sin duda habrá muchas de precio pero como los cicerones eran alemanes cerrados, nada entendíamos. Las vistas son soberbias y de sumo agrado por el extenso trozo de río que enseñorean, por sus breñas mismas y por los bosques que visten aquellas despeñadas pendientes. A la bajada cruzamos de nuevo el río en nuestro bote, y desde el pueblo de Assmannshausen comenzamos a subir por un ameno valle a las alturas de Niederwald, los tres caballeros a pie (porque otro inglés se nos había agregado) y la dama en una hacanea semejante a la de Dulcinea del Toboso, de las cuales hay buen número ensilladas a la entrada del pueblo.

El camino conduce a un sitio de caza del conde de Bassensien, donde descansamos un rato y donde los ingleses descorcharon una botella de vino del mismo paraje para huir de la ociosidad. La vista es buena, pero no de las principales. En seguida una niña nos llevó a la cueva mágica, en la cual se entra por una especie de bóveda rústica, bien ajeno de la perspectiva que le aguarda al fin. En una especie de saloncillo se ven tres ventanas rasgadas, que enfilan otras tantas calles de árboles; desde una de ellas se distinguen en lontananza las pintorescas almenas de Rheinstein. Estas vistas en tan reducido espacio, que se presentan absolutamente aisladas por las arboledas hermosísimas del Niederwald y al término de aquella calle larguísima con su transparente bovedado

follaje, causan toda la ilusión de un diorama⁹⁴, aumentada, por supuesto, con la realidad y con la mayor escala.

Otro sendero que a la salida se encuentra conduce por el hermosísimo bosque donde apenas penetra un rayo de sol, y que de consiguiente nos parecía deliciosísimo al mediodía, al Rossel, ruina artificial asomada al derrumbadero que domina las corrientes y remolinos de agua del Bingerloch, y las ruinas verdaderas y más extensas de Ehrenfels, situadas en mitad de la pendiente. La vista es de las mejores que el Rhin ofrece; pues, sin hablar de la torre desmoronada que se ve en medio de la corriente, el pueblo de Bingen, con la colina en que descuella, la capilla de San Roque a la espalda y, sobre todo, la embocadura del Nahe y su puente de piedra, que parece cerrar su fértil y alegre valle, son accidentes que, aun en el Rhin, se encuentran pocas veces reunidos.

Otro sendero, que baja por espacio de una milla, guía al Templo, construcción circular sostenida por columnas que domina otra vista absolutamente distinta, pero tal vez mejor. Las estrechas gargantas del río cesan en Bingen, y de allí arriba las montañas, que se retiran un poco, bajan hasta la orilla en mansos y suavísimos declives, formando un contraste de indecible gracia con las angosturas en que corre a aprisionarse. Numerosas islas verdes y llenas de mimbreras las unas, coronadas de altos y acopados árboles las otras, salpican el cauce del río, anchísimo por aquella parte, y el pueblo de Rüdesheim, que con su castillo ocupa la entrada de este paisaje, acaba de completar una perspectiva en que la vista goza a un tiempo de lo blando y terrible del Rhin.

⁹⁴ Enrique Gil conoció los albores de la fotografía, aunque por desgracia no conocemos ninguna foto suya; pero no es improbable que se hiciera alguna: el primer daguerrotipo llega a España en noviembre de 1839 a Barcelona y pocos días después a Madrid, de la mano del Liceo Artístico y Literario, del que Gil formaba parte destacada. En cuanto al diorama, que Gil menciona a orillas del Rhin, el inventor de la fotografía, Daguerre, instaló su primer diorama en los bulevares de París en 1822 y llega a Madrid en 1837. Mesonero Romanos describe la novedad en su *Manual Histórico-Topográfico de Madrid*; las sesiones públicas eran diarias, al precio de 8 reales, de modo que es seguro que Gil, que en 1839 era motor del Liceo y participaba de la vanguardia madrileña, gozó del nuevo invento con fruición, pero el asunto requiere un estudio más detallado, como tantos otros aspectos apenas entrevistos de la vida de Gil. [Véase Sougez, M.-L., *Historia de la fotografía*, Cátedra, 1991, pp. 219 y ss.].

Es raro que la entrada y salida del río en sus angosturas tenga accidentes semejantes, pues al salir de las Siete Montañas se extiende por los llanos de Colonia, y mas adelante, de Holanda, y antes de entrar en el desfiladero de Bingen cruza los terrenos abiertos que avecinan a Rüdesheim, si bien las llanuras de abajo solo en lo despejadas se acercan a las hermosas pendientes coronadas de viñedos y arbolado de arriba.

Después de haber examinado despacio este mágico panorama, bajamos a Rüdesheim por entre sus viñas, famosas entre los bebedores, y que según dicen solo ceden la palma a las de Johannisberg, y visitamos su castillo, arruinado como los otros, pero cuyas ruinas conserva con un esmero particular el conde de Ingelheim, su actual poseedor. De allí volvimos a cruzar el río, y una hora después ya cortábamos sus aguas, continuando nuestro viaje en un barco de la *Sociedad de Colonia*.

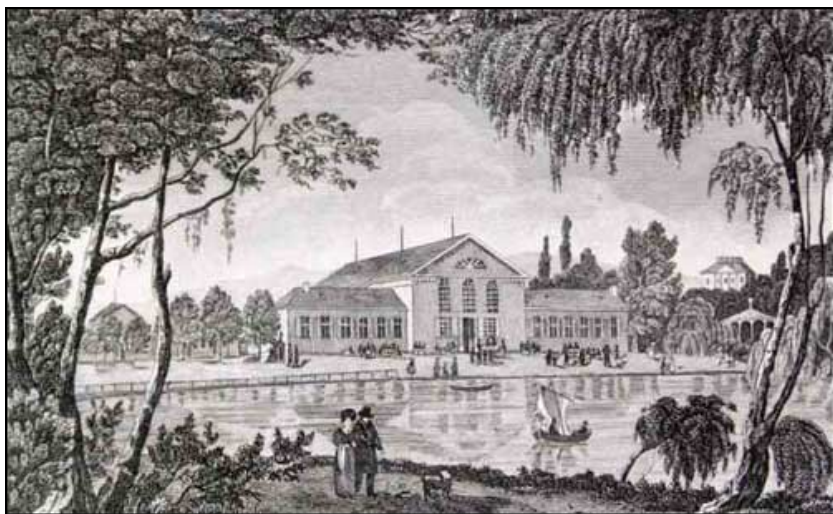
Los blandos collados, en especial de la orilla izquierda, que más adivinábamos que veíamos, fueron desplegándose por ambos lados a nuestros ojos, presentando cuadros no tan elocuentes como los precipicios de que salíamos, pero dotados ricamente de otro género de belleza apacible y tierna, si la palabra puede pasar. El palacio de Johannisberg, perteneciente al príncipe de Metternich y famoso quizá, más que por esto, por el vino que produce, y la mole imponente del antiguo convento de Eberbard, adornan la orilla derecha. La izquierda está comparativamente desierta, pero las memorias que la habitan no dejan de hablar a la imaginación, pues en una especie de altozano se ve una aldea, donde dicen algunos que nació Carlomagno. Aunque esto no está averiguado, consta que amó estos sitios con particular predilección y que en esta aldea levantó un magnífico palacio, del cual ni rastros de alguna importancia quedan. Las islas que encontrábamos también servían de recreo al gran emperador, que acudía a ellas a pasear, bien ajeno sin duda de que antes de una generación su imperio se desmigajaría desastrosamente y que su hijo Luis moriría fugitivo y pobre, perseguido por sus impíos hijos, en uno de los lugares en que con la pesca aligeraba el peso de su corona.

Por fin, después de pocas horas de travesía, desembarcamos donde el duque de Nassau tiene un soberbio palacio a la orilla del río, parte del cual, con sus magníficos jardines, tuvimos lugar de visitar, alabando el gusto y aun magnificencia que en uno y otro se notan, y tomando después un carruaje, porque no teníamos tiempo para salir por el

camino de hierro, hemos llegado aquí [a Wiesbaden] poco después de anochecido, atravesando un paisaje que nada tiene de particular. Mañana me detendré aquí todo el día.

Wiesbaden, domingo 15 de septiembre

Wiesbaden es una ciudad lindamente trazada y con agradables paseos, pero lo que más vida le da son sus baños, por la grandísima afluencia de gentes que vienen en busca de salud o de placeres. Por desgracia, la temporada está casi concluida y ya solo quedan algunos enfermos de más gravedad, gente perezosa, y jugadores que desean aliviar de su peso el mayor número de bolsillos posible. Con esta escasez de gentes, el magnífico salón Kursaal⁹⁵ y sus mesas de ruleta y *blanc et rouge* no ofrecen la animación que de costumbre, y las galerías, que ocupan los otros dos lados que dan a la plaza, también parecen desmayadas y desiertas.



Esta ciudad es una verdadera posada con muchas puertas, pues este año han venido más de doce mil forasteros, cuando los habitantes no llegan a este número. Me hubiera alegrado mucho de haber venido un mes antes, porque entonces me hubiera sido fácil trazar algún bosquejo de la vida en una ciudad del baños, facción la más característica tal vez y

⁹⁵ En su inicio, el «Kur-Saal» –como escribe Gil– era la «sala de curas» de los balnearios decimonónicos, convertido pronto en centro social multiusos: restaurante, salón de baile, conciertos y casino de juego.

⁹⁶ Jardines del Kursaal de Wiesbaden en 1837 y, en la página 171, interior hacia 1845.

general que ofrece la Alemania. Ahora no me tocan más que las migajas del festín, y lo único que puedo recorrer son las fuentes calientes principales y los parques y lindos paseos que ciñen los variados alrededores del pueblo. Como esto, sin embargo, es negocio de pocas horas, esta tarde pienso ir a Maguncia, donde, según mis noticias, no hay mucho que ver, y volveré a la noche para concurrir a un baile que se dará en el Kursaal, según dicen.

Wiesbaden, domingo 15 de septiembre, a las doce de la noche

Al cabo, dejamos para mañana el viaje a Maguncia, y entonces será definitivo. No me pesa de la determinación, porque el resto del día me ha presentado más fielmente un reflejo de este pueblo. Por la tarde, los jardines y salones del Kursaal han estado concurridos, y aunque en realidad la gente no era mucha, como el teatro es pequeño, pocos espectadores bastan para llenarlo, y, además, lo lucido de las personas suplía muy bien al número. La variedad de las fisonomías era grande, aunque el tipo alemán predominaba extraordinariamente.

Las mujeres hermosas escaseaban, pero había muchas de aire, vestidos y modales distinguidos. La mayor parte se paseaban por los jardines, pero de ellas había que cosidas a la mesa de juego así se curaban de la hermosísima tarde, alegre concurrencia y agradable música que a pocos pasos tenían, como de su primera camisa. Triste cosa, pero no menos cierta. Entre las tales había una vieja, persona principal sin duda por su traza, que no jugaba sino oro, y a quien la fortuna parecía dar en buena suerte lo que los años le habían quitado de gracia.

Todo esto fue presentándose entre cinco y seis de la tarde, pero como nosotros habíamos salido de casa poco después de comer, a trueque de aprovechar el tiempo y evitar la soledad de los paseos, alargué el mío hasta Soruaemberg, castillo arruinado no muy distante, a donde conduce una especie de soto de árboles que, comenzando en los jardines, sigue a la orilla de un arroyo hasta el desmantelado baluarte. La vista es agradable, pues ocupa la entrada de un valle lleno de huertas en el fondo, con praderas o tierras de pan llevar en las laderas unas, y otras pobladas de árboles frutales y bien cultivadas, y gran parte de la ciudad se divisa también desde allí. La circunstancia de estar recogiendo

el heno hacía parecer más animado el paisaje, y su agradable olor, de que el aire estaba empapado, cuadraba muy bien a aquel campestre cuadro. A la espalda se veían los bosques hermosísimos que rodean o por lo menos hacen espalda a Platte, sitio de caza del duque. El castillo está conservado con mucho cuidado para que no se deteriore más y adorne el paisaje con sus aporilladas murallas.



A la vuelta fue cuando me encontré el jardín y Kursaal tan brillantes y vistosos. A las seis y media fui a la ópera, más por ver el teatro que la función, en sí de poco mérito, aunque bastante bien ejecutada. El coliseo es bastante lindo, pero el concurso no era tan lucido

como el del jardín. A las diez volví al Kursaal, y hasta las once estuve viendo el baile, menos animado de lo que me figuraba y con tocados y atavíos de no gran gusto en general. Habíanme dicho que en cuanto al traje, había un poco de escrupulosidad, y yo había seguido el aviso, aderezándome un poco, cosa de que me pesó, pues, sin que hubiera sido tal mi ánimo, podía pasar por extrema mi compostura al lado de otras descuidadas. Como quiera, en pocas personas o cosas encontré materia digna de atención si no es la rara circunstancia de que el vals es tan indígena en esta tierra, que con él bailaban hasta *polkas* y *galops*, sin que viese otra excepción que el *rigodón* o francesa, como aquí llaman. La función, como la mayor parte de las de Alemania, comienza a decaer a las once, y yo me salí con las primeras mamás soñolientas y las primeras niñas contrariadas.

Maguncia [Mayence], adiós al Rhin, lunes 16 de septiembre

De Wiesbaden a Maguncia empleamos un cuarto de hora por el camino de hierro, que es muy bueno. En Maguncia nos paramos menos tiempo del que yo hubiera querido; pero tomados los asientos, fue forzoso salir a las tres de la tarde, con lo cual no pasaron de dos horas lo que pudimos dedicar a visitar la catedral, la estatua de Gutenberg, el exterior del teatro y algunas calles.

La catedral es curiosa, más que por su arquitectura, por una porción de monumentos sepulcrales que contiene, y entre los cuales los hay eminentemente característicos del poder de sus arzobispos. El edificio ha sufrido mucho con los desastres de la guerra, porque siendo esta ciudad la más fuerte de la Confederación germánica, ha tenido que sufrir sitios frecuentes, con todos sus estragos; pero sin embargo, los destrozos no



han sido de la mayor cuantía, y el tipo lombardo del templo no está alterado.

La estatua de Gutenberg me ha gustado poco, pues la ropa que ciñe el cuerpo está demasiado ajustada y marca sobradamente el desnudo, cosa que dice muy mal con la especie de ropón y gorro del siglo. La cabeza, sin embargo, está perfectamente modelada, y es de tanta nobleza como expresión. Los bajorrelieves son muy buenos también.

La fachada del teatro guarda mucha armonía con su interior y desde este punto de vista, es de lo más lógico que puede verse. La ciudad tiene aspecto curioso por la mezcla de antiguo y moderno que en ella se advierte y por sus fortificaciones, que son excelentes.

Allí me he despedido del Rhin, que ya no volveré a ver probablemente en bastante tiempo, pero que deja en mi imaginación recuerdos indelebles. Antes de separarme de su orilla le leí la estrofa de despedida de *Childe Harold*⁹⁷:

¡Adios, hermoso Rhin! ¡Cuán a su pesar se aleja de tus orillas el extranjero embelesado! Tu aspecto es igualmente grato para dos almas unidas que para la contemplación solitaria; y si el buitre insaciable de los remordimientos pudiese alguna vez dejar de encarnizarse en su presa, no sería sino aquí, donde la Naturaleza, ni demasiado sombría, ni demasiado risueña, agreste sin rudeza, imponente sin severidad, viene a ser para la tierra fecunda lo que el otoño para el resto del año.

¡Adios otra vez! Pero, ¡vano adios! Mal puede uno despedirse de sitios tan deliciosos. La mente se reviste de todos tus colores, y

⁹⁷ Canto III, estrofas LIX y LX, que reproducimos.

si los ojos se apartan de tí a duras penas, ¡oh, río encantador!, también te dirigen una mirada de gratitud y admiración. Puede haber lugares más grandiosos, más deslumbrantes; pero en ninguno están aunados con tanto atractivo como aquí lo brillante, lo bello, lo apacible, los gloriosos recuerdos de la antigüedad.



Quinta etapa: Frankfurt-Berlín (16-24 de septiembre)



Frankfurt

El camino de hierro hasta aquí no tiene particular atractivo, aunque el terreno está cultivado con esmero, lleno de frutales, y de cuando en cuando ofrece algunos declives y cañadas agradables. Las cercanías de este pueblo son muy agradables, y las muchas casas de campo y jardines que se encuentran revelan la vecindad de una ciudad rica. La feria le presta nueva animación, y la afluencia es tan grande que los hoteles todos están llenos. Después de nuestra llegada hemos visto un poco de los alrededores y pasado un largo rato en el jardín, muy agradable, a la orilla del Main, donde había una música bastante buena.

A la vuelta a casa nos detuvimos también algún tiempo en una calle para oír unas canciones alemanas que cantaba un joven, mientras otro le acompañaba con el arpa. Su voz era muy agradable y la música no menos, principalmente por la suavidad y dulzura, cualidades que en ella dominaban. De estos músicos ambulantes hay infinitos, y ahora, con motivo de la feria, hierven en estas calles de Frankfurt. Ferias, museo de pinturas, cementerio, quinta de Rothschild y jardín de Mr. Bethmann, con su ponderada estatua de Ariadna, se quedan para mañana, y aun para pasado probablemente. La ciudad es agradable y está además llena de recuerdos, circunstancia que la recomendarían eficazmente para

detenerme por unos días si no tuviera ya deseo y aun necesidad de llegar pronto a Berlín.

Frankfurt, martes 17 de septiembre

A pesar de haber empleado tal cual el día, no hemos recorrido todo lo que el pueblo ofrece de curioso. El museo de pinturas es lo que más impresión me ha causado en cuanto he visto, en especial por su escuela moderna, porque, aunque la colección antigua es excelente, para quien viene de los Países Bajos no tiene gran novedad.



De la escuela moderna he visto cinco o seis cuadros que no puedo tener sino en gran estima. *Huss delante del Concilio de Constanza*, por Lessing, obra maestra de composición y esmero⁹⁸.

Las Vírgenes Locas, de Schadow, excelente también por la composición y sentimiento. *Daniel en la cueva de los leones*, de Rhetel, admirable figura con paños de un gusto exquisito. *Una tormenta en el mar*, por Achenbach, cuadro muy bien imaginado por sus accidentes y de gran efecto. Unos frescos de Veit, también de corrección muy laudable. *Job*, por Hubner, figura doliente y resignada como no hay idea. El grupo de su mujer y amigos es muy bueno.

El Eccelino [en prisión] de Lessing no me pareció tan bien como el de Huss, aunque en el dibujo y en lo acabado no le cede, y *La influencia del Cristianismo en las artes*, de Overbeck, tampoco me pareció digna del gran renombre que goza, pues la composición se me figura un poco desatada, y en el colorido hay profusión de ciertas tintas nacaradas, que enfrían el cuadro

⁹⁸ *Johann Hus auf dem Konstanzer Konzil* (1842), óleo de CARL FRIEDRICH LESSING, de la Escuela de Dusseldorf, representa la condena del hereje Jan Hus, antecesor de la Reforma de Lutero, por el Concilio de Constanza. Hus fue quemado en la hoguera en 1415: «Vas a asar un ganso, pero dentro de un siglo te encontrarás con un cisne que no podrás asar», fueron sus últimas palabras. Cien años después, Lutero –en cuyo escudo figura un cisne– clavó sus 95 tesis en Wittenberg.

extraordinariamente. En los detalles es donde se encuentran cosas de subido precio. De todas maneras, estos apuntes no son más que la primera impresión, y, de consiguiente, aun para mí mismo tienen poco peso, pero mañana volveré al museo, que todos los días está abierto, y procuraré rectificar mi juicio.



Después de estas pinturas, lo que no se cansa uno de admirar es la estatua de Ariadna, de Dannecker, en el jardín de Mr. Bethmann⁹⁹. Aunque en pintura no se me alcanza mucho, en escultura soy menos voto todavía; pero como quiera, esta figura merece en mi juicio ponerse al nivel de las más célebres creaciones del arte moderno. Está sentada sobre una pantera en una actitud de gran naturalidad y desnuda enteramente. El pedestal gira sobre un eje y la estatua se presenta sucesivamente por todos lados al espectador. Primeramente la muestran con la luz natural, y en seguida con otra luz que viene de más alto y atraviesa una tela encarnada. Aunque no sea sino una ilusión de los ojos ver colorarse de repente aquella bellísima figura, produce una sensación particular. Entonces es cuando se comprende perfectamente la fábula de Pígalión. La actitud de la figura está tan bien imaginada que, a medida que da la vuelta, los ojos encuentran una cosa nueva al parecer. Imposible parece que la sola representación del cuerpo humano, por hermoso que sea, pueda ofrecer esta especie de variedad tan rica y extraordinaria; tal es la fascinación que producen aquella cabal armonía, aquellos contornos purísimos, aquella morbidez exquisita y, para decirlo todo de una vez, aquel soplo divino de la creación con que el genio ha sabido vivificar este mármol inerte.

Después de este jardín fuimos a visitar el cementerio, una de las cosas más bellas que Frankfurt ofrece. No deja de ser curioso compararlo con

⁹⁹ *Ariadna sobre una pantera*, Johann Heinrich Dannecker, 1812.

el del Pere Lachaise, de París, tan profano en general y atildado, y tan lleno de inscripciones pomposas o *recherchées*, porque aquí los monumentos son tan sencillos que en general consisten en una cruz, en que se lee el nombre de la persona, y es de mármol, de piedra de grano o de madera, según la clase del sujeto, sombreada por sauces llorones y adornada y rodeada de flores. Otros monumentos se encuentran más ricos y esmerados, pero que no por eso desdichan de aquella especie de candor e ingenuidad que, sin duda, debe ser el atributo más noble, así como el más general, de este pueblo cuando en todas sus cosas, y sobre todo en sus artes, está tan de manifiesto.

En los cementerios de Francia parece notarse un empeño de encubrir; por lo menos, de disfrazar a la muerte; en los de aquí, al revés, de suavizarla y hermosarla en lo posible, sin despojarla, no obstante, de su carácter de separación y de tristeza. Si en este cementerio se apareciera, creo que se daría a conocer con aquellos versos mi querido y malogrado Espronceda¹⁰⁰:

Soy la virgen misteriosa
de los últimos amores,
y ofrezco un lecho de flores
sin espinas ni color.
No doy placer ni alegría,
pero es eterno mi amor.

¡Tanta paz y sosiego hay en aquella morada del postrero y perdurable descanso!

El monumento más notable del cementerio es el de la familia Bethmann, donde se ven un busto y unos bajorrelieves de Thorvaldsen; son dignos, sin duda, de aquel divino cincel. El cementerio de los judíos, que está pegado, ofrece un vivo contraste, pues no se ven sino piedras sepulcrales sin flores, árboles ni adornos de ninguna clase; aridez que desentona al lado de un cuadro tan dulce y melancólicamente hermoso.

¹⁰⁰ *El Diablo Mundo*, canto I, v. 896 y ss. Este extenso poema inacabado es la obra cumbre de Espronceda. Comenzó a publicarse por entregas en 1841, siendo leído en el Liceo [véase *Miscelánea*, BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, vol. V, pp. 36, 48 y 55]. La muerte sorprendió a Espronceda, y desgarró a Enrique Gil, el 23 de mayo de 1842; dos años después, en el cementerio de Frankfurt, Gil evoca el recuerdo del amigo y cita sus versos, ¿de memoria o tal vez llevaba la obra en su breve equipaje?

De allí fuimos a ver la quinta o, por mejor decir, los jardines de la quinta de Mr. Rothschild¹⁰¹, que no tiene cosa muy notable, porque en cuanto a la rica colección de plantas que contienen, según dicen, no soy voto. Las calles están animadísimas con tanta gente, pero en las ferias no hay cosas muy raras si no es la extraordinaria cantidad de pipas. Los trajes de los tiroleses y tirolesas también son curiosos. El de ellos en especial tiene alguna analogía con alguno español, y la raza es también esbelta y ligera. Venden cosas raras, y entre ellas, piezas de madera labrada con ejemplar paciencia y prolijidad.



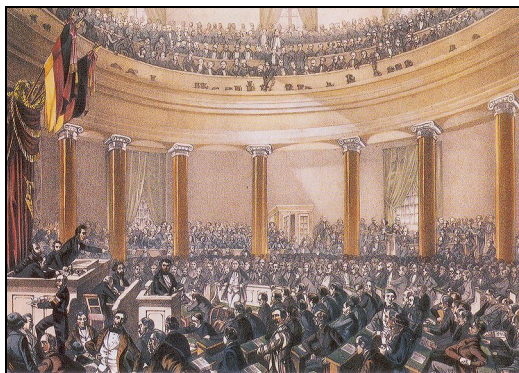
Frankfurt, 17 de septiembre, por la noche

Continuando nuestro paseo después de comer, hemos recorrido el barrio de los judíos, que aquí llegan a cinco mil y que, según dicen los ingleses, se parece bastante a *Monmouth Street* de Londres en lo sucio, oscuro y torcido de sus calles como también en lo antiguo de sus edificios y en las ropavejerías y puestos de cosas extrañas que se encuentran. Las fisonomías también merecen atención no por lo bellas, sino por lo características.

¹⁰¹ Gil o sus transcritores escriben 'Rostchild', pero evidentemente se trata de la Casa Rothschild, «escudo rojo», dinastía judío-alemana originaria de Frankfurt, conocida mundialmente como los Rothschild. En la imagen, la estación del tren de Frankfurt, una de las primeras líneas de ferrocarril de Alemania, financiada por los Rothschild e inaugurada en 1840, poco antes de la llegada de Gil.

Esta parte es la que mejor idea da del Frankfurt antiguo, y aunque sombría y enmarañada o por mejor decir, a causa de eso, es sumamente pintoresca. También hemos visitado el *hôtel de ville*, cosa curiosa por los recuerdos históricos enlazados con él, pues en sus salones se celebraba la elección del emperador y gran parte de sus fiestas. La primera de estas dos circunstancias se verificaba en el mismo salón donde delibera en el día el Senado de esta ciudad libre, y en su techo se ven todavía las armas de los diversos electores.

El gran salón del festín, en que el emperador era servido a la mesa por reyes y príncipes, no es romboide, como dicen algunos, porque solo un ángulo sale mucho, pero sí de forma muy irregular. En las paredes estaban pintados los retratos, pero el deterioro a que habían venido hizo necesario el pintarlos de nueva por mano de artistas distinguidos. No deja de ser curioso que el último lugar es el destinado para el retrato del último emperador de Alemania, Francisco II. Entre las nuevas figuras, se distinguen las ejecutadas por artistas de Dusseldorf, escuela que cada vez voy apreciando más.



102

Otra cosa que he visto con sumo gusto es la casa en que nació el gran Goethe. Todavía se conserva sobre la puerta el escudo de armas de su padre, que por una singularísima coincidencia tiene tres lirras. Me llamó la atención que ningún rótulo ni medallón indique que este lugar sirvió de Oriente a este soberbio astro de nuestros días, principalmente cuando no se puede achacar a indiferencia en un pueblo que le ha levantado ya una estatua en la biblioteca y proyecta otra monumental

¹⁰² El Parlamento de Prusia, reunido en Frankfurt en 1848.

para él delante del teatro. En este fuimos a concluir la noche con una ópera cómica en alemán, cuyo argumento por lo mismo apenas pude comprender sino muy en globo, pero cuya música era muy agradable y armoniosa, con golpes verdaderamente cómicos. El local es muy hermoso y la ejecución, así por parte de la orquesta como de los cantantes, muy satisfactoria. Los músicos eran más de cuarenta y en los coros, bastante numerosos, también había mucha afinación. La música debe estar muy adelantada en este país, pues aun los músicos vagabundos que andan por las calles y caminos ejecutan con bastante buen gusto, sin embargo de ser varios de ellos chicuelos.

Todavía tengo que ver la catedral, el museo de Historia Natural y la Biblioteca, pero mi viaje me da lugar, porque hasta pasado mañana por la noche no he encontrado asiento en la diligencia o correo, y aun para eso, en lugar de ir por Leipzig, que es lo más corto, tengo que ir a Gassel, para tomar desde allí a Hannover, desde donde por el camino de hierro iré en poco tiempo a Berlín. El rodeo es poco y, por lo demás, la cosa se arregla en provecho mío, pues solo pasaré en camino una noche, y no dos que tendría que pasar de la otra manera. Lo malísimamente que me fue de Marsella a Lyon por esta circunstancia, me hará evitarla siempre que pueda. Además, me han dicho que el camino es más interesante, y por otra parte podré ver también algo de estos alrededores. Mañana iremos probablemente a Homburgo¹⁰³.

Frankfurt-Homburgo, miércoles 18 de septiembre, por la noche

Hemos pasado en este punto una parte del día, y aunque corta, hemos dado por bien empleada la expedición, porque la situación de los baños de Homburgo es deliciosa en el centro de un anfiteatro de montañas cubiertas de bosques muy frondosos. Una gran porción de casas nuevas atestiguan la nombradía que van cobrando estas aguas, cuyas virtudes medicinales deben encontrar ayuda no pequeña en las escenas que las rodean. Lo que, sobre todo, es magnífico es el Kursaal, que según dicen ha costado dos millones de reales a los especuladores franceses que lo

¹⁰³ En *O. C.* (p. 395) ‘Hamburgo’, ciudad a la que nunca llegó Gil, quien visita las casas de baños y juegos de Homburgo [Bad Homburg vor der Höhe], localidad a nueve millas de Frankfurt [*Guía Murray*, p. 410], donde Hölderlin escribió el segundo tomo de *Hiperión* (1799).

han levantado. No es de extrañar, pues hay infinidad de mármoles y aun frescos de pintores italianos modernos. El juego, dios vil a que han edificado este templo, no dejará de reembolsar pronto a sus edificadores. Allí comimos perfectamente, y yo, que no bebí vino, no gasté sino un florín, o dos pesetas, en una comida de quince platos tal vez. Esto es prodigiosamente barato en Alemania, aunque el número de huéspedes lo explica. Después de comer dimos una vuelta por los jardines del palacio del Landgrave que, después de la muerte de la Landgravina, están un poco descuidados, pero que sin embargo son unos hermosos jardines a la inglesa¹⁰⁴.



El palacio no tiene de notable sino una gran torre en un patio, resto de un antiguo castillo, y que forma el objeto más visible en el paisaje. El camino hasta Homburgo está todo él en cuesta, pero la mayor parte tan suavizada, que, en general, solo al bajar se advierte el declive. La carretera, perfectamente conservada, como todas las que hasta ahora he visto por esta tierra, y guarnecida casi toda de árboles frutales, manzanos y perales en general, que este año están ahorquillados para sostener el fruto. De cuando en cuando se encuentran asientos para la gente de a pie, con otro poyo más alto para la carga. Al pasar de un Estado a otro (pues no son menos de tres los que se encuentran en las nueve millas ordinarias que hay a Homburgo) se tropieza con las armas del príncipe del Estado, pintadas de colores tan vivos que parecen frescas todavía, y enfrente el nombre en sendos pilares de madera, pintados asimismo. El

¹⁰⁴ Extraña referencia: cuando Gil visita los jardines del palacio de Homburgo, el *landgrave* o príncipe es Felipe de Hesse-Homburg [1839-1846], y vive la *landgravina* Rosalía Antonia [fallece seis meses después, el 21 de febrero de 1845]. En realidad, Gil se refiere a un *landgrave* anterior, Federico VI de Hesse-Homburg, casado con Elisabeth de Inglaterra, hija del rey Jorge III, fallecida en 1840, que es la constructora del palacio y jardines de estilo inglés, dato que no podía escapar a Murray, de donde lo toma Gil: “The principal building is the Palace, to which is attached a delightful garden, pleasure ground, and park, tastefully laid out in the English fashion under the eye of the Landgravine” [Guía de Murray, p. 410].

movimiento de ómnibus, diligencias, carros y, sobre todo, carruajes de posta es infinito. Verdad es que la feria ayuda mucho. Por la noche volvimos a Frankfurt para ir al teatro y ver un hombre que cantaba dúos él solo; cosa de ventríloquo más que de artista, y, en todo caso, *tour de force* nada más; sin embargo, lo aplaudieron a rabiar. Más entretenidas fueron unas danzas ejecutadas por chicos con un aplomo y seguridad pasmosos. Los dos actos de *Roberto el Diablo*, verdadero aliciente que me llevaba al teatro, salieron bastante mal. La *prima donna* cantó sin embargo bastante bien el famoso pasaje de *¡Grace, grace!*, aunque no igualó a una maestra de piano que lo cantó un día en París, en casa de Mr. Gasc. La música es soberbia.

Frankfurt, jueves 19 de septiembre, por la tarde¹⁰⁵

Mister Crawford y su señora se han ido esta mañana a Heidelberg, y yo me iré esta noche a Kassel. He empleado mi soledad (agradable casi siempre para mí, aunque sin duda peligrosa) en visitar la catedral, que no tiene nada de curioso sino su grande antigüedad y sus recuerdos históricos. En ella se coronaban los emperadores y en ella predicó San Bernardo la cruzada a un auditorio entusiasta. También he visitado la iglesia de San Leonardo, que ocupa el lugar del palacio de Carlomagno; el Haalhoff, que también ocupa una parte del lugar donde estaba el palacio de los emperadores karlovingianos; el palacio de los caballeros teutónicos, que aun se conserva en el arrabal de Sachsenhausen, y la biblioteca, cuya principal alhaja es la estatua de Goethe, de mano de Marchesi. Por último, he venido al museo, donde he empleado dos horas repasando los cuadros modernos.

No he alterado el juicio del otro día sino en cuanto al cuadro de Oberbeck, *La Influencia del Cristianismo en las artes*, cuya composición, atentamente considerada, me parece mucho mejor que anteayer, aunque lo acabado de las figuras perjudica el efecto general. Por lo demás, esta escuela, como todas las creaciones severas y meditadas, gana en el examen. Su defecto consiste tal vez en la preponderancia casi exclusiva del sentimiento sobre la fantasía, y del esmero en la ejecución sobre la

¹⁰⁵ En la transcripción de 1883 y en *O. C.*, “18 por la tarde”, lo que es imposible, pues el diario anterior es el 18 por la noche y el siguiente en Kassel es el día 20, de modo que esta entrada corresponde al 19 de septiembre.

libertad de los toques, pero este es defecto que a los ojos de la filosofía del arte aparecerá dudoso, y que de todas maneras lleva en sí el germen fecundo del estudio y de la conciencia. No se paga del efecto, sino del juicio y del análisis, y bien puede decirse que los más severos no deben intimidarla. Todavía no he visto nada del famoso Cornelius, pero si tan buenos son los discípulos, mucho hay que esperar del maestro. Entre los cuadros de la exposición hay algunos muy lindos.

Kassel, viernes 20 de septiembre

Como era de esperar, pasé la noche muy mal, con mis acostumbradas ansias de estómago, y vomitando mucho, cosa que me deja muy postrado. Sin embargo, con el día me animé lo bastante para disfrutar la linda serie de paisajes que ofrece el camino de Frankfurt aquí. Todo él discurre por valles y montañas cruzando varios ríos y atravesando cuencas y vegas más espaciales en que el horizonte se ensancha.

Los cuadros eran verdaderamente del Norte; las montañas estaban en general cubiertas de hermosísimos pinares; el día ha estado turbio y lluvioso, y los muchos vapores flotantes que coronaban las cimas vestidas de árboles y bajaban muchas veces hasta las cañadas, junto con el vivo color de los prados y verdura de todo género, pertenecía ya a esta Naturaleza, cuyo tocado son las nieblas y su vestido la verdura. El camino, bueno; los campos, bien cultivados, pero la gente parece pobre. Donde nos paramos a comer nos dieron pan de centeno, y entre los platos, jamón crudo. Los árboles de la orilla del camino estaban llenos de una especie de fruto encendido como el mejor coral, y que lavado y esmaltado con la lluvia hacía hermosa vista.

En general, he encontrado muchas analogías con otros parajes de las montañas de León, aunque esto es más abierto. No han faltado iglesias y castillos en este extenso panorama, pero después de visto el Rhin, todo ello parece juego para niños. Geológicamente debe ser curioso este país, y una montaña que encontramos a la izquierda viniendo me llamó la atención por su corona de peñascos, que a lo lejos figuran una especie de ciudadela. Los hermosos bosques que por todas partes se encuentran forman la facción más prominente del camino y le dan indecible variedad. Si Castilla los tuviera, su faz cambiaría enteramente, porque en sus llanuras no deja de haber collados y desigualdades y su clima ganaría lo que no es decible.

Las comparaciones de todas clases que con mi pobre España hago me sirven de poquísimo gusto, aunque del carácter y cualidades intelectuales de nuestro pueblo hay derecho para esperar mucho. Esta ciudad está en una altura que domina el Fulda y su hermoso valle, y tiene calles y plazas espaciosas. Es cuanto he podido ver porque llegamos a las seis, después de veintiuna horas de camino.

Al cabo, tengo que irme a Berlín por Brunswick. La feria de Leipzig me ha cerrado también el camino de Halle, pero el rodeo es corto. Mañana salgo, y si el cansancio y desazón de hoy me permiten madrugar, todavía daré una vuelta por la ciudad.

Gotinga [Göttingen], sábado 21 de septiembre

Como no salí de Kassel hasta las diez, tuve lugar de reponerme de la mala noche anterior y recorrer un poco la ciudad, que es muy alegre y despejada en la parte nueva, situada en un altozano sobre el Fulda, con una plaza que dicen ser la mayor de Alemania, y calles tiradas a cordel y cortadas en ángulo recto.

La ciudad antigua está más baja y no ofrece gran atractivo, porque sus calles y casas, a pesar de su fecha, no son venerables, ni pintorescas siquiera. Las vistas que se disfrutan desde la gran plaza por el lienzo que han dejado sin edificios para este fin son muy agradables por las frescas orillas del río y por las montañas que, como en anfiteatro, limitan el horizonte. Los jardines, alamedas y bosques están esparcidos con profusión en sus afueras, bien es verdad que en toda Alemania veo prestar gran atención a estos atractivos naturales, que sin duda son causa ocasional de la dulzura y suavidad de carácter y costumbres.

El camino hasta Münden es sumamente agradable, y la bajada al delicioso valle del Fulda por medio de bosques, los mejores que he visto tal vez en esta tierra, y de barrancos que abrían hermosas quebradas de cuando en cuando, especialmente pintoresco.

Los ingleses comparan este valle al de Laangollen, en el principado de Waller; yo podría compararlo a una porción de la provincia de León. Al fin de él, el Fulda se junta con el Werra, y entrambos toman el nombre de Wesser, navegable desde allí hasta el mar, en prueba de lo cual vimos un vapor anclado a la orilla. El camino desde allí, si no fuera por sus bosques y unos estrechos vallecillos que se encuentran poco después de

Minden, se parecería a Campos. Aun así, seguramente no tiene mucho de agradable para quien deja atrás tan hermosos teatros.

Aquí [Gotinga] he llegado por la tarde, y no siendo ya hora de visitar la universidad ni biblioteca, cosa la más notable de la ciudad, la he rodeado por sus murallas, plantadas de árboles a cada lado, y que ofrecen una vista muy agraciada de las cercanías. La ciudad está rodeada de pequeñas y suaves montañas, y en sus antiguos fosos hay jardines y paseos muy lindos y risueños. Parte de ellos ocupan huertas con frutales; parte son juncuales, donde abundan las aves acuáticas, y por último una balsa de agua formada por la compresada para recoger una acequia en la ciudad, viene a ocupar otra porción. Pegado está el cementerio, lleno de monumentos y de cruces, con los mismos árboles y los mismos céspedes y flores que en Frankfurt. Entre los árboles sobresalían los sauces llorones, y entre los monumentos, las pirámides, y todo ello, al lado de aquel espejo líquido en que se reflejaban las copas de los unos y las puntas de los otros, formaba un cuadro de una serenidad y melancolía solo comparable con la que reinaba en el aire y en la luz apagada casi del todo por la noche.

Cuando me retiré a mi casa, dos o tres hombres y una mujer se retiraban también por debajo de la muralla, cantando una canción de una dulzura y melodía particulares, aunque monótona. En este pueblo he encontrado muchas buenas figuras de hombres y mujeres, pero la soledad de sus calles, ahora que está la universidad cerrada, es muy grande. Ya estoy muy cerca del término de mi viaje por ahora; tan cerca, que acaso llegaré a Berlín mañana por el camino de hierro de Brunswick. Aunque en el viaje me ha ido muy bien, no dejo de desear hacer algo por mi comisión, y así me alegro de acabarlo por ahora.

Hannover, domingo 22 de septiembre

No por el camino de hierro, como pensaba, sino en el mismo carruaje en que salí de Gotinga he seguido hasta este punto, donde llegamos a las cinco de la tarde. No me pesa de mi determinación, pues ha tenido los bastantes atractivos y variedad para no hacer molesta nuestra jornada de doce horas.

El terreno es desigual, pero suave, y las bajas cordilleras, que más cerca o más lejos siempre se divisan y acompañan el camino hasta muy cerca de aquí, ofrecen términos y vistas agraciadas, que el contraste con

espaciosos valles y llanuras, y el adorno de infinitos soberbios bosques que sombrean las colinas, realzan vivamente. El país me ha parecido fértil en general; la mayor parte de los panes estaban segados, pero sembrados en gavillas todavía por las tierras, mientras otros, todavía en pie, anunciaban que la faena no estaba terminada. El camino, casi sin interrupción, está orlado de ciruelos, manzanos y perales, y en especial de los segundos, y como entre ellos abunda un género de manzana encendida como el granate, de que hay gran cosecha este año, ofrecía gran variedad de tintas con lo rubio de los panes y lo verde de las hojas.

Entre los valles y cañadas he encontrado algunos que se parecen a los del Bierzo, no en las orillas del Sil o del Cúa, sino en la parte más seca hacia Fresnedo. La ventaja sin embargo estaba por los de aquí, pues no se sabe cuán noble y aun magnífico accidente es el de estos bosques.

Al llegar aquí, las montañas quedan a la espalda y comienza la inmensa llanura, que tiene el Báltico por límite. La ciudad, que he visto a la luz ya del crepúsculo, tiene dos partes, aunque están barajadas entre sí, la nueva, que es de casas hermosas y regulares, y la antigua, más confusa, pero más pintoresca sin duda. Como lo oscuro de estos climas hace necesaria mayor iluminación, las fachadas tienen mucho más de cristal que de fábrica, y puede decirse que las ventanas ocupan cuanto no es indispensable al sostén del edificio. De aquí resultaba, sobre todo al retirarme a casa, un efecto de luz muy curioso, porque aquellas largas filas de cristales figuraban otras tantas zonas luminosas en que las tintas pálidas pero resplandecientes del ocaso reflejaban vivamente con sus cambiantes raros, mientras la parte inferior de las calles estaba cubierta de sombra, que en vano se esforzaban a disipar los faroles, incapaces de competir con el vivo fulgor de sus rivales. No añadían poco a este raro efecto de luz los rayos de la luna, que pasando por alguna calle estrecha y donde no podían penetrar los vislumbres del horizonte, se fundían de una manera extraña en este cuadro, que por un rato me ha tenido ocupado agradablemente.

El río, que atraviesa por medio de la población, contribuye a animarlo, y en el sitio por donde entramos forma una especie de canal o balsa de traza semejante, donde la gente se pasea en botes. Los paseos, a que no pude echar sino una pasajera mirada, me parecieron muy frescos y amenos; verdad es que con un día tan claro y hermoso como el que

hemos traído y a la misteriosa luz del oscurecer poco podía parecer feo. Las gentes, sobre todo mujeres, bien parecidas. Muchas de ellas gastan un tocado particular, con unas cintas que producen muy buen efecto.

No sé si me detendré mañana, pues para llegar a Berlín se necesitan catorce horas de camino de hierro y me siento un poco molido; pero por otro lado, aquí hay poco que observar y tengo ya gana de verme un poco asentado. El tren sale también tan temprano que hay que levantarse a las cuatro de la mañana si se quiere llegar a Berlín a una hora regular. Puede que adopte un término medio, llegando a Magdeburgo mañana y pasado mañana temprano a Berlín.

Magdeburgo, lunes 23 de septiembre

Al cabo salí de Hannover por el tren de las diez, y de consiguiente, no he pasado de este punto. El país que he cruzado no tiene nada de agradable, sobre todo las cercanías de este pueblo. Muy parecidas a Campos en lo fértiles en granos y en lo áridas y secas. Por otros puntos hemos atravesado bosques como todos los de este país, frondosos y bien cultivados. De cuando en cuando hemos visto en el horizonte una corta cadena de montañas; estos han sido todos los atractivos del camino, unidos a un día frío, nublado y desagradable.

La jornada es de ocho horas por el tiempo que se pierde en las paradas. En Brunswick la detención es de cerca de una hora, que aproveché en dar un vistazo por el pueblo y en ver lo exterior de la catedral, lombarda y venerable en su origen, añadida después con capillas y adornos góticos de buen gusto. Cerca de ella hay un edificio con una especie de galería de arcos apuntados que no sé a qué uso estaría destinada, aunque, sea el que fuere, sus líneas son verdaderamente elegantes. El pueblo, de grande antigüedad y curioso aspecto. El palacio ducal no tuve lugar de ver ni aun por fuera.

Aprovechando lo poco de luz que en el aire quedaba, y a pesar de la lluvia que comenzaba a caer, he ido a visitar la catedral, que es primorosa (es decir, por fuera), y que en mi juicio marca bien la transición de lo lombardo a lo gótico, pues en medio de tener las ventanas apuntadas, están flanqueadas de columnas lombardas con capiteles labrados, y al mismo tiempo que es muy alta, su sistema de presión es vertical sin botareles ni apoyo alguno lateral.

Si antes de la salida del tren de Berlín tengo mañana tiempo de verla mejor, y sobre todo por dentro, no dejaré de ir. Esta ciudad está a la orilla del Elba, y los muchos barcos que en él se ven dan una idea de su floreciente comercio, que en efecto debe serlo si, como dicen, es el depósito general de Alemania para todas las mercancías que por aquel río entran.

Dos recuerdos especiales me ha traído su vista: el uno, de mi niñez, y el otro, de pocos años a esta parte. Es el primero el del barón Trenck, cuyo cautiverio y aventuras tan ansiosamente leía en mi primera edad, bien ajeno entonces de que algún día había de visitar su teatro¹⁰⁶; y el otro, el tremendo cuadro que traza Schiller de su destrucción cuando, después de su noble defensa, cayó en manos del feroz Tilly durante la guerra de Treinta Años.

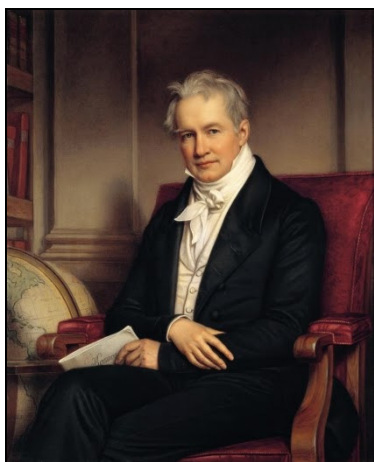
Mañana saldré para Berlín, término de mi viaje.

[Magdeburgo, 23 de septiembre de 1844. Fin del *Diario*]



¹⁰⁶ En Magdeburgo, su patria chica, Gil se declara devoto de la autobiografía o *Memorias* de FRIEDRICH VON DER TRENCK [1727-1794], publicadas en castellano como *Vida de Federico, barón de Trenck* [Madrid, Imprenta de Villalpando, 1799], personaje histórico que inspira el *Cándido* de Voltaire y el protagonista de *Los Miserables* de Victor Hugo. Amante y/o espía de la princesa Ana Amalia de Prusia, de la emperatriz María Teresa y de Catalina II de Rusia, murió ejecutado en París. No es extraño que su vida rocambolesca cautivara a Gil «en su primera edad».

Berlín, martes 24 de septiembre



107

“Extranjero, pero confiando en la Providencia y en tus propias fuerzas, entras en esa gran capital donde nadie te conoce, el 24 de septiembre. A los pocos días, sin embargo, tu nombre se pronunciará en todos los círculos distinguidos, porque ese venerable anciano que ahora estrecha tu mano entre las suyas, el famoso barón de Humboldt, será para ti un segundo padre. El marqués de Dalmacia, embajador de Francia y el conde de Montseny su secretario, pronto tu íntimo amigo, te prodigan distinciones, y a su ejemplo los demás individuos del cuerpo diplomático”.

Berlín, domingo 29 de septiembre, 7ª comunicación de Gil

EXCMO. SEÑOR PRIMER SECRETARIO DE ESTADO



Muy señor mío: El 24 del corriente llegué aquí después de haber recorrido la Bélgica y Holanda, las villas del Rin hasta Maguncia y la ciudad libre de Frankfurt sur le Main que visité

durante sus ferias. Aunque todo este viaje ha sido rapidísimo, los datos y noticias que durante él he recogido, creo sin duda me ayudarán en el desempeño de mi comisión.

¹⁰⁷ Retratos de Humboldt [J. K. Stieler, 1844] y del rey Federico Guillermo IV [F. Krüger, 1846], tal y como los conoció Gil. Abajo, Berlín en 1845, Opernhaus und Unter den Linden.

El rey ha vuelto de su viaje y con él el Sr. barón de Humboldt a quien visité en Potsdam¹⁰⁸ para presentarle las cartas que le traía del Sr. conde de Bresson y de V. E. La acogida que me ha hecho no ha podido ser más benévola y cortés. Con ella ha honrado completamente entrambas recomendaciones, y aunque dentro de pocas semanas sale para París donde, con gran sentimiento mío, pasará el invierno, me ha ofrecido su mediación con los principales funcionarios de este país. Nuestra conversación ha sido toda ella en castellano, lengua que parece amar con predilección, y tanto su bondad como sus modales me han dejado sumamente prendado y agradecido. Mañana vendrá aquí y me ha mandado volver a verle.

También he visitado al Sr. marqués de Dalmacia, Ministro de Francia para entregarle la carta que el conde de Bresson me dio para él, y me ha recibido con gran atención, convidándome a comer. El conde de Montessy, segundo secretario de la legación me ha presentado en el Casino círculo de la sociedad donde se reúnen todos los individuos del cuerpo diplomático y me ha dado a conocer a un gran número de ellos. El doctor Zinkeisen redactor en jefe de la *Gaceta universal* de Prusia a quien venía igualmente recomendado también se me ha mostrado en sumo grado fino y obsequioso. Esta relación puede serme de utilidad grandísima y no dejaré de cultivarla con especial cuidado, porque su cualidad de director de un periódico ministerial facilita al Sr. Zinkeisen un conocimiento profundo del estado del país en todos sus ramos y relaciones.

¹⁰⁸ Gil llega a Berlín el día 24 “del corriente” y en apenas cinco días presenta sus credenciales y cartas de recomendación al Marqués de Dalmacia, al doctor Zinkeisen, periodista de la *Gaceta universal*, es presentado en sociedad por el Conde de Montessy, y es recibido por Humboldt en Potsdam, residencia de verano la familia real prusiana, comparable a Versalles o Aranjuez, muy cercano a Berlín (apenas 35 km.) y unidos ya entonces por tren. Gil viaja de nuevo a Potsdam el 6 de octubre para asistir a una recepción oficial en el palacio de Sanssouci [o Sans Souci, «sin preocupaciones»], “invitado por un consejero íntimo del rey Federico Guillermo”, dice Eugenio Gil en *Un Ensueño*, es decir, invitado por Humboldt. Desde el primer momento, Alexander von Humboldt se convierte en personaje clave en la vida del joven, desconocido y recién llegado Gil, quien conocía y había leído la obra del gran humanista, pero este asunto requiere, simplemente, una tesis doctoral.

Por lo demás, mi llegada no puede haber sido más oportuna, porque abierta la exposición de productos de la industria nacional hasta fines del próximo mes, me será fácil apreciarla en sus resultados, compararla con la francesa que en París examiné con la posible atención, y ver hasta qué punto pudiera necesitar de los productos de nuestro país, para el caso en que anudadas nuevamente nuestras relaciones diplomáticas las comerciales pudieran cobrar nueva vida y actividad como es de esperar del carácter emprendedor del Zollverein o liga aduanera, y según me lo hace creer la opinión de varias personas influyentes y especiales en el ramo con quienes he tenido ocasión de hablar en mi viaje. Dichosamente cualquiera que haya podido o pueda ser la opinión a que han dado lugar en estos países los trastornos y movimientos políticos de nuestra Patria, y la tibieza o desvío que en sus gobiernos han producido, el carácter y natural inteligencia del pueblo español merecen simpatías y aun respeto, y se tiene en mucho la riqueza y recursos de nuestro suelo. Sobre este particular he hecho observaciones muy atentas y prolijas y creo que semejante juicio nada tiene de temerario. Es cuanto creo digno por ahora de ocupar la atención de V.

Berlín-Potsdam, 6 de octubre



109

Son las dos de la tarde del 6 de octubre. En un convoy especial del camino de hierro de Potsdam veo ir entrando, mezclados con extranjeros de distinción, los hombres más notables de la Prusia, por su cuna, por sus riquezas, por su talento en las artes y en las ciencias. Al llegar a Potsdam recibe a la comitiva otro convoy de sesenta carruajes, tirados por soberbios caballos, que en doble fila arrancan hacia el parque y bosques de Sanssouci.

¹⁰⁹ Mittelbau Sanssouci» de Suse de de.wikipedia.org.

Lo pausado y silencioso del movimiento por las calles enarenadas, los trajes de los convidados, todos de negro y con corbatas blancas, realzan la originalidad del cuadro en medio de esos sitios sembrados de magníficos lagos, de hermosas quintas, de fuentes, collados y admirables arboledas, que convierten esa Real mansión en la más real que la imaginación puede crearse.

Después de dos horas de marcha por largos rodeos y anochecido ya, el brillante séquito se detiene al frente del palacio de Sanssouci, que, iluminado interiormente con infinidad de arañas y candelabros, arroja bastante luz para verte bajar ahora de uno de los coches. Todo el mundo penetra en un vasto salón de la planta baja del alcázar, donde es servido el té con profusión de dulces y ramilletes de diversas clases.

El Rey se presenta al lado de su augusta esposa, seguido de los príncipes, y juntos dan la vuelta a la sala, hallando para todos una sonrisa o una palabra lisonjera: la fisonomía del Rey, inteligente y benévola, respira satisfacción al verse objeto de veneración y amor por parte de los concurrentes; la de la Reina, a pesar de sus padecimientos, tiene una expresión que la realza y revela tesoros de angélica dulzura.

Después de esta pausada vuelta, comienza la ópera cantada por la compañía de Berlín, que nada notable ofrece, sino los trajes de las damas de la corte, brillantes algunos por su riqueza y buen gusto. La Reina y la Princesa Real, que cautiva la atención aún más por sus gracias que por sus adornos, ocupan el primer banco que el monarca les ha cedido con noble galantería, colocándose en el segundo. Ni un viva, ni una voz se oyen; pero cuando S. M. entra o sale, todos los circunstantes se ponen en pie con el mayor respeto y en silencio profundo.

La concurrencia pasa al salón de la cena, donde la mesa del Rey y de la real familia ocupa el centro. A ella son admitidas algunas personas, entre otras, lord Palmerston y su esposa; los demás toman asiento indistintamente en las que se ven alrededor de la cámara. La cena concluye, y Federico Guillermo, la Reina, los Príncipes y Princesas, más despacio que la vez primera, recorren nuevamente el numeroso cuadro de sus convidados, dirigiéndoles palabras de bondad. Los ministros del Interior y de la Guerra se acercan contigo al príncipe de Wittgenstein, íntimo amigo del difunto monarca, para que te presente a S. M. en concepto de literato; pero no habiéndose ofrecido ocasión oportuna, se aplaza tan señalada honra para otro día. El salón va quedando desierto, y los que hace un momento lo poblaban regresan a Berlín después de media noche en el mismo orden que de allí salieron”.

Eugenio Gil, *Un ensueño*, 1855 [publicado en *Obras en prosa*, 1883].



Epílogo: la agonía del cisne

Madrid, 30 de noviembre de 1844, Respuesta del Secretario de Estado

Sr. D. Enrique Gil: La Reina N^a Sra. se ha dignado disponer se abonen a V. los gastos de correo a cuyo efecto deberá remitir a esta Primera Secretaría del Despacho las cuentas justificativas de las mismas. De Real orden lo digo a V. para su conocimiento y efectos indicados.

Madrid 30 de noviembre de 1844. Despacho del Secretario de Estado

No habiéndose recibido en esta primera Secretaría el despacho que anunciaba V. incluir en su carta particular a S. E., le prevengo de Real orden comunicada etc., a fin de que se sirva duplicarlo.

Berlín, 7 de diciembre de 1844, 8^a comunicación de E. G.

Es duplicado de la 5^a comunicación enviada por Gil desde Bruselas el 11 de agosto y extraviada [véase p. 106 y ss.].

Berlín, 6 de enero de 1845, 9^a comunicación de E. G.

El primer párrafo duplica la 6^a comunicación, Bruselas, 11 de agosto, extraviada, que se reproduce en su lugar [véase nota 60, p. 107].

(...) Aunque pudiera enviar ya algunos trabajos relativos al Zollverein, cuyo estudio continúo con la posible solicitud, me ha parecido conveniente suspenderlo hasta que esta materia tan vasta como interesante me sea familiar. De este modo lograré dar a mis tareas unidad y buen orden, y presentarlas a la ilustración de V. E. bajo un aspecto más metódico y luminoso. A fin de entrar en relación más directa con el Cuerpo diplomático alemán y remover en lo posible los estorbos que encontraba para el estudio de las relaciones de estos países entre sí, rogué al Sr. Barón de Humboldt que me presentase al barón de Bulow, ministro de Negocios Extranjeros y su pariente. Entrambos se prestaron a ello prontamente aceptando mi indicación de que fuese sin carácter diplomático. He creído deber proceder así, por evitar incertidumbres y dudas en mi posición que pudieran serme poco favorables personalmente, sin traer ventaja alguna al servicio de S. M. La acogida que he encontrado ha sido atenta y cortés, si bien ella me ha parecido traslucir cierta reserva, natural sin duda en el estado de nuestras relaciones; como quiera, la esfera de las mías personales se ha ensanchado desde entonces y estoy satisfecho de mi determinación.

Más lo estoy todavía de mi situación respecto a la sociedad, de la cual me ha abierto los círculos más distinguidos la bondad extrema del Sr. Barón de Humboldt. Él me presentó a S. A. R. la Princesa de Prusia, esposa del Príncipe heredero, y a su mediación debo también la entrada en el palacio de S. A. R. el Príncipe Carlos, que me ha acogido con distinción y convidado a comer. Todas estas atenciones me hacen augurar favorablemente de las disposiciones de esta Potencia hacia nosotros cuando las veo empleadas en una persona que carece a un tiempo de carácter oficialmente reconocido, de antecedentes ilustres y de anteriores relaciones y amistades en el país. Los ministros de Francia y de Inglaterra y particularmente el primero me tratan asimismo con su finura.

Berlín, 2 de marzo de 1845, 10ª comunicación de E. G.

Muy Señor mío: Después de mi comunicación de 6 de enero último, nada ha ocurrido en mi situación digno de ocupar la atención de V. E.

Continúo reuniendo datos y teniendo estudios detenidos sobre el Zollverein o liga aduanera alemana, para lo cual, según tuve el honor de indicar a V. E. en un principio, encuentro facilidades de toda especie. El Barón de Ronne, presidente del departamento de Comercio y el Consejero íntimo Dieterici, jefe de la sección de Estadística, con quienes conferencié algunas veces, no han desmentido un punto la idea que de su bondad y deseo de servirme había formado desde luego. Como quiera, esta cuestión que abraza intereses tan diversos, que se liga a tantas otras políticas, económicas y aun geográficas y militares, y que sin duda es el acontecimiento más memorable de la Alemania en el siglo presente, no puede ser objeto sino de un estudio serio y largo.

Mi posición con respecto al barón de Bulow, ministro de Negocios Extranjeros, a cuyo salón sigo concurriendo, es la misma que tuve el honor de indicar a V. E. en mi anterior despacho. S. A. R. el Príncipe Carlos me ha convidado por segunda vez a comer en su palacio, y he tenido ocasión de rectificar algunos de los errores que con respecto a la situación de la península se han introducido en este país a favor de la interrupción de unas relaciones políticas.

Sea de ello lo que quiera, puedo asegurar a V. E. sin gran temor de equivocarme que la idea del reconocimiento de S. M., y la buena influencia consiguiente entre los dos países, es aquí sumamente popular, y que con

demorar aquel [el reconocimiento de Isabel II] el gabinete de Berlín se aparta decididamente de la opinión pública.

Berlín, 2 de marzo de 1845, 11ª comunicación de E. G.

Muy Señor mío: Tengo el honor de acompañar a V. E. las certificaciones de los gastos de correo causados hasta fin de febrero del presente año, importantes 44 Rixdalers y 16 Silbergros, a fin de que se digne ordenar su abono con arreglo a la Real Orden de 20 de Noviembre de 1844.

Berlín, 25 de abril de 1845, *Berlinische Nachrichten*¹¹⁰



Si se confirmase la noticia de que la sede romana ha resuelto el reconocimiento de la reina Isabel de España, se daría con ello un motivo a las tres grandes potencias para renovar las relaciones diplomáticas de un país

que tan largo tiempo ha estado entregado a la influencia exclusiva de la Francia y de la Inglaterra. Austria en particular tiene en España tantos recuerdos históricos comunes, que su afecto persevera hoy en día y se manifiesta vivamente en el pueblo. Los tiempos de la guerra española de sucesión no están tan lejos que permitan olvidarse al gabinete de Viena de la poderosa influencia que un día ejerció en los destinos de la península del otro lado del Pirineo.

Si desde el restablecimiento de la paz general, la política seguida por las potencias europeas con respecto a España se dividió en dos opuestas banderas, según la experiencia parece demostrar. Ha faltado la dicha a la que procuraba el sostenimiento del absolutismo y el restablecimiento

¹¹⁰ Este valioso texto incluido en el *Expediente Gil* y hasta ahora inédito, aunque traducido por Picoche en su *Thèse*, es mucho más que un artículo. Sin faltar al lenguaje diplomático, es el texto más ideológico de Enrique Gil y contiene claves de su posición político, claramente liberal, isabelina y constitucional [así, a propósito del absolutismo: “Si el período de tormenta y violencia ha durado mucho, piénsese en la opresión de tantos siglos de superstición y tiranía cruel que ha pesado sobre el país”]. Además, Gil desvela lo que hoy llamaríamos información reservada, o de primera mano, y anuncia el pronto restablecimiento de relaciones entre España y Prusia.

del principio de la legitimidad. Los acontecimientos eran más poderosos que todos los principios y teorías. Aun después de las sanas reformas de una constitución exorbitante, el trono de Isabel es un trono puramente constitucional (sic), y la legitimidad de la dinastía no está por cierto mejor cimentada que en Portugal y Francia, y aun si volvemos la vista un poco atrás, que en la misma Inglaterra.

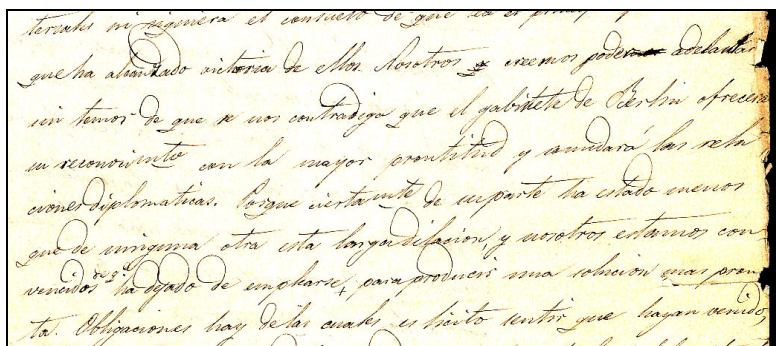
El reconocimiento de España por parte de las potencias absolutas está pues motivado por muchos antecedentes, y lejos de descubrir nosotros en él inconsecuencia alguna de sistema, se nos figura solamente este acto el conocimiento y la conformidad con la inmutable carrera del tiempo y la coacción de los hechos consumados.

Por lo demás, nosotros vemos también varias ventajas materiales en que la España se nos abra de nuevo. La industria del Zollverein alemán había aguardado por largo tiempo un ejercicio más acomodado. El entredicho político aconsejó también la estancación de nuestras relaciones comerciales, y la exportación de los productos fabriles de Alemania ha sufrido en los diez últimos años una incesante decadencia. La Francia y la Inglaterra dominan exclusivamente los mercados españoles, y los artículos propios de nuestra industria solo pueden expedirse aisladamente por su mano. Las relaciones directas puede decirse que han cesado por ambas partes, y los lienzos alemanes, que anteriormente tenían demanda en todos los mercados españoles, están subordinados sin esperanza de mejora a la concurrencia inglesa.

Del mismo modo se quejan los fabricantes de artículos de hierro y acero de la continua disminución de los pedidos de España, y a nuestros paños, que igualmente participaban del consumo, no les ha ido mejor. Al mismo tiempo que la de España, nos alcanza también la pérdida de su rica colonia Cuba. Ciertamente que todavía se mantiene allí algún comercio, sobre todo con Hamburgo, y que las mercancías alemanas están menos olvidadas que en la metrópoli, pero siempre indican los datos estadísticos una disminución anual. El lienzo de Silesia, que encontraba en Cuba su mejor despacho, y que por esto lleva aún hoy para ciertas clases los nombres españoles, ha perdido allí el campo casi por entero (en parte no sin culpa suya, por cierto) y solo las telas más finas de Westfalia han sabido sostenerse al lado de las inglesas. Pregunten en los puertos adónde suele ir por mar el lienzo alemán y se

admirará y afligirá cualquiera con la diferencia que va de ayer a hoy. La decadencia que con respecto a España y sus colonias ha sufrido la industria alemana de lienzos es la más grave de la última época.

No queremos nosotros asegurar en manera alguna que la interrupción de todo trato político de los estados alemanes con España haya sido la única causa de semejante daño y retroceso, pero sí que en ello ha tenido una buena parte, y que la defensa de un principio que se representa como insostenible, no justifica lo grande de este sacrificio. En medio de la dificultad con que se adquieren nuevas tierras para el ensanche de la industria y comercio, preciso es conservar y guardar los canales antiguos y ahora desusados. Si fue legítima la abolición de la ley sálica y la exclusión de don Carlos del trono, es cuestión muy importante sin duda de derecho público; y nosotros estamos muy lejos de acercarnos demasiado a la convicción que ha servido de pauta a las tres grandes potencias en su conducta. Diremos sin embargo que, pues el resultado decide el juicio como su última instancia, y este resultado según todas las probabilidades parece pronunciarse en favor de la situación existente, no queda para la pérdida de los intereses materiales ni siquiera el consuelo de que sea el principio político el que ha alcanzado victoria de ellos.



terceros en ninguna el contacto de que se se primer
que ha abundado intereses de Mr. Abrotros y en menor poder de delicta
sin temor de que se nos contradiga que el gabinete de Berlín ofrecerá
su reconocimiento con la mayor prontitud y anudará las rela-
ciones diplomáticas. Porque ciertamente de su parte ha estado menos
que de ninguna otra esta larga desconfianza y nosotros estamos con-
vencidos de que se ha dado de unirse, para producir una solución que pro-
ta. Obligaciones hay de las cuales es preciso sentir que hayan venido

111

Nosotros creemos poder adelantar sin temor de que se nos contradiga, que el gabinete de Berlín ofrecerá su reconocimiento con la mayor prontitud y anudará las relaciones diplomáticas. Porque, ciertamente, de su parte ha estado menos que de ninguna otra esta larga

¹¹¹ Manuscrito de Gil donde anuncia el pronto establecimiento de relaciones entre España y Prusia, y debajo la transcripción del párrafo.

dilación; y nosotros estamos convencidos de que medio alguno ha dejado de emplearse para producir una solución más pronta.

Obligaciones hay de las cuales es lícito sentir que hayan venido, pero que el honor y el deber mandan cumplir. A la inteligente solicitud del gobierno prusiano por la prosperidad y adelanto del Zollverein, no se escapan sin duda las pérdidas que en España hemos tenido. Es, pues, de esperar con confianza que, en cuanto se ponga de lado la cuestión política, se darán inmediatamente todos los pasos acomodados a la conservación y fomento de aquel interés común. El precedente de un tratado de comercio y navegación con Portugal debe animar las esperanzas de que nada de menos importancia se tendrá a la vista con España, y que se empleará toda diligencia y miramiento para aprovechar la posición neutral y desapasionada que la Alemania adopta comparativamente con Francia y con Inglaterra.

El pueblo español no está tan absolutamente desmoralizado como varios se complacen diariamente en presentarlo. Todavía viven en él fuerza y capacidad para llevar a cabo su regeneración. Si el período de tormenta y violencia ha durado mucho, piénsese en la opresión de tantos siglos de superstición y tiranía cruel que ha pesado sobre el país

No podemos nosotros medirle por la medida alemana. Sin actos de gran energía no podía España verificar esa transición. Si no engaña todo, comienza a entrar en la nueva carrera; las heridas se cicatrizan; se alivian los padecimientos; la ambición y el espíritu dominante de algunos tienen que someterse a la fuerza pública, y la nacionalidad robustecida despide poco a poco las influencias extrañas. La Constitución producirá resultados tanto más venturosos cuanto mejor sepa tener tino y medida y rodear el nuevo trono, así como las libertades y derechos del pueblo, de garantías protectoras.

El casamiento de la joven Reina y una nación asegurada por una descendencia en línea recta son igualmente necesarios para suponer un porvenir pacífico. La lealtad es una antigua virtud castellana y el sistema monárquico debía haber recaído en sus peores tiempos para perder tierra y asiento en España.



Berlín, 10 de mayo de 1845, 12ª comunicación de E. G.

Muy Señor mío: Por la comunicación que con fecha 2 de marzo tuve el honor de dirigir a V. E., se habrá enterado de que, sin levantar mano, trabajo sobre el Zollverein o liga aduanera alemana. Esta materia de suyo importante viene a serlo doblemente desde que la cuestión del reconocimiento de la Reina Nuestra Señora ha vuelto a agitarse en estos países, pues el comercio prusiano y sobre todo el de lienzos tienden de un modo irresistible a anudar con España las antiguas relaciones en que tanto provecho encontraban.

El estado de la Silesia en particular, donde la producción se entorpece y ahoga por falta de salida, da más y más consistencia a esta idea, y no dudo que al restablecimiento de la antigua amistad seguirán proposiciones para algún tratado de comercio con el Zollverein. Este pensamiento es tan popular y de tal manera cunde por todas partes, que solo la índole particular de este gobierno y tal vez los compromisos y deberes de mancomunidad que le ligan con otros gabinetes han podido diferir la realización de un voto tan general y unánime.

Como quiera, todo esto me obliga a continuar con la posible diligencia mis trabajos sobre este interesante asunto, y a fin de no cortar su hilo me dispongo a pasar el verano en esta capital, aunque la mayor parte de los funcionarios durante esta estación, que sin duda tiene mucho de desagradable, la dejan.

Por la misma razón no voy a Viena a ver la exposición de la industria que allí se prepara, aunque procuraré enterarme en los periódicos del país de su carácter y de los adelantos más notables que ofrezca. Muchos artículos bastante importantes de aquella industria aparecieron ya en la exposición general a que asistí aquí durante el mes de octubre, y de todas maneras juzgo más importante el objeto que por ahora me ocupa.

Por lo que a mi persona toca, sigo satisfecho así de las bondades de la familia real a quien he tenido el honor de conocer, como de la atención continua y buen deseo de servirme que los demás me manifiestan.

El Sr. Barón de Humboldt debe salir de París el 16 y de consiguiente se le espera en esta capital antes del fin del mes. Aunque, según tuve el honor de decir a V. E., me había dejado ya antes de su viaje en relación con las personas importantes de aquí, su regreso no puede menos de serme muy útil.

Madrid, 17 de mayo de 1845. Informe de la Secretaría de Estado

Primera Secretaria del Despacho de Estado

D. Henrique Gil, Comisionado por el Gobierno de S. S. en Alemania, remite desde Berlín con fecha 2 de marzo último, certificaciones de los gastos de correo que ascienden a 44 reisdalers, 16 silbergros para que se le paguen con arreglo a la orden de 30 de noviembre último.

Nota. —La mesa es de opinión que debe satisfacerse a D. Henrique Gil la cantidad que dice se le abone por gastos que ha hecho de porte de correspondencia, pues que ha remitido los documentos justificativos que se le previno debía enviar para que tenga lugar el pago en la orden que cita de 30 de noviembre del año último.

Madrid, 20 de mayo de 1845, Oficio de la Secretaría de Estado

A D. Henrique Gil. Comisionado del Gobierno Español - Berlín.

El Gobierno de S. M. enterado del contenido del despacho de V. 8, ha dispuesto que continúe V. adquiriendo datos sobre los asuntos relativos a comercio que se le tienen encomendados. Dios etc.

Berlín, 28 de junio de 1845, 13ª comunicación de E. G.

Muy Señor mío: Recibí, aunque con algún atraso, la comunicación de V. E. de fecha 21 de mayo pº pº, por la que se sirve mandarme continuar las tareas que tengo emprendidas sobre el Zollverein y demás ramos señalados en mis instrucciones. Así lo hago, en efecto, estimulado no solo por la importancia del asunto, sino por la buena voluntad que aquí encuentro en las personas con quienes debo entenderme.

Regularmente enterado ya de los principios sobre que descansa esta gran asociación y de sus principales resultados, me falta todavía estudiarla en sus aplicaciones posibles a nuestro comercio e industria, para conformarme puntualmente con mis instrucciones, cuyo artículo 9º me manda señalar las relaciones útiles que la España pudiera entablar con el Zollverein. Para ello, es fuerza entrar en un examen comparativo de las leyes de aduanas de entrambos países, de su sistema monetario, junto con el de pesos y medidas, y finalmente del movimiento comercial de importación y exportación, cuyos resultados forman la mejor base posible de futuras combinaciones comerciales. Aunque la liga ha trabajado y trabaja incesantemente por regularizar su acción, ya adoptando el peso como base de un derecho de entrada, salida y tránsito, ya acuñando todos los años grandes cantidades de moneda, que representa para todos sus Estados un valor uniforme y sin quebrados, V. E. comprenderá fácilmente que semejantes pormenores son sin embargo indispensables.

Estos trabajos coinciden oportunamente con la reunión de los comisionados del Zollverein, en la cual se tratarán las cuestiones concernientes a tarifas, y de consiguiente podrán tener durante tres años un fondo de estabilidad que deberá ser útil más tarde al gobierno de S. M. en sus determinaciones. Por lo mismo, suplico a V. E. se sirva ordenar que se me remitan los documentos siguientes.

1. La ley vigente de aranceles con sus últimas modificaciones.
2. Un estado general del movimiento de importación y exportación en los tres últimos años o por lo menos en el pasado de 1844.
3. Un cuadro comparativo de las monedas, pesos y medidas españolas y alemanas según el giro del comercio y los datos de que se sirvan las oficinas centrales encargadas de estos ramos.

Berlín 8 de julio de 1845, 14ª comunicación de E. G.

Muy Señor mío: Tengo la honra de remitir a V. S. adjuntas las certificaciones de los gastos de correo relativos a mi comisión causados durante los meses de mayo y junio importantes 44, rixdalers, 16 silbergroschen de Prusia a fin de que con arreglo a la Real orden de 30 de diciembre de 1844 se digne V. E. ordenar su abono.

San Sebastián, 4 de agosto de 1845. Real Orden a Pagaduría

Al Pagador de Estado. Enterada la Reina Nuestra Señora de la cuenta presentada por D. Enrique Gil, comisionado por el Gobierno de S. M. en Alemania, relativa a los gastos ocasionados en el pago de la correspondencia de oficio, se ha servido mandar que por esa Pagaduría y con cargo al artículo de imprevistos se abonen al mencionado Gil los 44 rixdalers 16 silbergros a que asciende el total importe de la cuenta.

De Real orden lo digo a V. S. para su inteligencia y cumplimiento. Dios &y. Minuta. fho. A D. Enrique Gil. fha ut supra.

La Reina Na S^a se ha servido aprobar con esta fecha la cuenta presentada por usted de los gastos ocasionados en el pago de la correspondencia, y mandar que por esa Pagaduría de Estado se le abonen los 44 rixdalers 16 silbergros a que asciende su total importe. De Real orden &. Dios &a. Minuta. fho.

Madrid, 28 de agosto de 1845. Oficio del Ministerio de Hacienda

He dado cuenta a S. M. de la petición del comisionado español en Berlín, en que solicita se le faciliten ciertos documentos que necesita para continuar sus tareas sobre el Zollverein, y enterada S. M. de lo informado por la Dirección General de Aduanas y Aranceles en este asunto, ha tenido a bien mandar se acompañen a V. E. los documentos que han podido redactarse y son: la ley vigente de aranceles, y los seis adjuntos estados relativos al comercio de importación y exportación de los años 1842 y 1843; no pudiendo formarse la nota comparativa de los pesos, medidas y monedas españolas y alemanas; la cual acaso podrá formar el Ministerio de

Marina, comercio y gobernación de Ultramar. Alejandro Mon, Excmo. Señor Ministro de Estado.

Pamplona, 2 de septiembre de 1845. Oficio al Ministro de Hacienda

Al Ministro de Hacienda. Excmo. Sr.: Se ha recibido en esta Secretaría la Real Orden que V. E. se ha servido dirigir, con fecha 28 de agosto p^o p^o, y con ella un ejemplar de la Ley de Aduanas, aranceles e institución que rigen en la Península e islas adyacentes desde 1.0 de noviembre de 1841, y los seis estados relativos al comercio de importación y exportación en los años 1842 y 1843, recomendando la remisión de todo al Comisionado español en Berlín. Le aprovechará que se presente para enviarlo todo al Encargado de Negocios de S. M. en París con recomendación de que lo haga a Berlín por el medio que juzgue más oportuno, debiendo advertir a V. E. que si dicho Comisionado experimenta algún retardo en el recibo de estos documentos será a causa de la interrupción de relaciones oficiales entre España y Prusia.

Al fin de la Real Orden a que contesto, dice V. E. que acaso el Ministro de Comercio y Gobierno de Ultramar podrá formar la nota comparativa de pesos y medidas y monedas españolas y alemanas, y debo preguntar a V. E. si esta indicación es porque V. E. haya ya preguntado directamente a dicho Ministerio si estaba en el caso de poder hacer dicho trabajo o para que por esta se le pida; pues la indicación de que acaso podrá formarla el Ministerio de Marina resuelve el que se vea si puede o no formarla, y quedará esta parte por llenar si no se decide el que se le pida o se le ha pedido ya. De Real Orden lo digo a V. E. en respuesta a su comunicación citada y para los efectos a que haya lugar.

Silesia, 20 de septiembre de 1845, carta del doctor Weizel

Al Sr. D. Joaquín del Pino: Nuestro amigo Enrique Gil, de cuyo estado enteré a usted en mis cartas del 6 y del 15 de este mes, salió de aquí para Berlín el día 18. ¡Oh dolor! Una hemoptisis pertinaz que recorriendo las cavernas pulmonares desarrolla y excita los tubérculos, siempre es un signo fatal y peligroso a la vida, aun cuando de una manera leve se reproduzca. Por esta y otras razones traté de impedir la salida del enfermo; pero temiendo el frío de nuestras montañas y llevado de su deseo de regresar a su otra patria (Berlín), no quiso permanecer aquí más tiempo. No en balde temo que fallezca en el viaje de otro ataque repentino, como sucede con frecuencia.

Por lo demás, crónica ya su enfermedad y declarada tisis pulmonar sin duda alguna, es de todo punto incurable, y por consiguiente conviene ir preparando con prudencia a la madre del enfermo para su próxima muerte. ¡Quiera el cielo que al menos pueda llegar a Berlín el desgraciado!

Reinerz, reino de Prusia, provincia de Silesia, a 20 de septiembre de 1845

Berlín 28 de septiembre de 1845, 15ª comunicación de E. G.

Muy Señor mío: Mi [salud] se ha quebrantado profundamente desde principios del verano. Una tos violenta mezclada con esputos de sangre me hizo guardar cama durante el mes de julio, hasta que en los primeros días de agosto pasé a la Silesia a tomar las aguas de Reinerz por consejo

del médico. Por desgracia, lejos de encontrar alivio, he corrido allí un grave riesgo y solo con infinito trabajo he podido volver a Berlín. En la actualidad los facultativos son de opinión que los fríos del invierno en este clima podrían producir los peores resultados y que mi dolencia solo podría curarse respirando durante algunos meses el aire de Niza en Italia. Para obtener el correspondiente permiso, me tomo la libertad de acudir a V. E., a fin de que me conceda una licencia de cuatro meses.

Si mis fuerzas se restauran, nada perderá con esta ausencia el servicio de S. M., pues en Niza puedo continuar mis trabajos.

Al margen de esta comunicación, se anota:

«Con urgencia. Concedida por cuatro meses y trasládese al Pagador».

Hay una rúbrica y nota de otra mano: «Vto. S. M. en 31 Octubre 1845»

La comunicación está firmada por Gil pero escrita por otra persona.

Madrid 31 de octubre de 1845. Licencia del Ministerio

A don Enrique Gil. Atendiendo la Reina, Nuestra Sra., las justas razones que V. ha expuesto, se ha dignado concederle cuatro meses de licencia con el goce de su sueldo por entero para que pueda pasar a Niza a fin de conseguir el restablecimiento de su quebrantada salud. De Real orden &^a. Minuta. Traslado al Pagador y al Vicecónsul de S. M. en Niza.

Berlín, 27 de noviembre de 1845, 16^a comunicación de E. G.

Muy Señor mío: He recibido la comunicación de V. E., de fecha 31 de Octubre, y con ella la licencia de cuatro meses que la real bondad de S. M. me concede para el restablecimiento de mi salud. Agradeciéndola muy sinceramente, no me es posible por desgracia hacer uso de ella por ahora, pues en el tiempo pasado aquí no he cobrado las fuerzas necesarias para tan largo viaje, y en la actualidad los rigores de la estación lo dificultan y hacen más peligroso todavía.

Fuerza me será por lo tanto pasar el invierno en este áspero clima y aguardar el buen tiempo para ver qué giro toma esta dolencia. A pesar de tantos inconvenientes, me siento un tanto mejorado, y si el alivio continúa en esta proporción, me sería posible anudar un poco más tarde el hilo de mis trabajos. Dios guíe a V. E. ms. as.

Excmo. Sr. Primer Secretario de Estado

En la cubierta de la comunicación, esta nota: «Que use de la licencia, qd^o el estado de su salud se lo consienta»

Rubricado, y debajo: «Fho s. m. en 17 Dicbre 1845».

Madrid, 18 de diciembre de 1845, oficio del Ministerio a E. G.

Enterada la Reina Nuestra Sra., de la comunicación de V. n.º. 14, fecha 27 del p.º p.º en que expone los motivos que le impiden salir de esa Corte, se ha servido resolver que use V. de la licencia que le fue concedida en 31 de octubre último, cuando el estado de su salud se lo permita. De Real orden &^a. Minuta.

Berlín, 30 de enero de 1846, 17^a y última comunicación de E. G.

Muy Señor mío: El Sr. Barón de Humboldt tuvo la bondad de venir a mi casa, imposibilitado yo de pasar por la suya, y le entregué el pliego que V. E. remitía adjunto con el nombramiento de la Gran Cruz de la Real y Distinguida Orden de Carlos III.

Con reverente gratitud he recibido la autorización de S. M. para usar de mi licencia cuando mi salud lo consienta. Desgraciadamente esta ha empeorado con el invierno y me hallo reducido a un estado de debilidad grandísima.

Dios guarde a V. E. ms. as.

[Apenas veinte días después, Gil fallece en su casa de Berlín, el 22 de febrero de 1846, a la edad de 30 años].



Lecturas



1. Desde El Bierzo hasta Berlín: el viaje europeo de Enrique Gil

PAMELA PHILLIPS¹¹²

En abril de 1844, Enrique Gil y Carrasco viaja a los estados de Alemania para realizar el encargo diplomático de informar al Gobierno español sobre el estado político, jurídico, económico y cultural, entre otros aspectos, de la Confederación Germánica. El viaje tiene lugar tras ser designado Secretario de Legación y el nombramiento buscaba también tender relaciones oficiales entre los dos gobiernos. El *Viaje a Francia y Rouen*, publicados en el periódico madrileño costumbrista *El Laberinto*, al igual que el *Diario de viaje*, compuesto en 1844 e inédito hasta 1883, ilustran sobre el camino de Gil y Carrasco por Francia, Bélgica y Holanda hacia Berlín, destino final de este viaje europeo y del viajero, pues será en la ciudad prusiana donde fallece el 22 de febrero de 1846. La redacción del viaje europeo, junto con su novela histórica de renombre, *El Señor de Bembibre* (1844), constituyen la culminación de la carrera literaria del escritor leonés. El presente análisis de este tríptico viajero pretende reivindicar la obra de Enrique Gil y Carrasco, aspecto que comparte con otros estudios recientes.

Más que simplemente apuntes que esclarecen la biografía y el carácter del autor, el *Viaje a Francia, Rouen* y el *Diario de viaje* merecen ser considerados como textos autónomos con un valor estético y de contenido propio, que iluminan la producción literaria del Romanticismo español y que son otra huella en la literatura viajera española. El relato del viaje al norte de Europa de Gil y Carrasco nos permite estudiar la reacción de este escritor romántico ante la novedad del paisaje extranjero y examinar la manera en que este trata y entretiene los temas presentes en toda su obra literaria: la nostalgia por el pasado medieval, la soledad, el olvido y el paisaje, entre otros.

El viaje europeo de Gil y Carrasco se ajusta al modo de viajar romántico, una práctica caracterizada por entender el descubrimiento del mundo exterior como una ruta hacia una mayor comprensión del interior del propio viajero.

¹¹² Universidad de Puerto Rico, Departamento de Estudios Hispánicos del Recinto de Río Piedras. Publicado en revista *Salina*, núm. 21 (2007), pp. 101-110, reproducido con licencia de la autora. El artículo original cita la obra de Gil por las ediciones disponibles en 2007, como no podía ser de otro modo. En esta edición, al igual que en todos las demás *Lecturas* incluidas en los ocho volúmenes, remitimos a la BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO. Las notas son de la profesora Phillips, salvo indicación contraria. [Nota del ed.].

En esencia, el viajero romántico se define en contraposición al viajero ilustrado. Del tránsito de la Ilustración al Romanticismo surge un viajero que a veces da la impresión de “estar paralizado, confundido sobre su presente, impaciente con su pasado inmediato y fascinado por el pasado lejano” [Andrews, p. 41, traducción mía]. Por lo tanto, la mirada desinteresada, analítica y filosófica del viajero ilustrado deja paso a una óptica más apasionada, lírica y melancólica [Cardinal, p.136].

Las condiciones sociales, políticas y económicas de la primera mitad del siglo XIX motivan al viajero europeo, por lo general, a seguir un itinerario hacia una geografía distinta a la suya. Si España quedó fuera del circuito del *Grand Tour* ilustrado, en el siglo XIX el país se pone de moda como uno de los destinos ideales para el viajero europeo que desea dejar atrás el mundo industrializado y cada vez más impersonal y explorar otros espacios que retienen todavía las marcas de un tiempo pasado y mejor. De la misma manera que los extranjeros encuentran lo desaparecido y lo exótico en España y otras partes del sur del Mediterráneo y el Oriente, entre otros destinos, los españoles salen también en busca de lo diferente, que para ellos tomará la forma de lo civilizado, lo avanzado. El plurisignificado que adquiere «lo diferente» en la historia del viaje de la primera mitad del siglo XIX se puede atribuir, entre otras razones, a que en España el viaje turístico hacia el extranjero todavía no se ha impuesto con la misma fuerza que ya ha alcanzado en otros países vecinos. Las narraciones del viaje romántico español en gran parte se nutren de misiones diplomáticas –como es el caso de Gil y Carrasco, Espronceda, Martínez de la Rosa, el duque de Rivas, entre otros– o de circunstancias personales que envían a Mesonero Romanos, Larra o Zorrilla al extranjero. Irónicamente, los mismos tópicos que ahora animan a los viajeros europeos a visitar España incitan a los españoles a conocer el extranjero como un posible modelo para mejorar el suyo.

Los motivos que impulsan el viaje romántico son diversos, pero la contemplación del mundo natural cobra un significado primordial en todos. No obstante, algunos viajeros mantienen el afán ilustrado por encontrar un paisaje domesticado y trabajado por el ser humano, mientras que muchos más muestran una preferencia por descubrir la naturaleza en estado salvaje. El deambular del viajero romántico le suele poner en contacto con escenarios naturales que le obsequian con un variado repertorio que le servirá para evocar y reflejar su estado interior. Como veremos más adelante, en la literatura viajera de Gil se transparenta un caso claro de compenetración entre el espíritu individual y el paisaje natural, concepto clave de la época romántica. Podemos observar que en su percepción y valoración del paisaje Enrique Gil se apoya en

el modo expresivo del paisajismo literario romántico de la segunda mitad del siglo XVIII y la primera mitad del XIX. La representación escrita en la que Gil expresa su experiencia de la geografía observada se configura en torno a dos coordenadas: el empleo del léxico asociado con el código pintoresco que servía a muchos viajeros de la época para describir los parajes visitados y la emoción que estos suscitaban. y, segundo, la conjugación de la dimensión descriptiva y la sentimental en la descripción del paisaje¹¹³.

El testimonio que deja Gil de su viaje europeo se nutre de dos fenómenos que vienen adquiriendo fuerza desde el siglo XVIII: el simultáneo desarrollo y maduración del periodismo y del género costumbrista, y el éxito editorial del relato de viajes. Quizás convendría recordar en este momento que Enrique Gil y Carrasco entra en contacto con el mundo literario español en 1836, con 21 años, cuando deja su Bierzo natal para buscar la estabilidad económica en Madrid. Tres años después, tras dar a conocer su lírica en los medios artísticos de la capital del Reino, el escritor leonés inicia su colaboración en los principales periódicos costumbristas, entre ellos el *Seminario Pintoresco Español*, la mejor revista madrileña de la época, dirigida por Mesonero Romanos, *El Pensamiento*, *El Sol*, *El Laberinto* y la colección *Los españoles pintados por sí mismos*¹¹⁴. Como sugieren los títulos de sus artículos, a Gil le interesa observar las costumbres y conducta de tipos del mundo rural como *Los maragatos*, *Los montañeses de León*, *Los Asturianos*, *Los Pasiegos*, *El pastor trashumante* y *El segador*, y también dejar testimonio de viajes artísticos a lugares legendarios del país como *San Marcos de León*, *El Castillo de Simancas* y *descripción del Archivo General del Reino* y *Una visita al Escorial*¹¹⁵.

Además de confirmar la pasión y el conocimiento que siente Enrique Gil por el paisaje regional y el patrimonio artístico nacional, estas crónicas costumbristas contienen una manera de entender la escritura que abarca toda su obra y, en particular, su narración viajera posterior, estudiada en este ensayo. El costumbrismo de Gil y Carrasco aspira a descubrir y describir España, los tipos de su presente y los capítulos olvidados de su pasado. No es

¹¹³ *The Search for the Picturesque*, de Malcolm Andrews, es uno de los estudios seminales dedicados a lo pintoresco. Sobre el uso de esta categoría estética por parte de viajeros extranjeros para describir España durante el periodo de 1750 a 1850, véase Ortas Durand.

¹¹⁴ Sobre la escritura costumbrista de Gil, véanse los artículos de Basalisco y Rodríguez Fischer.

¹¹⁵ Para todos estos artículos, véase la reciente edición de Valentín Carrera en *Viajes y costumbres*, BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, vol. VI, con introducción y estudio preliminar de Álida Ares, 2014. [Nota del ed.].

de extrañar que una clara finalidad patriótica y ética sea la motivación de sus crónicas, ya que le interesa que las señas que identifican a los españoles se amplíen para incluir a su tierra natal y los símbolos del pasado nacional y el presente que exhiben. Por lo tanto, su obra sigue en la línea de censura costumbrista, que se remonta a las últimas décadas del XVIII, en contra de la visión negativa de España pintada y repetida por viajeros extranjeros¹¹⁶. Gil y Carrasco comunica las coordenadas de su proyecto literario primero en la introducción del *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior*, publicado en *El Sol* en 1843, y luego en la reseña titulada *Bosquejos de España (Sketches in Spain)*, por el capitán S. E. Cook, de la Marina real inglesa, publicada por entregas en *El Laberinto* entre marzo y abril de 1844, justo cuando se preparaba para iniciar su viaje a Berlín¹¹⁷. En el enérgico comienzo del *Bosquejo*, Gil denomina la divulgación de la imagen distorsionada de España la «peor plaga que aqueja al país», y arremete con dureza contra los «extranjeros que, sin fijar apenas su atención y como de pasada, visitan las costas y países del Mediodía, se empeñan en no ver en los españoles sino árabes, un sí es no es amansados y dulcificados, por el cristianismo, pero árabes, en fin, bravíos todavía y feroces que no viven en tiendas por la sencilla razón de parecerles más cómodas las casas»¹¹⁸. Continúa denunciando la mirada sinécdoquica de muchos viajeros a España, para quienes el paso por la capital –en el camino hacia la visita obligatoria de Andalucía– sirve para generalizar sobre el país entero¹¹⁹. No obstante, Gil se aleja de este tono enfurecido cuando disculpa a estos viajeros, porque reconoce que la imagen que se llevan de España es hasta cierto punto la «consecuencia lamentable pero inevitable» de la pobreza de la infraestructura y los servicios turísticos del país¹²⁰.

¹¹⁶ Para una información bibliográfica detallada sobre el costumbrismo español, véase Álvarez Barrientos.

¹¹⁷ Ambos textos en BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO: volumen III. *Viajes a una provincia del interior*, p. 23 y ss.; y volumen V. *Miscelánea*, p. 173 y ss. [Nota del ed.].

¹¹⁸ Ídem, p. 23.

¹¹⁹ «¿Qué hacen de todas las provincias del interior y de su parte más occidental? ¿O no son para ellos España Castilla la Vieja, Extremadura, el reino de León y el de Galicia? ¡Raro suceso y ligereza inconcebible!» [*Viaje a una provincia...*, p. 23].

¹²⁰ «Por lastimosa cuanto perjudicial que sea para nosotros tan errónea opinión, harto arraigada en Europa para nuestro mal, fuerza es confesar que sus autores merecen alguna disculpa. Hasta el día han sido tan escasos los medios de transporte y tan pocas las comodidades, que sin duda se necesitaba superior estímulo para arrostrar tamaños inconvenientes y todo el mundo sabe que, encaminándose generalmente los viajes más a la diversión que a la enseñanza, son muy contados los que se avienen con privaciones

Gil coincide con el pensamiento del momento al considerar la descripción verídica de España como el remedio para corregir la imagen distorsionada del país que se promocionaba en el extranjero y así eliminar dicha «plaga». Su fórmula no es otra que la de usar los periódicos artísticos y literarios, que tanto abundan en España, como portavoces para descubrir los rincones olvidados del país y el patrimonio histórico que guardan, un proyecto cuya realización se ejemplifica con su propia contribución a la prensa de la época. El éxito de la respuesta española dependerá, según Gil, del viajero. La lectura de *Bosquejos de España* del capitán Cook, junto con la de otros relatos de viaje ingleses, entre ellos *La Biblia en España*, de George Borrow y las *Escenas de la vida en Méjico*, de la señora de Calderón de la Barca, llevan a Gil a valorar lo que observan los viajeros foráneos como un ejercicio valioso y necesario, puesto que el amor a la patria «la más duradera de las pasiones», según Gil, puede cegar (*Miscelánea*, p. 175). De igual manera, el viajero que sale de casa contagiado ya de las impresiones de otros viajeros se arriesga a perpetuar viejas y erróneas concepciones. Para contrarrestar este círculo vicioso en el que España ya ha caído como víctima, Gil exhorta al viajero a «juzgar las cosas en su valor intrínseco, desnudas de las convenciones sociales» y a que lleve como guía de «sus indagaciones la imparcialidad del filósofo y la benevolencia que por lo común suele servir de fondo a la verdadera ilustración» (*Miscelánea*, p. 176). Veremos que esta agenda costumbrista y crítica que organiza la obra periodística de Gil y Carrasco impregnará la redacción de su viaje hacia Berlín.

Gil presenta en el *Viaje a Francia, Rouen* y en el *Diario de viaje* una narración cronológica en primera persona cuyo hilo conductor es la geografía del viaje, el itinerario de los lugares visitados. El viaje a Berlín ofrece a Enrique Gil la oportunidad de conocer nuevos paisajes y costumbres que estimulan sus sentimientos. Aunque su viaje se debe a una misión diplomática y con su escritura Gil pretende dar a conocer el norte de Europa al lector español, su preferencia por escribir con «el prisma del poeta al microscopio del filósofo», tal como había expresado en *Los maragatos* (1839), sigue vigente¹²¹. Este viajero no aspira a producir noticias ni un expediente informativo y mucho menos una guía turística. De la misma manera que su viaje se convierte en una experiencia personal, su escritura acaba siendo un documento de su

y estrecheces, propias más bien de peregrinos devotos que no de profanos y curiosos observadores” [*Viaje a una provincia...*, p. 24].

¹²¹ *Viajes y costumbres*, BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, vol. IV, p. 77 y ss.

sensibilidad romántica¹²². Las distintas formas que utiliza Gil para transcribir su viaje europeo –la epístola, el artículo costumbrista y el diario privado– permiten la convivencia de la descripción y la subjetividad características del relato de viaje. Para el *Viaje a Francia*, el viajero plasma sus impresiones del país vecino en una carta –el molde clásico y preferido por muchos viajeros a través de los siglos– dirigida al señor director del periódico *El Laberinto*. En cambio, *Rouen*, la segunda entrega que Gil envía al diario madrileño y que será su despedida del periodismo, sigue en la línea de sus artículos costumbristas dedicados a sitios notables en España¹²³.

En las entradas del *Diario* inédito, que relatan el trayecto desde Francia hasta Berlín, se halla la reflexión diaria del viajero frente a un paisaje nuevo, un encuentro que ofrece como consecuencia las condiciones para un viaje hacia el interior del poeta del Bierzo. En suma, Enrique Gil da cuenta de su desplazamiento a partir de distintas modalidades que le permiten presentar el viaje como la narración de una serie de movimientos y visitas a distintos lugares en una ruta prevista.

El tríptico europeo de Gil se nutre de la tradición viajera y literaria del *Grand Tour*. Sin embargo, conviene realizar algunas precisiones sobre el itinerario que sigue este viajero y la redacción de su viaje, ya que el relato presenta un contenido sorprendente por lo que opta omitir. Gil comienza su narración *in medias res*, pues el *Viaje a Francia*, la primera entrega, detalla el recorrido desde Marsella a París. Es decir, falta el relato de la primera parte del itinerario del recién nombrado Secretario de Legación antes de embarcar en Barcelona en el vapor *El Fenicio* hasta Marsella, el viaje doméstico autorizado

¹²² Gil se refiere en contadas ocasiones a su misión diplomática. Las escasas referencias al motivo verdadero de su viaje se concentran en el *Diario de viaje*. En la entrada del día 13 de agosto de 1844, anota que «ha pasado la mañana escribiendo comunicaciones para el Ministerio de Estado, y aunque no eran sino dos, me han ocupado largo tiempo, porque tanta que romper lo que escribía, tan lleno de mentiras iba ello. El oficio de copiante es a mis ojos de los peores del mundo». El mal tiempo y la soledad que marcaron su estancia en El Haya fueron atenuados por la compañía de otros miembros del cuerpo diplomático también solteros.

¹²³ El propósito de esta visita era puramente turístico, ya que satisface una triple curiosidad que siente Gil desde que está en Francia, la de «recorrer la línea más larga de camino de hierro que hasta ahora existe en este país; lo delicioso de las orillas del Sena, que había oído ponderar mucho; por otra y por último, la rara fisonomía de la antigua capital normanda». La experiencia que disfruta en Rouen es tan agradable que cierra el artículo recomendando a todo viajero español a París que incluya esta ciudad en su itinerario (en este volumen, p. 97).

por el Ministerio de Estado por las provincias del Levante español y Cataluña, visita pensada como paso preparatorio para poder comparar luego la industria nacional con el desarrollo alemán¹²⁴.

El lector también descubre que Gil viaja en vapor al país vecino, ruta por cierto poco habitual, pues la preferida por los viajeros era el transporte en diligencia por el paso fronterizo de Hendaya. Por último, como hemos dicho, el *Viaje a Francia* informa sobre el trayecto de Marsella a París, ciudad donde el autor se quedó dos meses antes de continuar hacia su destino final. Durante esta etapa realizó la excursión a Rouen y asistió a la exposición de la industria francesa, entre otras actividades. Sobre el periodo de su residencia en París no hay memoria textual; las referencias y sus impresiones de «la capital del mundo civilizado» son nulas. En vez de contestar a las típicas preguntas que imagina que pueda tener el lector –«¿De qué quiere usted que le hable ahora? ¿Por ventura, de la fisonomía extraña de este pueblo, del género de vida que en él se hace, de sus monumentos, espectáculos, etc., etc.?», el viajero remite al lector a los artículos firmados por *El Curioso Parlante* sobre la capital francesa. Su renuncia a dejar constancia escrita de este segmento de su viaje puede estar motivada por una doble consideración. La primera es que Enrique Gil prefiere resaltar la figura de Mesonero Romanos como protector y modelo literario costumbrista, al lado de quien se siente pequeño¹²⁵. En segundo lugar, la práctica de la literatura de viajes presiona al escritor a contribuir con algo nuevo al testimonio ya existente sobre un lugar determinado. A esta *ansiedad del viaje* o *angustia de influencias* se suma el énfasis que el viajero romántico pone en la autenticidad del viaje y en su capacidad de reproducir su experiencia de tal manera que el lector sienta que de verdad ha estado allí (Porter. p. 12; Buzard, pp. 172-1921. El público español decimonónico ya conocía el norte de Europa a través de la escritura de Mesonero Romanos, Modesto Lafuente, Mariano José de Larra, Antonio María de Segovia o

¹²⁴ Esta *omisión* en el relato de Gil, tan certeramente vista por Phillips, es la que la presente edición procura suplir reconstruyendo, a partir de los materiales previos, “algo más que simples apuntes”, esa unidad del relato preexistente. [N. del ed.].

¹²⁵ «Por lastimosa cuanto perjudicial que sea para nosotros tan errónea opinión harto arraigada en Europa para nuestro mal, fuerza es confesar que sus autores merecen alguna disculpa. Hasta el día han sido tan escasos los medios de transporte y tan pocas las comodidades que sin duda se necesitaba superior estímulo para arrostrar tamaños inconvenientes y todo el mundo sabe que encaminándose generalmente los viajes más a la diversión que a la enseñanza, son muy contados los que se avienen con privaciones y estrecheces, propias más bien de peregrinos devotos que no de profanos y curiosos observadores».

Eugenio de Ochoa, entre otros. Frente a una geografía ya comentada por contemporáneos suyos, Gil optará por buscar otra manera de dejar su impronta personal en el género.

Con este propósito las crónicas de Gil y las entradas de su *Diario* siguen un ritmo, un patrón. Gil repasa las actividades del día, que normalmente consisten en viajar a la próxima parada de su itinerario o realizar las obligadas visitas a los principales lugares de interés. Si una de las convenciones del género viajero es constatar el medio de transporte empleado, en los relatos de viajeros románticos este tópico adquiere una relevancia especial, ya que prefieren aquellos modos de viajar que faciliten el alcance del deseado estado de intensidad espiritual. Lo ideal para al romántico es desplazarse despacio y con tranquilidad (Cardinal, p. 139). Enrique Gil resiste las prisas y se acerca a Berlín atravesando Francia, Bélgica y Holanda en el «camino de hierro», en diligencia y en barco de vapor, todos medios simbólicos de la búsqueda romántica¹²⁶.

De los tres transportes utilizados, es claro que Gil prefiere el barco de vapor. No es de extrañar que una de las atracciones de su viaje europeo sea el paseo por el Sena y el Rin, este último destino romántico visitado y rememorado por Hugo, Narval y Byron, entre otros. El desplazamiento por el curso del río resulta ser un modo perfecto para saturarse del pintoresquismo del lugar, gracias a que el deslizamiento del barco permite que el viajero observe el paisaje como si estuviera viendo una presentación de diapositivas preparada exclusivamente para él (Andrews, p. 89). Este pasaje sirve de ejemplo de la experiencia que disfruta Gil más de una vez durante su recorrido por «el variado teatro del Rin»: «Aunque el curso del río hasta hache no serpentea tanto como de Dusseldorf a Colonia, ofrece, sin embargo, bastantes

¹²⁶ El tema de las prisas se vuelve más señalado a la medida que avanza el viaje. El viajero lamenta no poder extender su estancia en Gante para así relatar con más detalle su exposición de bellas artes: «Si estuviera más tiempo, de buena gana enviaría una relación a España, que por una desgracia verdadera no está viendo sino por los anteojos de Francia, anteojos que le acortan espantosamente la vista, como imaginados que están para otros. Siento infinito no poder disponer de más días [...] pero si alguna vez tenga un verano a mi disposición y medios bastantes, hache me vendré a pasarlo». El 27 de agosto de 1844, Gil escribe que «a cada instante me va gustando más y siento mucho que la prisa de mi viaje sea tan grande». La visita a la isla de Nonnenwerth el día 7 de septiembre queda inscrita en el *Diario* como «uno de los días mejor empleados de mi vida», causándole sentimientos de tristeza por «no tener más a mi disposición». Aunque disfruta de Frankfurt, Gil siente ansiedad por incorporarse ya a su puesto: «La ciudad es agradable y está además llena de recuerdos, circunstancia que la recomendarían eficazmente para detenerme por unos días si no tuviera ya deseo y aun necesidad de llegar pronto a Berlín» (en este volumen, p. 175). Su cansancio físico, sin embargo, le obligará a optar por una ruta y un horario más suave que conlleva posponer la llegada a Berlín un día.

sesgos para ocultar e la vista y ofrecer en seguida de repente y en grata sorpresa las ruinas, villas y templos de que se envanece» (p.151).

Las referencias al ferrocarril en el tríptico de Gil también son numerosas. En síntesis, podemos decir que, sobre este tópico, la pluma de Gil se fija en la potencia del vehículo, la velocidad que coge y los sonidos que emite, y no deja de referirse el servicio y a los túneles. Estos pasajes sirven para informar al lector español cuyo paisaje todavía no había sido transformado por los raíles¹²⁷. Pero lo que sobresale en el relato es lo que perciben los ojos de Gil desde la ventana del tren, o más bien lo que este no alcanza a ver, pues a la vez que le impresiona y le enciende la imaginación, la velocidad del tren acaba produciéndole disgusto al no permitirle contemplar el paisaje en su totalidad.

Viajar en diligencia sí le resulta desagradable, pero esto es algo comprensible dado que la salud delicada de Enrique Gil no soporta los vaivenes de los carruajes ni la duración de los viajes. La frustración con este medio de comunicación emerge desde el comienzo del Viaje a Francia. El primer tramo del viaje, «de un tirón las 87 leguas que hay desde Marsella a Lyon, y de otro tirón o poco menos las 119 que separan a esta gran ciudad de París», le deja al viajero físicamente agotado y desganado, pues teme que «el ruido diabólico» le impida satisfacer la curiosidad de los lectores de *El Laberinto*:

Yo, pecador, que no tengo por costumbre semejante locomoción [...] sé decir de mí que ni el cuerpo ni el alma se daban par contentos de semejante ejercicio: el uno, porque se sentía no menos bien molido y mal andante que el del Caballero de la Triste Figura, y la otra, porque se veía obligada a interrumpir más a menudo de lo que quisiera la serie de observaciones y discursos en que se complacía durante el viaje [...] ¿Cómo quería usted, pues, que trazase mis garabatos sobre impresiones tan fugitivas, ni fabricase la armazón de mis reflexiones sobre tan flacos cimientos? [...] ¿Cómo quería usted, pues, que, a riesgo de dar al traste con esta su caritativa opinión, fuese a incurrir en un vicio que no hace mucho tildaba en la mayor parte de los extranjeros que de nosotros hablan? (p. 68).

Al leer este pasaje encontramos una posible razón de por qué este relato no es un registro minucioso de lo que ve el viajero.

A pesar de este inicial desencanto, Gil no se da por vencido. Si las condiciones de los transportes no favorecen –en su opinión– escribir unas crónicas dignas, los parajes visitados sí ofrecen escenarios que provocarán su

¹²⁷ «Las sensaciones que se experimentan en un medio de locomoción del todo desconocido entre nosotros prácticamente son de aquellas que no pueden definirse exactamente...» (p. 76).

sensibilidad romántica. En la narrativa de este viaje europeo se perciben dos miradas del escritor leonés sobre el itinerario recorrido. Al igual que otros escritores asociados con el Romanticismo, Enrique Gil revela el fastidio universal, el típico dolor cósmico que incita al romántico a romper con la sociedad y buscar la armonía y una consolación en la unión con la naturaleza. Además, Gil se suscribe a la línea de pensamiento de la primera mitad del XIX que considera las repercusiones de la Revolución Francesa una razón principal que propicia el hundimiento de la sociedad contemporánea en una decadencia marcada por fuerzas destructivas como el materialismo y el escepticismo religioso¹²⁸. La filiación de Gil a estas posturas se evidencia en los principales motivos de toda su obra literaria: el culto a lo medieval, la celebración de valores tradicionales como la familia y la religión católica, y su compenetración con el paisaje natural. Si vemos el norte de Europa a través de los ojos de Enrique Gil, la mirada de este viajero romántico oscila entre el presente y el pasado, pues busca y se detiene precisamente en los escenarios que muestran aspectos del tema de una sociedad que en su afán por modernizarse está dejando de lado tradiciones y valores –relacionados específicamente con la familia y la religión– que este escritor considera fundamentales. La unidad de su escritura viajera se completa con la descripción pintoresca del paisaje natural, pasajes en los que el mundo natural es el protagonista que suscita la sensibilidad romántica del viajero.

El presente del norte de Europa le interesa a Gil por lo que tiene de cuadro de otra edad. La pasión por el mundo medieval que se respira en la obra de Enrique Gil está tan presente en su tríptico europeo que hay en estos textos un contraste notable entre la emoción con la que Gil describe el descubrimiento de los restos del pasado, el eco de otro tiempo, y su encuentro con la realidad contemporánea. Se disculpa ante el director de *El Laberinto* por no enviar una relación más detallada del palacio de Fontainebleau, pero un sitio tan notable no se puede apreciar en un día y, además, Gil confiesa que dedicó su visita a examinar el mueble sobre el cual Napoleón firmó su abdicación. En Rouen, la senda de otros aficionados a la historia le lleva a pasar la tarde disfrutando del hotel de Bourgheroulde y los relieves que inmortalizan la famosa entrevista entre Francisco I y Enrique VIII en el Camp du Drap d'Or en 1520. El viaje hacia el pasado se intensifica gracias a la ubicación del hotel en «la misma plaza en que la doncella de Orleans, la inmortal Juana d'Arc, pagó con la vida su heroísmo» (p. 92). Sobre su paseo por la catedral de Aquisgrán, Gil anota las reliquias de Carlomagno expuestas, entre ellas el trono del emperador, su

¹²⁸ Sobre estos temas, véase Flitter, pp. 184-207.

cuerno de caza y su cráneo, y recuenta con ilusión que «Yo he tocado con gusto aquella calavera, dentro de la cual tanta grandeza y genio se albergaron».

Los numerosos castillos y ruinas ubicados a lo largo del camino hacia Berlín alejan aún más a este viajero de la realidad presente. La densidad de la naturaleza a lo largo del Rhin, junto con las ruinas de los numerosos castillos descuidados, es el «estimulo idóneo para dejar volar la imaginación». La descripción de escenas como esta observada entre Coblenza y San Goar muestra la manera en que los emblemas del pasado –en este caso, el medieval–, enmarcados en una naturaleza agreste, suscitan tanto una respuesta estética como una reflexión sobre el paso del tiempo¹²⁹:

Apenas se sale de este pueblo [...] la Naturaleza entera toma un carácter más silvestre y montaraz. Poco esfuerzo tiene que hacer seguramente la imaginación para trasladarse a los tenebrosos tiempos de la Edad Media a vista de tantos castillos en las montañas, de tantos pueblos amurallados debajo de ellos y, sobre todo, de aquel paisaje áspero y sombrío, que tan bien se aviene con las ideas que naturalmente excitan los recuerdos de aquellos días. (p. 160).

La evasión de Gil del presente se ve también en su fascinación con los rasgos de la herencia nacional española en las escenas que discurren ante sus ojos. La estancia en Bruselas se convierte en un verdadero retorno al pasado que mueve el sentimiento patriótico y nostálgico de este viajero que no volverá a su país: «En toda esta tierra es imposible dar un paso sin tropezar con las reliquias de nuestra pasada grandeza, cosa triste y que más de una vez me ha oprimido el corazón» (p. 104). Más impactante es el paseo por Amberes, una ciudad que conduce a Gil a confrontar el paso del tiempo y el derrumbe del esplendor: «Por todas partes, recuerdos gloriosos y resplandecientes como el sol; pero, como él, nos hacen encontrar lo presente oscuro y triste cuando de ellos apartamos los ojos» (p. 119).

El contraste entre la emoción que estos episodios suscitan en Gil y su impresión de las escenas del presente no pasa desapercibido en su escritura. La entrada diarística dedicada a su salida nocturna en Wiesbaden ejemplifica la dificultad que tiene Enrique Gil para encontrar algo de interés en el ambiente social alemán:

A las seis y media fui a la ópera, más por ver el teatro que la función, en sí de poco mérito, aunque bastante bien ejecutada [...] a las once estuve viendo el baile, menos animado de lo que me figuraba [...]. La función, como la mayor parte de las de Alemania, comienza a decaer a las once, y

¹²⁹ Véase Lowenthal, pp. 256-267.

yo me salí con las primeras mamás soñolientas y las primeras niñas contrariadas. (p. 171).

La preferencia que siente Gil por el pasado se pone aún más de manifiesto en el tratamiento que reciben los habitantes de los países visitados en su escrito. Muy al contrario da lo que es común en la literatura viajera e incluso en su propia escritura costumbrista, en el triplico de Gil hay pocos retratos de la población del norte de Europa. Cuando esta aparece en los textos es por lo general en grupos, como si este viajero optara por mantenerse a una cierta distancia de ellos. Hay algunas excepciones, sin embargo, como el conserje de la ciudadela de Amberes que le explica a Gil el funcionamiento de la fortificación, o el residente de Utrecht que rescata al viajero perdido y le lleva al hotel; pero ambos individuos salen del anonimato del grupo por su bondad para con el viajero. Las mujeres también cobran individualidad en la narrativa de Gil. Las belgas le parecen «muy lindas y, sobre todo, bien formadas» y lo que más le causa curiosidad –por su evidente connotación nacional– es su uso de una especie de mantilla. Y junto a ellas aparece la familia. Aunque los Gasc le acogieron con afecto en París, la estancia con la familia del notario Mr. L. en Vetheren le lleva a concluir: «Aquí he vuelto a encontrar la familia tal como en España la concebimos, y cuyo rastro habla perdido en Francia». De los otros pasajeros en el vapor hacia Dusseldorf, el viajero fija su atención en que había «varias familias con niños muy pequeños: sin embargo, había poco estrépito. Las madres, y aun los padres, atendían con mucha ternura y esmero a sus pequeñuelos, y en el semblante de todas estas gentes se pintaba una paz profunda» (p. 134). En estos comentarios de celebración de la unidad familiar se aprecia el uso que hace Enrique Gil de la escritura para expresar su desilusión con el presente.

Junto a la fascinación que suscita el descubrimiento de nuevas ciudades son los espacios naturales los que realmente atraen a Enrique Gil y es en la descripción de estos donde mejor brilla el lirismo del viajero-poeta del Bierzo¹³⁰. Con matices, Gil mira e interpreta estas escenas como un pintor romántico. Malcolm Andrews nos recuerda que el máximo placer para el viajero pintoresco consiste en hallar una escena natural que imitase el arte (p. 40). Tal práctica de buscar asociaciones entre la naturaleza y el arte pictórico se aprecia en el *Viaje a Francia*, cuando el recorrido por el río Saón coloca delante de Enrique Gil un cuadro repleto de luz, agua, calma, sosiego, ganados

¹³⁰ B. Sánchez Alonso fue de los primeros que señaló el talento de Enrique Gil para describir con objetividad y sensibilidad. Según este crítico, Gil «descuella entre todos como escritor [...] describe con limpieza y exactitud» (p. 42).

y pastoras, «seguramente digno del gran pincel de Claudio de Lorena». La invocación al pintor célebre del paisaje idílico remite al lector a un modelo concreto para así visualizar mejor la escena, a la vez que eleva el prestigio de la naturaleza. Más adelante, la vegetación de la ruta que sigue a Bruselas incentiva al viajero a hacer una comparación parecida: «A cada paso encontrábamos paisajes de todo punto iguales a los de los grandes pintores flamencos, cuyo nombre cobra mayor esplendor cuando se los estudia en estos lugares. Cielo y suelo están maravillosamente retratados» (p. 102). La óptica pictórica evidente en estos ejemplos, junto con la reiteración de la palabra «cuadro» para enmarcar las escenas contempladas a lo largo de su viaje, ponen de manifiesto esta faceta de la práctica textual de Enrique Gil.

El tópico pintoresco se hace más explícito cuando se toma en cuenta la perspectiva del viajero. Los cuadros que Gil recrea cumplen con varios de los requisitos del paisajismo pictórico, entre los cuales se destacan la presencia de la lluvia, la noche y el mar. En sus tres textos Gil casi siempre incluye alguna anotación sobre las condiciones del tiempo, un dato que cobra importancia por operar como nexo entre la realidad del presente y la subjetividad del viajero. Primero, nos recuerda la conexión que existe entre el tiempo y el progreso de un viaje: la lluvia que acompaña a Gil desde el inicio de su travesía determina su movimiento, y posiblemente aún más en el caso de este viajero que padecía de una salud muy delicada¹³¹. En segundo lugar, de acuerdo con el código pintoresco, la lluvia proporciona un factor plástico capaz de transformar el escenario y así intensificar el impacto emotivo en el observador (Andrews, p. 229). Enrique Gil experimenta este fenómeno durante su primer día en Avignon:

La noche había sido lluviosa, pero la mañana se presentaba azul y despejada, de manera que los rayos del sol rielaban vivamente en aquellos campos y arboledas cargadas de gotas de agua, y que a cada soplo del viento figuraban una lluvia de topacios y diamantes. (p. 71).

Luego, la lluvia que le recibe a la salida de la iglesia de Saint-Ouen, en Rouen, completa un cuadro que le induce a meditar sobre la espiritualidad y la condición del ser humano:

¹³¹ Sirve de ejemplo la mala suerte que tuvo el viajero en Coblenza: «Por desgracia, mientras estaba embebecido en contemplar esta escena, una nube que se había ido formando, y con mi distracción no había echado de ver, comenzó a desgajarse, y por pronto que corrí a la garita de una centinela, estaba ya como un pollo caído en un pozo [...]. Yo sentí mucho no disfrutar por más tiempo de aquella perspectiva magnífica, pero el agua fría no es grande amiga de mis nervios y tuve que venir a mudarme», p. 155.

[...] la oscuridad del cielo apagaba los colores de las vidrieras; el coro, colgado todavía de negro por unas exequias que se acababan de celebrar, no presentaba su preciosa estructura; el templo estaba desierto, y la lluvia, que en aquel momento comenzaba a desatarse reciamente, parecía envolver el alma en aquella nube de tristeza desalentada y abatida que rara vez dejaba de apoderarse de la imaginación de los hijos del Mediodía en las regiones del Norte; tal espectáculo, sin embargo, purificaba los sentimientos y elevaba las ideas, como si difundiese un perfume suavísimo por aquel vacío del corazón que sienten en todas las grandes ocasiones las almas bien templadas, que los desengaños del mundo y el desvanecimiento de los sueños generosos ensanchan sin medida, y que con tanta violencia impele el alma hacia las fuentes de la religión y de un consuelo que rara vez acierta a dar la tierra. (p. 85).

Enrique Gil lleva a la práctica la teoría pintoresca de dar privilegio a la sombra sobre la luz. Esta idea forma parte del código del teórico William Gilpin, para quien «In every representation, truly picturesque, the shade should greatly overbalance the light», dado que la sombra favorece la meditación filosófica que busca el viajero romántico (Andrews, p. 171). El paso sigiloso de los barcos por el Sena al anochecer estimula al viajero leonés a la ensoñación:

Yo no sé qué se me figuraba al ver pasar sus velas iluminadas a un tiempo por la luna y por los últimos reflejos del ocaso por detrás de los árboles y arbustos de las islas [...] Por su majestad y silencio me recordaban aquella sucesión de reyes y príncipes, cuyas sombras desfilaban ante los ojos de Macbeth en la cueva de la bruja (p. 85).

La mirada romántica de Gil encuentra una ilimitada fuente de inspiración en las vistas nocturnas del Rin. En Godesberg, la noche envuelve el río y los castillos cercanos en un juego de reflejos siniestros:

...atrasamos el Rin a la dudosa luz del crepúsculo, cuadro admirable por el color un poco encendido y el sosiego del agua, y más que todo, por el Drachenfels, que pintaba en el fondo su descarnado esqueleto no lejos de los flexibles chopos de Nonnenverth y de los arcos vestidos de yedra de Rolandseck. (p. 149).

Igualmente lúgubre es este escenario, observado desde otro punto del río:

La noche se puso muy oscura y tempestuosa y el Rin, sumido en las tinieblas, formaba gran contraste con las luces de los pueblos que encontrábamos en su orilla, y que se pintaban en el agua en largos rastros. Los relámpagos dejaban ver de cuando en cuando las colinas lejanas con una tinta lívida, y, sobre todo a medida que nos acercábamos, revestían de una apariencia siniestra las encastilladas rocas de Ehrenbreitstein. (p. 159).

Al llegar a Ostende, Gil confiesa que el deseo de ver el mar del Norte es lo que ha motivado la ruta de su viaje. En su descripción de la playa, de madrugada, se percibe la fuerza de la naturaleza sobre el contemplador: «Soberbio espectáculo el de aquella inmensa llanura alborotada como una muchedumbre amotinada, y cuyas olas se estrellaban contra las murallas, desparramándose por el aire en menudas gotas». Luego, en El Haya, abandona la actividad social del hotel para experimentar una vez más el protagonismo violento del océano. Es tal el impacto de la escena en la retina de Gil, nacido en el Bierzo y cuya estética visual está acostumbrada a ver el paisaje del campo, que declara su amor por el mar.

Si el Gil artista se sirve del léxico pictórico para resolver el obstáculo de cómo convertir en palabras lo que discurre ante sus ojos, al Gil poeta le compete la tarea de evocar los sentimientos que el paisaje que contempla provoca en él. Por más que desee realizar la misión diplomática, que fue el motivo principal de su viaje, el nombramiento le aleja de su país, y el estado de ánimo que esta circunstancia produce en él emerge desde el comienzo de su narrativa. El *Viaje a Francia* abre con la siguiente descripción que hace hincapié en la soledad y la añoranza que envuelven al viajero leonés:

El paisaje era silvestre y áspero a más no poder: por ambas orillas, y sobre todo por la opuesta al camino, subían en rápido declive algunos prados, donde pacían desparramadas cabras, ovejas y vacas, que en general contrastaban por su color claro con el verde oscuro de la hierba. Fresnos, álamos, chopos y robles señalaban el curso del río y servían de coto a aquellas breves y empinadas alfombras de verdura, por encima de las cuales unas veces se veían hermosas viñas y otras extendían los montes sus matorrales de jaras y retamas.

Mientras atravesamos el valle ningún barco grande de vapor ni de vela vino a turbar la soledad majestuosa y un tanto melancólica del río; solo algunas barquillas que se deslizaban pegadas a la orilla se ofrecieron a nuestra vista. El paisaje, alumbrado ya por los últimos rayos del sol, era en sí mismo muy hermoso sin duda, pero a mis ojos tenía un mérito y atractivo especial, porque me recordaba las hoces y cañadas por donde he visto correr las aguas cristalinas del Sil en mis primeros años, y parecía traerme un eco de aquellas quebradas y un recuerdo de mi patria ausente y querida [p. 38].

La comparación del paisaje del norte de Europa con el de su país natal, a la proyección de lo familiar, lo conocido sobre lo desconocido, es decir, lo nuevo, será la fórmula que Gil repetirá a lo largo de su escritura. En consonancia con las convenciones de la literatura de viajes, la mirada de Enrique Gil se detiene en aquellos espacios naturales que le recuerdan el Bierzo pues, como todo

viajero experimenta e interpreta el paisaje de acuerdo con su bagaje cultural, estos son los que mejor asimila e interioriza. En la entrada diarística dedicada a su visita a Andernach no solo destaca la repetida comparación con El Bierzo, sino que su paseo por la orilla del lago de Laach evoca el recuerdo del lago de Carucedo, y aunque a este consigna mejor calificación, el Laach se impone en el alma del viajero como el ideal lugar de retiro. Los bosques de Prusia son otro elemento de la naturaleza que mueve a Gil a recordar su tierra y desear su prosperidad:

Si Castilla los tuviera, su faz cambiaría enteramente, porque en sus llanuras no deja de haber collados y desigualdades, y su clima ganaría lo que no es decible. Las comparaciones de todas clases que con mi pobre España hago me sirven de poquísimo gusto, aunque del carácter y cualidades intelectuales de nuestro pueblo hay derecho para esperar mucho (p. 183).

La sensación de soledad será aludida por Gil con más frecuencia una vez que deja Francia. De hecho, como expresa al inicio del *Diario de viaje*, en este país se sentía como si estuviera en casa: «París es en el día una especie de patria común, y hasta que ha llegado el momento de salir de sus muros no he creído dejar mi querida España». Solo hacen falta cuatro días para que el viajero introduzca en su escritura el tópico de su soledad y la búsqueda de sosiego, el cual encuentra entre un grupo de hermanas de la caridad de Brujas. La reflexión posterior guarda la esencia del programa vital de Enrique Gil:

Heme aquí en un país extranjero absolutamente solo, y, sin embargo, a millares encuentro hermanos que vuelven los ojos al mismo Padre; éstas son las mismas escenas a que mi madre piadosa me llevaba de muy niño, y con un *no sé qué* de la verdadera patria, que está en las alturas, me traían un recuerdo de la patria de aquí abajo, de mi familia y de aquellas fiestas religiosas que tanto me alegraban en mi infancia y primera juventud. Y, sin embargo, todas estas luces no llegan sino por medio de una espesa niebla hasta mis ojos; yo he querido, como tantos otros, buscar la ciencia y la verdad por mí mismo; de las creencias que nunca debiéramos no ya perder, sino ni aun arriesgar.

Es de notar en esta afirmación la referencia a la niebla. Este fenómeno natural que típicamente agradaba al observador pintoresco por su capacidad de intensificar la experiencia de la naturaleza aquí le sirve al poeta del Bierzo para remarcar la óptica romántica que condiciona su visión espiritual y moral.

Gracias a la compañía de los Crawford, una pareja inglesa con quien Gil comparte el viaje por el Rhin, la sensación de soledad que le aflige se atenúa un poco. Aun así, la naturaleza ejerce un poder desmedido sobre el leonés, como en esta estampa que observa en el mirador de la isla Nonnenwerth:

...todo contribuía a la belleza de este espectáculo, imposible de borrar en la imaginación de quien lo ha visto. En realidad esto pudiera llenar el hueco del deseo más exigente si en ciertas disposiciones del alma no hubiese algo de enfermo y desasosegado. La compañía que he tenido tal vez me ha impedido un poco gozar de este paisaje; pero en el fondo me alegro, porque ha comprimido ciertos malos gérmenes que con la soledad se desarrollan, a pesar de mis esfuerzos. (p. 149).

Tras la despedida de los Crawford, el espacio religioso vuelve a ofrecer protección al viajero solitario: «He empleado mi soledad (agradable casi siempre para mí, aunque sin duda peligrosa) en visitar la catedral».

De la correspondencia que mantuvo Gil con el Secretario de Estado sabemos que la incorporación en su puesto en Berlín le alivió un poco el peso de la soledad. A través de los compromisos sociales que complementan el trabajo diplomático, Gil conoce a otro viajero escritor, el barón de Humboldt, en quien el español encuentra no solo un contacto político, sino más bien una amistad sincera que le acompañará hasta su muerte en 1846. El *Viaje a Francia, Rouen* y el *Diario de viaje* de Enrique Gil y Carrasco se suman a la literatura dedicada a plasmar la experiencia del viaje romántico. Su escritura hace hincapié en la reacción sentimental del viajero frente al paisaje natural y monumental, espacios que estimulan su melancolía y nostalgia al evocar el recuerdo de su tierra que no volverá a ver.



2. En el tren: impresiones y sensaciones de Gil y Bécquer

PAZ DÍEZ-TABOADA

Desde pocos años antes de 1848, en que se instauró el ferrocarril en España, el tren se convirtió en asunto literario de moda. En la prensa, fueron apareciendo artículos informativos, de modalidad epistolar, preferentemente, y más o menos costumbristas; a medio camino, pues, entre la *carta de viaje* de los ilustrados y la moderna *crónica* periodística. A uno primero, anónimo (1836)¹³², le siguieron las series de Leopoldo Augusto de Cueto (1839)¹³³ sobre los trenes franceses, y las de Ramón de Mesonero Romanos (1841) y Modesto Lafuente (1842) —éste, siguiendo parecido itinerario—¹³⁴, sobre los belgas, que a ambos les parecieron mejores que *aquellos*. Pero ya en 1840, Jacinto Salas y Quiroga había publicado *Viajes*¹³⁵, en donde aludía al tren cubano que unía La Habana con Güimes —realmente, el primer tren español—, comparándolo con los ingleses, que él ya conocía; y en 1844, José Ferrer del Río expuso sus impresiones de viaje por la misma línea férrea que Salas¹³⁶.

A pesar del carácter informativo y noticioso de estos textos, pues tren y viaje eran tan nuevos para el cronista como desconocidos de sus lectores, la literaturización del asunto comenzó en seguida. Cueto incorpora datos e informaciones a una trama novelesca, de viajeras inglesas y tono sentimental; Salas, al hilo de sus muchas y ordenadas noticias sobre Cuba, exhibe su doliente sentimentalidad y da rienda suelta a su exaltación liberal en los comentarios sobre el papel de España en la colonización americana; y Mesonero y Lafuente dan toda clase de datos sobre tarifas, coches, orden de

¹³² *Los caminos de hierro, Semanario Pintoresco Español*, núm. 28, 2 octubre, pp. 223b-224.

¹³³ Leopoldo Augusto de Cueto, *Recuerdos de viaje. Rouen, El Piloto*, núms. 145 y 146, 23, 24 y 25 julio, respectivamente.

¹³⁴ *Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica, en 1840 y 1841*, Madrid, Burgos; citamos por *Obras de...*, IV. Madrid, Renacimiento, 1925, cap. XVII: “*Los caminos de hierro*”, pp. 233-244; y *viajes de fray Gerundio, por Francia, Bélgica, Holanda y orillas del Rhin*, II, Madrid, Establecimiento Tipográfico Calle del Sordo, 1842.

¹³⁵ El ejemplar de la 1ª ed. (t. I: *Isla de Cuba*. Madrid, Boix, 1840), conservado —es un decir— en la BNM, está bárbaramente mutilado (comienza en la p. 92), por tanto, citamos por *Viajes de...* La Habana, Consejo N. de Cultura, 1964, cap. XII, p. 11 y ss.

¹³⁶ *Recuerdos de un viaje a la isla de Cuba. Tres semanas en el campo, El Laberinto*, I, núm. 15, 1 junio 1844, pp. 203c-205c.

marcha, celeridad, comodidad, etc.; pero el primero pondera el espectáculo del tren y exhorta a los poetas a su contemplación, pues ayudaría, dice, a su imaginación creadora¹³⁷; y fray Gerundio y el lego Pelegrín Tirabeque, pareja de clérigos exclaustros que protagoniza las andanzas de Lafuente, además de ser sus heterónimos y desdoblamiento de su propio yo, son una especie de don Quijote y Sancho, trasmutados en viajeros románticos y tan modernos que marchan en tren por tierras europeas.

Un poco rezagados respecto de la prosa, comenzaron a aparecer también poemas; de los primeros fueron *Trabajo inútil* y *Los caminos de hierro. El sueño del orgullo* (1844) de Pedro de Madrazo.¹³⁸ Trata aquél de los logros técnicos a través de la historia y, tras referirse a la navegación marítima y aérea –aludida en los globos aerostáticos–, lo hace brevemente al tren: el hombre “abriendo montes al tropel / de carros humeantes, / confunde en otra gran Babel / los pueblos más distantes.” Más extenso y de mayor vuelo poético, el otro poema parte de una efectista descripción del tren, seguida de una ensoñación bíblica en la que muestra la satánica soberbia del hombre que corre desalado tras el ídolo del progreso y de la que el tren es el símbolo moderno.

2.1. Impresiones y sensaciones

Las diversas referencias literarias o librescas que se encuentran en dichos textos, manifiestan cómo el nuevo vehículo hacía evocar al escritor-viajero las noticias que sobre el tren ya se habían publicado en otras lenguas y países o los viejos mitos y pasajes de obras precedentes en los que el cronista encontraba, ya literaturizadas, las imágenes que prefiguraban el, para él, insólito espectáculo del tren. Así, al referirse al paso de un túnel, Mesonero recuerda a Vulcano y los cíclopes:

¹³⁷ “Realmente es sorprendente para la imaginación tan asombroso espectáculo, y los señores poetas que afirman que el siglo actual carece de poesía, pudieran situarse conmigo por unos minutos en el establecimiento central de Malinas, donde acaso tendría el placer de hacerles variar de opinión...” (Mesonero, p. 239).

¹³⁸ Dedicados ambos a Eugenio de Ochoa, el segundo – fechado en Bélgica, en 1839– lo está también a Federico Masarnau, *El Laberinto*, I, núm. 9, 1 marzo, pp. 115a-116b, y núm. 21, 1 septiembre, pp. 288b-289. En *El tiempo de los trenes. El paisaje español en el arte y en la literatura del realismo. 1849-1918* (Barcelona, Serbal, 1991, pp. 188-193), cita Lily Litvak las primeras muestras literarias sobre el tren y el material gráfico que originó (por ejemplo, el que ilustra el artículo de 1836), pero se echan de menos estos poemas y la simpática xilografía que adorna al segundo. Por otra parte, el más célebre poema decimonónico sobre el ferrocarril fue *El tren expreso de Campoamor*, publicado en 1871, cuando ya hacía casi un cuarto de siglo que se había implantado en España este sistema de automoción.

A los pocos instantes de penetrar en aquel misterioso recinto desaparece absolutamente la luz del día, y el viajero, atemorizado involuntariamente con aquella profunda oscuridad, con aquel ruido infernal, en que sobresalen de vez en cuando los chispazos ardientes de la máquina y los agudos silbidos de los conductores, se cree trasportado a las entrañas del Etna, adonde Vulcano y sus cíclopes forjaban los rayos del rey del universo...¹³⁹

En ocasión semejante, cita Lafuente unos versos de Virgilio¹⁴⁰, y, si la marcha del tren en que viaja le parece a Gil y Carrasco “cosa de magia” – Mesonero decía que “con mágica celeridad”–, el verlo partir, encendido y rugiente, le hace evocar los cuentos fantásticos del romántico Hoffmann y los no menos fantásticos viajes del clásico Ariosto.

Además de a la descripción del ferrocarril y sus particularidades, el cronista romántico atiende a su *impresión* ante el extraño vehículo y a su experiencia de viajero, cuyos registro y testimonio son el estribo desde el que emprende un nuevo viaje literario. En la III de las *Cartas a Ponz*, ya se refería Jovellanos a las *impresiones* de “quien se acercaba a su patria”; Larra había titulado «*Impresiones de un viaje. Última ojeada sobre Extremadura: Despedida a la Patria*»¹⁴¹ el artículo sobre su camino hacia Portugal, que le alejaba de ella, y entre los viajeros de diversas nacionalidades que se cruzan en la estación de Malinas –centro ferroviario belga–, alude Mesonero al “literato de París, que viene a hallar uno o dos tomos de *impresiones* de viaje en las orillas del Rhin”:

Salí de la Habana el 21 de diciembre, y anduve seis leguas en poco mas de cincuenta minutos, pues la colonia, mas avanzada en esto que la metrópoli, tenía ya en 1838 un excelente camino de hierro.” [sigue cita]

¹³⁹ Mesonero, p. 243. El capítulo se abre con una cita de *Lettres sur l'Amérique du Nord* (1836) de Michel Chevalier: “De todos los trasportes (dice Mr. Chevalier en una obra justamente célebre), el de los hombres es el más interesante, y el que más importa facilitar; porque si el transporte de las mercancías crea la riqueza, el de los hombres produce nada menos que la civilización. Pero ya Larra había dicho que las ideas se agarran como el polvo a los paquetes y viajan también en diligencia. Sin diligencias, sin navíos, la libertad estaría probablemente encerrada en los Estados Unidos. La navegación la trajo a Europa; las diligencias han coronado la obra; la rapidez de las comunicaciones ha sido el vínculo que ha reunido a los hombres de todos los países...” (*La diligencia*, Revista Mensagero, 16 abril 1835, en *Artículos*, ed. Carlos Seco Serrano. Barcelona, Planeta, 2ª ed.: 1969, p. 433).

¹⁴⁰ “Tú, Chaos; tú, Flegetón; vos, ó infernales playas... / Tened á bien que dé noticia al mundo / de lo que el centro de la tierra esconde, / y oscuridad de eterna noche encierra.” (*La Eneida*, lib. VI).

¹⁴¹ *Revista Mensagero*, 19 julio 1835 (ed. cit., pp. 495-500).

Solo hago memoria de que á mitad de camino distinguí una excelsa roca coronada de frondosos árboles, mecidos por la brisa sobre una alfombra de verdura: alzábase en frente de nosotros cual macizo muro que iba a atajar nuestro paso: pocos instantes después perdí la luz, respiré con trabajo, y era que el poderoso vapor hendía la cavidad del monte que horadado en forma de arco de triunfo daba testimonio de los veloces progresos de la industria. Cuando me repuse enteramente de mi sorpresa apenas descubrí la extremidad de la bóveda o subterráneo que dejábamos á la espalda...¹⁴².

En efecto, *impresiones y sensaciones* ante o en el tren muestran la exaltación del ego romántico, tan omnipresente en la literatura viajera como en todo lo demás. Al *Curioso Parlante* el asunto le da pie para exponer su criterio sobre muchas cosas, como al más irónico y travestido *Fray Gerundio*, para sus críticas; y Ferrer del Río confiesa su incapacidad de precisar la *impresión* que le causó su primer viaje en tren, pues ante tan extraña y novedosa experiencia, creyó haber vivido un sueño fantástico, y el angustioso paso por un túnel – también lo destacan *aquellos*– fue lo único que quedó grabado en su memoria de viajero; o sea, lo que más le impresionó:

Me es imposible referir la *impresion* que hizo en mi mente tan rápido viaje: la extrañeza del ruido, la novedad del movimiento habían embargado mis sentidos, y al apearme en el Bejucal me pareció como si despertase de un fantástico sueño¹⁴³.

2.2. Gil y Carrasco, por Francia, camino de Alemania

A primeros de abril de 1844 y por encargo de Luis González Bravo, marchó Enrique Gil a Alemania en un “oficioso” viaje político-económico de buena voluntad. Según consta en su *Diario de viaje* (del 9 de agosto al 23 de septiembre de dicho año), salió de Madrid en diligencia hacia Valencia, siguió a Barcelona, y cruzó Francia de sur a norte hasta París, desde donde se desplazó a Rouen¹⁴⁴. Recuerdo de su paso por tierras francesas son dos

¹⁴² Probable alusión a *Excursions sur les bords du Rhin* de Alejandro Dumas (tres tomos, 1841). Al año siguiente, publicó Victor Hugo los recuerdos de su viaje por dichos parajes (*Le Rhin*, dos tomos, 1842).

¹⁴³ Ferrer, art. cit., pp. 203c-204a.

¹⁴⁴ Siguió viaje por Arras y Lille; entró en Bélgica por Mucroix y visitó Bruselas, Vetheren, Gante, Brujas, Ostende, Malinas y Amberes; pasó a Holanda por Rotterdam, fue en diligencia a La Haya, en tren a Ámsterdam y Utrecht, en ambos vehículos a Arnheim y, en barco por el Rhin, a Emmerich, por donde entró en “la Prusia”, como él dice. El 1 de septiembre estaba en Düsseldorf y el 2, en Aix-la-Chapelle -antiguo Aquisgrán-; fue en tren a Colonia; luego, a Bonn, Godesberg,

artículos publicados en *El Laberinto*¹⁴⁵. En el primero, fechado en París el 10 de julio y publicado el 16 de agosto¹⁴⁶, narra Gil su viaje de Marsella a París, la parada en Lyon y la visita a la exposición industrial, la belleza del paisaje y las *impresiones* del que fue su primer viaje en tren, al que suele denominar con el galicismo habitual: “camino de hierro”. Y, en el segundo, *Rouen*, fechado también en París el 26 de agosto y publicado en el mismo periódico justo un mes después que el anterior¹⁴⁷, dice Gil que, desviándose de su camino, se desplazó ex profeso a dicha ciudad porque tenía gran deseo de visitarla¹⁴⁸; y, en efecto, describe sus monumentos pormenorizadamente y, como vamos a ver, vuelve a referirse al tren.

En estos artículos seguía Gil un modelo vigente desde los ilustrados y muy

Coblenza, Bingen, Wiesbaden, Maguncia, Kassel, Gotinga y Hannover; y, en Magdeburgo, finalizó su diario con la frase: *Mañana saldré para Berlín, término de mi viaje*. En efecto, la capital alemana lo fue, y definitivo, del breve viaje de su vida, pues ya nunca habría de volver a España, sino muerto y cerca de 150 años después.

¹⁴⁵ En este periódico quincenal del costumbrista Antonio Flores, colaboraba Gil desde el primer número, con la sección fija *Revista de la Quincena*, en donde daba cuenta y razón –crítica, claro está– de los principales eventos culturales y, sobre todo, teatrales; también, con algunos artículos de comentario crítico, como sus dos últimas colaboraciones que vieron la luz en el mismo mes en que emprendió viaje: *Bosquejos de España* (Sketches in Spain) por el Capitán S.E. Cook, de la Marina Real Inglesa. La *Revista de la Quincena* –anónima, aunque es de suponer que de Flores– del número en que se publicó la 2ª parte de dicho artículo, comienza con al elogio del colaborador ausente y la noticia de su largo viaje por el extranjero [t. I, núm. 11 y 12, 1 y 16 abril 1844, pp. 157c-159b. Véase *Crítica teatral*, vol. IV y *Miscelánea*, vol. V, de BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO].

¹⁴⁶ Bajo el epígrafe *Viajes* y seguido de la nota: “Debemos a la amistad de nuestro colaborador don Enrique Gil la siguiente carta”, pues como tal está dirigida al “Señor Director de *El Laberinto*” (t. I, núm. 20, 16 agosto 1844, 276c-278; ed. cit., pp. 346-350). Con el título “Viaje a Francia”, apareció por primera vez en la ed. póstuma: *Obras en prosa, II*, ed. Francisco Pino y Fernando de la Vera e Isla. Madrid, Aguado, 1883.

¹⁴⁷ Tomo I, núm. 22, 16 septiembre 1844, p. 300c-303b (ed. cit., pp. 351-359).

¹⁴⁸ “Desde que comencé a pisar el suelo de Francia, pensé en hacer un viaje a Rouen, aunque ningún negocio de interés me llamaba a este pueblo. Movíame a ello, por un lado, el deseo de recorrer la línea más larga de camino de hierro que hasta ahora existe en este país; lo delicioso de las orillas del Sena, que había oído ponderar mucho, por otro, y, por último, la rara fisonomía de la antigua capital normanda...” (Gil, p. 351a). No obstante, al referirse a su tardanza en enviar el primer artículo, le dice a Flores al final de *Viaje a Francia*: “...uno o más que le enviaré sobre Rouen, su camino (viaje que haré sólo para desagaviar a usted)...” (Gil, p. 350b).

común en el periodismo de la época: el de las cartas informativas y viajeras, cuya muestra más destacada son las ya citadas de Jovellanos¹⁴⁹; pero, tras sus huellas y las de otros¹⁵⁰, el artículo periodístico romántico, si no siempre explícitamente epistolar, fue con frecuencia un texto apelativo o *envío* al director, a escritores y/o amigos o al “amable y desconocido lector”, siempre tan presente en la mente de un periodista. Desde luego, sobre el interés literario prevalece el informativo y documental, de crónica viajera, pues Gil trata de poner en conocimiento de sus lectores las particularidades y curiosidades de los parajes por los que pasa, convirtiéndose en fiel transcriptor de lo que sus ojos ven y sus oídos oyen. Y, así, para un escritor tan notable por su sensibilidad ante el paisaje, el tren fue una atalaya rodante desde la que se recreó en la contemplación de *les environs* de París y las orillas del Sena¹⁵¹, y, alguna vez, su voz lírica e inconfundiblemente romántica se lamenta de la soledad casi cósmica que le rodea¹⁵².

¹⁴⁹ Jovellanos continuó *Cartas del Viaje de Asturias* –tal es su verdadero título– hasta un número de nueve, con intención de publicarlas, pero lo fueron póstumas –menos la 5ª, que se perdió–, cuando Gil ya había muerto: *Cartas del Señor don Gaspar de Jovellanos, sobre el Principado de Asturias, dirigidas a don Antonio Ponz, inéditas... y remitidas... por D. Domingo del Monte*. Habana, Imprenta del Faro Industrial, 1848. Cándido Nocedal, que las publicó once años después (BAE, t. L, 1859), aseguró que, antes que en Cuba, lo fueron en un periódico de Madrid, cuyo nombre no dio y del que nadie ha vuelto a tener noticia; por tanto, parece arriesgado atribuir el detallismo de Gil sobre rutas, vehículos, posadas, monumentos... a la influencia de estas *Cartas*.

¹⁵⁰ Por ejemplo, las citadas por Darío Villanueva en su Introducción a *Desde mi celda* de Bécquer (Madrid, 1985, p. 50-51), al encarecer la influencia de las *Cartas* del gijonés en las del sevillano.

¹⁵¹ “Difícil es, en verdad, imaginar una serie de puntos de vista más agradables que los que ofrecen las orillas del Sena, ya por sus pastos y praderías, ya por sus bosques y arbolado, ya por sus quintas y palacios de recreo, y más que todo, quizá por el curso apacible y serpenteante del río, que no parece sino que lucha contra el destino que le arrastra al mar, según las numerosas vueltas y rodeos con que se desliza por aquellos campos. Sin contar los paisajes que ofrecen los alrededores de París, y que se disfrutaban igualmente desde los caminos de Saint-Germain en Laye, y de Versalles, apenas dejan de verse puntos agradables, empezando por el bosque del primero de estos pueblos y acabando por Rouen.” (en este volumen, p. 81).

¹⁵² “La soledad no podía ser mayor; cuanto me rodeaba me era extraño absolutamente: ni un acento de mi lengua natal, ni siquiera una voz amiga venía a herir mis oídos, y esta situación en que por primera vez me veía era, sin duda, a propósito para despertar un millón de recuerdos y emociones. Por fin me retiré a mi posada, y el cansancio material pudo más que las excitaciones de la fantasía...” (p. 93). La confesión recuerda

Sin embargo, como sus maestros en el periodismo –Larra, Mesonero o su paisano Lafuente, pero más sucintamente que estos últimos–, Gil da cuenta de ciertos aspectos de importancia para los viajeros, como el buen servicio del ferrocarril, túneles y posadas¹⁵³, las ciudades por las que pasa y sus monumentos o curiosidad particular, etc.; y ante la celeridad con la que viaja, apunta en *Viaje a Francia*:

Todos estos milagros se hacen en cosa de una hora, de manera que, aunque las *impresiones* quedan, el nombre de los lugares sin la ayuda de un guía no correría la misma suerte.

2.3. La velocidad, estímulo de la imaginación

En sus crónicas, Mesonero y Lafuente advertían a sus lectores sobre en dónde debían fijar la vista cuando el vehículo tomara velocidad, y salían al paso de los temores que sobre el traqueteo del tren habrían oído decir a quienes aún lo desconocían¹⁵⁴. También la velocidad es lo primero que impresiona a Gil y lo

la soledad existencial de Rivas en su *Elegía IV*: “...y giro en derredor la vista y solo / me encuentro en ciega y pavorosa noche / y en yerma soledad...” (v 23-25) o la de Espronceda en el soneto *A XXX, dedicándole estas poesías*: “Los ojos vuelvo en incesante anhelo, / y gira en torno indiferente el mundo, / y en torno gira indiferente el cielo...” (vol. 9-11).

¹⁵³ “La comodidad es grandísima; los carruajes, magníficos; el precio, equitativo, y el servicio, regular y exacto. El camino desde Corbeil es muy agradable, porque, sin contar la vista del Sena, se disfruta la de una porción de villas y aldeas situadas pintorescamente...” (p. 77). / “La mayor parte de las posadas (*stations*) están agradablemente situadas, no menos que los pueblos que se atraviesan o divisan... Los *tunnels* o trozos subterráneos del ferrocarril, en número de cinco, en los cuales se pasa repentinamente de la claridad del sol a las tinieblas de la noche y viceversa, contribuyen extraordinariamente a la variedad, sobre todo el de Rolleboise, cuya travesía dura más de cinco minutos, a pesar de la velocidad extrema del tren.” (p. 81).

¹⁵⁴ “...Y sin embargo de esta precipitación, la comodidad es tan extrema, que apenas se percibe el movimiento, y sólo yendo al descubierto molesta algún tanto el viento cuando da de cara, y la rapidez con que desaparecen de la vista los objetos cercanos, por lo que es conveniente fijarla en la lontananza, o, por mejor decir, no fijarla en ninguna parte.” (Mesonero, *o. c.*, p. 237). / “El movimiento se va acelerando gradualmente: los objetos desaparecen como por ensalmo: no hay que fijar la vista en los que están cerca, porque no se ve mas que una cinta que forman, y se irá la cabeza fácilmente; conviene, pues, mirar á lo lejos, y de este modo no deja el viajero de poder irse enterando del país... El movimiento que se siente es una especie de movimiento trémulo y vibratorio, pero suave; y como es siempre y constantemente igual no incomoda; mucho menos se experimenta dificultad en la respiración como he oído

que más le molesta porque produce la visión vaga y confusa de los objetos – dice– y no le deja gozar de la contemplación detenida del paisaje; no obstante reconoce, con Mesonero, que favorece el vuelo de la imaginación, lo que según él sería más adecuado para escribir un cuento fantástico que no “para una narración a la buena de Dios” (tópico del desaliño o *captatio benevolentiae*), o sea, la de su viaje no ficticio, sino real, largo y arduo, que nada tenía que ver con los del Ariosto:

Al salir del valle cerró la noche... y ya todo comenzó a pasar ante mis ojos como un tropel de formas vagas y confusas¹⁵⁵, más propias para un cuento a manera de los de Hoffman que para una narración a la buena de Dios, como por ahí decimos, y que, lejos de embarcarse en nubes ni de cabalgar en hipogrifos como los caballeros y damas del Ariosto, camina bravamente a pie y aun cojeando de lo bueno si no me mienten las señas. (p. 72).

Unos días después, tras apuntar que llegó con el tiempo justo al tren, que arrancó en seguida¹⁵⁶, manifiesta la habitual preocupación del viajero romántico: dejar constancia de sus *sensaciones e impresiones* –la de levantar acta de todo lo visto y oído se encontraba ya en los ilustrados–; por lo que a la observación de la velocidad añade la del estrépito del tren en su marcha:

Las *sensaciones* que se experimentan en un medio de locomoción del todo desconocido entre nosotros prácticamente son de aquellas que no pueden definirse exactamente, pues la velocidad descompasada con que pasan todos los objetos cercanos, como arrebataados por un torbellino¹⁵⁷,

temer á algunos...; solo á los que van sobre cubierta les molesta algún tanto la impresión del aire y la pronta desaparición de los objetos...” (Lafuente, *viajes de Fray Gerundio...*, pp. 41-42).

¹⁵⁵ Aunque aplicado aquí a la visión, este “tropel de formas... confusas” recuerda “el confuso tropel” del ruidoso rodar de la diligencia en que Jovino se alejaba de Sevilla (“Epístola III heroica...”, v. 33), que siguió Meléndez en “el bronco / confuso son” (“Elegía III, La partida”, v. 47-48), llegó al “estruendo confuso” de Rivas (“La vuelta deseada”, I, v. 25) y, respecto al tren, al citado “tropel de carros humeantes” de Madrazo.

¹⁵⁶ “Al otro día acabé de atravesar la gran selva, dirigiéndome a Corbeil para tomar el camino de hierro, que un poco más adelante de este pueblo entronca con la línea de Orleáns. Tan a punto llegamos, que no tuve tiempo sino para meterme en un coche de los del tren, que arrancó al punto...” (p. 76).

¹⁵⁷ “Arrebatado con la velocidad del viento”, dice de sí mismo Larra en *Impresiones de un viaje* (ed. cit., p. 500); y, en esa angustiada petición de viaje al total extrañamiento que es la rima LII, Bécquer les pide a las “ráfagas de huracán que arrebatáis...” que le

junto con el ruido de una sarta tan larga de carruajes, barre la vista y aturde¹⁵⁸ no poco los oídos. Sobre todo cuando otro convoy pasa al lado; como la velocidad se dobla, parece cosa de magia, aunque a decir verdad la tal magia mucho más tiene en apariencia de negra que de blanca...” (*Viaje a Francia*).

En *Rouen*, vuelve Gil sobre el disgusto que le produce que el tren no le deje gozar del paisaje; y a la vaguedad de las *impresiones* y, como Mesonero, al movimiento del vehículo les atribuye la excitación de la imaginación, pues parece así que la Naturaleza se animara, lo que le lleva a una reflexión sobre el orgullo humano –lo cual, aparte de ser un tópico de la época, también podría ser, en este caso, nuevo eco de los poemas de Madrazo:

No cabe duda que los caminos de hierro apenas dejan disfrutar las diversas perspectivas que presentan; pero la misma vaguedad de las *impresiones* y, sobre todo, el movimiento de que parecen animar a la Naturaleza adormecida excitan poderosamente la imaginación, como si el hombre se gozase en su orgullo de variar sus leyes.

2.4. Bécquer, de Madrid a Tudela, camino de Veruela

Veinte años después que Enrique Gil y Carrasco, también Gustavo Adolfo Bécquer describió la partida y marcha del tren en la carta I *Desde mi celda* (1864), considerada el más importante texto literario publicado en España sobre el moderno sistema de automoción tras haber sido inaugurado.¹⁵⁹

lleven “arrastrado en el ciego torbellino” y, a las “nubes de tempestad...”, “arrebatado entre la niebla oscura...” (v. 5, 7, 9 y 11).

¹⁵⁸ Esta forma verbal, que también usa Bécquer en su *Carta I* al referirse al tren, se encuentra ya en la carta de viaje que el caballero Saint-Preux le escribe a Julie d'Étanges, porque ella le ha obligado a partir: “J'ai le cœur un peu serré... la voiture m'étourdit... je me trouve abatu...” (Lettre II, II Partie de *La nouvelle Héloïse*, en Jean-Jacques Rousseau, *Œuvres complètes*, I, éd. Bernard Gagnebin et Marcel Raymond, Paris, Gallimard, 1964, p. 196). Respecto a “una sarta tan larga de carruajes”, recuérdense, de nuevo, los “carros humeantes” de Madrazo.

¹⁵⁹ *El Contemporáneo*, 3 mayo 1864 (ver nuestra ed., Madrid, Espasa, 2000, pp. 59-81). También en la Carta IV (*EC*, 12 junio) alude al tren como muestra del progreso igualador que ha de borrar el ser y los modos de la vieja España: “A medida que la palabra vuela por los hilos telegráficos, que el ferrocarril se extiende, la industria se acrecienta y el espíritu cosmopolita de la civilización invade nuestro país, van desapareciendo de él sus rasgos característicos, sus costumbres inmemoriales, sus trajes pintorescos y sus rancias ideas...” (p. 120); y, poco después, volvió sobre el asunto, aunque con distinto objeto, en “Caso de ablativo (en, con, por, sin, de, sobre la inauguración de la línea completa del ferrocarril del Norte de España)” (*EC*, 21

Si Gil marchaba a Alemania en viaje semi político y dirigía sus artículos al director de *El Laberinto*, Bécquer, que se encaminaba a las soledades de Veruela para aliviar su precario estado de salud, enviaba sus cartas a sus compañeros de *El Contemporáneo*; pero ambos autores manifiestan su afán por cumplir con su obligación profesional, contribuyendo desde la distancia a la redacción de sus respectivos periódicos.

Gerardo Diego, José Pedro Díaz, Jean-Louis Picoche¹⁶⁰ y otros han señalado que entre Gil y Bécquer hay concomitancias y coincidencias. Aunque las descripciones de este son menos detallistas que las de aquel, en cambio, son más ricas, con abundantes imágenes, amplificaciones y gradaciones, y en ellas se percibe un afán más artístico que informativo, de alto vuelo literario. No obstante, ante la experiencia del ferrocarril, ambos echan mano de recursos parecidos, de imágenes semejantes y, en sus textos, parecen gravitar unas mismas influencias. Pero, como las ediciones de Gil fueron póstumas —la poesía, en 1873, y la prosa, en 1883: tres y trece años, respectivamente, después de la muerte de Bécquer—, Picoche considera difícil, sino imposible, que este las hubiera leído¹⁶¹. Sin embargo, ambos eran periodistas y con amigos y conocidos comunes que pudieron hacer llegar a Bécquer los poemas y artículos de Gil en los viejos números de diarios y revistas en que este colaboró.

2.5. El arranque del tren

En *Rouen*, dice Gil que tras visitar los principales monumentos —que describe pormenorizadamente—, decidió dar un paseo en barca; y al desembarcar cerca de la estación, contempló ya de noche la partida de un tren:

agosto; ver Juan M^a Díez Taboada, “Los viajes de Bécquer y sus relatos de viajes”. *Caminería Hispánica. Actas del II Congreso Internacional de Caminería Hispánica*, III: *Caminería literaria e hispanoamericana*. Madrid, Patronato “Arcipreste de Hita”, 1996, pp. 363-377).

¹⁶⁰ Respectivamente, “Enrique Gil y Bécquer” (*La Nación*, 27.266, del 11 mayo 1947), *Gustavo Adolfo Bécquer. Vida y poesía* (1958; Madrid, Gredos, 3^a ed.: 1971, pp. 117-118) y *Un romántico español: Enrique Gil y Carrasco (1815-1846)* (Madrid, Gredos, 1978, pp. 357-361).

¹⁶¹ “Es difícil pensar que Bécquer leyese la mayor parte de las obras de Enrique Gil. Pudo leer *El señor de Bembibre* en su edición de 1844, y conocer los dos poemas más célebres: *La violeta* y *Una gota de rocío...* Es probable, pues, que no haya habido filiación directa y segura, sino una comunidad de temperamentos”; pero más adelante añade: “La obra en prosa de Gil pudo tener alguna influencia en la de Bécquer” y señala la del cap. VII de *El señor...* en la leyenda *La ajorca de oro* y la de los caps. XV y XVIII, en *La cruz del diablo* (lugar cit.).

A pocos minutos un tren que salía para París arrancó con su acostumbrada velocidad, pero con un estrépito infinitamente mayor a causa de la pesadez del aire y del silencio de la noche...

Por su parte, Bécquer, en la *Carta I*, tras manifestar una actitud irresoluta respecto a lo que haya de escribir que sea de interés para sus lectores, se decanta por “bosquejar un curioso cuadro de costumbres”¹⁶² con las mismas secuencias de su largo y azaroso viaje a Veruela: primero, en tren a Tudela; luego, en diligencia a Tarazona –siguiendo a Larra, adorna ambos trayectos con sendas escenas de carácter costumbrista–; después en mulo y, al avistar desde una altura el monasterio, baja hasta él a pie. El relato se inicia con “llegué a la estación del ferrocarril a punto de montar en el tren” (Bécquer, p. 64) –como Gil decía en *Viaje a Francia*– y su primera mirada se fija en la locomotora, en cuya comparación con un caballo inquieto ante la carrera en el hipódromo, parece referencia implícita –y, desde luego, de mayor altura poética– a lo dicho por Gil: que estaba lejos “de cabalgar en hipogrifos...” –así, como término esdrújulo, aparece el nombre de la mítica cabalgadura en *El Laberinto* (p. 277c):

La locomotora arrojaba ardientes y ruidosos resoplidos, como un caballo de raza, impaciente hasta ver que cae al suelo la cuerda que lo detiene en el hipódromo. De cuando en cuando, una pequeña oscilación hacía crujir las coyunturas de acero del monstruo... (Bécquer, p. 64).

Y en seguida fija su atención en el arranque del tren, y en su visión sigue la de Gil que si primero lo denominó “sarta de carruajes”, en *Rouen* dice que “parecía una inmensa serpiente”; y además coincide con el leonés en la forma verbal “arrastrándose”. Véanse los pasajes de ambos autores:

La *sensación* más extraña que allí experimenté fue la de un convoy larguísimo que vi salir para París, y que *arrastrándose* con velocidad increíble por medio de casas, árboles y sembrados, parecía desde aquella altura una inmensa serpiente que se deslizaba por entre matorrales y peñascos. (*Rouen*).

* * *

Por último, sonó la campana, el coche hizo un brusco movimiento de adelante a atrás y de atrás a adelante, y aquella especie de culebra negra

¹⁶² Si Larra y Mesonero eran los maestros del costumbrismo, *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior* había titulado Gil su principal obra viajera, publicada de forma irregular en *El Sol*, desde el 3 febrero al 27 abril 1842 (edición de Díez-Taboada en *Breviarios de la Calle del pez*, León, 1985; 2ª ed.: 1999; edición de V. Carrera en *Viaje a una provincia del interior*, BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, vol. III, 2014).

y monstruosa partió *arrastrándose* por el suelo a lo largo de los *rails* y arrojando silbidos estridentes que resonaban de una manera particular en el silencio de la noche. (Bécquer, p. 64).

No es la velocidad, pues, que tanto impresionó a los románticos, lo que le molesta a Bécquer –y menos aún porque no le dejara gozar del paisaje, como a Gil, ya que él viajaba de noche–, sino que es el ruido lo que altera su sensibilidad, no permitiéndole dormir ni atender a sus visiones interiores:

La primera *sensación* que se experimenta al arrancar un tren es siempre insoportable. Aquel confuso rechinar de ejes, aquel crujir de vidrios estremecidos, aquel fragor de ferretería ambulante, igual, aunque en grado máximo, al que produce un simón desvencijado al rodar por una calle mal empedrada, crispera los nervios, marea y aturde... (Bécquer, p. 64).

Ya señalamos en otro lugar que en este pasaje descriptivo resuena el del arranque de la “diligencia” de Larra¹⁶³ y que, en sus ricos aspectos sonoros, ambos autores se hacían eco del motivo del carruaje, que, ya tipificado, pasó de las despedidas poéticas¹⁶⁴ a la literatura viajera y costumbrista. Sin embargo, parece incontestable que Bécquer tenía *in mente* el texto de “Viaje a Francia” de Gil, pues, además de en la precipitada llegada al tren a punto de partir, coincide con él en el sustantivo *sensación* –allí en plural–, seguido de una proposición adjetiva idéntica, en la forma verbal “aturde” –en seguida dirá “aturdimiento”–, en la ponderación reiterada de lo desagradable y en la *impresión* de extrañamiento:

¹⁶³ “Por fin suena el agudo rechinido del látigo, la mole inmensa se conmueve y, estremeciendo el empedrado, se emprende el viaje, semejante en la calle a una casa que se desprendiese de las demás con todos sus trastos e inquilinos a buscar otra ciudad en donde empotrarse de nuevo.” (ed. cit., p. 440). En este pasaje, seguía Larra el romance XII, *Un viaje a Madrid*, de Eugenio de Tapia, que se refiere al coche como “la mole inmensa” (ver nuestro *Con Jovellanos y Larra en la diligencia de Bécquer. Actas del Congreso los Bécquer y el Moncayo* (Tarazona-Veruela, septiembre 1990), ed. Jesús Rubio Jiménez, Zaragoza, Centro de Estudios Turiasonenses / Institución Fernando el Católico, 1992, pp. 319-329).

¹⁶⁴ La primera muestra se halla en *A la ausencia de Marina* de Jovellanos, pero como esta elegía estuvo largo tiempo inédita, fue la *Epístola III heroica de Jovino a sus amigos de Sevilla* la que abrió la rodada por la que discurrió dicho motivo, glosado por Meléndez Valdés en *La partida*, por Álvarez de Cienfuegos en *Un amante al partir su amada*, por Quintana en *A Fileno, consolándole en una ausencia*, por Rivas en la *Elegía IV*, y ya con breve alusión, aún por Zorrilla en la despedida *A Laura*: “Partamos, pues; ya siento los carruajes...” (v. 109).

Verdad que en ese mismo aturdimiento hay algo de la embriaguez de la carrera, algo de lo vertiginoso que tiene todo lo grande; pero, como quiera que, aunque mezclado con algo que place, hay mucho que incomoda, también es cierto que hasta que pasan algunos minutos y la continuación de las *impresiones* embota la sensibilidad, no se puede decir que se pertenece uno a sí mismo por completo. (Bécquer, pp. 64–65).

Además, si Gil, en *Rouen*, desde fuera del tren, atribuye el mayor estrépito al aire húmedo y al “silencio de la noche”, también a este, y con idéntico sintagma, le atribuye Bécquer la particular resonancia de los “estridentes silbidos”, a los que ya se refería Mesonero. Pero, cuando el tren ya está en marcha, interioriza la percepción y achaca la magnitud del ruido al “sopor” y a “la misteriosa embriaguez de las altas horas de la noche, que pesan de una manera particular” y ellas son –ni velocidad ni ruido, aparte de la proximidad de una bella muchacha– las que sobrecitan su imaginación.

2.6. Las chispas y su rastro luminoso

Al describir la estación de Malinas, ya Mesonero consideraba “sorprendente para la imaginación tan asombroso espectáculo”, por lo que exhortaba a los poetas a su contemplación, pues si lo hicieran,

...verían el más variado cuadro que la civilización moderna puede ostentar, mirando llegar por todas partes, partir en todas direcciones continuamente máquinas gigantescas, despidiendo *el resplandor vivísimo del fuego* que las alimenta, *dejando en pos de sí una faja negra* y espesa de *humo, que marca su camino*, despidiendo un mugido bronco y monótono, y avanzando o alejándose con mágica celeridad... (Mesonero, p. 239. Cursivas nuestras).

Y resumiendo este pasaje, Lafuente informaba a sus lectores:

Despréndense de cuando en cuando de la máquina *carbones encendidos*; el *humo* de la chimenea *va dejando por los aires una faja negra que marca á lo lejos la dirección del convoy...* (Lafuente, p. 41. Cursivas nuestras).

Más poéticamente, Enrique Gil observa que el tren que partía de Rouen, “*sembrando el camino de chispas brillantes* que caían de la máquina y relumbrando con los *faroles encendidos* de sus carruajes en medio de la oscuridad, desapareció *con la rapidez de un meteoro, dejando detrás de sí un surco luminoso*, que las tinieblas se tragaron al instante...”; y concluye: “Imagen más fiel del destino del hombre en la tierra apenas puede ofrecerse a la imaginación de nadie.” (Cursivas nuestras).

Y Bécquer, no atreviéndose a hablarle a su joven compañera de viaje, se entretiene en ver pasar a través de los cristales, y sobre una *faja de terreno oscuro*

y monótono, las blancas nubes de *humo* y de *chispas* que se quedaban al paso de la locomotora rozando la tierra y como suspendidas e inmóviles...(Cursivas nuestras)¹⁶⁵.

Con prodigiosa memoria literaria y en excelente síntesis poética, en este pasaje trenza Bécquer imágenes de todos los textos citados. Así, la “faja negra” que iban “dejando en pos de sí” o “por los aires” las máquinas de Mesonero y Lafuente, tiene su correlato en la “de terreno oscuro y monótono” y, en cambio, al “humo” antepone Bécquer “las blancas nubes”, pues, repetimos, él viajaba de noche. Por otra parte, si “los chispazos ardientes” y “el resplandor vivísimo del fuego” que iban “despidiendo” las máquinas de Mesonero, los transmutaba Gil en las “chispas brillantes que caían de la máquina”¹⁶⁶, estas son las que, en la mirada de Bécquer, “se quedaban al paso de la locomotora rozando la tierra” y permanecían “suspendidas e inmóviles”, como la “faja de humo” que Mesonero y Lafuente contemplaban.

Este tren, que Gil veía desaparecer con la rapidez de un meteoro, dejando tras de sí un surco luminoso que se tragaron las tinieblas, hizo fortuna en la memoria de Bécquer, pues meteoros y astros, seguidos de estela, rastro o surco luminoso son tópicos del imaginario becqueriano. Así, en la rima V, el yo del poeta se metaforiza en “del astro errante / la luminosa estela”: el adjetivo es el mismo que el de Gil —aquí femenino por exigencia de la concordancia—, y, en cuanto al sustantivo, además de sinónimo de “surco o rastro”, es también amplificación indirecta de “astro”, porque, etimológicamente, es sinónimo de “estrella”. En la rima XXVII, la sonrisa de la amada dormida se compara con “el rastro luminoso / que deja un sol que muere”: el mismo adjetivo, pues, se aplica, con implícita paronomasia amplificadora, al rastro que deja un astro —aquí el sol, chispa cósmica que cae y de la que, solo reflejada en el mar, veríamos la imagen de un surco—; aún en la rima LXXV, el espíritu “guarda un rastro del dolor y el gozo, / semejante al que deja cuando cruza / el cielo un meteoro”; y, en la Carta IV, los usos y costumbres de la vieja España se

¹⁶⁵ Y sigue Bécquer: “...ya los palos del telégrafo, que parecían perseguirse y querer alcanzarse unos a otros lanzados a una carrera fantástica” (p. 70). Aparte de la coherencia textual con el metafórico “caballo de raza”, esta imaginaria carrera de los inmóviles postes telegráficos, vista desde la ventanilla del tren en marcha —relatividad del enfoque—, parece mostrar la permanencia en la memoria de Bécquer de la alusión de Gil a los cuentos de Hoffmann y viajes del Ariosto.

¹⁶⁶ Y los “carbones encendidos” que “despréndense” de la máquina de Lafuente, parecen transmutarse en los “faroles encendidos” de los vagones, como lo sugieren la coincidencia en el adjetivo de ambos sintagmas y en los sustantivos, que poseen las mismas vocales e igual número de sílabas.

comparan con las horas finales de un espléndido día que, puesto el sol, van a “sepultarse en las tinieblas”¹⁶⁷, metáfora del olvido, del que solo la historia, o mejor, la palabra poética las puede recuperar.

En fin, si en el tren veía Mesonero un nuevo estímulo imaginativo y Ferrer y Gil atendían, tímidamente, a *sensaciones e impresiones*, Bécquer completa y culmina el proceso de literaturización del asunto, dando rienda suelta al “caballo de raza” de su imaginación que, desasida de la materia, tiene espacio y lugar para correr, volar y jugar como una loca por donde mejor le parece¹⁶⁸. Y si en su “narración a la buena de Dios” Gil aludía explícitamente a “la carrera fantástica”, a ella se lanzó Bécquer en *Desde mi celda*, porque, como dijo con acierto el profesor Rull¹⁶⁹, transfiguró su circunstancial viaje a Veruela en uno auténticamente poético, o sea, mítico y trascendente.

[*Caminería hispánica*. Actas IV Congreso, tomo III: Caminería literaria, 2000]



¹⁶⁷ “Tienen para mí todo ese indefinible encanto, esa vaguedad misteriosa de la puesta del sol en un día espléndido, cuyas horas vuelven a pasar por la memoria... antes de sepultarse en las tinieblas en que se han de perder para siempre...” (Bécquer, p. 117).

¹⁶⁸ Y sigue Bécquer: “...el cuerpo, abandonado del espíritu, que es el que se percibe de todo, sigue impávido su camino, hecho un bruto y atalajado, como un pellejo de aceite, sin darse cuenta de sí mismo ni saber si se cansa o no...” (p. 80), párrafo que recuerda al de Gil sobre sus viajes en las diligencias francesas: “...una vez embaulado el viajero en sus diligencias, se convierte en todo punto en fardo de mercancías y así se cuida nadie de él como de las nubes de antaño... (*Viaje a Francia*); pero si Gil achaca la molesta cosificación al trato desdeñoso de los funcionarios, Bécquer la atribuye al abandono de su cuerpo por el vuelo del espíritu, en alas de la imaginación.

¹⁶⁹ “Estructura poética de las Cartas desde mi celda”. *Bécquer. Origen y estética de la modernidad*. Actas del VII Congreso de Literatura Española Contemporánea, Universidad de Málaga, 9-12 noviembre 1993, ed. Cristóbal Cuevas. Málaga, Publicaciones y Biblioteca del Congreso de Literatura Española Contemporánea, núm. 6, 1995, pp. 251-264.

3. Diario de viaje

MANUEL CUENYA



Berlín como destino, adonde el escritor berciano Gil y Carrasco fuera a parar en una misión diplomática, en un viaje sin retorno, al menos en vida, pues el autor villafranquino murió joven y tuberculoso como buen romántico y fue enterrado en el desaparecido cementerio de Santa Eduvigés, al lado de la Unter den Linden, la famosa avenida bajo los tilos, que a uno lo devuelve a la capital alemana, donde otro berciano ilustrado, Miguel Ángel García Rodríguez, ejerce en la actualidad como corresponsal de *Televisión Española*.

Como si de una premonición se tratara, el autor de *El Señor de Bembibre* cuenta en sus *Diario de viaje* que si la suerte le condenase a vivir y morir lejos de los suyos, “de lo que he visto hasta ahora escogería este pueblo”. Se refiere a Coblenza que “es la ciudad mejor situada que hasta ahora he visto en el Rhin, y tal vez en ninguna otra parte, tanto por la confluencia de los dos ríos y de varios caminos que allí se juntan, como por los accidentes de su terreno, todos diferentes y todos esencialmente pintorescos...” [*Diario*].

3.1. Recorrido por Europa

A primeros de abril de 1844, y por encargo de Luis González Bravo, presidente del Consejo de Ministros, Gil es nombrado secretario de la legación española en Berlín, lo que le permite realizar un viaje político-económico por Europa con el objetivo de reestablecer relaciones diplomáticas con la corte de Prusia.

El políglota escritor, que estudió alemán antes de partir rumbo a su destino, nos relata en sus *Diario de viaje* un recorrido por diversas ciudades de Francia, Bélgica, Holanda y Alemania, en el que sería su último y gran viaje.

Sabemos que Gil salió de Madrid en diligencia, puesto que él mismo hace referencia a esto, y llegó a Berlín el 23 de septiembre de 1844.

El primer y segundo relatos de su viaje por Francia (*Viaje a Francia y Rouen*) fueron publicados en *El Laberinto*, periódico con el que colaboraba Gil. En su primer artículo, que le envía al director, el autor del Bierzo se queja de la rapidez del viaje y la imposibilidad de escribir con fundamento sobre el mismo:

He caminado de un tirón las 87 leguas que hay desde Marsella a Lyon, y de otro tirón o poco menos las 119 que separan a esta gran ciudad de París. ¿Cómo quería usted, pues, que trazase mis garabatos sobre impresiones tan fugitivas, ni fabricase la armazón de mis reflexiones sobre tan flacos cimientos?

Francia

El relato de su viaje comienza en Francia y discurre por este país, de sur a norte, hasta llegar a Lille, en la frontera con Bélgica.

Parte desde Marsella, de la que dice que es una ciudad alegre, con un puerto muy hermoso. Una Babel dividida en dos partes, “la ciudad antigua, alta, encaramada y llena de calles retorcidas y oscuras” y una ciudad “moderna, alegre, bien trazada, con calles tiradas a cordel y cortada en ángulos rectos”. De ahí se va a Avignon, “antigua residencia de los Papas”, que le causa una agradable impresión. “Aunque las impresiones quedan, el nombre de los lugares sin la ayuda de un guía no correría la misma suerte”.

Prosigue su viaje hasta Valence por el valle del Ródano, disfrutando de la Naturaleza, que es lo que más llama la atención al poeta romántico berciano, mucho más que el paisanaje, sobre el que a lo largo de su recorrido nos ofrece brevísimas pinceladas. Llega a Lyon, que le ofrece desde las alturas de Fourvière uno de los panoramas más hermosos que pueden imaginarse. Un espectáculo –dice él– que no se borra fácilmente de la memoria de quien lo ha visto.

En esta ciudad también visita la exposición industrial. Rueda por los campos de La Borgoña, que se le antoja una pintura de Claude Lorrain, uno de los grandes paisajistas franceses del siglo XVII. Visita el palacio de Fontainebleau, a las afueras de París. Se dirige a Corbeil para tomar el ferrocarril (‘camino de hierro’, escribe Gil por la influencia francesa de *chemin de fer*). Llega a París, “la capital del mundo civilizado”, cuya fisonomía le resulta extraña, aunque sea “una especie de patria común”. Sobre la capital francesa Gil nos muestra sensaciones e impresiones contradictorias, porque,

por un lado no parece que le resultara muy atractiva, mientras que por otra parte habla de esta ciudad como un lugar en el que se siente como en casa, por la cantidad de españoles y españolas que viven en la misma.

Abandona la capital francesa y desviándose de su camino se desplaza ex profeso a Rouen porque Gil deseaba recorrer la línea más larga de ferrocarril que existía en Francia en ese momento; por lo delicioso de las orillas del Sena, de las que tanto había oído hablar, y porque la capital normanda conservaba la misma fisonomía que en tiempo de sus duques, “pues las calles son torcidas y estrechas”, dice de Rouen, ciudad que le maravilla por sus posadas, la estatua de Corneille, la plaza en la que quemaran a Juana de Arco, la abadía de Saint-Ouen, “cuya primorosa y elegante torre cautivaba mi atención” y su catedral, que al visitarla le trae a la memoria la catedral de León. Esto es algo habitual en Gil, como luego veremos (véase el apartado *El paisaje es memoria*).

“Tanto los amantes de las nobles artes como los aficionados a las útiles, encontrarán en los monumentos y fábricas de Rouen cosas dignas de observarse”. Y añade, “si el tiempo se lo permite, no dejen por nada del mundo de llegar a El Havre”. También pasa por Arras, cuyo aspecto exterior e interior se le antoja muy curioso, antes de adentrarse en las cercanías de Lille, que le parecen “un verdadero bosque de molinos de viento”, que tal vez le hagan sentirse un Quijote. “Se sentía no menos bien molido y mal andante que el del caballero de la Triste Figura”, escribe Gil sobre sí mismo al inicio del *Viaje a Francia*, en la carta que dirige al director de *El Laberinto*. La referencia literaria al Quijote, como tantas otras que hace a lo largo de su viaje, es prueba evidente de la importancia que para Gil tienen las lecturas a la hora de encarar un viaje. Y el Quijote no deja, además, de ser una novela de aventuras, un libro de viaje.

Bélgica

Finalizada su etapa francesa, se adentra en campos belgas, que le hacen recordar los paisajes de los pintores flamencos y también los castellanos. Una vez más, Gil busca semejanzas con su país: “Estos campos son más llanos aún que los de Castilla, pero los arbolados dan a su superficie una especie de ondulación que templaba su monotonía”.

Llega a Bruselas de noche y le parece una ciudad linda, de la que destaca su magnífico ayuntamiento (*Hôtel de Ville*), “un soberbio edificio gótico con una torre hermosísima” y su Gran Plaza, porque su catedral, aun siendo un templo hermoso, no es como el que “ofrecen las torres de la catedral de León”. Sigue Gil haciendo patria adonde quiera que va. Pero en este caso lo que más le llama la atención es curiosamente el paisanaje, variopinto, incluso se sorprende de que haya un gran número de “gentes morenas con ojos negros”. Y hasta se atreve a

decir que la raza belga le parece superior a la francesa, sobre todo las mujeres, “muy lindas y bien formadas”. Y agrega: “Entre las del pueblo he encontrado algunas que llevaban un chal de seda negro en forma de mantilla sin velo, cosa que me ha alegrado, pues es la primera semejanza que veo de nuestro gracioso tocado nacional”. Vuelve Gil a hacer comparaciones entre el pueblo español y el belga. “La belleza de esta tierra es como la de las mujeres que nos pinta Rubens, hermosas sin duda, pero sin gracia y no sé qué”, sintetiza el escritor berciano.

Continúa rumbo a Vetheren, uno de los paisajes más agradables de Bélgica. Y de ahí viaja a Gante, cuya fisonomía le resulta interesantísima, con un *hôtel de ville* “esbelto y delicado” y “casas de un primor y gallardía increíbles. Las mejores se atribuyen a los españoles”. El gusto de Gil por las obras pictóricas lo lleva hasta la catedral de San Bavón, donde se sorprende ante las pinturas de los hermanos Van Eyck y Rubens. Y su querencia por las alturas le encamina hasta la torre *du beffroi* (del campanario) desde donde goza de una vista deliciosa. Una ciudad, Gante, que cuenta con una intensa vida cultural, según Gil, que en el camino hacia Brujas, otra “ciudad lindísima”, se encuentra con un diplomático amable, cuya conversación le resulta atractiva, lo que aprovecha para traer de nuevo a la memoria a España. “Los carruajes de este país –se refiere a Bélgica– se parecen algo a las diligencias del nuestro, por la facilidad con que se entabla y sostiene la conversación”. Y el deseo de ver el mar del Norte le lleva directamente hasta Ostende. Se queja Gil del mal tiempo desde que saliera de España. “Desde que salí de Madrid no he visto en mi viaje sino dos o tres días buenos”.

En su recorrido por Bélgica también visita la ciudad de Malinas, “linda por su pintoresca arquitectura y anchas calles” con “una obra de Van Dyck que por sí sola merece un viaje, no de camino de hierro, sino a pie”. Y en este caso vuelve Gil a referirse al paisanaje: “Mr. Teichman, actual director de caminos de este país, persona de trato agradable y abierto, como la mayor parte de los que he visto en él, donde cada día encuentro más analogía con el nuestro”. El pintor Rubens, por el que siente devoción, le lleva hasta Amberes, donde se queja de lo difícil que le resulta dar cuenta de todo en su *Diario*, “cuando las impresiones se amontonan y confunden”.

Devoto de lo artístico, Gil alaba a la gente belga, a la que considera franca y sincera, porque sabe valorar sus riquezas artísticas pues se gastan enormes sumas de dinero en restauraciones. “¡Qué diferencia con nuestra cuitada España, donde tan bárbara devastación se ha hecho o consentido en estas obras!”. Se va contento de Bélgica, “país ameno, bien cultivado y fértil en general”, para viajar a Rotterdam en el vapor Escalda.

Holanda

Cabe señalar que Gil, en su recorrido por Europa, emplea algunos medios de transporte como carruajes, barcos a vapor y trenes. Reconoce que tenía una idea preconcebida sobre Holanda pero que estaba equivocado. “Todo este país y esta gente existe de prestado y de una manera puramente artificial, y esta sensación, nueva para nosotros, introduce en el ánimo un no sé qué de desasosiego”. Desasosegado frente un país ganado al mar, que a Gil le parece artificial –él que tanto ama la Naturaleza en estado puro–, Rotterdam no le ofrece nada especial, salvo “sus infinitos, sus innumerables barcos, su gran comercio y su prolijo aseo”. Asimismo, destaca la estatua de Erasmo, gran amigo y compañero de Luis Vives. Tanto el autor de *Elogio de la locura* como el filósofo y pedagogo valenciano son dos de sus referencias literarias¹⁷⁰.

Viaja en diligencia “por caminos de ladrillo y por praderas verdes como una esmeralda, y con canales siempre a la vista”, por ejemplo para ir a La Haya (El Haya, escribe Gil), que le parece una ciudad muy linda, adjetivo que emplea a menudo para calificar una ciudad. Y lo que más le llama la atención son las pinturas de Rembrandt y el ferrocarril. Se refiere a la ciudad de Haarlem como la patria de los tulipanes y a Ámsterdam como la Venecia del Norte, una ciudad alegre y animada, con un Zoológico superior al Jardín de Plantas de París –matiza Gil–, que se lamenta de que Holanda, aun siendo hermosa y verde, es fruto del ser humano, y “sus obras no pueden ostentar la variedad de la Naturaleza”. No obstante, Gil precisa que “Holanda con el Rhin por el medio tiene mucho atractivo y novedad” porque “el Rhin es un río tan notable y lleno de poesía, que por sí solo embellece la tierra por donde pasa”. Antes de abandonar Holanda se acerca a Utrecht, que no le parece interesante, salvo que es la ciudad donde coge el tren para seguir su viaje, en primer lugar rumbo a Arnheim.

Alemania

Viaja hasta Alemania (Prusia) en barco por el Rhin y entra por la aduana de Emmerich, que a Gil se le antoja “muy cortés y atenta”. De Alemania lo que le atrae a Gil es la ternura con que los padres y las madres tratan a sus niños. Y trae a la memoria la obra de Byron, *Childe Harold* “que las aguas de este río fuesen las del Leteo”. Una referencia clave en Gil, *Las peregrinaciones de Childe Harold*, que es un extenso poema narrativo dividido en cuatro cantos. En este poema, publicado entre 1812 y 1818, el poeta inglés describe los viajes y

¹⁷⁰ Véase a propósito su ensayo sobre Luis Vives en *Miscelánea*, BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, vol. V.

reflexiones de un hombre joven hastiado del mundo, desilusionado de una vida de placer y deleite, mientras goza de los paisajes de las tierras extranjeras por donde va pasando.

El 1 de septiembre llega a Düsseldorf, “una ciudad muy bonita, por lo menos en su parte nueva, y su jardín, llamado Hofgarten, uno de los más hermosos que he visto, y, según dicen, de los mejores también de Alemania”. Al día siguiente visita Aix-la-Chapelle –antiguo Aquisgrán–, cuya catedral le parece interesantísima. Viaja en tren a Colonia por el ferrocarril “más extraño y pintoresco en su género que hasta ahora he visto, pues aunque no ofrece puntos de vista tan soberbios como el de París o Rouen, sin embargo, como una gran parte discurre por entre bosques y pinares con un sello de antigüedad muy grande, la soledad y agreste carácter del paisaje son muy agradables”. De Colonia le llama la atención su catedral inacabada, “que, salvo algún impensado accidente, no desespere de ver acabada en mis días, y que por sí sola merecerá un viaje”. Una lástima que su deseo no se hiciera jamás realidad.

Su siguiente destino es Bonn, donde naciera el famoso compositor Beethoven, “pueblo agradable por su situación, y donde los aficionados a la ciencia encontrarían pábulo a su inclinación”. Sin embargo, Gil confiesa que no hay mucho que ver en esta ciudad alemana, habida cuenta de que, por lo general, prefiere los entornos campestres a los urbanos. Es por esto que decide irse dos o tres días a Godesberg para hacer alguna excursión por las siete montañas. “En el camino, pero sobre todo en la perspectiva de las siete montañas, he encontrado grandes semejanzas con otras escenas iguales de España, sobre todo en León”.

También en estos parajes germanos encuentra Gil concomitancias con su tierra natal. Y le cautivan hasta el punto de llegar a decir que la visita al ruinoso castillo de Rolandselk, “un poco más arriba de Godesberg” fue uno de los días mejor empleados de su vida. El gusto por las ruinas y los castillos en ruinas es una característica de los románticos. Y Gil es un romántico al que también le gustan las alturas, los miradores, desde los que contempla magníficas panorámicas. “Los puntos más salientes de este mirador imponderable son el castillo de Godesberg, Rolandseck y la isla de Nonnenwerth... Los pueblos, que se descubren infinitos, con tejados encarnados y azules, formando vistosos mosaicos”. Se vanagloria Gil de que Alemania es “un país visitado por todo el mundo porque conjuga el atractivo que ofrece la naturaleza y el humano”.

Y, una vez más, el espíritu de Byron sigue ejerciendo como cicerone de Gil: “Este sitio ha sido cantado por lord Byron en su *Childe Harold* –se refiere al castillo de Rolandseck–, y esto bastaría a hacerlo célebre; pero sin versos ni

poetas sería siempre uno de los sitios más hermosos que la fantasía más rica pudiera imaginar”. También aprovecha para visitar la ciudadela de Ehrenbreitstein siguiendo las huellas del poeta inglés. “La fortaleza intimida tanto por su situación como por sus murallas y las innumerables troneras de sus cañones, y es muy dudoso que a viva fuerza pueda tomarse, aunque por un lado parece más débil y menos redondamente fuerte que Montjuich”. En este caso, sigue Gil con sus analogías monumentales y paisajísticas.

Su siguiente parada es “la fuerte ciudad de Coblenza, con su puente, sus murallas y numerosos barcos... el país, que da a la espalda del Rhin por aquella parte, ofrece analogías tan visibles en las desigualdades del terreno y en el color de la tierra con varios parajes del Bierzo”. Vuelve Gil a percibir estos paisajes alemanes como si fueran los de su tierra natal. Y nos lo cuenta en varios pasajes: “Estos bosques, de cuya verdura y lozanía solo he hallado ejemplo en algunas de las montañas del Bierzo y, sobre todo, entre Peñalba y Montes, cubren completamente la tierra”.

El lago de Laach también le trae a la memoria el lago de Carucedo, aunque dice que el de su país es “mucho más grande, más variado, más hermoso y más lleno de recuerdos”. Sube al castillo de Rheinfels, desde donde goza de una vista deliciosa, “con un arroyo en el fondo, que parece vivo retrato del de Agadán en el Bierzo”.

Antes de salir de San Goar recorre el Valle suizo. “Es lindo, pero nada de nuevo me ha ofrecido ni aun iguala a muchos de los que he visto en la provincia de León... Tantas son las ruinas de este género que por España se encuentran y tan escasas andan por este país, que al ver aquellas columnas he creído encontrar un recuerdo de mi patria”.

Y recuerda la descripción que hiciera Byron del Rhin en *Childe Harold*: “No solo es hermosa como poesía, sino de extraordinaria exactitud”.

Llega a Wiesbaden, que “es una ciudad lindamente trazada y con agradables paseos, pero lo que más vida le da son sus baños”. Observa Gil una variedad de fisonomías, aunque señala que el tipo alemán predomina de un modo extraordinario. “Las mujeres hermosas escaseaban, pero había muchas de aire, vestidos y modales distinguidos”. No obstante, Gil se lamenta de que son tantas las cosas que ha visto y las impresiones tan vivas, que no está seguro de que su relato sea fiel y completo.

De Wiesbaden a Mainz viaja en tren, que es muy bueno. Visita la estatua de Gutenberg, que no le gusta nada. Allí, antes de separarse del Rhin, lee la estrofa de despedida de *Childe Harold*, volviendo a su guía Byron.

En Frankfurt agudiza el sentido del oído y se deja embargar por la música y los músicos ambulantes, que “ejecutan con bastante buen gusto”. Asimismo, se

queda impresionado con el cementerio, que compara con el del Père Lachaise, de París, “tan profano en general y atildado, y tan lleno de inscripciones pomposas”. Le llaman poderosamente la atención los muchos ómnibus, diligencias, carros y, sobre todo, carruajes de postas, que existen en Alemania.

En su visita a Kassel encuentra muchas analogías con otros parajes de las montañas de León, “aunque esto es más abierto”. Y en Göttingen halla muchas buenas figuras de hombres y mujeres, “pero la soledad de sus calles ahora que está la universidad cerrada es muy grande”.

En Hannover, donde las gentes son bien parecidas, sobre todo las mujeres, Gil vuelve a reencontrarse con valles y cañadas que se le parecen a los del Bierzo, “no en las orillas del Sil o del Cúa, sino en la parte más seca hacia Fresnedo”. Y en Magdeburgo finaliza su *Diario de viaje* con la frase: “Mañana saldré para Berlín, término de mi viaje”. Sabemos que llega el 23 de septiembre de 1844 a Berlín, pero nos deja con la miel en la boca, porque nada nos cuenta en sus *Diario de viaje* de la espléndida ciudad alemana, otrora capital de Prusia. Resulta curioso y hasta sorprendente cómo, al llegar a Berlín, Gil guarda un misterioso silencio, tal vez a resultas de sus achaques, a su enfermedad. No en vano, durante el recorrido por Europa, se lamenta en alguna ocasión de haber pasado mala noche y vomitando. “He pasado muy mal la noche, como de costumbre en estos carruajes, vomitando a menudo y muy desasosegado”.

Cabe señalar que los artículos de viaje son una parte sustancial de su obra, incluso se podría decir que toda la obra de Gil está impregnada por los viajes¹⁷¹.

3.2. El paisaje es memoria

Viajero lírico, escritor-viajero, Gil siente devoción por personajes como el segador gallego, el pastor trashumante de Babia o el arriero maragato, que en el fondo simbolizan el ideal viajero, porque son seres nómadas y errantes como los beduinos. En este sentido concibe su vida como una impresión viajera. Y se siente cautivado por el romanticismo, por las impresiones románticas del paisaje, que en su caso también es memoria, memoria afectiva, pues cuando escribe sobre sus viajes lo hace con la mirada y la memoria de su paisaje.

El paisaje es memoria... el paisaje sostiene las huellas del pasado, reconstruye recuerdos, proyecta en la mirada las sombras de otro tiempo que solo existe ya como reflejo de sí mismo en la

¹⁷¹ Véase el estudio de J. A. Carro Celada, *Un viajero llamado Gil y Carrasco*, en *Viaje a una provincia del interior*, vol. III de esta BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO.

memoria del viajero o del que, simplemente, sigue fiel a ese paisaje. Para el hombre romántico, el paisaje es, además, la fuente originaria y principal de la melancolía. Símbolo de la muerte, de la fugacidad brutal del tiempo y de la vida¹⁷².

Y para Gil el paisaje, sus paisajes son siempre fuente de melancolía y añoranza por su tierra. De esta suerte, cuando Gil contempla un paisaje de belleza sobrecogedora se le encienden los recuerdos y su patria reaparece, adonde quiera que vaya, como una impronta morriñosa. Algo que ya hemos ido viendo a lo largo de este recorrido por Europa.

En el Romanticismo, el paisaje deja de ser un mero decorado y se convierte en espejo del alma, un espejo en el que el ser humano veía reflejadas sus ilusiones, sueños y miedos. Esta nueva percepción del paisaje, propiciada por el desarrollo de los medios de transporte, como el tren, conmueve el alma del viajero, y dentro del paisaje, la montaña cobra especial importancia, como un espacio que le permite acercarse a una forma de vida natural, como vemos también en esta obra de Gil, el cual llega a escribir en *Revista teatral* que “estudiar en los libros no es estudiar en la naturaleza, y las inspiraciones que no beban de este gran manantial corren inminente peligro de salir a la luz enfermizas y defectuosas”¹⁷³.

Gil, como un pintor impresionista, retrata el paisaje con sensibilidad y maestría. Hay varios pasajes, a lo largo de sus *Diario de viaje*, que así lo confirman:

La lluvia había cesado por entonces, y aunque el cielo estaba encapotado todavía, los nublados se habían remontado. Del lado del Poniente venía una claridad pálida y extraña, que revestía todos los objetos de una tinta indefinible. Los árboles goteaban mucho; el heno de las extensas praderas de la orilla izquierda yacía abatido por el peso de la lluvia; los marineros descosían sus velas para secarlas, aprovechando una brisa que venía del mar; el silencio era sumo en ambas riberas, y solo algunas barquillas, que se deslizaban como otros tantos ánades silvestres, y dos bergantines, que subían muy lentamente de El Havre con las velas extendidas y tirados por pesados caballos normandos, turbaban el espejo de las aguas. Era una escena como hay pocas o, por lo menos, de las que no había presenciado todavía.

¹⁷² Julio Llamazares, *El río del olvido*, Barcelona, 1990, p. 7.

¹⁷³ Véase el estudio introductorio de Árida Ares a *Viajes y costumbres*, vol. VI, BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO.

Su espíritu romántico también aparece reflejado en su querencia por los castillos en ruinas, como ya hemos visto. Y en esta línea de contemplaciones románticas está su gusto por las visiones nocturnas del mar o su devoción por los lugares misteriosos o melancólicos como los cementerios.

Contemplación

A Gil le gusta contemplar el paisaje desde los altozanos, y desde cierta lejanía abarcadora, para luego poder hacerse una idea rápida del entorno, que le permita situarse, ver conjuntamente, en relación, todos los elementos del paisaje, que suele preferir ondulado y revestido de abundante vegetación. Esta fórmula, de las llamadas vistas panorámicas, no solo la aplica en sus *Diario de viaje* sino en otros libros como en *Bosquejo de un viaje a una provincia interior*.

“Su gusto por las alturas para viajar con la mirada y descubrir el mapa lírico de los contornos es uno de sus esquemas interpretativos del paisaje”, según nos cuenta Carro Celada en *Un viajero llamado Gil y Carrasco*, porque lo mismo sube al campanario donde anida el carillón del Ayuntamiento de Ámsterdam que se acoda sobre el puente de Corneille en Rouen para describir la soledad de las márgenes del Sena, que escala las ruinas de los castillos del Rhin, o sube los seiscientos escalones de la torre de la catedral de Utrecht desde donde se contempla el más extenso panorama de Holanda. Pero la técnica descriptiva y la costumbre viajera de Gil no se agota en esas vistas de pájaro, porque también callejea, contempla los edificios artísticos, visita los museos y galerías de arte, se extasía ante algunas obras pictóricas, entre otras de pintores románticos. Y además se interesa por el comercio, la industria, las leyendas...

El hispanista francés Picoche dice que sus descripciones no responden por lo general a tópicos literarios sino que son visiones libres, amplias, que quieren sujetarse a la realidad, aunque sabemos que también responden a sus lecturas previas.

Influencias literarias

Aunque es consciente, como buen viajero, de la importancia de ver y conocer las ciudades, los paisajes y el paisanaje por sí mismo, su mirada está supeditada a lecturas previas, y las referencias a estas lecturas son continuas, tanto en sus viajes peninsulares (artículos de costumbres y de viajes por España y *Bosquejo de un viaje por una provincia del interior*) como por el exterior, por ejemplo en su *Diario*, inédito en vida del autor.

Entre las lecturas previas que le han influido están las que por su fuerza poética le han llevado a visitar un lugar determinado, que es visto en buena

medida a través de estas lecturas. Sobresalen las de lord Byron y en particular sus *Peregrinaciones de Childe Harold*, como ya hemos visto a lo largo de este viaje por Europa.

Byron ejerce como auténtico guía espiritual en los escritos de Gil, con quien comparte su amor por la poesía, su gusto por la historia antigua, su pasión por las experiencias y relatos de viaje e incluso su interés por España, objeto del canto I del *Childe Harold*. Contemplando las aguas del Rhin siente deseos acaso parecidos a los del caballero Harold, personaje trasunto de su autor; visita el castillo de Rolandsek por interés paisajístico pero también por haber sido cantado por Byron; recorre la fortaleza de Ehrenbreitstein siguiendo las huellas del poeta inglés; comprueba la exactitud de la descripción que Byron hace del Rhin y, antes de separarse del río, relee las estrofas de despedida de Harold.

Gil también se refiere en repetidas ocasiones a otros poetas románticos como Schiller y Southey, o clásicos como Shakespeare y Dante, sobre todo este último; españoles (los menos) como Fray Luis de León o Calderón de la Barca, entre otros. Todos estos escritores forman parte de la biblioteca personal de Gil y Carrasco, que alude a partes de sus obras o cita breves fragmentos de ellas. Asimismo, menciona a autores como Petrarca, Goethe o Luis Vives y Erasmo, como ya hemos señalado, aunque no hace referencia explícita a sus textos.

Algunas lecturas le han impactado al autor villafranquino aunque no se refieran al lugar visitado sino que surgen evocadas, como de forma espontánea, a partir de la visita a tal lugar. Estas pueden tener origen en lecturas más o menos recientes, como las de Dante, Espronceda, Schiller o Fray Luis (en este caso a partir de la visión de un cuadro), pero también puede tratarse de textos leídos durante la adolescencia o incluso en la infancia del autor, porque somos, al menos en parte, la huella de nuestras lecturas y circunstancias de la vida, el viaje entre ellas, las cuales revitalizan esas impresiones.

Tren: impresiones y sensaciones

Adelantándose a su tiempo, con espíritu vanguardista, Gil viaja por Europa como si fuera un *interrailero* de la época contemporánea, haciendo un largo recorrido durante cinco meses. El tren, inexistente en España en aquella época, se convierte para el autor de *El Lago de Carucedo* en un juguete atractivo, un símbolo moderno, que procura sensaciones extrañas.

Las sensaciones que se experimentan en un medio de locomoción del todo desconocido entre nosotros prácticamente son de aquellas que no pueden definirse exactamente, pues la velocidad descompasada con que

pasan todos los objetos cercanos, como arrebatados por un torbellino, junto con el ruido de una sarta tan larga de carruajes, barre la vista y aturde no poco los oídos. [*Viaje a Francia*].

En España la primera línea de ferrocarril existente fue la de Barcelona a Mataró, inaugurada en 1848, seguida de la de Madrid a Aranjuez, en 1851. Y a partir de ese momento las alusiones al ferrocarril serán frecuentes en la literatura de viajes. En la prensa aparecen artículos informativos, epistolares, preferentemente, y más o menos costumbristas; a medio camino entre la carta de viaje de los ilustrados y la moderna crónica periodística.

Gil, como Mesonero Romanos, entre otros, forma parte de los escritores-viajeros románticos y costumbristas del siglo XIX, “el gran siglo de la literatura de viajes, y desde luego de la literatura de viajes por España, que fue el destino preferido por muchos ilustres viajeros de otros países que visitaron el nuestro, envuelto entonces en un halo de leyenda que ellos mismos se encargaron de difundir y de aumentar”¹⁷⁴.

En el siglo XIX nacen en realidad los viajes de placer, los viajes organizados, manuales y guías útiles para los viajeros... el viaje como actividad y como materia de escritura.

Surge un nuevo modo de recorrer el mundo que es el viaje de recreo. Y este auge de los viajes tuvo mucho que ver con la creciente mejora de las vías de comunicación, de los transportes e incluso de los alojamientos. La mejora de las comunicaciones y la llegada del ferrocarril a mediados de siglo invitaban a trasladarse de un lugar a otro con mayor comodidad que en las antiguas diligencias o a lomos de caballería.

A medida que avanza el siglo XIX, los relatos viajeros adoptan un punto de vista deliberadamente subjetivo. Y es por esa época cuando los viajeros británicos como George Borrow, Richard Ford, entre otros, visitan España y difunden una imagen peculiar de nuestro país. Asimismo nuestros escritores-viajeros, entre ellos Gil, realizan recorridos parecidos por Europa a lo largo del siglo XIX, como es el caso de Mesonero Romanos, que había escrito, antes que el autor de *El Señor de Bembibre*, sus *Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica en 1840 y 1841*. También a mediados del siglo XIX, Modesto Lafuente publicaba en dos tomos de *Viaje de Fray Gerundio por Francia, Bélgica, Holanda y orillas del Rhin* (1842), sin tener noticia, al parecer, de las dos obras anteriores.

Gil recorre varias ciudades europeas con la celeridad y puntualidad que procuran los trenes, que son cosa de magia. Y manifiesta la habitual preocupación del viajero-cronista romántico: dejar constancia de sus

¹⁷⁴ Ana María Freire, *España y la literatura de viajes del siglo XIX*, 2012, p. 68.

sensaciones e impresiones, la de levantar acta de todo lo visto y oído, premisa que se encontraba ya en los ilustrados, entre ellos Jovellanos.

Estas impresiones y sensaciones ante o en el tren –visto como un espectáculo insólito–, muestran la exaltación del ego romántico, tan omnipresente en la literatura viajera.

...sobre todo cuando otro convoy pasa al lado; como la velocidad se dobla, parece cosa de magia, aunque a decir verdad la tal magia mucho más tiene en apariencia de negra que de blanca... [*Viaje a Francia*].

Reconoce que esta velocidad, por la que queda impresionado, no le deja gozar de la contemplación detenida del paisaje, y solo tiene visiones vagas y confusas de los objetos. No obstante, reconoce, como también lo hace su contemporáneo Mesonero Romanos, que favorece el vuelo de la imaginación, lo que según Gil sería más adecuado para escribir un cuento fantástico que no “para una narración a la buena de Dios”, o sea, la de su viaje no ficticio, sino real, largo y arduo, que nada tenía que ver con los del Ariosto:

Al salir del valle cerró la noche... que, según el paso que iba tomando mi pluma en los anteriores renglones, se veía amenazada de una especie de inventario de viaje, y ya todo comenzó a pasar a mis ojos como un tropel de formas vagas y confusas, más propias para un cuento a manera de los de Hoffman que para una narración a la buena de Dios, como por ahí decimos, y que, lejos de embarcarse en nubes ni de cabalgar en hipogrifos como los caballeros y damas del Ariosto, camina bravamente a pie y aun cojeando de lo bueno, si no me mienten las señas”. [*Viaje a Francia*].

En la ciudad francesa de Rouen, vuelve Gil sobre el disgusto que le produce que el tren no le deje gozar del paisaje; y a la vaguedad de las impresiones y, como le ocurre a Mesonero Romanos, al movimiento del vehículo les atribuye la excitación de la imaginación, pues parece así que la Naturaleza se animara:

Los caminos de hierro apenas dejan disfrutar las diversas perspectivas que presentan; pero la misma vaguedad de las impresiones y, sobre todo, el movimiento de que parecen animar a la Naturaleza adormecida excitan poderosamente la imaginación, como si el hombre se gozase en su orgullo de variar sus leyes. [*Rouen*].

Tras visitar los principales monumentos de Rouen, que describe con detalle, Gil decide dar un paseo en barca; y, al desembarcar cerca de la estación, contempla, ya de noche, la partida de un tren, que muestra con el lirismo y el espíritu melancólico de un poeta romántico:

A pocos minutos, un tren que salía para París arrancó con su acostumbrada velocidad, pero con un estrépito infinitamente mayor a

causa de la pesadez del aire y del silencio de la noche y sembrando el camino de chispas brillantes que caían de la máquina, y relumbrando con los faroles encendidos de sus carruajes en medio de la oscuridad, desapareció con la rapidez de un meteoro, dejando detrás de sí un surco luminoso, que las tinieblas se tragaron al instante. Imagen más fiel del destino del hombre en la tierra apenas puede ofrecerse a la imaginación de nadie. [*Rouen*].

En sus *Diarios*, Gil sigue un modelo vigente desde los ilustrados y muy común en el periodismo de la época: el de las cartas informativas y viajeras, cuya muestra más destacada son las *Cartas del viaje de Asturias*, de Jovellanos; del siglo XVIII, que servirían como modelo a los escritores románticos, dados a los artículos de carácter epistolar, textos, en todo caso, remitidos a un destinatario preciso, como podría ser algún amigo, otro escritor o bien el director de un periódico. Se trata de crónicas de viaje en las que prevalece lo informativo y lo documental sobre aspectos puramente literarios. Y es lo que hace Gil, como cronista en sus *Diarios*, dar cuenta de los paisajes y aun el paisanaje de las ciudades y lugares que visita en su recorrido por diferentes países de Europa.

Con exquisita sensibilidad, el autor villafranquino contempla, en unas ocasiones desde un tren, en otras desde un barco, incluso desde alguna diligencia, paisajes de gran belleza, a la vez que se lamenta de la soledad existencial que le rodea.

Y al igual que sus maestros en el periodismo, como lo fueran Larra, Mesonero Romanos o Modesto Lafuente -aunque de un modo más sintético que estos últimos-, Gil nos ofrece, además de informaciones útiles acerca del ferrocarril, las posadas o los monumentos de las ciudades, datos de viajero curioso como algunas novedades muy del siglo XIX: por ejemplo los balnearios de Aquisgrán y Wiesbaden, el teatro de la ópera y el casino de Wiesbaden, conciertos de música en las iglesias o los músicos callejeros que se encuentra en Frankfurt. Y ante la prisa con la que viaja, apunta:

Todos estos milagros se hacen en cosa de una hora, de manera que, aunque las impresiones quedan, el nombre de los lugares sin la ayuda de un guía no correría la misma suerte. [*Viaje a Francia*].

El poeta Bécquer, al que podríamos considerar como un discípulo aventajado del escritor de Villafranca del Bierzo, describió veinte años después que Gil, la partida y marcha del tren en la *Carta I, Desde mi celda* (1864), considerada el más importante texto literario publicado en España sobre el moderno sistema de automoción tras haber sido inaugurado. Y una obra maestra del periodismo español del siglo XIX.

Consideraciones finales

En estos *Diarios*, en fin, Gil nos descubre la Europa de la primera mitad de siglo XIX: sus ciudades, sus monumentos, sus paisajes, que describe con la sensibilidad y estética propias de un romántico, y también nos da algunas pinceladas del paisanaje. Y lo hace a través de sensaciones e impresiones porque, aunque viaja durante cuatro o cinco meses por Francia, Bélgica, Holanda y Alemania, la velocidad que imprime el tren, para él desconocido hasta entonces, porque en España aún no existía, no le permite recrearse como él quisiera en los paisajes, en la realidad que va pasando ante su mirada.

En todo caso, Gil con sus apuntes, con sus pinceladas impresionistas, nos cautiva y nos invita a realizar, si no este mismo viaje, un recorrido similar por esta Europa desarrollada, donde hoy los sofisticados trenes, desde el *TGV*, el *Tahlys*, *Eurostar* o el *ICE 3*, pasando por los españoles *Alvia*, *Talgo 350* o el *AVE*, entre otros muchos buenos, confortables y rápidos, nos permitirían recorrer (incluso con un billete *Inter-Rail* durante un mes) los lugares que visitó Gil y aun otros.



Bibliografía esencial del volumen VIII, *Último viaje*:

Fuentes documentales y ediciones anteriores

Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, legajo 114, núm. 5.583, letra G, año 1844, núm. 137. Gullón, pp. 119-120 [reproducido en R. Gullón, *Cisne sin lago*, p. 185 y ss. y en Picoche, *Thèse*, Paris, 1972, *Appendice. Documents d'archives*, p. 1197 y ss., edición digital de BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, 2014].

El Correo Nacional, núms. 270 y 271, Madrid, 12 y 13 de noviembre de 1838.

El Laberinto, Madrid, 1844

GIL, EUGENIO, *Un ensueño*, biografía literaria, c. 1853, en *Obras en prosa*.

Obras completas de don Enrique Gil y Carrasco, edición de Jorge Campos, Biblioteca de Autores Españoles, tomo LXXIV, Madrid, 1954.

Obras en prosa de D. Enrique Gil y Carrasco, coleccionadas por D. Joaquín del Pino y D. Fernando de la Vera é Isla, Madrid, Imprenta de la Viuda é Hijo de D. E. Aguado, 1883, tomo II, pp. 252-318.

Lecturas

ÁLVAREZ BARRIENTOS, JOAQUÍN, *Bibliografía costumbrista*, *Ínsula*, núm. 537, enero 2000, pp. 14-15.

ANDREWS, MALCOLM, *The Search for the Picturesque*, California, Stantord UP, 1989.

ARES, ÁLIDA, Introducción y estudio preliminar a *Viajes y costumbres*, BIBLIOTECA DE GIL Y CARRASCO, *Paradiso_Gutenberg*, 2014.

BASALISCO, L., «Los artículos costumbristas de E. Gil y Carrasco (1815-1846) en el Semanario Pintoresco Español» en *Romanticismo 6. Actas del VI Congreso. El costumbrismo romántico*, Roma, Bulzoni, 1998, pp. 29.34.

BUZARD, JAMES, *The Beaten Track: European Tourism, Literature and the Ways to Culture, 1800-1978*, Oxford, Clarendon Press, 1993.

BYRON, *Las peregrinaciones de Childe-Harold. El Corsario*, Madrid, Club Internacional del Libro, 1998.

CARDINAL, ROGER, «Romantic Travel» en Porten. Roy (ed.): *Rewriting IheSoti Histories from the Renaissance to the Present*. London and New York, Routledge, 1997, pp. 135.155.

CARRO CELADA, J. A., «Un viajero llamado Gil y Carrasco», en *Viaje a una provincia del interior*, vol. III de esta BIBLIOTECA DE GIL Y CARRASCO, publicado en *Tierras de León*, Diputación de León, vol. 23, núm. 50.

- DÍEZ-TABOADA, PAZ, «En el tren. Impresiones de Enrique Gil y Bécquer» en *Caminería Hispánica: Actas del IV Congreso Internacional de Caminería Hispánica*, tomo III. Edición de Manuel Criado de Val, Madrid, Centro de Estudios Históricos de Obras Públicas y Urbanismo, 2000, pp. 1289-1301 (reproducido en este volumen).
- FLITTER, DEREK, *Teoría y crítica del romanticismo español*. Traducción de Benigno Fernández Salgada, Cambridge, U. K., Cambridge UP, 1995.
- FREIRE, ANA MARÍA, «España y la literatura de viajes del siglo XIX», en *Anales de Literatura Española*, 24 (2012), *Literatura y espacio urbano*, Serie monográfica, 14, pp. 67-82.
- GULLÓN, RICARDO, *Cisne sin lago. Vida y obras de Enrique Gil y Carrasco*, Diputación de León, 1989.
- IAROCCHI, MICHAEL P., *Enrique Gil y Carrasco y la genealogía de la lírica moderna. En tomo a la poesía y prosa de Enrique Gil y Carrasco (1815-1846)*, Newark, DE, Juan de la Cuesta, 1999.
- LLAMAZARES, J., *El río del olvido*, Seix Barral, Barcelona, 1990, página 7.
- LOWENTHAL, DAVID, *El pasado es un país extraño*. Traducción de Pedro Piedras Monroy, Madrid, Akal, 1998.
- ORTAS DURAND, ESTHER, «Lo pintoresco en los viajeros por España (1760-1808)», en García Castañeda, Salvador (ed.): *Literatura de viajes: el viejo mundo y el nuevo*, Madrid, Castalia, 1999, pp. 143-155.
- PEÑATE RIVERO, J., *La biblioteca de viaje por Europa en dos autores españoles del siglo XX: Ramón de Mesonero Romanos y Enrique Gil y Carrasco*. Université de Fribourg, Suisse.
- PHILLIPS, PAMELA, *Desde El Bierzo hasta Berlín: el viaje europeo de Enrique Gil y Carrasco*, revista *Salina*, n. 21 (2007), pp. 101-110 (reproducido en este volumen).
- PICOCHÉ, JEAN-LOUIS, *Un romantique espagnol: Enrique Gil y Carrasco (1815-1846)*, Thèse présentée devant l'Université de Paris IV, le 11 Mars 1972; edición digital de BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, 2014.
- , *Un romántico español: Enrique Gil y Carrasco (1815-1846)*, Biblioteca Románica Hispánica, Editorial Gredos, Madrid, 1978.
- PORTER, DENNIS, *Haunted Journeys*, Princeton, NJ., Princeton UP, 1991.
- RODRÍGUEZ FISCHER, ANA, «La Asturias de un romántico», *Clarín*. Revista de Nueva Literatura, 48, noviembre-diciembre, 2003, pp. 17-21.
- SÁNCHEZ ALONSO, B., «El sentimiento del paisaje en la literatura castellana», *Cosmopolis*, mayo 1922, pp. 36-54.
- SUÁREZ ROCA, J. L., *Enrique Gil y Carrasco. El bardo de la niebla*, Ponferrada, Fundación Pedro Álvarez Osorio, 2008.



Índice

Nota del editor.....	7
<i>Alfa: Anochecer</i>	<i>7</i>
<i>Omega: Último viaje</i>	<i>10</i>
α Anochecer en San Antonio de la Florida.....	17
<i>Primera curación del alma, por CÉSAR GAVELA</i>	<i>19</i>
<i>Anochecer en San Antonio de la Florida</i>	<i>23</i>
ω Último viaje: Diario Madrid-Berlín	37
<i>Cuadros de una peregrinación, por JOSÉ LUIS SUÁREZ ROCA.....</i>	<i>39</i>
Itinerario y guías del <i>Grand Tour</i> de Gil, por VALENTÍN CARRERA.....	53
Las exposiciones de la industria.....	54
Itinerario y mapa.....	59
<i>Diario de Enrique Gil.....</i>	<i>63</i>
Preparativos del <i>Último viaje: De Madrid a Marsella.....</i>	<i>64</i>
Madrid, 23 de febrero de 1844.....	64
Madrid, 1 de marzo de 1844.....	65
Madrid, 28 de marzo de 1844, 1ª comunicación de E. G.....	65
Madrid, 1 de abril de 1844.....	66
Madrid 10 de abril de 1844. Informe de Pagaduría.....	66
Madrid, 11 de abril de 1844, Real Orden a Pagaduría.....	66
Madrid-Valencia-Barcelona, abril de 1844, 2ª comunicación de E. G.....	67
Barcelona-Marsella, 20 de mayo, a bordo del <i>Fenicio</i>	67
Primera etapa: De Marsella a París (abril-5 de junio).....	69
Marsella, mayo de 1844.....	71
Vaucluse, mayo de 1844.....	72
Avignon, mayo de 1844.....	73
Lyon, mayo de 1844.....	74
En barco por el río Saona, mayo de 1844.....	75
Chalon-sur-Saône, mayo de 1844.....	76
Fontainebleau, mayo de 1844.....	76
En tren de Corbeil-Essonnes a París (primeros días de junio de 1844).....	78
Segunda etapa: París (1 de junio-9 de agosto).....	81
París, jueves 6 de junio de 1844, 2ª comunicación de E. G. (cont.).....	81
Barcelona, 23 de julio 1844. Respuesta de la Secretaría de Estado.....	82
Excursión a Rouen, julio de 1844.....	82
Abadía de Saint-Ouen.....	85
Catedral de Rouen.....	88
Iglesia de Saint-Maclón.....	92

Juana de Arco	93
Atardecer sobre el Sena	94
Calderón de la Barca en Rouen, (c. julio de 1844)	98
París, miércoles 7 de agosto, 3ª comunicación de E. G.	100
París, 7 de agosto, 4ª comunicación de E. G.	101
París, ¿viernes 9? de agosto de 1844	102
Tercera etapa: París-Emmerich (9-30 de agosto)	103
Lille, sábado 10 de agosto	103
Bruselas, sábado 10 de agosto, a las diez de la noche.....	103
Bruselas, domingo 11 de agosto	104
Bruselas, lunes 12 de agosto	105
Bruselas, 11 ó 13 de agosto	107
Bruselas, 13 de agosto, 5ª comunicación de E. G.	108
Bruselas, 11 ó 13 de agosto, 6ª comunicación	109
Wetteren, miércoles 14 de agosto ●	109
Gante, jueves 15 de agosto.....	110
Oostende, jueves 15 de agosto, once de la noche.....	111
Oostende, viernes 16 de agosto.....	115
Gante, 16 de agosto, a las dos de la tarde	116
Malinas, sábado 17 de agosto.....	117
Amberes, domingo 18 de agosto	119
Amberes, lunes 19 de agosto	119
Amberes, martes 20 de agosto.....	122
Amberes, miércoles 21 de agosto ☾.....	123
Amberes, jueves 22 de agosto.....	124
Rotterdam, viernes 23 de agosto	125
El Haya, sábado 24 de agosto	127
El Haya, domingo 25 de agosto	127
El Haya, lunes 26 de agosto	128
Ámsterdam, martes 27 de agosto	129
Ámsterdam, miércoles 28 de agosto ○.....	131
Utrecht, jueves 29 de agosto	132
Cuarta etapa: El Rhin (30 de agosto-15 de septiembre).....	134
Emmerich, viernes 30 de agosto, inicio del crucero por el Rhin.....	134
Rhin, Dusseldorf, sábado 31 de agosto.....	135
Dusseldorf, domingo 1 de septiembre.....	136
Aquisgrán, lunes 2 de septiembre.....	140
Aquisgrán, martes 3 de septiembre.....	140
Colonia, miércoles 4 de septiembre.....	143
Colonia, jueves 5 de septiembre.....	146
Bonn, 5 de septiembre, a los diez de la noche.....	147
Bonn, viernes 6 de septiembre	148

Godesberg, 6 de septiembre, a las diez de la noche	149
Godesberg, sábado 7 de septiembre.....	149
Coblenza, domingo 8 de septiembre, a las ocho de la noche.....	152
Coblenza, lunes 9 de septiembre, a mediodía	156
Coblenza, lunes 9 de septiembre, a las ocho de la noche.....	157
Coblenza, martes 10 de septiembre, a las once de la noche.....	159
San Goar, miércoles 11 de septiembre, a las nueve de la noche.....	162
Bingen, jueves 12 de septiembre, a las nueve de la noche	164
Wiesbaden, sábado 14 de septiembre, por la noche.....	167
Wiesbaden, domingo 15 de septiembre.....	171
Wiesbaden, domingo 15 de septiembre, a las doce de la noche.....	172
Maguncia [Mayence], adiós al Rhin, lunes 16 de septiembre.....	173
Quinta etapa: Frankfurt-Berlín (16-24 de septiembre)	176
Frankfurt.....	176
Frankfurt, martes 17 de septiembre	177
Frankfurt, 17 de septiembre, por la noche.....	180
Frankfurt-Homburgo, miércoles 18 de septiembre, por la noche.....	182
Frankfurt, jueves 19 de septiembre, por la tarde.....	184
Kassel, viernes 20 de septiembre	185
Gotinga [Göttingen], sábado 21 de septiembre.....	186
Hannover, domingo 22 de septiembre.....	187
Magdeburgo, lunes 23 de septiembre.....	189
Berlín, domingo 29 de septiembre, 7ª comunicación de Gil.....	191
Berlín-Potsdam, 6 de octubre	193
Epílogo: la agonía del cisne.....	195
Madrid, 30 de noviembre de 1844, Respuesta del Secretario de Estado	195
Madrid 30 de noviembre de 1844. Despacho del Secretario de Estado	195
Berlín, 7 de diciembre de 1844, 8ª comunicación de E. G.	195
Berlín, 6 de enero de 1845, 9ª comunicación de E. G.	195
Berlín, 2 de marzo de 1845, 10ª comunicación de E. G.	196
Berlín, 2 de marzo de 1845, 11ª comunicación de E. G.	197
Berlín, 25 de abril de 1845, <i>Berlinische Nachrichten</i>	197
Berlín, 10 de mayo de 1845, 12ª comunicación de E. G.	201
Madrid, 17 de mayo de 1845. Informe de la Secretaría de Estado	202
Madrid, 20 de mayo de 1845, Oficio de la Secretaría de Estado.....	202
Berlín, 28 de junio de 1845, 13ª comunicación de E. G.	202
Berlín 8 de julio de 1845, 14ª comunicación de E. G.....	203
San Sebastián, 4 de agosto de 1845. Real Orden a Pagaduría	203
Madrid, 28 de agosto de 1845. Oficio del Ministerio de Hacienda	203
Pamplona, 2 de septiembre de 1845. Oficio al Ministro de Hacienda	204
Silesia, 20 de septiembre de 1845, carta del doctor Weizel.....	204
Berlín 28 de septiembre de 1845, 15ª comunicación de E. G.....	204

Madrid 31 de octubre de 1845. Licencia del Ministerio	205
Berlín, 27 de noviembre de 1845, 16ª comunicación de E. G.	205
Excmo. Sr. Primer Secretario de Estado	205
Madrid, 18 de diciembre de 1845, oficio del Ministerio a E. G.....	206
Berlín, 30 de enero de 1846, 17ª y última comunicación de E. G.	206
Lecturas	207
1. Desde El Bierzo hasta Berlín: el viaje europeo de Enrique Gil, por PAMELA PHILLIPS	209
2. En el tren: impresiones y sensaciones de Gil y Bécquer, por PAZ DÍEZ-TABOADA.....	227
3. <i>Diario de viaje</i> , por MANUEL CUENYA	243
Bibliografía esencial del volumen VIII, <i>Último viaje</i> :	258

ARCHIVO DEL MINISTERIO DE ESTADO.

MINISTERIO DE ESTADO
Archivo-Biblioteca

Leg. 791

Núm. 5583

PERSONAL ESPAÑOL.

LETRA

G.

AÑO

1844.

NÚM.

127

EXPEDIENTE RELATIVO Á



Gil, D. Enrique

Comandante General de la Armada de España

Jun. 24. 1793

1124

Excmo. Señor

Mi Señor mio, Al Excmo. Sr. D. de ...
 dimitir a lo han ofrecido desde ahora del
 tiempo en que debia entregarse la cantidad
 de 100000⁰ que el Sr. de ... ha acordado con ...
 para la parte de diez de mi comision en los
 Reinos de Alemania de una cantidad bastante
 para esta que una suma destinada a diez de
 se entregue antes de convenir a esto, para de
 otro modo se deterioraria su efecto por
 esta razon se ha acordado a ... al Sr. de ...
 de pagar y ha acordado en la necesidad de
 una suma superior de ... por mi parte de
 el servicio de ... no se ha entregado al
 punto, tengo el honor de protestar a V. E. que
 a la mayor brevedad posible mande entregar
 me la dicha cantidad de 100000⁰ y al
 mismo tiempo ordene que se pague por ...

a sus suplicas impudicamente en el mundo
al principio de cada año de los que pueden tener
sus comisiones = Dios que a O. S. muchos años
Madrid 25 de Marzo de 1766

Como Señor

D. J. M. de U. S.

D. J. M.

Señor

Señor

Como Sr. Primer Secretario de Estado

1848

Mi Señor Sr. de V. me he acordado por la calidad
de esta Señoría de comendador de U. S. desde el
U. del poder en que se está enteramente por
ceder en esta capital el tiempo que por su
parte a la dignidad de D. D. y nobles sucesores
ante el suyo que el U. me ha recomendado
afirmado como en esta prueba de confianza
en que el U. me ha recomendado como comendador
al bien del servicio que esta corte y comendador
me debe luego a Berlin por España y Alemania.
El tiempo que agoi desde entonces me ha
sido para como aquella comendador como gene-
ral y proveer que han de ser de hacer a los
trabajos vivos y de ellos que son comendador cada
una y para proporcionar las recomendaciones en
casos a la dignidad. Demás de lo que me
en una parte me da el U. comendador de comen-
dador de U. para el obispo de Salamanca
en comendador en Berlin y para el obispo de
en de Hamburgo, el U. comendador de la U.

me ha permitido una vez por el mismo punto
en estos otros que han seguido al lado de otros
los ministros de la legacion de Francia el mismo
de los señores Anselmos a quien viene a
ocurrencias particularmente de guerra que son por
particularidad sucesivos entre los presidentes de
los señores y como sucesivos y como sucesivos
efectos para ellos de el mismo presidente del Consejo
de Cameris de el mismo de el mismo al mismo
de el mismo de el mismo de los tres cosas en este
esto a quien tiene el honor de sucesos en caso
de este de el mismo por para efecto de su victoria y
en un punto de dedicacion de sus parte una de
entregada entre dos cosas una para el mismo
sucesivos sucesivos en otros sucesivos para su
tarea en sucesivos sucesivos una para sucesivos
sucesivos sucesivos sucesivos de el mismo y de
esto y de esto para el mismo de el mismo para
que en el mismo — En un punto de sucesivos por
de los sucesivos sucesivos sucesivos al mismo
de sus sucesivos y como que el mismo sucesivos
de sucesivos este sucesivos y sucesivos de sucesivos
sucesivos tal vez de este de el mismo que sus sucesivos
yo solo se dirigian a el mismo en sucesivos

El sucesivo que me ha tratado sucesivos

hoy y otros, me propusieron la compra de esas mismas
 acciones de la parte del actual de acciones de las
 y de cambio de elogia y elogia, para cuando
 el 1.º de la... de la... de la...
 me... en... como objeto
 de... y la... en... de a
 proceso... la... de... de
 de... y... las... a...
 cada...

Me... a... y en... de
 de... en... de...
 en... no... a...
 de... a... en...
 en... de... de...
 en... que... y
 en... las... en...
 de... que... de...
 en... en... y...
 de... que... de...
 de... de... y...
 de... que... de...
 de... que... de...

Que... en... de...

Hecho en...
 el... de...
 en... y...
 Juan...

Juan... de...

1

... que en la ... y a la parte que debe
 ... y en la cual se ... por ...
 ... en ... con el ...
 ... en ...
 ... en ...
 ... de ...
 ... de ...
 ... de ...
 ... de ...
 ... de ...

Del ... que con la ...
 ... de ...
 ... de ...

... de ...

...
 ...
 ...

...

deux autres années pour être au lieu de ce que
elles valent à eux. Il est de même que
ceux de la fin de la guerre en 1793
de 1794, et ceux de 1795, 1796
de 1797, et de 1798 à 1800. On peut
aussi se servir de ces années pour
avoir une idée de la valeur de
l'argent en France, et de la dévaluation
de la monnaie pendant la révolution.
On voit que la valeur de l'argent
a été très élevée pendant la révolution,
et qu'elle a été très basse pendant
la restauration. On voit aussi que
la valeur de l'argent a été très élevée
pendant la révolution, et qu'elle a été
très basse pendant la restauration.

de 1799 à 1800, et de 1801 à 1802.
On voit que la valeur de l'argent
a été très élevée pendant la révolution,
et qu'elle a été très basse pendant
la restauration. On voit aussi que
la valeur de l'argent a été très élevée
pendant la révolution, et qu'elle a été
très basse pendant la restauration.

que a su vez se han de considerar e incluir en ella, en
su totalidad, así como en esta misma
sección de la misma, podrá de este modo con la
facilidad que se desea se presenten los pliegos que
pueda remitir a U. S. por conducto de la embajada
de U. S. en Lima, para el efecto de ser recibidos
por sí, una comisión de U. S. y
en tal caso se presenten para que el punto de vista
del comercio, con la idea de tener en cuenta
estas particularidades de las causas de pliegos
que están de la mano que con un solo
pliego que por ningún otro modo se puede de ningún
modo se parte ya en uno solo, ya en dos, ya en tres,
debe por sí, por el presente a una comisión
y el otro se va por sí, a una comisión que
haya sido formada de la oficina de correo del país
debe ser de la misma naturaleza, de modo que
no sea posible, en ningún caso, el envío de
una cantidad de un solo pliego, o de un
pliego solo, que se presente.

Del mismo modo se debe considerar con la misma
facilidad que se desea se presenten los pliegos que
pueda remitir a U. S. por conducto de la embajada
de U. S. en Lima, para el efecto de ser recibidos
por sí, una comisión de U. S. y
en tal caso se presenten para que el punto de vista
del comercio, con la idea de tener en cuenta
estas particularidades de las causas de pliegos
que están de la mano que con un solo
pliego que por ningún otro modo se puede de ningún
modo se parte ya en uno solo, ya en dos, ya en tres,
debe por sí, por el presente a una comisión
y el otro se va por sí, a una comisión que
haya sido formada de la oficina de correo del país
debe ser de la misma naturaleza, de modo que
no sea posible, en ningún caso, el envío de
una cantidad de un solo pliego, o de un
pliego solo, que se presente.

de l'ell. j'arrivante de suante en un pais amde.
don j'arrivante sur les li. melle me alle
et a' l'arrivante de l'ell. par les li. melle
melle melle melle al arrivante de l'ell.

Don j'arrivante a' l'ell. melle melle. Berlin d. d.
Berlin d. d.

Don j'arrivante
A. L. d. d. d.
de l'ell. j'arrivante
melle melle

Don j'arrivante melle melle de l'ell.

Don Juan

Aprobada

Don Juan

Don Juan

Alia dicitur in el Regulo de el l. fto. 50. de la
 el no pades pades y el Regulo de el fto. Mayor
 Regulo a mi mano en el termino de la mano
 en Regulo en este punto en cuanto al primero en lo
 porque Regulo, y por lo que toca al segundo en lo
 no se Regulo a la mano de el l. Regulo en Regulo
 Regulo en el al l. en Regulo de Regulo
 fto. de el Regulo Regulo. El fto. de Regulo de Regulo
 de Regulo la Regulo por lo Regulo de este Regulo en
 Regulo Regulo y no Regulo en Regulo Regulo de
 en Regulo por Regulo a el l. los Regulo Regulo de
 Regulo de la Regulo a este Regulo y el l. Regulo
 del Regulo en lo la Regulo Regulo


Aunque Regulo Regulo en Regulo Regulo Regulo
 en el Regulo, Regulo Regulo Regulo en lo Regulo
 Regulo, en lo Regulo Regulo Regulo Regulo Regulo
 este Regulo Regulo Regulo Regulo Regulo Regulo
 Regulo de el Regulo Regulo Regulo a mi Regulo Regulo
 y Regulo Regulo y Regulo a la Regulo de el l.

dego un apote mas vedado y limitado
al fin de estas en abian mas dicta con el
dego diplomático abian y enora en la parte de esta
de que se trata para el abian de las abian de esta
para esta de, como el el abian de el... hablo que
no permito al abian de abian, como de abian
en abian y en permito abian a abian al
dego permito abian en abian de que abian en
abian diplomático de abian dego permito en, por abian
inabian y abian en abian que abian como
por abian permito abian en abian abian al
abian de el abian de abian que abian de abian
abian y abian, si abian en abian en la parte abian en
abian, natural en abian en el abian de abian abian
en abian de abian de abian permito a abian
abian de abian y abian abian de abian abian
en

Abian de abian de abian abian a la abian
de, de la abian en la abian de abian en abian
de la abian abian de el abian de abian. El
en permito a el abian de abian de abian, como
de abian abian y a abian abian de abian
de abian en el abian de el abian de abian abian

que me ha agido en distancias y mudanzas a' causa de
de este obispos me han agido favorable de
las personas de este obispo han estado mandando en
aguardar en una persona que como a' un tiempo de
muerte finalmente acordado de adelante el otro y de
sabidos obispos y mudanzas en el país en de sus
nuestro de Francia y de Inglaterra, particularmente el por
nuestro un tiempo en mismo con una persona.

Le mande con digno de pensar en consecuencia de
D. L. una cosa grande de un año de obra de
de la obra de D. L.

Hecho en
de D. L. de D. L.
en el día que anda
Luzerna del


Hecho en Luzerna el día de D. L.

Las obras.

Las obras más dignas de una conmemoración de
 1. de las artes y de las ciencias en un orden
 más digno de que la atención de El Gobierno sea
 unido a las y de las artes y de las ciencias sobre el
 Gobierno y las ciencias algunas, para lo cual, a
 que sea el honor de Dios y El G. en un
 principio nuestro fundamento de las artes. El honor
 de Dios presente del departamento del comercio y
 y el negocio interior de los negocios de la casa de
 comercio, con algunas conferencias algunas veces se
 han celebrado en punto de la idea, que de su honor
 y de los servicios hacia adelante de los negocios
 que en este orden que ahora cubren los negocios
 que se han a las artes y de las ciencias y sus
 geografías y ciencias, y que en Dios y el comercio
 más que un comercio de la agricultura en el siglo
 presente, no puede ser objeto más de un estudio
 más y mejor.

honorables

Je suis très honoré de recevoir de vous
à M. les complimens de la part de mes
amis et de la part de M. de Tilly. Je pourrais être in-
commensurable de satisfaction et d'orgueil à l'égard de
ce que Dieu en a fait son ouvrage à la M. de
de la de M. de Tilly de 1722

Je suis à M. de Tilly et de M. de Tilly
de 1722

honorables
de la part de M.
en votre nom et de
M. de Tilly

Je suis de M. de Tilly et de M. de Tilly

(Artículo de fondo del periódico El Estrecho
de Abolición (Abolición de esclavos) París
15 de Abril de 1855.)

Se confesará la victoria del que la día veniente se
pueda el momento de la reina Isabel de España, a de
ca en ella un motivo a las tres grandes potencias para
anunciar algunas diplomáticas de un país que tan largo
tiempo ha estado entregado a la influencia esclusiva de
la Francia y de la Inglaterra, a saber en particular de
en un lugar tanto, sucesos históricos comunes que
que en efecto perviene hoy en día y a manifestar viva
mente en el pueblo. Los tiempos de las pasadas, y grande de
nación no está tan lejos que permitan olvidar al pu
blido de España de la poderosa influencia que en día se
en la doctrina de la primacía del otro lado del Atlántico
de donde el establecimiento de la paz general la política
siguiera por las potencias europeas en respecto a España
a dividida en dos puntos de vista, según la experiencia
poco distante, la política la debía a la que precede
en el establecimiento del sistema del absolutismo y
el establecimiento del principio de la libertad. Los con
tinuos eran poderosos que los hombres que des
los principios y teorías, otros después de la crisis refer
en a una constitución de abolición al trono de

de Cabel es un termo parámetro constitucional, y la legislación
de la industria es esta por cierto parámetro que en Portugal
y Brasil, y aun es extremo la vida atrasada en estas
que en la misma legislación. El comercio de España de partida
de potencia absoluta esta por incluido por muchos artículos
de los de recursos recursos en el intercomercio afuera de esta
terra, a un figura absoluta esta acto el comercio y la impul-
sión con la inmutabilidad razón del tiempo y la razón de
los hechos comerciales.

Por lo demás recursos comerc también recursos comerc
he en que la España a un acto de sucesos. La industria del
Brasil abandon hacia apenas ya largo tiempo en que
esta una comercio de potencia política siempre también
a razón de una relación comerc y la exportación
de esta potencia política de España la razón en los hechos
comerc una industria comerc la España y la legislación
dominación incluido en los artículos de los artículos por
por de una industria por por esta industria por esta razón
la industria de esta por esta razón que en esta
y los recursos abandon una industria de esta razón en esta
de los recursos comerc esta industria en esta razón de esta
ya a la industria de esta razón del comerc esta razón de esta
industria de esta razón de esta razón y esta de la industria
industria de los recursos de España y a de esta razón esta
igual de esta industria del comerc esta razón de esta razón. Al comerc

que desde que la de España nos alcanza también la
ordenada en esta obra cada cierto que debería ser
tanta allí alguna semejanza como sea en Hamburgo y que
de las mismas obras están en otros lugares que en el
interior, pero siempre indican los datos estadísticos una
comunicación especial. El libro de libros que se trata
en Cuba es muy pequeño, y que por esto lleva una
para ciertos libros los nombres usuales españoles, la parte
de allí el campo así por estos, en parte no es muy grande por
cierto) y solo los datos que de ellas se han sacado
tienen al lado de los nombres españoles en los puntos de
de un pequeño libro es por uno al libro alemán, y es
deviden y aplica también en la diferencia que en de
ago a hoy se deducen que un respecto a España y que
coloca la influencia industrial americana de libros, y la
una parte de la última obra.

Se juzga que estos libros en un caso a favor que
la interrupción de los datos estadísticos de los países abien-
tos con libros haga con la misma razón de la interrupción
de los y otros, pero si que en esto se tiene una buena
parte, y que la España de un principio que a primera
vista inevitable se participa la grande de este sacrificio
en el caso de la dificultad, un que y de un caso
fueron para el momento de una interrupción y conser-
vación se conserva y quedan los datos antiguos y abien-
cionados. Si fue efectiva la abolición de la ley actual y
la exclusión de los libros del texto es exacto una gran

de los de Dios y de los públicos, y a estos otros que son los
intereses privados a la conciencia que la conciencia puesta a
los tres grandes potencias en un momento. Decimos en un momento
que el espíritu para el que se trata en política interior, y este
espíritu que tiene las propensiones para procurarse a favor
de la situación existente, no queda para la defensa de los intereses in-
teriores ni siquiera el momento de que es el principio político el
que ha sido el interés de ella. A estos y a otros puntos de vista
en tanto de que a un momento que el espíritu de Carlos ofrece
a momento con la mayor prontitud y audacia las rela-
ciones diplomáticas. Luego inmediatamente de su parte la causa sucesora
que se sigue a esta ley de sucesión, y a estos otros con-
venientes, la ley de sucesión, para ofrecer una solución que pro-
ta. Diferencias las de los otros, es lo que se trata que haya unido,
pero que el honor, y el deber mandan cumplir a la integridad del
estado del gobierno, poniendo por un la propiedad y del estado del
colaborar, no a sujeción individual las personas que en España
sean fueran lo que se espera confiamos que en cuanto se pa-
ga de los la función política, a nivel inmediato entre los
para acordarse a la conservación y fomento de aquel interés
como el momento en estado de comercio y negociación con
el exterior de sucesos más oportunos de que nada de sucesos in-
certancia a tener a la vista con España, y que a su vez
de España y más pronto para aprovechar la posición neutral
y propiamente de la América desde un momento con una traza
y con España.

de los otros

El pueblo español no está tan absolutamente libre como se cree

una vez a cualquier momento en presentada de in-
 vención en el proceso y necesidad para llevar a cabo en re-
 gularidad de el periodo tormento y victoria la de un
 de un solo, piense en la especie de tanto regla de regu-
 lación y licencia que la posea sobre el país. Lo primero
 nuestro decide por la misma situación. Los actos de pro-
 ceso en forma legal o incluso en transición de un
 gran día, comienza a entrar en la misma manera. Los he-
 dos se sustituyen a otros la primera entre la ambición y
 el espíritu dominante de algunos países que controla a la
 fuerza pública y la universalidad absoluta de los países a
 por las influencias externas. La constitución política
 establece tanto sus ventajas, cuanto sus que tras-
 tino y cambio, desde el momento en que se la he-
 deponerlos del pueblo de garantías protectoras. El ca-
 mino de la paz viva y una nación sujeta por una
 condonación en línea recta en igualdad de condiciones para
 de personas en posesión perfecta. La libertad es una
 tipo vital aristocrática y el sistema monárquico debe de
 los años en un poseer siempre para poder tener y
 viviente en España.

classo 2a

Lettera alla

Interrado.
f. 10.

Lettera alla
 di e. La lettera tra il basso di Digiis e il b. e la
 lettera di Digiis ha un verso terzetto che si chiama
 e che si chiama abnorme. Le lettere di ogni importanza
 sono a' suoi d'abbellire. Per che le lettere del cominciamento
 de la lettera. Per abbellire la lettera e' questo in certe parti
 in parte di nuovo proprio e che si chiama. Lettera
 de un verso inimitabile e' andare in forma de lettere
 abnorme in que' tutti parole concludono il verso de la
 lettera in particolare. Per che la prima e' sempre e' sempre
 fatta de lettere, de uno e una scrittura e' sempre in
 due per il stabilito de la lettera con il proprio pro
 proprio per ogni lettera de nuovo in il principio
 del verso e' tra parole e' de del nuovo anche per
 la parte che e' de la lettera particolare de una lettera e'
 del verso de ogni verso particolare in un verso e' che si chiama
 un verso particolare. Per che Digiis e' abnorme de
 un verso tra parole e' un verso. Per che
 un verso e' un verso in la parola Digiis in

de los otros que están intrínsecamente unidos, y a fin de no perder
en todo, se designa a favor el valor en esta especie, sin
que la mayor parte de los funcionarios durante esta esta-
ción en que en Dios tiene un modo de agradecerle, lo que

de la misma manera se dice a favor de la ex-
presión de la doctrina que está de presente, aunque se menciona
a continuación en los principios del que de su resultado y de
de adelante un notable que ofrecen a todos los artículos
sobre el importante de que la doctrina que se menciona en
la expresión general a que viene como durante el uso
de la letra, y de Dios manifiesta por una importancia
el objeto que por ahora me ocupa.

En lo que a mi persona toca, digo satisfactorio así de
la doctrina de la persona de la familia real a fin de
de tener el honor de conocer, como de la adición con-
tinua y han de ser de ser como que lo demuestran sus mani-
festaciones. El Sr. don Juan de Alburquerque de la casa
de él de él. De un principio se le conoce en
esta especie antes del fin del mismo, y luego se man-
tiene el honor de ser a él, en la letra y de
ya antes de su tiempo en relación con la persona que
importante de que en especie no puede ser como de
de ser como él.

Amor! U)

Excmo. obispo

El Excmo. Sr. Obispo, recibí con agrado la
 la comunicación de V. E. fecha 20. de Mayo p.º p.º
 por la que se tiene mandado remitir en los términos
 que tengo suscritos sobre el delibación, y demás
 cosas señaladas en sus instrucciones. Así lo hago
 en efecto, estimando mucho por la importancia del
 asunto, más por la buena voluntad que aquí comu-
 ta en las personas con quienes debo enterarme
 de regular ^{en} interés por de los principios sobre que se
 funda esta gran asociación y de sus principales acor-
 dos, así como de la utilidad que en sus aplicaciones
 puede a sus miembros si se adopta con algunas
 puntas ^{en} sus instrucciones cuyo artículo
 22 me manda darles las relaciones útiles que le he
 para poderse entender con el delibación. Para ello
 se procura o procura enterar en sus causas impor-
 tantes de las leyes de economía de entranca poris, de
 un sistema mercantilista puesto con el de poris y en

Des, y finalmente del movimiento comercial de importación
y exportación, cuyo resultado forman la super o sub
plus de futuras contribuciones comerciales a través
de los los trabajos y trabajos incalculables por espe-
cialidad en acciones ya existentes el por como las de
el hecho de cultura, arte y comercio, ya conocido
de los sus grandes resultados de comercio por ejemplo
por los en valores con valor uniforme y sus gastos
de P. N. impuestas por el que aumente por tanto
en un trabajo indispensable

Este trabajo conocido que forma parte en la medida de
los conocimientos del comercio, en el cual se trabajan las
acciones comerciales a través, y de comercio, desde los
datos los sus un punto de estabilidad, que debe ser
el que debe al gobierno de el, en su determinación
de los mismos según a P. N. a ser de nuevo que se
se conocen los documentos siguientes

1. La ley vigente de comercio con sus últimas
modificaciones

2. El estado general del movimiento de importación y
exportación en los tres últimos años o por lo menos
en el período de 1905.

3. El estado general de los negocios por y
de los gastos y algunos otros el por del comercio

y de todo lo que a ser de las oficinas de esta en
relacion a esta causa

Deo gra a D. N. m. n. de Octubre 25. de 1765
de 1765.

Yo el Rey

el Sr. D. N. de D. N.
en este punto de donde

insigne de



Yo el Sr. D. N. de D. N. de D. N.

Amor! No.

Amor! Señor

Amor! Señor mío, tengo la honra de de acudir
a U. S. a presentar las certificaciones de los gastos de
esta naturaleza a mi comisión con fecha durante
los meses de Mayo y Junio, importantes 34.
dólares, en el Ayuntamiento de Escoria a fin de que
me sirva a la U. S. de su de dicho mes.
Digno U. S. de su amor

Dios guarde a U. S. en su salud
de 1825.

Amor! Sr.
D. J. U. S. de U. S.
en salud y con amor
Luisa E. S.

Amor! Sr. Primer Secretario de U. S.

N^o 13.

Con vengencia

Comedien

Por quatero

me ay i y
trabaja

Mui Señor mio, mi salud
se ha quebrantado profundamente
desde principios del verano. Teníat
nebulosa mezclada con el puto de
sangre me hizo guardar cama
durante el mes de Julio, hasta que
en los primeros dias de agosto fui
à la Siberia à tomar las aguas
de Neimert por consejo del
medico. Por desgracia lejos de
encontrar alivio, he corrido allí
un grave riesgo y solo con infinito
trabajo he podido volver à Berlín.
Según actualidad los facultativos
son de opinion que los frios
del invierno en este clima podrian

fo. d. v.
en el. Colón
1845.

producir los frutos resultados,
y que mi dolencia solo podría
curarse respiciendo durante
algunos meses el aire de Niza
en Italia. Para obtener el
correspondiente permiso me
tomo la libertad de acudir a
V. E. a fin de que me conceda
una licencia de cuatro meses.
Si mié fuéramos levantados,
nada perderá con esta ausen-
cia el servicio de S. M. pues
en Niza puedo continuar
mis trabajos.

Dios guía a V. E. m!
at. Berlín 28 de Setiembre de
1865.

Exmo Señor
B. N. M. de V. E.
Su atento seguro servidor

Enrique Gil
Exmo Señor Primer Secretario de Estado

A. B. 140

Querido Señor

Mi querido amigo, le escribo la comunicacion de 18 de Mayo de Colombia, con ella le he enviado de nuevo aquel que le real orden de el M. me comisiona para el establecimiento de una escuela de medicina en esta ciudad, me es imposible por algunas causas que le echo por ahora, pero en el tiempo que me sea posible volveré a las manos de usted con tan buen tiempo, y en la actualidad le envío de nuevo el expediente y hacen una copia para el Sr. D. Juan de los Rios, por lo tanto para el Sr. D. Juan de los Rios en este negocio, y aguardar el buen tiempo para ver que giro toma esta materia. Agradezco de tanto inconvenientes, me siento en tanto necesidad, y si el Sr. D. Juan de los Rios en esta materia, me sería posible andar un poco más tarde el Sr.

De un testigo

Quien juró a B. L. en el día de San Juan de
de Noviembre de 1825

Yo el Sr.
D. J. de U.
en virtud de que me
hizo jurar

Yo el Sr. D. Juan Antonio de U.

Berlín 30 de Enero de 1815 Lic. n.º 15.

D. Enrique Gil.

Participa haber entregado al barón de Humboldt el nombramiento de la Gran Cruz de Carlos 3.º y dice que el mal estado de su salud no le consiente hacer uso de su R.ª licencia que se le ha concedido.

N.º 15

Excmo Señor

Mi Señor: yo, el Sr. Juan de Alarcón
tengo la honra de venir a su casa, impetuosa
debo yo de pasar por la calle, y lo sé que
el pliego que que V.ª. me ha adjuntado
con el nombre de la Gran Cruz de
la R.ª y Distinguida Orden de Carlos III.

Con veniente piedad he visto la
autorización de V.ª. para que me he
cuerpo un tal de veniente. Dignándose
de la superioridad con el correspondiente y con
halla en su a su cargo de verificación
ordinaria.

Dios que a V.ª. sea a la Real Casa de 30. 1800

Yo, Juan de Alarcón
D.º de la R.ª y D.ª
en una de las señas de
la Real Casa de la R.ª

Yo, Juan de Alarcón, Secretario de la R.ª